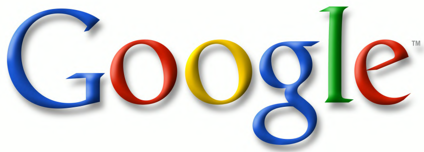
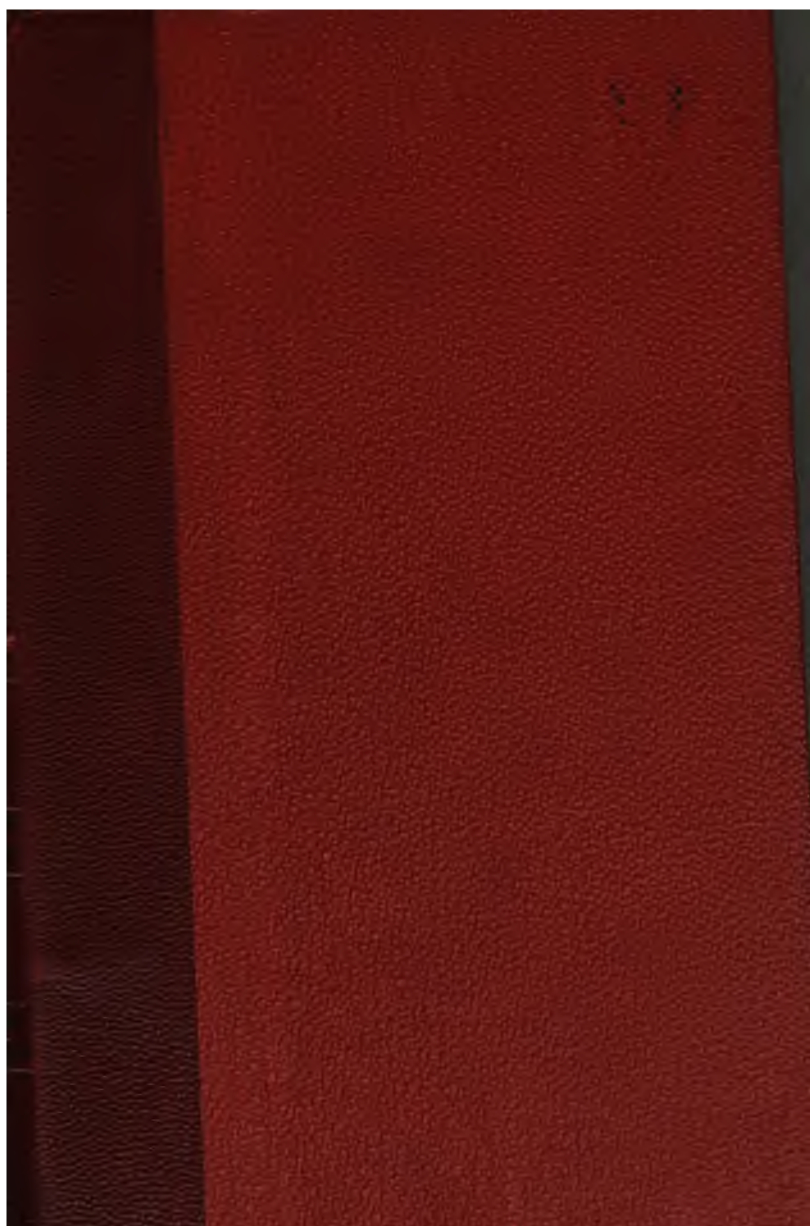
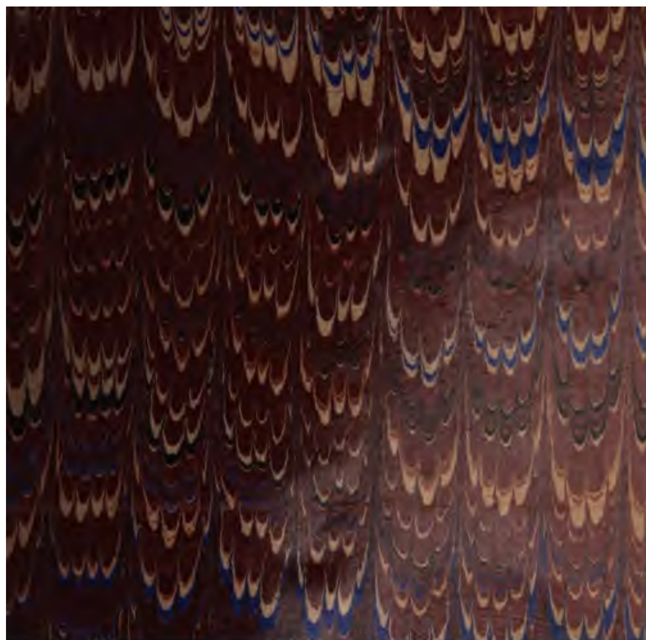
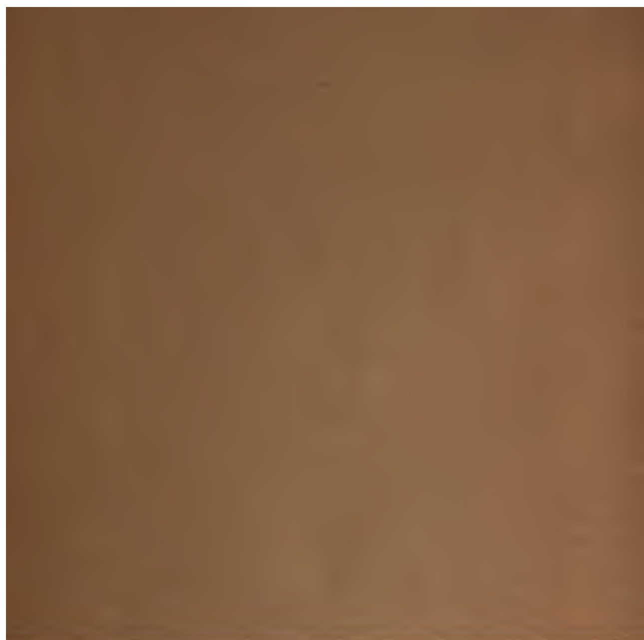










ADVERTENCIA.

CUANDO la nacion española, palpitante de infinito y épico entusiasmo, logró apoderarse del último baluarte de los sarracenos, la oriental Granada, despues de una titánica lucha de ocho siglos, y cuando, apénas llevada á feliz cima aquella Iliada sin ejemplo, pudo contemplarse á sí propia en todo el soberano explendor de su grandeza, por el portentoso descubrimiento de un Mundo hasta entónces ignorado, era muy natural que en aquellos inolvidables dias de valor heróico, de maravillosas hazañas, y de inmarcesible gloria, el genio de la pa-

tria concibiese el grandioso ideal de su dominio acatado y de su indisputada supremacía sobre el orbe de la tierra.

Despues de la época gloriosa de los Reyes Católicos, durante cuyo reinado tantas maravillas ejecutaron los españoles, la fuerza colosal, expansiva y civilizadora de nuestra patria, debió racionalmente gravitar y dilatarse sobre las inmediatas costas de África, no sólo para devolver al Islamismo la dura afrenta recibida en Guadalete, sino tambien para iniciar á aquellas indómitas razas en nuestra religion y cultura; trasportando así más allá del mar hercúleo su poder y dominio, á imitacion de los Godos, que fundaron allí otra nueva España, cuya capital era Tingis, hoy Tánger, por lo cual recibió el nombre de España Tingitana.

Y es seguro que, sin perjuicio de ejercer en América la misma civilizadora mision, así habria sucedido, á no ocurrir la prematura muerte del único hijo varon de los Reyes Católicos, el príncipe D. Juan, que al heredar la Corona hubiera continuado la política

de sus padres, acosando sin cesar á la morisma, y, á lo sumo, terciando alguna vez en las contiendas de Italia, á consecuencia de nuestra dominacion en Nápoles.

Terminada la Reconquista, el natural impulso de los españoles, despues de tantos siglos, durante los cuales se habia manifestado en la misma direccion, no podia ménos de arrastrarlos en idénticas vías, persiguiendo á sus tradicionales enemigos, allende el Estrecho, y continuando el movimiento victorioso de la civilizacion y de las armas cristianas; porque es ley del mundo, que á la superior cultura moral é intelectual de las naciones, acompañe siempre el consiguiente y proporcionado poderío.

Bajo este concepto, las vertientes naturales de la civilizacion europea sobre las costas africanas, están determinadas hasta geográficamente por la posicion de las grandes naciones latinas, con respecto á la parte septentrional de aquel vasto continente, pues que la España gravita como la montaña sobre el

valle hácia la region de Tánger, la Francia sobre Argel, y la Italia sobre Túnez y Trípoli, como si Roma y Cartago, por misterioso decreto de los hados, estuviesen predestinadas á mirarse frente á frente, no sólo bajo el punto de vista geográfico sino tambien bajo el aspecto moral y civilizador, en perpetuo antagonismo.

Algunas de estas naciones, en la época moderna, parecen haber comprendido ya con plena y clara conciencia la mision providencial que les ha sido confiada por el genio sábiamente previsor de la historia.

En cuanto á España, debemos decir que desde muy luégo presintió sus destinos, aportando á sus conquistas y colonias todo el caudal de sus ideas, religion y cultura, con gran desinteres, y ostentándose más desdeñosa ó ménos apta que otras naciones para la explotacion lucrativa de sus establecimientos, por cuyo motivo, no sin razon mereció siempre el glorioso dictado de *Caballeresca,* supuesto que en todas sus relaciones exteriores y coloniales se ha preocupado

más del honor y de los intereses morales del espíritu que de las ventajas materiales de la ganancia ó del comercio.

España, pues, siguió el indicado movimiento, ya tan de atras adquirido, y entre los hazañosos hechos que en su consecuencia llevaron á cima nuestros mayores, debemos contar la famosa guerra y conquista del reino de Tremecen, por el ilustre caballero y Capitan general D. Martin de Córdoba y de Velasco, Conde de Alcaudete y Señor de la casa de Montemayor, cuya interesante Relacion, dividida en tres jornadas y hasta ahora inédita, hemos encontrado en la Sala de manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Además de los gloriosos hechos de armas y de la lista nominal de los Capitanes de la empresa, contiene la citada Relacion otras muchas y muy curiosas noticias de interes histórico, amenizadas con ese colorido local y esa gratísima riqueza de pormenores que tan singular realce presta al relato de los sucesos, porque el autor, como tes-

tigo de vista, y por añadidura clérigo y Capellan del ejército, caminaba siempre junto al Estandarte, llevando su crucifijo y bandera blanca.

Y áun cuando al pié de la página en que principia la segunda jornada se lee en el manuscrito una breve nota, de letra tambien del siglo XVI pero de distinta mano, en donde se previene, tal vez por algun despechado émulo, que ya en adelante el autor escribe de oidas y *no dize lo cierto en muchas cosas*, todavía el narrador sigue usando expresiones tales, que sin ningun género de duda manifiestan que se hallaba presente en los diversos y arriesgados lances de aquella guerra.

No sin plausible artificio el autor omite su nombre en la portada, tal vez por modestia, ó acaso para que más tarde le agradezcamos su imprevista revelacion, pues que al final de la obra nos dice que le dió fin y remate en la ciudad de Baeza, en 23 de Agosto de 1543; que era licenciado Presbítero y vecino de aquella ciudad, y añade, por último, que se llamaba Francisco de la Cueva.

Dueños los españoles de Oran desde el año de 1510 en que la ganó el Cardenal Cisneros, y habiendo ahora conquistado á Tremecen y destituido al Rey Muley-Mahamet, y puesto en su lugar á Muley-Ababdila, como vasallo y tributario de Cárlos V, vino á interrumpir los planes y triunfos del buen Conde de Alcaudete una muy apremiante órden del Emperador, mandándole que luégo, sin detenerse, le enviase la gente á Barcelona, por necesitarla para defender á Cerdeña, quedando el ilustre caudillo tan pobre, que fué necesario que le prestasen las sumas indispensables á fin de hallarse en disposicion de regresar á su casa con el conveniente decoro.

Porque cúmplenos advertir, que la importantísima empresa que nos ocupa fué acometida y realizada por el insigne Conde de Alcaudete á sus propias expensas, sin recibir del Emperador otra cosa más que la vénia y la investidura de su elevado cargo; y, ciertamente, causa lástima grande el ver interrumpidos ó malogrados tantos y tan heróicos esfuerzos, no por los altos in-

tereses de la civilizacion ó por las tendencias irresistibles del genio nacional, sino por la conveniencia y miras particulares del César, que apartó á nuestra patria del curso natural de su política exterior, arrastrándola á consumir sus portentosos bríos en Alemania, Flandes, Italia, Francia, ó sea en todos los campos de batalla de Europa, donde se debatian intereses políticos y religiosos de muy diversa índole, de todo punto contrarios á las antiguas libertades de Castilla, y áun á la racional independencia de la Iglesia española.

La única expedicion del César contra el Africa, que mereció el completo agrado y aprobacion de los españoles, fué la conquista de Túnez, y áun esta empresa nó fué inspirada por el deseo de establecer y consolidar allí la dominacion española, sino por el de vengar las insoportables piraterías del famoso corsario Barbarroja en las costas de Italia, y restablecer en su trono al Rey desposeido Muley-Hacem, que era feudatario de los reyes de Castilla.

En suma, diremos que las intermi-

nables guerras de Cárlos V y Felipe II contra las naciones cristianas, sólo produjeron el desastroso resultado de preparar su despoblacion y decadencia, sin que al extingirse aquella dinastía en el Rey hechizado, quedase de tan estrepitosa y aparente grandeza otra cosa más que un recuerdo, miéntras que habiendo seguido las heróicos impulsos del genio de la patria, nos habríamos adelantado tres siglos á las demas naciones en iniciar al continente africano en las artes y civilizacion de Europa.

No es posible, sin embargo, contrariar del todo el carácter y tendencias naturales de los pueblos, y la guerra de Tremecen demuestra bien á las claras que no faltaban caudillos ilustres, que, por su cuenta y riesgo, acometiesen aquel linaje de empresas, aunque no contasen para ellas con todo el apoyo y fuerzas del Gobierno de la nacion; y este hecho y otros análogos que se realizaron por los conquistadores de una gran parte de América, y cuyas principales expediciones, como las de Méjico y del Perú, sólo fueron empresas

particulares, proclaman del modo más resplandeciente y magnífico hasta qué punto era entónces pujante y asombrosa la iniciativa individual en nuestra madre España.

La consolidacion de la conquista del reino de Tremecen reclamaba otros medios más eficaces que aquellos de que podian disponer los valerosos Condes de Alcaudete, los cuales por largo tiempo tuvieron encomendada la custodia ó Tenencia de Oran; pero estas mismas dificultades realzan muy singularmente el mérito de sus proezas y dominacion en aquellas regiones.

Al dar á la estampa la interesante Relacion manuscrita de la guerra de Tremecen, nuestro propósito ha sido únicamente salvar del olvido los afanes, desvelos, sacrificios, padecimientos, trabajos, peligros, hazañas y nombres de aquellos esforzados españoles que tanto hicieron por la gloria de su patria, sin que ésta, en proporcion, les agradeciese sus servicios ó les ayudase con todos sus recursos para sostenerlos en su honrosa demanda.

Consideraciones meramente editoriales nos hacian lamentar que la narracion del presbítero La Cueva no contuviese original suficiente para completar un tomo de nuestra COLECCION; y, por otra parte, sentíamos tambien que dicho relato se terminase con el súbito regreso á España del animoso Conde de Alcaudete, omitiéndose la circunstancia de que éste habia dejado en su lugar á su hijo mayor, D. Alonso, con escasa, pero escogida hueste, para guarnicion y defensa de Oran, Mazalquivir y algunos fuertes ó castillos.

Mas hé aquí que nuestra buena fortuna hizo que viniese á nuestro poder un ejemplar de cierto libro, rarísimo y por demas curioso, impreso en Córdoba á fines del siglo XVI, y cuya portada hemos reproducido con la exactitud más completa. El hallazgo fué agradable y oportuno bajo todos conceptos, pues que el tal libro, además de ser ampliacion y complemento felicísimo de la RELACION de Francisco de la Cueva, reune á sus condiciones literarias el requisito importante, para nosotros, de

que sus dimensiones permitan que ambos trabajos puedan publicarse en un solo volúmen, y á mayor abundamiento lleva á su frente la aprobacion del insigne cantor de la Araucana.

Este libro, pues, que hoy reimprimimos, está escrito por el capitan Baltasar de Morales, titúlase Diálogo de las Guerras de Oran, y por su forma, corte y lenguaje, ya que no por el asunto, nos trae involuntariamente á la memoria el famoso *Diálogo de la lengua*, de autor incierto para muchos, pero que indudablemente lo escribió Juan de Valdés, Secretario de cartas latinas del emperador Cárlos V, y natural de Cuenca.

Pueden observarse en ambos libros, aparte la materia de que tratan, algunas semejanzas externas que en ningun modo significan imitacion ni áun recíproca influencia de los autores, sino más bien análogo temperamento intelectual, ó cierta similitud de concepcion y de ingenio, como sucede en el presente caso. En efecto, los interlocutores del *Diálogo de la lengua*, enta-

blan su coloquio en una casa de campo de la costa, cerca de Nápoles, versando la discusion sobre el orígen y carácter del idioma castellano. Ahora bien, los interlocutores del *Diálogo de las Guerras de Oran,* encuéntranse casualmente en la Iglesia Catedral de Córdoba, y para departir á sus anchas del asuntó que tanto les interesa, encamínanse á la cercana y amenísima huerta de uno de ellos, en donde pasan dos dias hablando de las hazañas de los Condes de Alcaudete y de otros ilustres caballeros.

Si Valdés trata de letras, Morales habla de armas, y excusado parece encarecer el atractivo y animacion indecibles que la narracion de las guerras de Oran adquiere, mediante la forma suelta y variada de un ingenioso diálogo y de un estilo natural, llano y vivo, porque tambien Morales, como Valdés, gusta de escribir con la misma lisura y sencillez que si hablase. Al general agrado que producen la singularidad de sus noticias y la fluídez de su diálogo, agrégase el particular interes

que á los Cordobeses inspira el que se les hable de sus antigüedades, campos, sitios, linajes y héroes conocidos; interes histórico, poético y sagrado como el recuerdo de los padres, y del cual participamos nosotros, que tantas veces hemos frecuentado en nuestra niñez aquellos lugares en la preclara ciudad de los Sénecas, donde los primeros albores de la inteligencia y de la razon brillaron en nuestra alma, donde el eterno murmurio de las ondas del oliví-fero Bétis arrullaron los hermosos ensueños de nuestra juventud primera, y donde, por último, contrajimos en la dorada edad de las ilusiones y del generoso entusiasmo tiernos vínculos de amistad inquebrantable con algunos de los descendientes de aquellos nobles é ilustres guerreros, tan justamente celebrados en la Relacion de Francisco de la Cueva, y en el Diálogo de Baltasar de Morales.

Finaliza el presente volúmen con una Relacion de la victoria que en 7 de Octubre de 1632 alcanzó el Marqués de Flores de Avila, de los moros venara-

jes; áun cuando bastante posterior á las anteriores, la publicamos tambien por contener noticias de un hecho poco conocido, y pormenores curiosos sobre la venta de los prisioneros moros. Impresa en Madrid en el mismo año, es ya sumamente rara.

Terminaremos esta desaliñada ADVERTENCIA, manifestando que la satisfaccion más cumplida y la recompensa más grata que pueden recibir nuestras tareas y desvelos, consistirán en que el público dispense á este volumen la misma favorable acogida con que se ha dignado aceptar los precedentes, que en nuestra COLECCION forman parte de la serie de RELACIONES de sucesos particulares, inéditas unas, impresas otras, y rarísimas todas, y las cuales son, por su propia índole, concreta y minuciosa, tan necesarias como importantes para la mejor ilustracion y más provechoso estudio de la Historia de España.

F. DEL V. S. R.

AQUÍ COMIENZA LA RELACION

DE LA

GUERRA DEL REINO DE TREMECEN

Y SUBJECION DE LA MESMA CIBDAD,

EN LA CUAL FUÉ Y ES CAPITAN GENERAL EL MUY ILUSTRE SR. D. MARTIN DE CÓRDOUA Y DE VELASCO, CONDE DE ALCAUDETE, SEÑOR DE LA CASA DE MONTEMAYOR.

Divídese en tres jornadas.

(Biblioteca Nacional.—Sala de *Ms.*—G. 74.)



PRÓLOGO.

Como sea verdad, muy Ilustre y gran Señor, que los Doctores Sanctos dicen que no hay pecado que se iguale con el pecado del ingrato: ingrato no quiere otra cosa decir sino hombre desagradecido, no grato á los bienes y mercedes que recibe, por no ser uno destos, acuerdo, pues no puedo pagar con servicios las mercedes de vuestra muy Ilustre Señoría recibidas, quiero hacer lo que hicieron los ángeles á Abraham en el valle de Mambré, pagar con agradescimiento; sea este pequeñuelo servicio que á vuestra muy Ilustre Señoría hago en darle relacion desta sancta jornada que vuestra Señoría ha hecho en esta empresa de Tremecen; la cual, si no va tal cual el gusto de vuestra muy Ilustre Señoría requiere, con aquella humildad que debo, suplico á vuestra Señoría perdone la falta deste su muy cierto servidor y criado, y como quien vuestra

Señoría es reciba mi deseo, pues es todo en su servicio. Y ruego á Nuestro Señor me dé fuerzas para que en algun tiempo puedan mis servicios ser merecedores de pagar las mercedes en esta tan sancta jornada rescibidas, porque lo que aquí hago, sólo es imitar al enfermo que está sin habla, que con menear las manos, ojos ó cabeza, le pesa, porque otro arrepentimiento mejor no puede tener, y ésta es señal de arrepentirse. Asi, yo, muy Ilustre Señor, en esta relacion no es otra cosa sino mostrar señal de mi amor, y deseo ser muy enderezado al servicio de vuestra Señoría; y así ruego á Nuestro Señor, por los méritos de su Sagrada Pasion, para ello me dé su gracia. Amen.



COMIENZA LA RELACION.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del mucho cuidado y vigilancia que el Conde tiene en la guarda de la cibdad de Orán á él encomendada.

En el nombre de la Sanctísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Sancto, trinidad en las personas y unidad en la esencia, un solo Dios Todopoderoso, y de la Sacratísima Vírgen sin mancilla, Nuestra Señora la Vírgen María, su Madre, sea manifiesto á todas las naciones de los cristianos, y á todos los demas que de la presente obra quisieren gozar, como en el año del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, de 1542 años, reinando la Sacra Católica Cesárea Majestad del Emperador y Rey D. Cárlos, nuestro señor,

quinto de este nombre, á los veintiseis años de su reinado en estos reinos de Castilla, estando el muy ilustre Sr. D. Martin de Córdoua y de Velasco, conde de Alcaudete, Señor de la casa de Montemayor, por Capitan general de los reinos de Tremecen y Tenez, en la cibdad de Orán, contra los enemigos de nuestra sancta fe católica, empleando sus fuerzas y ánimo generoso como fidelísimo y católico cristiano, en servicio de Nuestro Señor y honra de su sancta fe, y en servicio de su Rey, manifestando lo que dentro en su generoso corazon tenia, conformándose con lo que dice Sant Pablo, que la fe sin las obras es muerta; y así, por la honra de Jesucristo, padeciendo este señor grandes trabajos, así de noche como de dia, contra los infieles en la guarda de la cibdad de Orán á él encomendada, haciendo en esto, como esforzado varon, conforme á lo que dice David: «haced como varon, y esforzad vuestro corazon»; y así trabajó y siempre trabaja que la cibdad de Orán esté muy reparada y adelante; con el favor y amor que el Emperador y Rey, nuestro señor, le haçe, y porque sus obras han dado testimonio de lo que nuestro gran Capitan merece.

CAPÍTULO II.

De como el emperador D. Cárlos, nuestro señor, le envió la provision de Capitan general para hacer la guerra al Rey de Tremecen, Muley Mahamet.

Pues estando el muy ilustre señor conde de Alcaudete en la guardia y defensa de la cibdad de Orán á ciertos negocios que á su Señoría convenian, los cuales á mi propósito ningun caso hace saberlos, envió de la cibdad de Orán un caballero, deudo suyo, que se llama el capitan Alonso Hernandez de Montemayor, hijo de Diego Ponce, el cual, juntamente con el despacho que de su Señoría llevó á la corte de S. M., volvió á la cibdad de Orán, y trujo una provision patente del Emperador, nuestro señor, en la cual se contenia que le mandaba y encargaba la guerra contra los moros, enemigos de nuestra sancta fe católica, y le cometia su potestad y daba poder bastante, y de nuevo le criaba Capitan general de Africa en su nombre, y le daba su poder cumplido, libre y bastante, como se requeria y requiere para tan alto oficio, como es de-

fensor y honrador de Jesucristo, y con todas las libertades que en tal caso se requieren y los semejantes Capitanes generales suelen tener. Presentada la dicha provision por el capitan Alonso Hernandez de Montemayor al muy ilustre señor conde de Alcaudete, rescibida con aquella solemnidad que se requeria, como á provision de su Rey y señor natural, y con el ardentísimo deseo que siempre tuvo de la honra de su Dios y Señor, viendo el deseo tan deseado que tenia efectuado, dijo lo de Sant Juan Bautista: «en esto veo mi gozo cumplido»: y, tomada la provision de S. M. en sus manos, siendo testigos los ojos de lo que tenia en su corazon, la puso sobre su cabeza, y así, imitando aquel valeroso capitan Judas Macabeo, sábado, á 9 de Setiembre del dicho año, posponiendo todo temor á las marítimas aguas, en un bergantin pequeño se metió; y así, con harto afan y trabajo de su muy ilustre persona, pasó y desembarcó en el Cabo de Gata, lugar despoblado y solitario, y de allí fué por aquellos montes á pié hasta la torre de las Salinas, que es tres leguas de la cibdad de Almería, y de allí le proveyeron de cabalgaduras hasta esta dicha cibdad, y así fué hasta sus villas de Alcaudete y Montemayor.

CAPÍTULO III.

De cómo el Conde hizo saber á D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, y Diego Ponce de Leon esta sancta jornada, que al presente se le ofrecia para África.

Pues como ya en otro capítulo pasado digimos, en el cual se dió relacion cómo S. M. del Emperador y Rey D. Cárlos, nuestro señor, dió licencia al muy ilustre señor conde de Alcaudete para hacer esta sancta jornada: venido á su villa de Montemayor, despues de haber reposado por espacio de breves dias, acordó congregar para este sancto camino, como hombre prudente en estos negocios de guerra, todos sus amigos y parientes, los más que él pudiese, considerando que, para tan alta jornada, era necesario el ayuda y favor de los aliados, amigos, propincuos y buenos parientes; y para poner esto en efecto determinó de enviar sus cartas y mensajeros á la cibdad de Córdoua, á D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, primo hermano suyo, y Diego Ponce de Leon, y á otros muchos parientes y amigos, los nombres

de los cuales aquí no van expresados. Visto por D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, y Diego Ponce, ponen por obra y en efecto su camino á la villa de Montemayor. Sabida por el Conde su venida, con mucha alegría y placer los rescibió, y despues de baber reposado de su camino les dió parte de la sancta jornada que se le ofrecia; en el cual parlamento se hallaron presentes: D. Alonso de la Cueva, Comendador de la villa de Bedmar y Aluanchez, y D. Hernando de los Rios, Señor de Hernan Nuñez; y rogándoles y encargándoles, como á buenos y católicos cristianos en tal tiempo le acompañasen, pues iba honra y memoria, hazañas y hechos de todos sus antepasados; y en especial á D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, y como á más propincuo pariente y persona que habia de poner vida y hacienda; el cual dicho D. Martin respondió: «por cierto, señor, quisiera yo que la salud de mi persona estuviera en aquella dispusicion que otros tiempos solia tener, y que haya ocasion para que yo esto diga, no es oculto á nadie, porque ella misma dice y manifiesta mi necesidad, como tengo dicho, de salud; pero ruego yo á Dios, Nuestro Señor, me la dé, y no permita que más me agrave, porque si es

así yo prometo á vuestra Señoría de no faltar en esta sancta jornada con mi persona, hacienda, amigos y criados.» El Conde se levantó y lo abrazó, agradeciéndole mucho su voluntad, porque sabia que habia de ser el cumplimiento muy abundante, y lo mismo hizo Diego Ponce de Leon, y así se despidieron y volvieron á la cibdad de Córdoua á sus casas.

No contento el Conde con esto, pasados algunos dias, y no muchos, considerando que D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, es persona tan valerosa, y que era justo volverle á visitar y traerle á la memoria esta jornada, acordó personalmente salir de su villa de Montemayor y venir á la cibdad de Córdoua, derecho á se apear en casa del dicho D. Martin de Córdoua, para de nuevo traerle á la memoria esta sancta jornada y que no hubiese falta de su compañía, porque el camino es honoroso, en el cual, su principal intento es la honra y servicio de Dios y de su Rey, y vengar la injuria que se hizo á los cristianos en aquella que dicen del rio de Tibida. Sabida la venida de su Señoría, de nuestro Capitan general, se holgó D. Martin de Córdoua mucho, así como era razon, con la venida de tal huesped, y entre las otras cosas que se plati-

caron fué de nuevo pedirle hubiese por bien la aceptacion que aceptado habia deste camino y jornada, y que así de nuevo se lo pedia y rogaba y encargaba como á deudo principal y persona valerosa, porque iria muy honrado con la presencia de su persona. A esto respondió D. Martin de Córdoua: «De nuevo torno á decir á vuestra Señoría, que quisiera yo estar con tan buena dispusicion que pudiera servir á vuestra Señoría, como es mi voluntad; mas aunque mi mala dispusicion me excusa, como es notorio, no plega á Dios que para tan sancta jornada haya dilacion, ni ocupacion, ni cosa que parte sea para que se deje de cumplir la intencion y deseo de vuestra Señoría, porque para camino tan venturoso, en el cual Dios, Nuestro Señor, ha de ser servido, y la fama y honra de nuestra española nacion pase adelante, y los triunfos y vitorias de nuestro gran César de nuevo á la memoria de los infieles y reinos africanos venga, y el furor y fuerzas de su muy furibunda mano, á su noticia llegue, y los hechos y hazañas de los antepasados de nuestra nacion, y las maravillas que la limpia y generosa sangre de los de vuestro linaje, agora, de nuevo, con este hecho, en los corazones y en la

memoria de los nuestros de nuevo se sepa, justo es que todos los deudos de vuestra Señoría, y yo, como uno dellos, acompañemos su persona, y para esto nos aparejemos con todo lo necesario; y así, por la parte que á mí toca, de aquí digo que yo iré y porné luégo por obra lo necesario para el camino; y desto que tengo dicho, vuestra Señoría esté seguro». Con este dicho se conformó Diego Ponce de Leon, su primo, y otros amigos y deudos del Conde. Esto hecho, el Conde, con mucha alegría, con ellos se holgó aquel dia, en el cual se platicaron muchas cosas tocantes á su jornada; y así, otro dia se partió muy alegre á su villa de Montemayor, en la cual estuvo por espacio de algunos dias, dando órden á lo necesario para su camino, en los cuales dias fué visitado de muchos caballeros de diversas partes.

CAPÍTULO IV.

De cómo el Conde mandó hacer sus banderas y estandartes, y de los colores y escudos dellas.

Reparado el muy Ilustre Señor de los profundos y grandes trabajos pasados en

la villa de Montemayor, y despues de las alegres vistas de la muy ilustre señora Doña Leonor Pacheco, condesa de Alcaudete, Señora de la casa de Montemayor, su mujer é hijos, pone por obra, con muy heróico ánimo y esfuerzo lo que entre las manos tenia, mostrando aquel rostro sereno, aquel bulto hermoso, que los semejantes señores en casos tan árduos suelen tener. Aunque no se deben maravillar, esto digo á los leyentes; si mediante este tiempo alguna persona hallase algun desabrimiento en este señor, *quod non credo* (*), porque esta empresa que tiene en las manos, más es para Príncipe heredero que no para Conde. Pero gócese vuestra Señoría, que pues la tiene, señal es que sus merecimientos son aptos para merecella; y así, como Dios es justo juez, no se la pudo nadie quitar, porque de justicia le conviene.

Pues estando el muy Ilustre Señor en su villa de Montemayor, envió á su camarero García de Navarrete á la cibdad de Córdoua, con todo lo necesario para sacar las sedas para sus banderas y escudos dellas, las cuales fueron en número de cuarenta y cuatro, muy generosas, de

(*) Al márgen, *Autor*.

muchos colores, cruces y bandas, y en cada una dellas un escudo colorado con la cruz de Hierusalem, de oro, y el hábito que traen los Caballeros de Sanctiago en medio de la cruz; y esto porque su señoría es caballero de la dicha Órden, con un letrero de oro en torno, que dice: *Tu in ea et ego pro ea,* que quiere decir: «Vos, Señor, vencísteis en ella, y yo venceré á los enemigos de vuestra santa fe por ella (*).» Confórmese vuestra Señoría con el profeta real David, que dice: *Regnavit a ligno Deus*, que quiere decir: «desde aquel trono real de la Cruz, será su reino.» Y lo que el Santo Evangelio dice luégo: «que yo sea exaltado en la Cruz, el príncipe malvado Lucifer será alcanzado, y saldrá fuera del mundo»; así, vuestra Señoría esfuerce ese heróico corazon, que con el favor desta santa Cruz y de aquel que en ella venció, vuestra Señoría vencerá y echará del reino que usurpado tienen de Tremecen á Muley Mahamet, como á enemigo de la honra de Jesucristo, que es el que venció en esta Cruz que vuestra Señoría por divisa en sus armas trae. Con los favores de la presencia desta santa Cruz venció los tormentos de la muerte el glorioso

(*) *Autor.*

San Andrés, no sólo no teniéndolos, mas rogaba tuviese por bien de le recibir con alegría, porque dice: «yo seguro y alegre vengo á tí, por amor de aquel que venció en tí.»

CAPÍTULO V.

De cómo el Conde eligió sus Capitanes, y los nombres dellos.

Pues despachado el dicho camarero García de Navarrete, luégo el muy Ilustre Señor eligió sus Capitanes, tales cuales convenian para tan sancta jornáda, animosos, cristianísimos, hidalgos, guerreros y diestros en las armas; los nombres de los cuales son estos que se siguen:

Estos son los Capitanes de la gente de caballo.

D. Juan Pacheco, General de los de caballo.
D. Mendo de Benavides.
D. Gerónimo de Córdoua.
D. Juan de Villaroel.
Alonso Hernandez de Montemayor.
Luis de Rueda.
García de Navarrete, Alcaide y Alférez del estandarte.
Pedro de Valdelomar.

Estos son los Capitanes de la infanteria.

D. Juan de la Cueva.
Juan de Benavides.
Melchor de Villaroel.
Hernan Perez del Pulgar.
Sancho Martinez.
Alonso de Ochoa.
Francisco de Carranza.
Luis de Medina.
Luis Aluarez, *el mozo*.
Luis Aluarez, *el viejo*.
Francisco Cabrera.
Pedro de Vilches.
Juan Martinez.
Juan de Torres.
Francisco de Acosta.
Juan de la Cerda.
Pedro de Aranda.
Diego de Vera.
Luis de Sotomayor.
Ruidiaz de la Tovilla.
Cristóbal de Morales.
Diego de Leon.
Pedro de Castro.
Martin de Angulo.
Cristóbal de Covaleda.
Diego de Sotomayor.
Juan Carrillo.
Antonio de Aguilar.

Pedro de Aguilar.
Pero Sanchez Pericon.
Rodrigo Hernandez.
Francisco Sanchez.
Juan Martinez Cabeza de Vaca.
Juan de San Martin.
Francisco de Arroyo.
Juan Perez de Mescua.
Francisco de Rojas.
Martin Diaz de Almendares.
Juan Daça.
Clavijo.
Verdugo.
Mena.
Vazquez.
Caro.
Herrera.
Cárdenas, Capitan de los gastadores.

CAPÍTULO VI.

Del cómo el Conde envió á sus dos hijos D. Francisco y D. Martin de Córdoba, á los dos puertos de Málaga y Cartagena á proveer lo necesario para el armada.

Despues de así concertados sus Capitanes y dadas sus conductas, y la órden

que en esto se habia de tener para que con mucha brevedad hiciesen la gente, llamó el muy ilustre señor conde de Alcaudete, Capitan general de Africa, á sus muy amados hijos, D. Francisco Hernandez de Córdoua y á D. Martin de Córdoua, á los cuales da todo su poder cumplido y bastante, como de S. M. lo tiene; y á Don Francisco envió á la cibdad de Málaga, y á D. Martin á la cibdad de Cartagena, para que allí en entrambos puertos se proveyese lo necesario. D. Francisco de Córdoua se fué luégo á la cibdad de Málaga, y se dió tan buen recaudo, que ha sido de notar la órden que tuvo en el proveer de los bastimentos, municiones y artillería, porque proveyó y recogió diez naos grandes, en las cuales mandó embarcar mucho bizcocho, vino y carne salada, aceite, vinagre, habas, garbanzos y otras legumbres, y todo esto con grande abundancia; y así, como testigo de vista, digo que todos los del armada venian muy contentos. Acabóse de embarcar la gente en la cibdad de Málaga á veintidos dias de Diciembre de dicho año. Embarcóse en las naos las gentes de Sevilla, Jeréz, Córdoua, Alcaudete, Écija, la de Cabra y Lucena, Aguilar y Montilla y Baena, Rambla, Santaella, Archidona y Antequera,

en que serian hasta 4.500 hombres. Partió esta dicha armada con D. Francisco de Córdoua por Capitan general, en lugar de su padre, viérnes, á las tres horas despues de medio dia, á 22 de Diciembre del dicho año, y salió del puerto muy triunfante, sin contraste de mar ninguno que daño le hiciese, salvo algunas calmas que fueron ocasion que la dicha armada se detuviese seis dias. Iba este caballero en una nave vizcaina, á la cual todos llamaban *Capitana*, y por tal era obedecida, por ir él dentro en ella. Entramos en el puerto de Cartagena, miércoles, dia de Sant Juan Evangelista, á 27 de dicho mes de Diciembre, donde fué muy bien rescibido por D. Martin, su hermano, que esperándole estaba.

CAPÍTULO VII.

De cómo llegó el armada al puerto de Cartagena, y de las alegrías que se hicieron.

Llegando que llegó la dicha armada al puerto de Cartagena, salió D. Martin de Córdoua, hijo del muy ilustre señor conde

de Alcaudete, con algunos caballeros, Gentiles-hombres, mancebos, en una barca á rescibir la nao *Capitana* que delante venia; y así ella como las otras naos hicieron gran salva á la cibdad, y respondió la fortaleza con sus tiros de artillería, y las otras partes de la cibdad donde la habia, y las naos que en el puerto estaban, que serian hasta doce, gruesas, fué tanta la humareda, que no se parecia la cibdad por espacio de media hora; y fué muy grande la alegría de la gente de la cibdad con la venida del armada; y en presencia mia, D. Martin de Córdoua dió de albricias á un mozo que se puso en una atalaya, un sayo; y luégo, D. Francisco, su hermano, se desembarcó con muchos caballeros y Capitanes que consigo traia, y yo con ellos, y fueron á la cibdad, en la cual estuvimos esperando al muy ilustre señor conde de Alcaudete, donde tomamos muchos refrescos de pan y vituallas.

CAPÍTULO VIII.

De como el Conde mandó bendecir su estandarte en su villa de Alcaudete, y lo que aquel dia hizo.

El muy ilustre señor conde de Alcaudete, Señor de la casa de Montemayor, Capitan general de África, luégo que hubo despachado sus Capitanes con todo lo necesario para recoger sus gentes, hace su estandarte general, el cual fué muy solemne y hermoso, y no ménos devoto. Era de tafetan doble, colorado, con muchos letreros muy compendiosos, y letras de oro bordadas, que contenian en sí grandes secretos y maravillas, y en medio deste estandarte, porque era muy magnífico y grande, como convenia para tan sancta jornada, porque representaba la persona Real, iba de la una parte la imágen de la limpia Concepcion de la Vírgen, Nuestra Señora, vestida de azul, y de la otra parte la Cruz de Hierusalem, y delante un guion blanco de damasco, con la Cruz de Hierusalem en medio y el hábito de Sanctiago con mucho oro bordado. Pues ya llegándose la hora que esta sancta jor-

nada se hiciese, manda su Señoría aderezar, y sale de su villa de Montemayor. ¡Oh cristiano, si vieras las lágrimas que allí derramó aquella muy ilustre y cristianísima señora Condesa, á la despedida y partida del Conde, porque, de una parte le hace fuerza el verdadero amor que le tiene, y de otra la ánima la sancta jornada que lleva! Y así despedido, se va á su villa de Alcaudete, donde reposó por espacio de veinte dias, aderezando lo necesario para su jornada.

Venido el dia de Sancto Tomé, que fué á 21 de Diciembre del dicho año, salió el Conde y Capitan general de Africa á bendecir su estandarte, acompañado de sus ricos hombres y criados, á la iglesia de Sancta María, donde fué rescibido muy solemnemente de toda la clerecía, con trompetas y música muy acordada, donde se dijo la Misa Mayor y se bendijo el estandarte, y predicó el reverendo Padre Fray Francisco Montesinos, de la Órden de Predicadores, y así hecha esta solemnidad se volvió el Conde á la fortaleza, de donde salió con mucha alegría y solemnidad, y con sonido de trompetas, acompañado de toda la gente de la villa; y aquel dia hizo su Señoría gran banquete á todos los que le quisieron rescibir.

CAPÍTULO IX.

De como el Conde se partió de su villa de Alcaudete para el puerto de Cartagena, y de lo que en el camino pasó.

Otro dia, viérnes, por la mañana, el muy ilustre señor Conde y Capitan general de Africa, se parte con toda su gente la vía de Cartagena, acompañado con mucha gente de á pié y de caballo, donde le estaban esperando sus dos hijos con el armada, porque ya su Señoría era avisado como el armada era partida de Málaga, y así va caminando por sus jornadas hasta Guadix. De allí, como vió la pesadumbre de las muchas compañas que no le dejaban caminar como la necesidad le constreñía, dejado todo el recaudo necesario para dar á los que le acompañaban, tomó su Señoría á su Contador, Francisco de Espinosa, y sale de Guadix en posta, y viene lo mejor que pudo hasta Lorca, y de ahí tomó, por más apresurar sus jornadas, un carro, en el cual se puso él y su Contador, y algunos criados en otro, y así vinieron en una noche hasta Cartagena, y entró; con la vista del cual

todos nos alegramos, y nos pareció aquel carro alcázar real.

Llegó su Señoría á Cartagena, viérnes á 29 de Diciembre del dicho año, y luégo como allegó, visitó su Señoría las naos de su armada, y con su vista todos los Capitanes y soldados se regocijaron, y daban grandes voces de placer, porque le deseaban ver. Tiraron muchos tiros de artillería, que era gloria de mirar aquella mar, y las naos llenas de banderas y estandartes. Vuelto á su posada el Conde, se dió órden como se hiciesen las pesebreras para embarcar los caballos y las vituallas, donde luégo con mucha diligencia se hizo. Embarcóse mucho bizcocho y otras vituallas, mucha leña y carbon para proveimiento de las naos, de manera que de todo fuesen proveidas, que nada á los soldados les faltase, y todo esto con mucha alegría y presteza. Vinieron allí muchas gentes de Toledo, Valencia y Granada, de Loja, Jaen, de Baeza, de Úbeda, de Cazorla, de Huesca, Alcalá la Real, Pliego, de Guadix, Baza y Almería, del Campo de Calatrava y Órden de Sant Juan y Sanctiago, del Marquesado, de todo el Reino de Múrcia, de tal manera que muy en breve fueron llenas las naos que en el puerto estaban, y

tanto, que no nos podiamos rodear en ellas, ni los marineros hacer su oficio; y doy fe, como testigo de vista, que vino nao en ellas que traia nueve mil fanegas de trigo y 1.200 soldados. Cosa digna de memoria, que se echaban al agua por embarcarse, y se trataban mal por entrar en las naves unos sobre otros; y vemos que otras veces en armadas pagadas no los pueden meter á palos en el agua, y vemos en ésta al contrario, sin paga. Este dia vino D. Alonso de Villaroel y Don Juan, su hermano, con 60 lanzas, con muy buenos caballos ginetes, todos vestidos de amarillo, con muchas trompetas. Entró muy triunfante, y así se embarcó con todos en la mar.

CAPÍTULO X.

De los caballeros que en esta sancta jornada acompañaron al Conde, y de sus nombres dellos.

Allí vinieron muchos caballeros del reino de Múrcia, y otras partidas, muy bien encabalgados y á punto de guerra, los nombres de los cuales son estos que se siguen:

D. Alonso de Córdoua.
D. Francisco de Córdoua y D. Martin de Córdoua, hijos del Cónde.
D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda.
D. Hierónimo de Córdoua, su hijo.
D. Juan Pacheco y D. Mendo de Benavides, hijos del conde de Santistéban.
Diego Ponce de Leon, Alonso Hernandez de Montemayor y Juan Ponce, sus hijos.
El Comendador Mota.
D. Alonso de Villaroel.
D. Juan de la Cueva.
D. Juan de Villaroel.
D. Antonio del Aguila, cuñado de Juan Vazquez, el Secretario.
Francisco de Carcamo, hijo de Alonso de Carcamo.
El Señor de Aguilarejo.
D. Juan Zapata.
Tello de Aguilar.
Tres hijos del Comendador Juan de Hinestrosa.
Dos caballeros Eslavas.
Dos hijos de Rodrigo de Aguilar.
Juan de la Torre.
Francisco Carrillo.

No podemos aquí decir otra cosa sino que *a Domino factum est istud*, porque, sin ayuda de persona alguna, ha sido fa-

vorecido este señor en esta sancta jornada, sólo con el fávor y ayuda de Nuestro Señor, y áun ya pluguiera á Dios se contentaran sólo con no ayudarle, mas estorbar ésta sancta jornada, casi teniéndola por imposible; pero el Conde, conformándose con el profeta David, que dice en el psalmo: «conservadme, Señor, porque toda mi esperanza tengo puesta en Vuestra Majestad. Yo digo que sois vos solo mi Dios y mi Señor, y que de nada que sea mio teneis necesidad, y por eso, Señor, oid mi oracion, y mi clamor se presente delante de Vuestra Majestad.» Aquí su Señoría hizo embarcar muchos aderezos de caballos para tirar el artillería, como adelante se dirá.

CAPÍTULO XI.

De cómo partió el Conde del puerto de Cartagena con su armada, y de los trabajos en que el armada se vió.

Pues ya embarcada la gente, caballos y municion, viérnes, á 7 de Enero, despues de oida misa y recibido el Sanctísimo Sacramento en el monasterio de Sant Francisco; el muy ilustre señor Conde se em-

barcó con toda su casa en una nao genovesa, suntuosa, el patron de la cual se llamaba Micer Francisco de Aosta, y esta escogió su Señoría por tal, y allí embarcado dió grande ánimo á los Capitanes y gente de guerra que en tierra estaban, para que luégo se embarcasen; y aquí fué tanta la priesa del embarcar, que era maravilla, porque, como testigo de vista digo, que en tres partes de la mar no se podian valer, que se ahogaban unos á otros, que era en el muelle y en la pescadería y en los almacenes; y así, todos embarcados, lúnes, en la noche, que se contáron 10 de Enero del dicho año de 43, su Señoría manda haçer señal de partida, y al cuarto del alba se levantó del puerto con una luna que parecia dia muy claro, con su farol encendido, y así le siguieron todas las otras naos, que eran en número de veintiuna velas, y así salen del puerto con mar bonanza y medianamente viento de tierra.

Mas como el enemigo, maligno perseguidor de los honradores de Dios y de su sancta fe, no duerma poniendo todas sus astucias contra ellos, ó, por mejor decir, que fué la voluntad de Dios para que este señor más mereciese; la noche siguiente vino un Poniente lleno, de manera

que le fué forzado á la armada retraerse, y visto esto por su Señoría, manda tirar un tiro á su nao *Capitana* para que las otras tuviesen conocimiento que iba á surgir al puerto del Jub, que es adelante del Cabo de Palos, á la entrada del cual creció el viento demasiadamente, y era ya de noche, y aquella hora vino una borrasca, y fué tal que pensamos todos perecer. Siguieron á la *Capitana* otras cinco naos, y D. Francisco de Córdoua iba en su nao vizcaina como *Patrona*, la cual llevaba su farol encendido; y como se quedaron más á la mar, no pudieron por la gran mar tomar el puerto. Anduvieron con gran peligro porque la borrasca les tomó más en lleno, de manera que otro dia de mañana no se hallaron en el puerto más de cinco navíos, y la *Capitana*, que fueron seis. Siguieron la *Patrona* todas las demas, y así lo mejor que pudieron, pensando ser anegados, lo uno por la gran mar, lo otro porque no llevaban velas, esperando á la *Capitana*, padeciendo mucha fatiga llegaron al puerto de Mazalquivir, una legua de Orán, y á la entrada fué muy peor que allí; pensaron del todo ser anegados.

CAPÍTULO XII.

Del ánimo y esfuerzo que el Conde tenia, vista la perdicion de su armada.

El muy ilustre señor conde de Alcaudete, Capitan general de África, estando surgido en el puerto del Jub, que es tres leguas de Alicante y dos de Guardamar, siendo de dia, y no viendo su armada, ya se puede sentir qué llegó á su corazon, teniendo entre las ondas del mar su honra, vida, hijos y hacienda, y aún no estar soldadas las llagas del desbarato de Argél. Cada uno de los lectores sienta qué sentiria; mas el Conde, con aquel ánimo generoso con que siempre venció las tribulaciones y trabajos, mostrando aquel rostro sereno, él mismo esforzaba y consolaba á los otros, y digo yo que diria aquello de David, que dice en el psalmo: «De la profundidad llamé á tí, Señor; Señor, oid mi oracion; Señor, ábranse vuestras orejas á mis voces y á mis ruegos»; y así, por cierto, como testigo de vista digo que su Señoría estaba puesto aquella noche de pechos, y las rodillas en el suelo, á los piés de su cama, delante un crucifijo que á la cabe-

cera tenia, con una vela encendida, rezando muchas oraciones á Nuestra Señora y á los Sanctos; y yo, con otros reverendos padres, frailes de Sant Francisco, que su Señoría en esta jornada traia consigo, rezando los psalmos penitenciales, con sus letanías; é yo oia cómo su Señoría respondia á toda la letanía, y esto hacia muchas veces. Estuvimos en aquel puerto del Jub aquel dia entero, pensando que el armada viniera, porque se habia quedado en Cabo de Palos: tomaron allí agua las naos; salimos otro dia al cuarto del alba, y anduvimos la costa de España, hasta el Cabo de Gata, pensando topar con el armada; y de allí refrescó el viento, y con gran pujanza de viento atravesamos la mar, y allí vino otra borrasca harto peligrosa, y mucho, porque, en verdad, nos puso en harto peligro y trabajo, en tanto, que echaron de las naos muchos caballos á la mar, por el gran trabajo en que se vieron. Venido el dia, miramos por las cinco naos que con la *Capitana* venian, y hallámonos solos en el Golfo, sin saber adonde podian haber aportado, porque segun fué la tempestad de la noche pasada, pensamos todos no hubiesen peligrado; y así, venimos á árbol seco en nuestra *Capitana* aquel dia, con harto dolor y pena ver una armada

tan excelente, separada, y no saber della. Contemple el lector qué tal estaria el corazon de nuestro Capitan general.

CAPÍTULO XIII.

De como vimos tierra de Orán, y desembarcó el armada en Mazalquibir, y de la nueva que el Conde tuvo de las naos que faltaban del armada.

Otro dia, mártes, de mañana, divisamos el aguja de Orán; y porque estaba el cielo muy nublado, y sobre la tierra gran neblina, con harto trabajo se pudo conoscer la tierra; y así plugo á Nuestro Señor que venimos en salvamento al puerto de Mazalquivir, en el cual hallamos á Don Francisco de Córdoua con su armada, en la éntrada. Se hizo gran alegría y recibimientos con muchos tiros que el castillo de Mazalquivir tiró y todas las naos, y la *Capitana* entró llena de estandartes y banderas, tocando las trompetas y atambores que en ella venian; y así salió en tierra el Conde, y nos desembarcamos todos, porque los soldados de las otras naos ya estaban en tierra, y los más en Orán. Cosa

nunca vista en esta tierra; estaba la nieve tan alta, que estaban los montes cubiertos. Yo he hablado con hombres que há veinticinco años que están en esta tierra y nunca tal han visto. No pasaron tres dias que luégo vino la nueva como las cinco naos que en compañía de la *Capitana* habian quedado, estaban en un puerto que se llama Arzeo, siete leguas de Orán, en el cual estuvieron más de seis dias, porque el viento les era contrario, de manera que les fué forzoso, lo mejor que pudieron los Capitanes y sus soldados, desembarcar, constreñidos por la necesidad de vituallas, aunque luégo fueron visitados por los alárabes de la tierra, pensando que dieran al través. Esto digo, porque su Señoría proveyó que se le diesen dos doblas á un moro que llevase una carta de aviso á los Capitanes, haciéndoles saber como el armada era llegada al puerto; y dijo el moro que no pudo llegar por los muchos alárabes que estaban en tierra. Visto esto por el muy ilustre señor Conde, mandó á D. Alonso Hernandez de Córdoua, su primogénito hijo, fuese con mucha gente de caballo y de pié á traerlos; y la gente que llevó fueron 150 de caballo y 3.000 peones, pocos más ó ménos, y las gentes del campo

que en tierra estaban desembarcaron, á pesar de los alárabes. Venian marchando á Orán. D. Alonso, con toda la gente, topó con ellos á una legua de Orán, y así, se volvieron, aunque si no se hubieran levantado catorce aduares de alárabes que llevaban espiados, ellos hicieran buen principio de guerra, y digo que si no fuera por ir tan crecido el rio de Chiquiznaque, D. Alonso de Córdoua, con la gente que llevaba y las de las naos tomaran á Mostagan muy á su salvo. Luégo, en estos dias, vino la nao que habia quedado en Málaga de la paga, en la cual venian 1.200 hombres que quedaron por embarcar, y D. Jerónimo de Córdoua por General dellos, y otros dos navíos de Cartagena, en los cuales vino D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, primo hermano del muy ilustre señor Conde con tres banderas, en las cuales habia número de 800 hombres, como en el capítulo siguiente se hará relacion.

CAPÍTULO XIV.

De cómo D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, fué á esta sancta jornada, y de la gente de guerra, armas y bastimentos que consigo llevó, y otros aparejos de guerra.

Como ya en el capítulo pasado se hizo relacion que D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, propuso de poner en efecto esta sancta jornada, despedidos todos sus negocios, este buen caballero, pospuesto el temor de su mala dispusicion, y el amor de su mujer y casa, y de una sola hija muy amada que tiene, y el abundancia de los muchos bienes que Dios le dió, y los regalos suficientes de su casa, poniéndolo todo en olvido para poner en efecto su camino, miércoles, á tres dias del mes de Enero de 1543 años; salió el dicho D. Martin de Córdoua de su casa y cibdad acompañado de sus criados y deudos, los cuales fueron con él vestidos de grana, que es su librea, entre los cuales iban 30 ballesteros vestidos de la misma color y librea, y seis mozos de espuelas, y tres pajes, la vía de Cartagena, pensando poder alcanzar al

Conde; y digo, como testigo de vista, que estando embarcado el Conde en su nao genovesa, á 7 del dicho mes de Enero, estaba muy apasionado y enojado el Conde con ver la tardanza que su primo Don Martin hacia, y no sabia qué le pudiese haber sucedido, y así mandó luégo que se dejase en el puerto recaudo, y para esto mandó, en presencia mia, á D. Diego Fernandez de Córdoua, su segundo hijo, tuviese mucha vigilancia en que tuviese todo aparejo de naos para cuando D. Martin de Córdoua y su gente llegasen al puerto, que no hubiese dilacion alguna para su embarcamento, y así se hizo.

Fué la causa de tardarse tanto el dicho D. Martin, dos cosas: la una, que luégo que el Conde se volvió á su villa de Montemayor, hizo sus bastimentos, así como es vino, bizcocho, tocino y cecinas de vaca, y otras muchas cosas comestibles, de tal manera, que fué la cantidad tan crecida, que no sólo bastó para su compañía, mas para socorro de muchos soldados, demás de la gente de bien, de caballeros y Capitanes y religiosos que á su alojamiento y tiendas se allegaban; y yo, como testigo de vista, sé que era mucha copia y cantidad, pues era uno dellos, y á otros muchos soldados que con necesidad venian, á los

cuales siempre mandaba dar de su bastimento, sin á ninguno negar nada de lo que habia; y todo esto fué necesario fuese por la vía de Málaga, ántes que él se partiese de Córdoua; y la segunda fué, porque estuvo arrestado muchos dias en una torre y en su posada por ciertas diferencias que habia tenido con el Obispo de Córdoua, las cuales causas le detuvieron, de manera que no pudo llegar al tiempo del embarcamento del Conde, y fué por mejor, que recogió mucha gente, como adelante se dirá.

Caminó el dicho D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, con mucha velocidad y priesa las más largas jornadas que pudo, pensando hallar al Conde y su armada en el puerto de Cartagena; y cuando llegó á la cibdad de Lorca tuvo aviso como el Conde y su armada eran ya salidos del puerto. Visto esto, deja la litera en que iba y toma la posta, y de tal manera anduvo, que llegó muy temprano aquel dia al puerto de Cartagena, con mucho cuidado y enojo de ver partido al Conde; y luégo mandó aderezar la principal cámara de un galeon pequeño que allí estaba, y tomó tres carabelas y dos corchapines y un barco sevillano, en los cuales se embarcó el dicho D. Martin y mucha gente y

Capitanes, á los cuales recogió consigo y les dió de comer los dias que estuvo en Cartagena; y despues de embarcados, por la mar, á los Capitanes y soldados que en su navío iban; y acaesció así, que de el armada que el Conde sacó del puerto, con la fortuna que ya en el capítulo pasado se dijo que habia pasado el Conde y su armada, desgaritaron della una nao que se decia la *Trapanesa*, y dos carabelas gruesas, las cuales llegaron al dicho puerto de Cartagena, de donde habian salido, y allí las recogió. Tomado refresco, salió toda el armada con el dicho D. Martin, Señor del Albayda, viérnes, víspera de Sant Sebastian, que se contaron 19 del dicho mes de Enero, con muy buen tiempo, mar bonanza y viento fresco. Llegó el dicho D. Martin con el armada que consigo llevaba al puerto de Mazalquivir, domingo, de mañana, á 21 del dicho mes, en el cual puerto se desembarcó él y todos los Capitanes y gente que con él iban. Llevaba siete banderas, las cuales hizo poner en órden de guerra en sus escuadrones en saltando en tierra, con su vanguardia y retaguardia, y así con esta órden caminó el dicho D. Martin la vuelta de Orán. Sabido por el muy ilustre señor conde de Alcaudete, Capitan general de Africa, la venida

de D. Martin de Córdoua, su primo, la cual el Conde mucho deseaba, y dudaba pudiese venir á tiempo que en esta jornada se hallase; y así, certificado de su venida, se regocijó mucho cuando lo supo, y salió al campo él y sus hijos, Capitanes y caballeros que con él estaban, hasta la cuesta de la Torre del Hacho, en la cual cuesta se juntaron los dos primos, y Don Martin de Córdoua, Señor del Albayda, llegó al Conde y le besó las manos, y el Conde le abrazó y dió paz en el rostro con mucho placer y gozo; y así, con esta alegría, se entraron en la cibdad de Orán. Fué aposentado en el alcazaba en un suntuoso aposento que el Conde habia mandado aderezar, y digo esto porque yo fuí al aposento que dicho tengo, por mandado de D. Alonso de Córdoua, á le visitar.

CAPÍTULO XV.

De cómo el Conde señaló los Oficiales de su ejército para la buena gobernacion y especial cuidado que en ello se habia de tener.

Domingo, 21 de Enero, señaló su Señoría los Oficiales del su ejército; á Don

Alonso de Villaroel, por Maestre de campo, con el capitan Francisco de Arroyo, para que le ayudase; á Melchor de Villaroel, por Sargento mayor. Entregó su estandarte con mucha solemnidad á García de Navarrete, alcaide de Mazalquivir; y así los unos como los otros lo hicieron tan bien como adelante se dirá. A Don Juan Pacheco, General de la gente de caballo; y á D. Mendo, su hermano, con D. Juan de Villaroel, que mirasen y concertasen el escuadron de la gente de caballo, y así lo hicieron; porque, como testigo de vista, digo que los ví muchas veces, porque iba yo junto á el estandarte con mi crucifijo y bandera blanca. Este dicho dia llamó el Conde á su hijo Don Martin, y le encargó y encomendó la gobernacion de la cibdad de Orán, y tuviese especial cuidado de la guarda della, y que mirase la jornada que iba él y sus hermanos, pues ellos iban en empresa tan alta y tan llena de fe, él procurase de tener la cibdad bien proveida, y que no saliesen fuera si no hubiese mucha necesidad, salvo en lo ordinario. E luégo llamó su Señoría á Martin de Mescua, Capitan de gente de infantería, y criado viejo de su casa, y porque, como ya digimos, el Conde dió su estandarte á García de Navarrete, alcaide

de Mazalquivir, mandóle que quedase en su lugar en Mazalquivir, y así, aceptado, se fueron á sus posadas.

CAPÍTULO XVI.

De cómo el Conde tomó muestra general al ejército en los campos de Orán, y el número de la gente que se halló.

Llegó el lúnes siguiente, que se contaron 22 de Enero; sale el muy ilustre señor conde de Alcaudete, Capitan general de Africa, al campo con todos sus caballeros, muy acompañado de gente y trompetas, con su guion delante, y sacó con él al rey de Tremecen, Muley Ab-Abdila, en un caballo blanco, con una ropa de carmesí altibajo, y un capellar de grana, y tomó muestra general á toda la gente de su ejército; la cual salió al campo muy triunfante, y excelentes Capitanes muy ataviados, y muchos y muy buenos soldados, galanes y bien armados, que era cosa digna de memoria ver tanta y tal y tan buena gente, y con tanta alegría y grande ánimo, y tan deseosa de caminar á los infieles. Estaban los campos de Orán

á la Torre los Sanctos, lleno de gente y banderas, que era gloria de mirar; y así, tomada la muestra general de la infantería, sin muchos que se quedaron en la cibdad de Orán, la cual tomó el ilustre señor Don Alonso de Córdoua, en presencia del Conde y D. Alonso de Villaroel, como Maestre de campo; el cual dijo que era la lista de los soldados que se hallaron presentes en la muestra 11.775, sin los de la cibdad y gente de caballo, que son por número trece mil quinientos y tantos, sin los que comen á la mesa del Conde, y los criados de su casa.

CAPÍTULO XVII.

De cómo envió el rey de Tremecen, Muley Mahamet, mensajeros al Conde, prometiéndole 200.000 ducados porque no fuese allá, y de lo que el Conde respondió.

Tomada la dicha muestra general, como ya habemos dicho, vueltos el Conde y el Rey á sus aposentos, digo que este dia fué el primero que salieron los estandartes del Conde y del Rey moro. Sabido por el rey Muley Mahamet la potencia con que

el Conde habia venido, envia aquella noche un mensajero el rey de Tremecen, Muley Mahamet, en que le ofrecia á su Señoría 200.000 ducados porque no pasase adelante; y su Señoría dijo y dió por respuesta que, aunque le diesen todo el reino de Tremecen por suyo, ni á toda Africa, no dejaria de hacer la jornada; y estos 200.000 ducados que los pagaria el dia que el Conde señalase.

Otro dia, mártes, mandó el muy ilustre señor Conde salir la gente toda al campo, y junto á la Torre de los Sanctos estaba su tienda armada, y otras con ella, y mandó que las banderas y Capitanes durmiesen fuera, y así lo hicieron, y pusieron guardas por sus cuarteles y centinelas, de manera que se comenzaron á ensayar en lo que habian de padescer. Este dicho dia comenzaron á venir algunos alárabes, porque fué el primer Xeque que vino Hamet Abdalá, con 20 de á caballo y 27 camellos. Asimismo se mandó este dia subir el artillería de la marina á la puerta de Tremecen, la cual subieron los soldados con unas cuerdas de cáñamo, muy alegremente, y todos muy ocupados en armas y reparos, proveyendo vituallas y bestias para que fuesen, así el muy ilustre Capitan general como D. Alonso y todos

sus hermanos; aunque nos hace mucha falta una nao urca que hasta hoy, que se cuentan 25 de Enero, no es venida, ni se sabe della, en que venian 1.500 arcabuceros y 2.000 picas, y 900 soldados. Tráigala Nuestro Señor, y ayúdele su nombre, que es Sancta Ana. Tenemos todos esperanza en Nuestro Señor Jesucristo, y en la Vírgen, Nuestra Señora, y en Señora Sancta Ana, pues tiene su nombre, que la librareis del agua del mar, y traerán en salvamento. Y digo que más necesidad hay de la municion que la nao trae y el bastimento que de la gente, porque tenemos mucha, aunque si viniese seria muy bien recibida. Ayúdele Nuestro Señor.

CAPÍTULO XVIII.

De otro segundo mensajero que el Rey envió al Conde, y de las cosas que sobre este mensajero acontecieron.

Miércoles, en la noche, que se contaron 26 del dicho mes de Enero del dicho año, le ofrecieron al ilustre señor Conde, de parte del rey de Tremecen, 400.000 ducados porque cesase esta sancta jornada.

Dádiva era esta, por cierto, que á cualquier vara, por mucha rectitud que tuviera, la hiciera doblar, y áun por ser el ofrecimiento de tanta cantidad, puso escándalo entre los soldados pensando que el Conde lo hiciera; y su Señoría luégo, jueves, á 27 del dicho mes, mandó echar bando por todo el ejército que se juntasen los Capitanes para hacerles su parlamento sobre el caso, el cual fué hacerles saber lo que le ofrecian, y haciéndoles cierto que en ninguna manera haria lo tal, aunque el rey de Tremecen le diese todo el reino, y junto con el reino todos los tesoros del mundo, y que esto tuviesen por muy cierto, y que les rogaba y encargaba tuviesen memoria al amor y voluntad con que los amaba, y con qué entrañas les daba todo lo que podia; que hiciesen como buenos españoles, y que sólo por este amor, y para cumplir la palabra que les habia dado, él la quiere efectuar y complir, y ningun interese con ellos mirar, que así lo hiciesen.

E yo, como testigo de vista, digo que el ilustre señor D. Alonso de Córdoua me mandó que subiese al real, á la Torre los Sanctos, donde estaban las tiendas armadas, y dijese misa, y de su parte se lo certificase, y yo lo hice así, y dije misa dentro

de la tienda del Conde por el grande aire que hacia, alzados los paramentos de los lados de la tienda porque pudiesen ver misa y oir el parlamento, y yo se lo certifiqué, y muy alegremente todos respondieron, los que se hallaron presentes, aquello que dijo Sancto Tomé á los otros Apóstoles: *Eamus et moriamur cum illo*, que dice: «Vamos y muramos con él.»; que los trabajos de las noches pasadas no los tenian en nada, mas que me rogaban suplicase á su Señoría de su parte fuese breve la partida, y así se hizo. Cosa digna de memoria, que faltándonos los carruajes, y no pudiendo con barcas tomar la costa de Orán, era necesario proveer los bastimentos que estaban en las naos, y la mar andaba brava, fué forzado se proveyese de manera que los bastimentos viniesen en los hombros de los soldados y caballos. Iban todos con tanto ánimo y placer, que era maravilla ver aquellas compañas con sus banderas, cada uno venir en ordenanza con su saco de bizcocho en los hombros, otros en los arcabuces, otros en las picas, y los caballeros en sus caballos en las sillas, un saco de una parte y otro de la otra, y ellos á pié, desde el mayor hasta el menor, y muy alegres, y así entran este dia en Orán.

CAPÍTULO XIX.

De los tratos y confederacion que Don Alonso de Córdoua hizo con el xeque Guirref y el Haxei, y los del linaje de Muça-ben-Abdalá.

El ilustre señor D. Alonso de Córdoua, primogénito hijo del Conde, residiendo en la cibdad de Orán, en nombre del Conde, su padre, visto que el Conde era venido en España á dar órden á este negocio y efecto desta sancta jornada, como ya en el capítulo pasado digimos, etc.: entretanto que el Conde estaba ocupado en los negocios ya dichos, y en las gentes que consigo habia de llevar, trató el dicho señor D. Alonso, é hizo concierto con el xeque Guirref y con los del linaje de Muça-ben-Abdalá, y con el Haxei, que son Xeques y linajes muy principales y poderosos; y el concierto fué que serian amigos aliados con el Conde, y ayudarian con mucha cantidad de camellos y otras bestias de carga para llevar el bagaje y gente de caballo, con todo lo cual vernian á servir en la jornada; y porque estos Xeques son alárabes y amigos que les den,

y aunque con todo esto se alzan á su mano, para tenerlos aliados y seguros que otra cosa no hiciesen, D. Alonso de Córdoua les dió mucha cantidad de paños, sedas, lienzos y dineros. Sabido esto por el rey de Tremecen, Muley-Mahamet, como estos Xeques tenian este concierto, acordó de tratar con ellos de manera que faltasen lo que concertado tenian, y como son infieles, aunque gente de calidad, como ya dijimos, no tuvieron en mucho la palabra y concierto que con D. Alonso de Córdoua tenian, quebrantando la fe y palabra que le tenian dada, segun su ley; y conociendo esto el rey de Tremecen, y que fácilmente con dádivas los podria atraer en su servicio, ofrecióles y dióles buena cantidad de dinero á cada uno de estos Xeques ya dichos, y tuvieron secreto este concierto, y siempre certificaban al Conde que su venida y socorro seria cierto, y así cada hora los esperaba el Conde en Orán, y desta manera tuvieron algunos dias engañado al Conde hasta que se les sintió la traicion; y como de allá no hobiese ningun remedio de bagaje, como se esperaba, lo cual era más necesario y en más tenido que sus personas, determinóse la partida sin más esperarlos, y ésta fué la causa de faltar el bagaje, por donde no se

llevó tanto bastimento como se llevara si los hobiera; y de aquí el rey de Tremecen tuvo por muy cierto que no podria partir el Conde con su ejército por falta de bagaje en que se llevase el bastimento, y no estaba muy engañado, porque llevar lo que se llevó, y con tan poco bagaje, más parece milagro que cosa hecha de hombres, así por ser el tiempo tan trabajoso de aguas y lodo como era: de manera que cada soldado llevaba su comida y sus armas, y no hacia falta á lo que era necesario en la guerra, de donde se infiere cuán honrada gente era la que en esta jornada se halló, y como la virtud de los españoles, no sólo resplandece en el esfuerzo y pelear, mas aún en los otros trabajos concernientes á la guerra.

CAPÍTULO XX.

De como el Conde mandó á mí, el autor, que predicase en el campo y encomendase la honra de Dios, y que no blasfemasen, y de cómo partió el avanguardia camino de Tremecen.

Sábado, luégo, siguiente, á 27 del mes de Enero, por la mañana, dijimos misa en

la tienda del muy ilustre señor conde de Alcaudete, y les prediqué yo, encomendándoles la paz y que no blasfemasen, porque esto es lo que su Señoría siempre nos encomendó que les encargásemos, y que en esto no se descuidasen, y lo que el Conde por ellos hacia, y *mea voce* respondieron que, cuando otra cosa no tuviesen, las camisas venderian por servicio del Conde. Este dicho dia amanecieron junto al castillo de Razarcazar seis tiendas de alárabes, con sus mujeres é hijos, vacas y camellos, que venian en servicio del Conde, de lo cual todos nos alegramos. Mandó su Señoría este dia ya dicho dar la municion de alpargates á las compañías, lo cual mandó librar á D. Alonso de Villaroel, Maestre de campo, y daba su cédula cada Capitan, conforme á la necesidad que tenia y gente que cada uno en su compañía llevaba, porque de todo mandaba su Señoría fuesen los soldados muy bien proveidos, y así lo encargaba á sus Capitanes. Esto hecho, este dia, á hora de las dos de la tarde, se levantó el avanguardia, en la cual iban 13 banderas, y con ellas 3.000 hombres y más, y D. Alonso de Villaroel por Maestre de campo con ellos, y comenzaron á marchar la vía de Tremecen á un rio pequeño y muy buena estancia,

que está de Orán dos leguas y media, que se llama Mezerguin, lugar de muchas arboledas y algarrobos y palmares, porque los otros dos tercios del campo estaban muy ocupados en traer bastimentos de Mazalquivir.

CAPÍTULO XXI.

De cómo el Conde mandó subir el artillería de la puerta de Tremecen al Real, para la partida.

Otro dia, domingo de sexagésima, que se contaron 28 de Enero del dicho año, á la hora de las ocho, el muy ilustre señor conde de Alcaudete bajó del alcazaba al monesterio de Sancto Domingo, y rescibió el Sanctísimo Sacramento, con su hábito blanco de capítulo vestido, con mucha devocion, como bueno y católico cristiano, porque, como ya dijimos, él habia comulgado en la cibdad de Cartagena en Sant Francisco. Manda luégo echar bando á recogerse todos al Real, el cual estaba sentado á la Torre de los Sanctos, en aquellos llanos, y se subió el artillería de la puerta de Tremecen y toda la municion al Real, lo cual todo fué hecho con

mucha presteza, y fué subida la casa del Conde á sus tiendas, y muy á punto todo para la partida de otro dia. Luégo, el lúnes, que se contaron 29 del dicho mes, bien de mañana, salió su Señoría al campo de partida, y con él el rey de Tremecen Muley Babdila, el cual llevaba una rica marlota de terciopelo verde, y un capellar de grana, y un sombrero de terciopelo negro sobre la toca, y una espada dorada con vaina y cinta de terciopelo verde, con su estandarte delante, y así caminamos con mucha fatiga, por ser el tiempo recio de aguas, y fuimos á pasar la noche á las huertas de Tenecelme, con harto trabajo, porque toda la noche llovió, y porque al tiempo de nuestra partida nos faltó el carruaje. Fué necesario á los soldados llevar su bastimento acuestas, cada uno para ocho dias; y porque no faltase, los de caballo, en los arzones delanteros, cada uno llevó su costal, y el ilustre señor Conde fué el primero que tomó su saco de bizcocho y lo llevó todo aquel dia, y todos los otros caballeros, y el que esto no llevaba, llevaba un trozo de escala; de manera, que por falta de carruaje determinó su Señoría de dejarse el artillería, y plugo á Nuestro Señor, como adelante se dirá, que no fué menester. Otro dia, de maña-

na, nos levantamos con todo el campo, el cual iba tan lucido que era cosa de mirar, como si ningun trabajo hubiera pasado, y la gente de caballo muy lucida.

CAPÍTULO XXII.

De los primeros moros de guerra que vimos, y del parlamento que el Conde hizo á los caballeros cuando los vió.

Pues yendo así, vieron una banderilla blanca de alárabes de la tierra, con la cual venia el xeque Bulacaraz, con 200 lanzas de alárabes de la tierra, la cual viendo el muy ilustre señor Conde, mandó poner la gente de caballo muy en órden en una ala muy grande, y el Conde llegó, en mi presencia, y les dijo lo que dijo Aníbal el Africano, Capitan general de los Cartagineses, hijo de Amílcar, á la pasadu de los Alpes á todo su ejército, yendo contra los Romanos: «Caballeros, mirad que nunca en el lugar que estais llegaron cristianos con la honra que traeis; ruégoos que no se pierda por vosotros lo que con tanto trabajo habemos ganado.» Aquellos caballeros, con grande ánimo se aderezaron, to-

mando adargas y lanzas en sus manos, no viendo la hora de llegar. El Conde llevaba su lanza en la mano, con sus armas secretas. Llegó á reconocerlos un moro de nuestra compañía, y estuvo todo el campo esperando, que segun paresció, era el Xeque ya dicho. Sabido por el xeque Guirref, como el Conde era salido de Orán con su ejército la vía de Tremecen, parescióle ser mal hecho no haber cumplido la palabra y concierto que con D. Alonso de Córdoua tenia hecho; con los otros Xeques ya dichos, acordó enviar un mensajero al Conde con sus cartas para volver de nuevo á aliarse y confederarse con el Conde, y este mensajero era un judío, que habia nombre el Murciano, el cual dicho judío se juntó con el Conde para hacerle su embajada en el puntal de la laguna que adelante diremos. El Conde le recibió muy alegremente, y hubo por bien el amistad de dicho Xeque; y en el concierto quedó que el xeque Guirref saliese á juntarse con el ejército de los cristianos á la casa del Morabito. Volviendo con la respuesta al Xeque, del Conde, topó el dicho judío con Bulacaraz, el moro ya dicho, y sabidos los tratos de Guirref con el Conde, y que este judío era el que contrataba entre ambos, á lanzadas le mató; y esta

fué la causa que no se juntó el Xeque con el Conde hasta llegados á Tremecen. Aquella noche se alojó el campo en el puntal de la Laguna; esta laguna es grande, que tiene nueve leguas en largo y dos en ancho, poco ménos. Tuvimos en este lugar mucha leña y buena agua. Otro dia, miércoles, bien de mañana, se levantó el campo deste lugar, y caminámos tres leguas hasta pasar el rio del Ziz, una legua más adelante de la casa del Morabito, y este dia nos siguieron muchos alárabes por la sierra, y caminaban con nosotros; y así lo hicieron todo el dia, dándonos muchas voces, mas no osaron llegar con gran pedazo á nosotros. Este dicho dia se quedó un soldado desmandado sin que nadie lo viese, estando mandado por su Señoría que ninguno se desmandase, y avisados que el alárabe no toma ninguno á vida, mas luégo en tomándole le da la muerte; y así hicieron á este pecador, que, visto por ellos desde lo alto de la sierra como estaba sentado en una mata de lentisco, pasado el campo cuanto un tiro de ballesta, salieron á él dos caballeros y le cortaron la cabeza y la pusieron en una lanza, y así se fueron. Aquel dia los soldados mataron en casa del Morabito dos moros. Este dia fué muy trabajoso, porque todo aqueste dia

y la noche nos llovió mucho, y con todo esto muy alegres.

CAPÍTULO XXIII.

De lo que el Conde envió á decir á los galanes de Meliona, y de la caida que el caballo del Conde dió con él.

Jueves, primero dia de Febrero del dicho año, y vigilia de Nuestra Señora Candelaria, salimos del alojamiento ya dicho, algo tarde, porque mandó el muy ilustre señor Conde echar bando que se limpiasen los arcabuces, por respecto del agua pasada. Era aquel lugar desierto, como todos los otros alojamientos, porque ningun poblado hay desde Orán á Tremecen. Caminó el campo aquel dia, que era gloria mirar la órden con que iban, mojados, descalzos y alegres con todo esto, como si fueran á bodas. Luégo que fué el dia, vimos los alárabes que venian, muy galanes con tres banderas, por lo alto de la sierra, y serian hasta 200 lanzas, con sus capellares de grana y alquinceles blancos, dando muchas voces, haciendo grandes algaras. El Conde les envió dos moros de

nuestra compañía que dijesen lo que querian, y así se hizo, y los alárabes respondieron diciendo que qué les daria el Conde y serian en su favor y del rey Abaudila. Respondióselos que lo que se les podia dar á cada uno dellos era cien palos bien pegados, y así se quedaron corridos, á lo que yo creo, porque no se hizo caso dellos. Este dicho dia, á las tres horas de la tarde, en un cerro grande que se hace á la mano siniestra del camino que el ejército llevaba, paresció en lo alto del cerro una bandera roja, y con ella hasta 60 lanzas, y algunos escopeteros, asimismo á caballo. Yendo así por la falda del cerro adelante, D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, dijo al Conde: «Bien será que vuestra Señoría tome hoy el alojamiento temprano, porque anoche pasó la gente mucho trabajo y muy mala noche, como vuestra Señoría sabe y á la clara vió.» El Conde respondió: «Echemos primero estos moros que parescen en este cerro con aquella bandera, y á la otra parte dél nos alojaremos, porque me dicen los adalides que de esa otra banda del cerro hay buen recaudo de agua y leña.» Y dicho esto, el Conde pasó adelante á requerir la gente; y como el Conde se fué de allí, D. Martin de Córdoua dijo á D. Juan de la Cueva, y á Diego

Ponce de Leon, y al capitan Alonso Fernandez de Montemayor, y á Juan Ponce, hijos del dicho Diego Ponce, y á D. Hierónimo de Córdoua, hijo del dicho Don Martin de Córdoua, y á otros algunos escuderos de los que allí iban: «El Conde me ha dicho que, echados estos moros de aquí, nos alojaremos desotra parte del cerro donde ellos están; tomemos nosotros la mano y hagámoslo, porque en ello no podemos sino ganar honra; y echados los moros del cerro tomaremos nosotros la posesion del alojamiento, así para nosotros como para todo nuestro ejército.» Algunos de aquellos caballeros se rehusaban, diciendo que el Conde es muy vigilante destos negocios, y trae muy castigada su gente; á las cuales razones Don Martin de Córdoua les respondió: «No se deje en ninguna manera esto de hacer, porque si el Conde hubiere algun enojo ó cuestion, conmigo ha de ser, porque donde vuestras mercedes van no va hombre que desórden ninguno haga.» Oido esto, aquellos caballeros ya dichos, tomaron las armaduras de cabeza y adargas, y así, al más correr de sus caballos, arremetieron al cerro á la parte donde los moros estaban; los cuales, visto con el ánimo que los cristianos arremetieron, volvieron, sin

resistencia ninguna, las espaldas. Como el Conde alzó los ojos volviendo al puesto donde primero estaba, el cual venia, como ya dijimos, de visitar y recoger el ejército, mandó tocar la trompeta con la señal que se hace para parar, y á esta señal el dicho D. Martin de Córdoua y los que con él iban, no pararon, siguiendo su victoria. Como vió el Conde que no paraban, arremetió con su caballo rucio, y aunque poderoso, por respecto que la tierra estaba muy llovida con las muchas aguas que ya habemos dicho, cayó el caballo con el Conde, y áun caida peligrosa, porque diria yo que ví el caballo vuelto arriba y al Conde con trabajo. Fué grande el escándalo que todos tomamos, y cada uno iba al más correr de su caballo á ver qué le habia sucedido en la caida, teniéndolo á mala dicha; mas plugo á Nuestro Señor y á la Vírgen, Nuestra Señora, de quien su Señoría es devoto, que no desampara á los que van en su servicio, que vimos levantar al Conde sin lision ni pasion ninguna; y á la grita que la gente dió cuando vieron al Conde en el suelo, volvieron algunos destos caballeros del cerro la cabeza, y vieron que era el Conde, y así se dieron aviso los unos á los otros y pararon.

Fué muy desgraciado el tiempo que acertó á caer el Conde, porque cuando llegaron al cerro estos caballeros ya dichos, descubriendo, cayó del caballo en que iba el alcaide Abrahen, y pudieran muy á su salvo prenderle ó matarle; no se pudo hacer por la caida del Conde, por el cual respeto todos pararon y volvieron al lugar do el Conde estaba; el cual subió luégo en su caballo sin que ningun daño recibiese, y á D. Martin de Córdoua dió una gran reprension; y yo, preguntándole de su caida, aquello del conde Fernan Gonzalez que respondió cuando le dijeron que la tierra se habia abierto y absorvido un caballero, dije: «Señor, la tierra no puede sufrir á vüestra Señoría, ¿cómo sufrirán los moradores della los rigurosos golpes de vuestra espada?» Respondióme su Señoría: «Padre, es que la tierra me quiere á mí como yo á ella;» y así paramos aquella noche en un palmar, de la otra parte del cerro ya dicho, y á la media noche nos dieron el arma, y esto muchas veces; y allí, por descuido ó por hacer más de lo nescesario, lo cual no deben hacer los que son puestos en los tales lugares, porque les sucederá lo que á éste, y es que nos alancearon los alárabes una centinela, aunque no murió.

CAPÍTULO XXIV.

De la primera batalla que el Conde tuvo con los moros, dia de Nuestra Señora Candelaria, y cómo fueron los moros vencidos, y de lo que nos aconteció en un pantano.

Otro dia, viernes, á 2 de Febrero, dia de Nuestra Señora Candelaria, vimos los moros alárabes cómo nos iban siguiendo por una sierra arriba, corriendo y habiendo placer, haciendo el algazara que suelen, y los nuestros poniéndoseles á vista; y algunos hablaron con ellos, en que fué el uno que les habló D. Francisco de Córdoua, hijo del Conde, y pasaron tiempo. Este dia, á las ocho horas de la mañana, en saliendo del alojamiento, mandó el Conde á D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, que con sus criados y alguna gente, la que pudiese recoger consigo, llevase cargo de la retaguardia, y, para esto, dejó con el dicho D. Martin de Córdoua á Diego Ponce de Leon, su primo, y al capitan Luis de Rueda con su compañía de gente de caballo, y con esta órden caminaron, y siempre llevaban al-

guna gente de caballo de los alárabes moros, que les daban los gritos y algazara acostumbrada en la retaguardia. A las diez horas de la mañana, á la subida de un cerro, pareció una bandera roja grande, y con ella buena copia de gente de caballo. Visto esto, el capitan Luis de Rueda dijo á D. Martin de Córdoua: «Bien será, señor, que se saquen tiradores que llevemos aquí como gente suelta, porque no es posible sino que se les haga algun buen tiro á estos moros.» Y á esta sazon el Conde peleaba en el avanguardia con el alcaide Abrahen y con mucha cantidad de moros de pié y de á caballo, entre los cuales habia muchos escopeteros; y el Conde mandó á D. Alonso de Villaroel que con 500 tiradores fuese por el un lado, y el Conde con la otra gente acometió é hízoles perder el cerro y volver las espaldas. Esto hecho, el Conde no quiso seguir porque estaba la tierra muy lodosa y pesada para la gente de caballo, mas volvió á recoger la gente, y volvieron á caminar en su órden.

Acabado esto, un arcabucero de la gente suelta que D. Martin de Córdoua traia en la retarguardia, vió descubierto el Alférez de la bandera roja, que ya dijimos, y, asestando su arcabuz, le dió

un arcabuzazo que dió con él y con la bandera en el suelo; y luégo, el dicho D. Martin de Córdoua y los que con él iban, dieron Sanctiago por cobrar la dicha bandera, y á causa de una rambla honda que en medio estaba, la cual se tardaron en atravesar, los moros la pusieron en cobro, de manera que fué ésta la causa que la bandera no se cobró, aunque el moro que la traia no la volvió á llevar, porque quedó muerto en el campo. Salidos de la rambla, la vía de la retaguardia, vieron gente de caballo que nuevamente venia; y miraron más adelante, y vieron venir muy gran hilo de gente de caballo muy bien aderezados con ricas adargas y capellares: y esta gente era el alcaide Almanzor-ben-Bogani, Capitan general del reino de Tremecen; Muley-Mahamet, que entónces llevaba la delantera de su gente, la cual traia gran copia de gente de caballo y de peones. A esta sazon llegó Don Francisco de Córdoua, hijo del conde de Alcaudete, á juntarse con D. Martin de Córdoua en la retagurdia, y así se juntó; y desta manera caminaron, llevando más cantidad de moros en la retaguardia que hasta entónces se habia visto, los cuales venian con mucha gana de pelear con los cristianos; y así fué que á las tres horas

de la tarde, á la bajada de un valle, cargaron sobre los cristianos. Esto viendo, algunos de los escopeteros de Orán, que serian hasta 20, se les pusieron en unos bancaletes de peña que se hacian junto al camino, en emboscada, para que al bajar que los moros bajasen, les tirasen. Hicieron tanto daño en los moros, como despues se supo por los propios moros, los cuales dijeron que de los principales dellos hobo muertos y heridos, más de 60, y ántes que estos moros bajasen al llano, hirieron, de un escopetazo, al capitan Alonso Hernandez de Montemayor, el cual se habia llegado á la retaguardia; y á D. Martin de Córdoua le dieron otro en el morrion, y á otros criados suyos les pasaron las adargas y gorjales; pero no hirieron á ninguno dellos de manera que peligrasen. Y así perescieron aquí gran número de escopeteros con los moros.

Bajados al llano, cargó la gente de caballo y peones de los moros, y se juntaron tanto á la retaguardia, de manera que echaron muchas lanzas á los caballeros que en ella iban, y los peones muchas lanzuelas y piedras y garrotes, de manera que convino á los cristianos, por el mucho número de los moros, darles un Sanctiago, aunque en tierra trabajosa de lodo; y dióseles de tal

manera, que murieron siete ú ocho moros de á pié y un caballero, y de los nuestros, ¡bendito Nuestro Señor! no murió nadie, aunque en esto se pasó gran peligro. Visto por D. Juan de Villaroel en el peligro que estaban los caballeros que venian en la retaguardia, dió dello noticia al Conde; y su Señoría, vista la necesidad, mandó hacer alto á los escuadrones, y envióles en su favor á D. Alonso de Córdoua, su primogénito hijo, y al dicho D. Juán de Villaroel con cien lanzas y otros arcabuceros y ballesteros de gente suelta, á socorrer la retaguardia; y así lo hicieron, que el dicho señor D. Alonso Hernandez de Córdoua, con la gente de caballo socorrió; y D. Juan de Villaroel tomó al Capitan de la gente suelta de Orán, Juan Daça, y con alguna gente de caballo socorrió por el otro lado, por el que los moros iban cercando, de manera que el socorro fué muy bueno, y hecho como de muy buenos caballeros, y á muy buen tiempo. Fuéles tan bien á los moros en esta jornada y encuentro, que quedaron tan escarmentados, que otro dia, en la pasada del rio de Tibida, no se osaron llegar tan determinadamente, de donde entendió el alcaide Almanzor-ben-Bogani, él y todos los que con él iban, la poca parte que eran para

resistir á los cristianos. Salimos de aquellos barrancos y ellos se retiraron con poca honra, como ellos merecian, y los nuestros con mucho placer corrieron un jabalí y á lanzadas lo mataron. Este dia nos hizo muy claro, en el cual Nuestra Señora nos comenzó á dar las muestras de nuestra victoria; y porque no hay placer sin contera de pesar, pensando el Conde pasar aquella noche al rio de Tibida, que es paso trabajoso, donde se presumia hallar contradicion, mandó el Conde caminar el ejército, y á la salida de los barrancos, junto á un arroyo, llegamos á un pantano de tanto hondo, que pensamos todos perescer, así por el mucho lodo como por la escuridad de la noche, y de tal manera fué el daño, que se perdieron muchos bagajes y caballos y tiendas, y el Conde perdió mucho, que no se pudo remediar; y su Señoría mandó que dello no se hiciese caso, pensando aquella noche pasar el rio; y D. Martin de Córdoua perdió sus dos tiendas y sus cajas de medicinas y bastimentos. Fué el trabajo tan grande, que con la escuridad de la noche, en unos cerros, á la mano derecha del camino, en unos palmares, asentaron los moros su real, porque parecian las lumbres que tenian, de manera que con

la escuridad de la noche y el desbarat
del pantano, muchos de los soldados pen
saban que las lumbres de los moros era
las del ejército del Conde, y así endereza
ban allá su camino. Teniendo desto e
Conde aviso, usó de una providenci
grande, y es que mandó sacar tres hacha
encendidas, las cuales llevó el capita
Pedro de Valdelomar con otros dos caba
lleros á caballo. Fué éste muy gran reme
dio, porque digo de verdad, como testig
de vista, que si este remedio no se diera
el campo se perdia aquella noche, porque
así como la gente que iba al camino de lo
moros vieron la lumbre de las hacha
tomaron conocimiento que era la lumbr
de los cristianos, y así vieron el camino
y aunque con demasiado trabajo, vinie
ron en salvamento. Fué muy loado est
ardid de guerra y buen remedio que e
Conde dió, y por ser gran rato de la noch
y mucha la escuridad, determinó su Se
ñoría que el campo parase, y así se hizo
que tomamos alojamiento en la ladera d
una sierra, con harto trabajo, en la cua
noche padecimos mucho y demasiado frio
porque en aquel lugar no hay leña nin
guna, y si alguna lumbre hubo, fué qu
ponian los soldados fuego á las palma
No quiero dejar de decir una cosa ta

memorada: que ciertos soldados, al pasar del lodo, á la prima noche, como el bagaje quedó muy dentro en el lodo, sin poderlo remediar, como en la verdad allí se quedaron, estos soldados tomaron ciertos barriles de pólvora, cada uno el suyo, y los llevaron donde el Conde estaba, que era harta poca distancia de camino. Mandó su Señoría darles á cada uno un doblon, y con tanta alegría como si nada hubiera perdido. Toda aquella noche no se entendió en otra cosa sino en darnos alarma, y allí tambien, por mucha y demasiada diligencia nos alancearon una centinela, y le cortaron las manos y cabeza. Esto sucede á los hombres que no hacen bien su oficio y lo que sus Capitanes les mandan.

CAPÍTULO XXV.

De la segunda batalla que dió el Conde á los moros en el rio de Tibida, y cómo ordenó su ejército.

Luégo, sábado, de mañana, á 3 del dicho mes, dia de Sant Blas, el muy ilustre señor Conde y Capitan general de África hizo tocar de mañana la trompeta para

que el campo se levantase, y echar bando con los atambores á recoger á las banderas. Salimos de allí á las ocho del dia, y caminando el campo, supo su Señoría, por nueva muy cierta de un moro que pasó á nuestro campo, como ciertos capitanes del rey de Tremecen, con toda la gente del reino, esperaban á nuestro ejército en el paso del rio de Tibida para darnos la batalla. Fué tan grande el regocijo y alegría que de saber esto tuvo el Conde con todo el ejército, como si se les ofreciera de parte de Dios por muy cierta la victoria. Sabido esto, el muy ilustre señor Conde, como muy esforzado Capitan, ordenó la batalla á propósito de la dispusicion del lugar; y cuando llegó el ejército sobre el paso del rio, vió su Señoría, y vimos todos, que el número de la gente morisma era muy grande, y que se ponian en propósito de dar en el ejército por todas cuatro partes. Era tan grande el ánimo que nuestra gente tenia, como si los moros no fueran hombres; y esto digo porque lo ví andando yo entre los escuadrones de uno en otro con un Crucifijo y una bandera blanca en mis manos, y oia el esfuerzo grande que llevaban. Y así como el Conde tuvo conocimiento de lo que los moros querian hacer, como hombre muy

experto en la guerra, puso en todas cuatro partes del ejército, demás de los capitanes ordinarios, caballeros con la órden siguiente: Mandó al Maestre de campo D. Alonso de Villaroel y al Sargento mayor Melchor de Villaroel, que ordenasen tres escuadrones en tal manera, que los dos de la avanguardia de mano derecha y siniestra fuesen tan largos que entre ellos cupiese todo el bagaje, y delante dél la batalla de gente de caballo, y el escuadron de la retaguardia que cerrase estos dos escuadrones por las espaldas; y por las partes de fuera mandó su Señoría poner todos los tiradores del cabo de las hileras de las picas, de manera que cuando los enemigos acometiesen, calasen las picas, y los tiradores quedasen debajo dellos en el lugar que hay vacuo entre hilera é hilera. En el avanguardia puso su Señoría 1.500 picas de hombres sueltos, y 200 de á caballo, en que habia 40 arcabuceros y ballesteros á caballo. Con esta gente iban por capitanes de los de á caballo Alonso Hernandez de Montemayor y Luis de Rueda, alcaide de Orán; y con la infantería iba, á la mano derecha, D. Mendo de Benavides, hermano del conde de Santistéban y sobrino del conde de Alcaudete, hijo de su hermana, con la mitad

della, y el Maestre de campo D. Alonso de Villaroel con la otra mitad. En la retaguardia de los escuadrones iban por capitanes, demás de los ordinarios, D. Juan de Villaroel en la una parte, y en la otra D. Alonso de Córdoua con otros capitanes. Estos llevaban tal órden, que si el avanguardia tuviese necesidad de socorro, le socorriesen con las gentes de banderas, adelante juntamente con la gente de á caballo que el Conde llevaba en la batalla.

Y con esta órden comenzó el campo á marchar, y llegamos al paso del rio, que iba harto crecido, y allí cargaron los escopeteros de los moros, y hecha nuestra oracion muy devotamente, con una voz muy subida, que casi parecia gemido, la cual puso mucha devocion; en tocando las trompetas, pasó toda la gente del avanguardia tan presto, el agua hasta los pechos, como si fueran por puentes. Los primeros que pasaron este rio fué D. Hierónimo de Córdoua, hijo de D. Martin de Córdoua, y Luis de Rueda, y Alonso Hernandez de Montemayor. Y en acabando de rehacerse de la otra parte del rio Tibida, sobre el cual estaban dos banderas, una blanca y otra colorada, y muchos alárabes, como ya tengo dicho, porque habia venido el alcaide de Benarax, Al-

manzor-ben-Bogani, á recorrer toda la tierra, y con él un renegado, vizcaino de nacion, que es Alcaide de la primera puerta del Mexuar, y Capitan de los escopeteros y gente del campo del rey de Tremecen Muley-Mahamet; y todos aquellos montes tan llenos de gente de caballo y de pié, que era maravilla, y los gritos y alaridos que nos daban, cercados de moros de todas partes, era espanto; y en acabando de rehacerse de la otra parte del rio, caminaron hácia una sierra donde estaba gran número de moros sobre el paso del rio; y pelearon tan bien, que en breve espacio le ganaron la montaña y mataron más de 30 moros, é hirieron muchos con los arcabuces y ballestas, é hicimos alto en la montaña; y el muy ilustre señor Conde iba en la batalla con hasta 1.000 soldados del avanguardia, los cuales pasaron presto el rio. Púsose su Señoría con ellos en un escuadron al pié de la montaña, y estuvieron firmes hasta que pasó el ejército el rio. Como los moros vieron romper tan fácilmente su avanguardia, no osaron acometernos más, de manera que fué nuestra la victoria.

CAPÍTULO XXVI.

De lo que en este rio de Tibida hizo una mujer pública, y las magnificencias que el Conde hizo con esta mujer, y unos hombres que pasaron ciertas mujeres y niños.

Hay aquí dos cosas de notar: la una es, que este alcaide de Benarax es moro muy poderoso, porque es Rey del campo. Llámase Almanzor-ben-Bogani, y el renegado, guarda del Rey y Capitan de los escopeteros, persona entre ellos de merecimientos, llámase el alcaide Abrahen. Esta Tibida es la llave del reino, porque ganado este paso está lo más hecho. Murieron en esta batalla, de los nuestros, solo uno, y esto fué al pasar del rio; murió de un escopetazo. El Conde bajó al rio, del escuadron donde estaba, porque yo estaba á la vera del rio, y allí hizo dos cosas dignas de ser memoradas. La una fué, que vino allí un soldado y dijo que al pasar del rio peligraban algunas mujeres y muchachos: el muy ilustre Señor, no dejando de hacer como buen cristiano, dando gracias á Nuestro Señor con lágrimas de sus

ojos, devotamente, porque yo lo ví, dijo á este soldado: «Tomad vos, hombre honrado, otros cinco ó seis compañeros y estados aquí, y pasad todos los muchachos y mujeres, y yo os daré 50 ducados á vos y á los compañeros que os ayudaren» ¡Oh, qué obra de buen cristiano y magnífico caballero! No quiero dejar de decir otra no ménos grande que ésta que allí hizo en mi presencia. Una mujer pública, de hasta veinte años, venia en el ejército, y parescióle á ella que era buena obra pasar el rio á los que no podian, y descalza, en camisa, con un jubon de dos rasos colorado picado, vestida, y la cabeza con una escofia, y la camisa tomada por bajo, pasó esta mujer muchos hombres con cierta manera que tuvo, de tal arte, que ninguno de aquellos peligró. Más hizo, por cierto, esta mujer que Cloelia, doncella romana, que estando cautiva en el real del rey Porsena, ella y otras muchas doncellas, las pasó el rio de Tíber y las puso en libertad; y digo que hizo más que ella, porque dicen los historiadores que tomó un caballo que estaba paciendo en el real en cerro, y de noche las pasó el rio en el caballo. No lo hizo ésta así, si no á pié y el agua á los pechos. Trujerónsela delante al Conde, y dijéronle lo que habia hecho. Yo os certi-

fico que daba el agua á los hombres á los pechos. Pues como la vió y vió la buena obra que habia hecho, díjole: «Hermana, sed vos buena mujer y casaos, que yo te mando 300 ducados, los cuales te daré luégo que te cases.» Y luégo D. Alonso de Córdoua la mandó llevar á su alojamiento. Visto esto por muchos soldados que allí estaban, dijeron: «¿No nos ha de dar Dios victoria con este nuestro gran Capitan que tales obras hace? á piés descalzos iremos con él hasta Hierusalem.» Recogida la gente pasada del rio de Tibida, nos fuimos todos á alojar aquella noche á la fortaleza y lugar de Tibida, aunque no nos dejaron mucho reposar: pensando los moros poderse algo aprovechar de nosotros, acudieron dos ó tres veces al real, y las centinelas dieron alarma, de manera que reposamos aquella noche bien poco; mas como nuestro gran Capitan tuviese en esto mucho cuidado, en lo que tocaba á las guardas y centinelas estaba tan bien proveido, que si no era por culpa de desmandarse algun soldado, jamás hubo falta. Habia este dia de moros en el campo 5.000 lanzas y hasta 14.000 peones.

CAPÍTULO XXVII.

Del cartel y desafío que el Conde envió al rey de Tremecen Muley-Mahamet.

Otro dia, domingo, de mañana, 4 del dicho mes de Hebrero, salimos de Tibida con nuestro campo, y el muy ilustre señor Conde mandó poner la gente en órden, como siempre tenia aquel cuidado, y así caminamos hasta dos leguas, con tanta grita de alárabes, que, á mi ver, pienso que topamos por aquellos montes más de 30.000 de á caballo y á pié, amenazándonos, y estos nos seguian cada dia, ellos por la sierra y nosotros por nuestro camino, porque habia mandado el Conde no se desmandase nadie á ellos, que de otra manera ellos llevaran su merecido. Este dia, á las nueve horas, llamó su Señoría á un moro, é hizo que hablase con los contrarios, dándoles seguro para que uno dellos llevase un cartel al rey de Tremecen; y el moro fué, y al dar el cartel, si no le socorrieran los nuestros, le costara la vida; y hechas sus diligencias por el moro, lo puso en una mata, y de allí

lo tomaron, el tenor del cual es éste que se sigue:

CARTEL.

D. Martin de Córdoua y de Velasco, conde de Alcaudete, Señor de la casa de Montemayor, Capitan general de los reinos de Tremecen y Tenez por la S. C. C. Majestad del Emperador, rey de España, mi señor: Digo á vos, Muley-Mahamet, que bien sabeis que á instancia vuestra supliqué á la Majestad del Emperador, mi señor, que os rescibiese debajo de su amparo y proteccion por su servidor y amigo, aliado y tributario, y que os obligásteis á dalle cuatro mil doblas de párias cada un año, y otros feudos de caballos y jaeces y halcones, como en la capitulacion se contiene, á que me refiero, y Su Majetad, á suplicacion mia, os concedió todo lo que en la capitulacion se contiene, y lo firmó de su imperial mano, porque yo le certifiqué, debajo de la palabra que me habíades dado, que cumpliríades aquella capitulacion; y porque vos, como mal Rey y alevoso caballero habeis faltado en todo vuestra palabra, y por ser, por la bondad de Dios, el Emperador, mi señor, tan poderoso Príncipe que no ha de tener

cuenta con vos ni con otros Reyes más poderosos en semejante cosa que ésta; yo, como su criado y vasallo, por cuyo medio tratastes, supliqué á Su Majestad que me diese licencia para haceros la guerra, y pediros la falta de vuestra palabra y firma, y soy venido, á Dios gracias, con mi ejército, aquí á las puertas de Tremecen á presentaros la batalla, en la cual, con ayuda de Jesucristo y de su bendita Madre, Sancta María, y del Apóstol Sanctiago, á quien yo tomo por mis abogados, os haré conoscer en ella, si osais salir al campo, que me habeis faltado la palabra y firma y juramento en vuestra ley que me distes, como mal Rey y alevoso caballero; y si no osárades salir al campo, y me esperais dentro de la cibdad, espero en Dios de tomaros y poner en ella Rey que sirva al Emperador, mi señor, lealmente; y porque cumpliré lo que tengo dicho, os envio este cartel firmado de mi nombre. Y porque no fio de vós que tratareis á las personas que os le llevaren como se acostumbra entre Reyes y caballeros, no os lo lleva Rey de armas ni trompeta, sino con este criado vuestro, para que llegue á vuestra noticia.

Y porque en el bagax iban enfermos y

otras personas necesitadas, andaba el campo poco, y los escuadrones los llevaban en medio, esto nos daba pena al caminar, y así haciamos muy cortas las jornadas. Fuimos á alojarnos y á descansar esa noche á un montecillo fuerte y casi cercado con dos arroyos, dos leguas de Tremecen, aunque mejor fuéra decir fuimos á velar, porque toda la noche no nos dejaron reposar los moros, que eran muchos, y sus fuegos estaban de nosotros dos ó tres tiros de ballesta, de manera que viéndose de léjos parescian ellos y nosotros ser un solo campo y estar en dos cuarteles alojados.

CAPÍTULO XXVIII.

De la tercera batalla que el Conde dió á los moros en el campo de Hauda-Beni-Aphar, dia de Sancta Agueda, y de la astucia que el Conde tuvo en ordenar los escuadrones, y cómo fueron los moros vencidos.

Luégo, el lúnes de mañana, dia de Sancta Agueda, á 5 del dicho mes de Hebrero, ántes que saliésemos de nuestro

alojamiento, en rompiendo el alba, de tal manera, que á duras penas se pudiera conocer una moneda, ya andaban delante nosotros y alrededor del monte escaramuzando y dándonos voces con el algazara acostumbrada, y llegaron caballeros moros cerca del alojamiento, y pidieron á voces por Ubedí, que era un caballero moro que iba en la compañía del rey Muley-Abaudila, ó por Gonzalo Fernandez, que era la lengua, los cuales salieron á ellos, y los moros les dijeron que tuviese el Conde por cierto que el rey Muley-Mahamet, con toda la gente del reino le daria la batalla, y que si Dios le diese la victoria, bien; y si nó, que prestase paciencia.

Sabido por el Conde que el Rey queria darle la batalla, regocijóse mucho, y lo mismo hicieron todos los caballeros de su ejército, los cuales estaban juntos en la tienda del Conde, porque á la sazon acababan de oir misa en su tienda; y, como ya tengo dicho, á las voces de los moros, los de nuestro ejército mirar y callar, como si ninguna cosa vieran, y así fueron gran rato del dia hasta tanto que, no pudiéndolo sufrir, un gentil soldado de nuestra gente, criado del Conde, que se llama Francisco de Nicuesa, con un arca-

buz, desde encima de su caballo, derribó un principal moro, y yo le ví caer del caballo, y le ví llevar arrastrando los otros moros, de que todos nos holgamos, y pienso yo que lo mesmo hizo el Conde, aunque le riñó porque se habia apartado. Y digo esto, porque luégo que este moro cayó, algunos de aquellos caballeros que junto al estandarte iban con algunos soldados, alzaron grande voz y movieron los caballos á la parte donde los moros estaban, y diria yo que ví moverse el estandarte, y aunque digo, paresciórne mal, porque iba junto á él con mi crucifijo y bandera blanca; y como el Conde vió se movian aquellos caballeros, el cual andaba recogiendo su gente, puso las piernas á su caballo, y con gran velocidad, su lanza en la mano, se puso delante dellos, y con enojo y con razon los reprendió, diciendo: «¡Caballeros! ¿Qué flaqueza es la vuestra y poco ánimo? ¿Cómo por que un soldado mate á un moro, así tan livianamente os habeis de mover? Gran vergüenza tengo yo de deciros esto; pero, pues es así, ¡por vida del Emperador! mi señor, que si otra tal os acontece, al que lo hiciere, aunque yo pase necesidad, he de alancearle el caballo.» Pasado esto, Don Martin de Córdoua, Señor del Albayda, se

llegó al Conde, y le dijo así: «Suplico á vuestra Señoría mande entregar la retaguardia á quien sea servido, porque yo quiero hoy pelear en el avanguardia con vuestra Señoría.» El Conde le prometió que si la batalla saliese cierta, que él enviaria á la retaguardia recaudo para que él pudiese ir á pelear á la avanguardia, y así comenzó el campo de marchar.

A las diez horas del dia vino un moro á su Señoría del Conde y al Rey, y les dijo como de Tremecen habia salido mucha gente de pié y de caballo, y que esperaban al Conde para darle la batalla, como él en su cartel la habia pedido. El Conde mandó dar de albricias á este moro 20 ducados y un capellar. Venia el Rey con toda la gente del reino y 400 turcos que habian podido venir de las fronteras de Tenez y de otros lugares. El muy ilustre señor Conde y Capitan general ordenó la batalla de la manera siguiente: En los escuadrones de la avanguardia puso en el de la mano derecha á D. Alonso de Córdoua, su hijo, con otros capitanes; y en el de la mano siniestra á D. Juan de Villaroel, y á las banderas destos escuadrones puso todos los capitanes de infantería, y al comendador Mota en la una, y á García de Navarrete, alcaide de Mazalquivir, en

la otra, y algunos tiradores en cada hilera, y así en la retaguardia y en los lados; y su Señoría se puso entre estos dos escuadrones con toda la gente de caballo, que serian hasta 300 lanzas. Aquí llamó el Conde á Pedro de Valdelomar, y le entregó su estandarte, diciéndole así: «Caballero, catá que os encomiendo mi honra.» Y él lo hizo muy bien llevando en esta batalla el estandarte, porque García de Navarrete, Alférez dél, estaba en otras cosas ocupado. El Maestre de campo, Don Alonso de Villaroel, iba con la gente suelta de la mano derecha, y D. Mendo de Benavides en la siniestra.

Los moros eran tantos, que, parecerá burla decirlo, dió su Señoría órden á todos de lo que cada uno habia de hacer, y que ninguno socorriese á otro, si no fuese con demasiada necesidad; y mandó que no fuese con voces, sino con persona particular, porque los renegados y aljamiados de los moros no sintiesen dónde habia flaqueza. Y fué así, que subidos á un llano, donde los moros se pusieron á presentar la batalla, el Conde envió á D. Francisco de Córdoua, su hijo, á la retaguardia, y que llamase á D. Martin de Córdoua que se viniese con él á la avanguardia, como él se lo habia pedido, y así lo hizo; y Don

Francisco de Córdoua, creyendo que toda la pelea y trabajo habia de ser en el avanguardia, quedó allí muy descontento, y pidió á D. Martin de Córdoua que le dijese al Condè, su padre, que enviase por él, y fué al revés de lo que se pensó, porque en la retaguardia hubo mayor peligro y trabajo, como en adelante se dirá.

Los moros ordenaron su batalla desta manera: En la avanguardia, con las banderas del Rey, pusieron hasta 3.000 lanzas en celada, y de los del alcaide Abrahen hasta 2.000 escopeteros y flecheros, y mucho número de gente de á pié; á la retaguardia cargaron más de 4.000 lanzas, en que habria los 1.000 dellos de gente muy escogida, con adargas blancas, muy galanes, con muchas diademas y capellares de grana y de azul, y alquiceles blancos y buenas cotas de malla que traian muchos dellos, como despues pareció en algunos muertos, y armas muy lucidas, y con ellas hasta 500 escopeteros de pié y de caballo: por los costados de nuestros escuadrones hubo mucho número de gente de pié y de caballo, mas los nuestros, teníanlos en tan poco, que parecia bien ser corazon puesto en ellos de mano de Dios. El Conde andaba de escuadron en escuadron, de la avanguardia á la retaguardia, su lanza

en la mano, puesta su celada, que parecia un leon, con tan grande ánimo, con tanto esfuerzo, que no habia nadie que le mirase que nuevo ánimo y fuerzas nuevas no cobrase para pelear, que aunque ciertos religiosos que su Señoría traia para esforzallos, y á mí con ellos, no era nada lo que nosotros hicimos con lo que el Conde animaba la gente, que con cara muy alegre les hablaba y consolaba, y ponia nuevo corazon á la gente como buen pastor que rodea su ganado; así su Señoría, como buen Capitan, esforzando los suyos, trayéndoles á la memoria muchas cosas de la honra de Dios, y el descanso que terniamos ganada la victoria, imitando con esto al buen Scipion, Capitan de los Romanos cuando tomó á Cartago la Nueva á los Cartagineses: en esta órden comenzó el ejército de caminar, y al subir de una ladera de un valle tocaron las trompetas y atambores, que hace mucho al caso para animar la gente; y así, caminando, vimos asomar las banderas del Rey con muchos escopeteros y hasta 300 lanzas, y con tan grande ánimo, que un turco se alargó á la parte donde estaba Don Alonso de Villaroel, dos carreras de caballo adelante de su gente á tiralle con un arcabuz, mas D. Alonso arremetió á él, y

ántes que pudiese dar fuego al arcabuz lo mató de una lanzada y cayó á los piés de su caballo. Y éste fué el primer moro que murió en la batalla; mas bien tuvo necesidad de ser socorrido, porque se vió en mucho trabajo por los muchos moros que dieron sobre él: viendo su Señoría el ánimo con que los moros venian, porque no tuviesen lugar de hacer mucho daño en los nuestros, mandó caminar á gran priesa los escuadrones, y los caballeros alárabes parescieron retirarse, y así el Conde tuvo conoscimiento, como hombre experto en la guerra, que tenian celada, y envió á mandar á los escuadrones que, en moviéndose su Señoría con la batalla, caminasen con gran órden y no se detuviesen en la retaguardia á pelear hasta que les fuese forzado; y si cargase mucha gente de los moros sobre el Conde y su estandarte y gente de caballo, y que la avanguardia de los escuadrones de las banderas adelante, socorriesen al Conde.

Hecha la oracion con mucha devocion, caminó el ejército de la avanguardia: á esta hora llegó D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, donde el Conde estaba, que era algo adelante del estandarte, el cual estaba solo con su guion mirando la órden que los Capitanes, Alcaides y Xeques de los

moros tenian en poner su gente. Llegado D. Martin donde estaba, comenzaron á hablar en la órden que parescia que los moros tenian, y á este punto comenzaron de salir caballeros del estandarte y juntarse con el guion del Conde, los cuales fueron Diego Ponce de Leon y el capitan Alonso Fernandez, su hijo, y D. Juan de la Cueva, y algunos escuderos, que serian todos hasta 30 de caballo, los cuales con el Conde se iban llegando á los moros, de manera que las escopetas ya hacian daño en la gente de á caballo, porque aquí mataron á Francisco de Nicuesa y hirieron un caballo ó dos, y al Conde le dieron un escopetazo en el pescuezo del caballo, y entróle poco. Pidieron algunos caballeros al Conde que diese Sanctiago ántes que las escopetas hiciesen más daño, y el Conde, andando por la gente, le dijo á D. Martin de Córdoua: «¿qué os parece señor hijo?» á lo cual respondió: «Señor, ahora no es tiempo de parecer, sino de ejecutar lo que vuestra Señoría mandare, y aquello á que somos venidos.» Al Conde parecióle que estaba él y su ejército léjos para dalles el Sanctiago; dilatólo un poco andando todavía hácia los enemigos, y desque vió que era tiempo, por la mucha priesa que le daban los caballeros que allí

iban, por el dañoque recibian de los escopeteros moros, llegó á la parte donde Don Martin de Córdoua y Diego Ponce estaban, y así como el Conde llegó, dijo á D. Martin de Córdoua: «señor hijo, vos y esos caballeros dad á esos moros el Sanctiago, y daldes dentro»; y diciendo esto, el dicho D. Martin de Córdoua lo cumplió luégo con hasta 30 de á caballo que habian salido donde el Conde y D. Martin de Córdoua estaba, y su Señoría quedó recogiendo el estandarte y la gente que venian con él, que eran D. Juan Pacheco, su sobrino, y hasta 150 lanzas, los cuales entraron dentro en la batalla haciendo maravillas tras estotros cababalleros; Don Martin de Córdoua, Señor del Albayda puso los ojos en un Alférez que traia una bandera roja grande, al cual mató del primero encuentro de la lanza, y muerto, fué tanta la gente de á caballo de los moros que sobre él acudieron, echándole lanzas de tal manera, que sólo el caballo rucio que llevaba tenia catorce lanzas atravesadas, y en su persona tantas, que á todos nos puso espanto escapar con la vida; mas fué Nuestro Señor servido que no le hirieron si no fué muy poco en un brazo, y el caballo cayó luégo muerto en el campo, y el dicho D. Martin quedó con

su espada y adarga á pié, tomando por baluarte el caballo que muerto en el campo estaba, hasta que fué socorrido de D. Jerónimo de Córdoua, su hijo, y de un caballero de Ubeda, Alférez de D. Juan de Villaroel, que se llama Sanmartin, y Alonso Ramirez, criado suyo, á los cuales dijo que pasasen adelante á pelear, porque volvian moros sobre el dicho D. Martin; y este buen caballero, con su espada y adarga hacia tales y tantas cosas á pié, que á todos nos parecia tener presente el esfuerzo de aquel valeroso Capitan de los castellanos, el buen Cid Campeador. Hizo este dia tanto, y empleó tan bien su generoso brazo, que dél quedará memoria. Y desto que dicho tengo dará testimonio la ropa de grana que encima las armas traia, la cual quedó bien galana de muchas cuchilladas y lanzadas, y el adarga que embrazada llevaba, la cual quedó abierta por lo alto de una gran cuchillada de más de un palmo, de manera que tuvo necesidad del socorro ya dicho. Y como estos que á socorrelle vinieron pasaron adelante, hubo lugar para poder tomar un caballo que le dió Lope de Hoces, un caballero de Córdoua, deudo suyo; y tomado, volvió á la batalla, y como el dicho D. Martin de Córdoua estaba peleando en la batalla con los moros,

quedó la bandera del Alférez que mató en el suelo, muy cerca de donde el dicho D. Martin de Córdoua cayó con el caballo, la cual dicha bandera alzó un soldado, y Pedro de Cuevas, vecino de Ubeda, escudero de la compañía de D. Juan de Villaroel, le tomó al soldado la dicha bandera, y esto era al tiempo que D. Martin subia encima del caballo que á la sazon le habian dado, y por poner en salvo al que le habia dado el caballo no volvió á tomalle la bandera al soldado que la alzaba, salvo decille que se la guardase.

Toda la gente de caballo y gente suelta hicieron en esta batalla tales y tantas cosas, que yo no las he leido ni oido mejores, porque el que ménos tuvo con quien pelear, tuvo tres y cuatro moros delante sí. Visto por su Señoría, vuelve el rostro á sus caballeros, y díjoles lo que dijo Aníbal, Capitan de los de Cartago, á los suyos, estando sobre Sagunto: «Caballeros, no tenemos donde ir, ni de donde ser socorridos. Sanctiago y Nuestra Señora, y á ellos.» Andaba el Conde entre aquellos moros como un leon, haciendo maravillas, de manera que no le esperaban golpe. Murieron este dia muchos de los principales moros, y la mayor parte de los turcos; y volviendo á la batalla, el dicho D. Martin

de Córdoua halló al dicho Pedro de Cuevas con la bandera, y díjole: «Así, hombre honrado, esa bandera que vos llevais ya sabeis que es de un Alférez que yo maté.» Respondió á estas palabras Pedro de Cuevas, y dijo: «Señor, yo se la tomé á un soldado que la alzaba del suelo. Héla aquí.» En este punto el Conde volvia con la gente de caballo hácia la parte que los moros iban huyendo, y topó con D. Martin de Córdoua, al cual preguntó: «¿Venís herido, señor D. Martin?» Y él dijo: «Señor, poco.» Y el Conde le dijo: «Bien os ha sido Señor menester el socorro del hijo y de los deudos. ¡Buena viene la ropa y el adarga! ¡Bendito sea Dios! que la carne viene libre.» D. Martin de Córdoua le dijo: «Señor: esta bandera es de un Alférez que yo maté; quisiera que fuera la Real, porque, como muchas veces he dicho, quisiera emplearme en tomar aquella y no otra; pero pues aquella se ha puesto donde no se puede ver, vuestra Señoría reciba ésta, para que con otras muchas, de aquí á muchos años, se pongan en la capilla de vuestra Señoría, para que haya memoria desta victoria y batalla que Dios, Nuestro Señor, ha sido servido de dar á vuestra Señoría.» El muy ilustre señor Conde y Capitan general de Africa le dijo que se

lo tenia en merced, y mandó á Pedro de Cuevas la llevase y se la guardase. Y Don Martin de Córdoua dijo al Pedro de Cuevas: «Bajad esa bandera, y vaya baja como bandera vencida.» Y así lo hizo, que la llevó baja en seguimiento del alcance y victoria. Duró el pelear de la avanguardia casi tres horas, en la cual se halló Don Mendo de Benavides, sobrino del Conde, y hermano del conde de Sancte Stéban, donde le tiraron cuatro ó cinco lanzas juntas, y con grande ánimo peleó con ellos. Visto por el Conde el trabajo en que estaba D. Mendo de Benavides, arremetió con su caballo, y á un caballero moro que le daba mucha priesa, le dió un golpe con la espada que le atravesó la garganta, y luégo cayó. Estando en esto, llegó nueva al Conde como en la retaguardia apretaban mucho los moros á D. Francisco de Córdoua, su hijo, y á los caballeros que con él iban, porque como fueron desbaratados los moros en el avanguardia, todos cargaron á la retaguardia, y nunca, en más de tres horas, los escuadrones dejaron de caminar hácia los enemigos en órden, peleando.

¿Qué diré del muy ilustre señor D. Alonso de Córdoua, primogénito hijo del Conde? Quisiera tener lengua para poder explicar

el ánimo generoso y el heróico esfuerzo con que, junto á su padre, en el avanguardia, en esta batalla se halló, y las muy crudas lanzas que este dia con su brazo dió, y de tal manera, que los que una vez caian debajo su lanza no tenian necesidad de çurujano ninguno, aunque muy en la memoria los médicos antiguos tuviese. Por cierto que ví con mis ojos que hizo cosas, tan señaladas y de tanta memoria, que quisiera que todos los Grandes de España se hallaran presentes, para ver lo que este buen caballero hizo.

Pues como cargaron tantos moros en la retaguardia, hasta echar muchas lanzas dentro en el escuadron, de tal manera, que hacian daño, porque entre los que allí hirieron fué el uno el jurado Pero Hernandez, y de muerte; viendo esto D. Francisco Hernandez de Córdoua, tercero hijo del Conde, como muy buen caballero y hijo de tal padre, se metió tanto en los moros, haciendo tan extrañas cosas, que á todos los que lo vimos nos puso espanto, siendo de tan tierna edad, que me parece que en su tiempo no pudo hacer más el esfuerzo de Archiles, mas no quedó sin señal de lo que habia hecho, que en pago de la destruicion y muertes que en los moros hizo, le dieron una lanzada, y tal, que le pasaron el

adarga y parte del brazo sobre la muñeca, de la cual lanzada estuvo bien malo: á esta sazon que la lanzada le dieron, llegó el capitan Alonso de Ochoa que allí andaba peleando; y como vió que D. Francisco de Córdoua tenia la lanza metida por el adarga y brazo, llegóse á él y díjole: «Señor, ¿está vuestra merced herido?» y D. Francisco le respondió: «no es nada, tírame desa lanza»; y el dicho Capitan le sacó la lanza del adarga y volvieron á la batalla. Entre los Capitanes de infantería que en la retaguardia se hallaron, fué Hernan Perez de Pulgar, Señor del Salar, bien cerca á D. Francisco de Córdoua, y Hierónimo de Castillejo y Jorge de Castillejo, hermanos, cordoueses; este Capitan á pié y estos dos hermanos á caballo, hicieron cosas dignas de ser memoradas.

Como ya dijimos que tuvo el Conde nueva de los moros que cargaron á la retaguardia, quiso el Conde volver al socorro, y D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, le dijo: «acabe vuestra Señoría de arrancar los moros del campo, y luégo podrá vuestra Señoría volver al socorro de la retaguardia»; y porque paresció que podia suceder algun peligro, mandó el Conde á D. Mendo de Benavides, su sobrino, que con la manga de la gente suelta que traia

fuese y socorriese la retaguardia donde D. Francisco de Córdoua estaba, y á este tiempo llegaron el alcaide Luis de Rueda y D. Juan de Villaroel, los cuales habian estado en el escuadron; y reconociendo la victoria, nuestro gran Capitan mandó á los dichos que con alguna gente de caballo asimismo socorriesen, y así se hizo, y socorrieron á muy buen tiempo y hicieron grandes cosas: entre estos caballeros, iba Francisco de Cárcamo, hijo de Alonso de Cárcamo, Señor de Aguilarejo, y vió al moro que hirió al jurado Pero Hernandez, y arremetío á él y le dió una lanzada por la garganta que le derrotó y hincó la lanza en tierra, y los caballeros ya dichos echaron los moros de la retaguardia con mucha pérdida de los dichos moros. Este dia se cobraron otras cinco banderas, de las cuales mató el un alférez Diego Ponce de Leon y salió muy herido, y su caballo con muchas lanzadas mortales, y así herido, el dicho caballo lo sacó de la batalla, y luégo murió el caballo de las muchas lanzadas que traia: D. Juan Zapata lo hizo este dia como buen caballero, que yendo en la avanguardia salió solo del escuadron y puso las espuelas á su caballo, y santiguándose, arremetió á ocho ó diez moros que vido estar juntos, y con su lanza

mató á un principal dellos, y paráronlo tal, que si no le socorriesen, él tuviera trabajo, como en la ropa paresció.

CAPÍTULO XXIX.

De cómo los moros vieron en esta batalla al Apóstol Sanctiago, y las grandes hazañas que hizo, como en mi presencia ellos lo dijeron, y del número de los moros que en esta batalla se hallaron.

No es justo dejar de decir una cosa tan digna de memoria, y que tanto hace al caso para lo que toca á nuestra sancta fe católica, y cómo Dios es servido que se vea lo que sus Sanctos valen en el cielo; que este propio dia, acabada la batalla, vinieron ciertos caballeros moros á hablar con el Conde, y preguntaron que dónde estaba un caballero que andaba en la batalla, delante de todos, en un caballo blanco, vestido de colorado, cruzados los pechos como ésta del Conde, con una espada en la mano, el cual hacia tales cosas y daba tan rigurosos golpes que no lo podian los moros sufrir, y que sus cosas

eran más que de hombre mortal, donde á la clara conoscimos que era nuestro gran patron de España el Apóstol Sanctiago; y bien parece que fué en nuestro favor, porque en esta batalla tan cruda no murió hombre de cuenta, aunque se pusieron en el principal peligro, excepto cinco soldados. Fueron heridos algunos caballeros y capitanes; Diego Ponce de Leon, deudo del Conde, de una lanzada en la pierna, y el capitan Juan de la Cerda, otra lanzada en la pierna; D. Juan Zapata, con un alfanje en la pierna; D. Juan de la Cueva en esta batalla mostró quien es, porque este dia peleo como Ector, é hizo maravillas, y salió á pelear á la bastarda y con cascabeles, en un caballo castaño, y toda la defensa que puso en su persona pagó su caballo, que quedó en el campo con dos escopetazos en ambos brazos. No quiero que se quede por decir el número de los moros que en esta batalla habia, porque se supo, por nueva cierta de un moro de la cibdad, que con el gran número de gente que habia, tuvieron por muy cierta la victoria; y es así, que el alcaide de Benerax, Almanzor-ben-Bogani, le dijo al rey Muley-Mahamet, hablando en el número de la gente que en nuestro ejército iba: «Calla, Señor, que aquí tie-

nes 8.000 de caballo y más de 60.000 moros de pié, que aunque cada uno otra cosa no haga sino tomar una piedrecita, los haremos á todos piezas; por eso, Muley, no temas, que nuestra es la victoria, y porque veas cómo los vencemos, sal al campo con nosotros.» Y así, le hizo salir para que viese su perdicion. Y fué de tal manera, que á poco rato no tuvimos quien nos diese voces, ni vimos moro en sierra ni en llano. Verificóse aquí lo de Scipion, Capitan de los Romanos, sobre los Cecilianos, cuando dijo: «El enemigo despreciado trae consigo la victoria.» Así fué aquí.

EXCLAMACION DEL AUTOR.

¡Oh, dia glorioso! ¡dia de grande ventura! ¡dia bien afortunado! No pienso yo, por cierto, Señor, sino que vuestra Señoría en algun tiempo hizo tal servicio á Dios, que la paga ó principio della le tuvo guardado para aqueste dia. Dígame vuestra Señoría, ¿qué sintió su corazon despues que hubo alcanzado tal victoria y tan señalada, y contra tanta multitud de infieles? ¿Qué sentísteis, Señor, cuando entrando por medio los escuadrones, despues de vencidos los enemigos, vuestros solda-

dos todos, los unos os besaban la ropa, los otros se abrazaban con vuestros piés, y los otros os daban voces de placer, y con lágrimas de sus ojos alababan vuestra victoria? No puedo yo aquí decir otra cosa sino aquello de David: «Este es el dia que hizo el Señor; alegrémonos, regocijémonos en él.» Mucha razon hay que vuestra Señoría se disponga para dar muchas gracias á Nuestro Señor por las mercedes que este dia vuestra Señoría y todos dél rescibimos. Sea vuestra Señoría muy devoto de la bienaventurada Sancta Agueda, pues en su dia alcanzó tan gran victoria y honra, pues es la mayor que alcanzó Aníbal ni Asdrúbal, ni los dos Scipiones romanos, porque así los unos como los otros, aunque se junte con ellos Alejandro Magno, hijo del rey Philipo de Macedonia; porque si estos conquistaban, era con demasiada gente; y vuestra Señoría entró en África veintidos leguas por tierra, á pesar de los paganos, y con la mayor honra que nunca cristianos se vieron, con 300 lanzas y 12.000 peones. Tenga vuestra Señoría en mucho la victoria que Dios le ha dado con tan poca gente contra más de 80.000 moros; y acuérdese de lo que aquí digo, que en este lugar donde á vuestra Señoría presentaron la batalla, se han

dado otras dos batallas, sin ésta, entre moros unos con otros. Y la una fué á su abuelo deste Rey, y la segunda á su padre Muley-Babdillá, y la tercera es ésta que á vuestra Señoría dieron; y en las dos primeras fueron vencedores los reyes de Tremecen, y en esta tercera hobo vuestra Señoría la victoria de todos tres. Este lugar se llama en arábigo Hauda Benjafar. Plega á Nuestro Señor que siempre tenga vuestra Señoría muchas victorias, porque yo siempre sirva á vuestra Señoría como el dia desta batalla lo hice.

CAPÍTULO XXX.

De cómo el Conde entró con su ejercito en la cibdad de Tremecen, y qué tal la halló.

Fué la batalla á poco más de una legua de la cibdad de Tremecen. Llegamos á ella cerca de la noche, á la hora de la oracion. Huyó el Rey y toda la gente de la cibdad, sin quedar hombre en ella; y porque la gente no se matasen unos con otros á la entrada de las puertas, por entrar al saco, con mucha diligencia hizo el Conde alojar

el campo aquella noche en un olivar, á media legua de la cibdad, pasando la puente del rio Ciocif. Esta puente es grande, de tres arcos muy solemnes, y junto á ella, como vamos á la cibdad, está á la mano derecha una torre alta, fuerte y muy bien labrada, y así está la puente, y esto por el temor que dicho es, y porque no dejasen las picas por el saco.

Esta propia noche vinieron muchos moros á dar la obediencia al rey Muley-Babdila. Luégo, de mañana, mártes de carnestolendas, el muy ilustre señor conde de Alcaudete juntó todo su ejército, y salió de los olivares donde nos alojamos, é fué con su estandarte y gente de caballo á las puertas de la cibdad, las cuales estaban abiertas, y sin ninguna resistencia entró dentro con todo su ejército en la cibdad, la cual estaba despoblada y saqueada de los propios moros, que unos á otros se habian saqueado de tal manera que muy poco hubo que los soldados pudiesen saquear, si no fué trigo, cebada, aceite, manteca, harina, vino y muchas legumbres y alguna ropa, porque desto se podian aprovechar, que habia harto. Mas luégo los soldados fueron á aquella sierra en compañía de algunos de caballo, y trujeron muchos captivos, así moros como ju-

díos, en que fueron de número, en veces, más de 2.000. No es justo quede sin hacer memoria de una cosa tan digna de ser memorada; que luégo, miércoles de la Ceniza, dentro en el Mexuar, que es la casa Real, en el cuarto nuevo que hizo el rey Muley-Mahamet, se celebró el oficio de la Ceniza, donde quedará perpetua memoria, aunque les pese; y en este lugar se decia misa todos los dias que en la cibdad estuvimos, al Conde y sus caballeros.

CAPÍTULO XXXI.

Del asiento desta cibdad de Tremecen, y las particularidades que esta cibdad tiene.

El asiento desta cibdad de Tremecen es el mejor que se vió jamás. Está en un llano, al pié de una sierra muy cercada de muy buenas heredades, con muchas torres y olivares muy buenos, que parece una floresta; y así estaba la cibdad llena de aceite, porque hubo soldado que halló en su posada más de 2.000 arrobas. Es la cibdad redonda como un dinero; tiene la mejor vista que nunca se vió, porque yo

subí á la torre de la mezquita mayor, la cual es muy alta y extremada, toda de ladrillo labrado, que parece á la torre de la iglesia de Sevilla; tiene 166 escalones, sin la torre que está encima á manera de chapitel, que será de cinco estados, desde la cual se parece la cibdad, de donde se ven muy lindas y muy hermosas casas, y muy solemnes edificios. Quiere esta cibdad parecer mucho á Ecija; es la mezquita mayor muy linda, grande y muy esterada, con muchas lámparas, entre las cuales está una de metal que pesará más de once quintales, colgada con unas gruesas cadenas, labrada á maravilla, y está en medio la mezquita, donde ponen las lámparas ó velas, que serán en número infinito. No es justo que quede sin que haya memoria de cosa tan señalada y tan antigua, que se halló en la mezquita mayor una campana, que en el talle della paresció ser muy antigua, y, por razon, es del tiempo que Tremecen era de cristianos, y se perdió cuando fué destruida España, en tiempo del Rey D. Rodrigo, por aquel maldito Conde D. Julian. ¡Juicio grande de Dios! que por Conde fué perdida esta cibdad de Tremecen, que Conde la ganase. Estaba esta campana por lámpara en la mezquita mayor, colgada de

las asas con una cadena de muy gruesos eslabones, y toda cubierta de una hoja de hierro con muchas puntas afuera, en las cuales puntas ponian las velas de manera que della no se parescia otra cosa sino es sólo el rostro.

Certificado al Conde desto, teniéndolo por cosa dudosa, mandó á mí, el autor, que fuese á reconoscer si era así. Yo fuí á la mezquita mayor, y hallé ser campana, é luégo me mandó su Señoría que se quitase de allí, lo cual hicimos el capitan Juan Martinez é yo. É su Señoría la mandó traer á la cibdad de Orán, donde al presente queda. Un claustro muy rico, todo lleno de puertas, de manera que cuando quieren queda todo el patio del claustro cerrado. Tiene esta mezquita 118 postes una fuente de alabastro grande y larga, donde se lavan.

Hay en esta cibdad, en la calle principal, junto á el especiería, el enterramiento de los Reyes. Es una capilla ochavada, muy rica á maravilla. Tienen sobre las sepulturas tumbas doradas, aunque no como las de acá: un claustro grande enladrillado, con muchos parrales y vergeles de una parte y de otra; un aposento rico, con una torre muy fuerte y una puerta como de fortaleza, en la cual está una

fuente caudalosa, de donde bebe la cibdad, el cual aposento y enterramiento fuera bien empleado en monesterio de Sant Francisco.

Tiene esta cibdad el Mexuar, que es la casa Real, tal y tan grande y hermosa y extrañamente labrada, que no lo sé decir, salvo que en muchas cosas excede á la casa Real de Granada, porque en todas las oficinas de la casa hay fuentes de alabastro, muy ricas, y en todos los cuartos lo mesmo. Naranjos, letras y enmaderamientos dorados. No hay nada en la casa que no esté de azulejos hasta la mitad de las paredes; muchos mármoles gruesos de alabastros, estanques de agua muy poderosos, entre los cuales está uno, en el huerto de los naranjos, que tiene 350 piés en largo y 60 en ancho, y tiene dentro un barco, en que el Rey se paseaba. Muchas puertas doradas con cerrojos y aldabas doradas; una huerta real dentro, donde hay todo género de árboles, muchos y muy ricos aposentos. Está este Mexuar ó alcázar murado, y hánse de entrar nueve puertas ántes que entren en él. Es tal, que el Rey que de tal casa huyó y no murió, asido á las aldabas merecia ser quemado vivo; pero permitiólo Dios por muchos pecados suyos, entre los cuales me paresce

que sólò uno què este enemigo usó, fué justo juicio de Dios que todo lo perdiese, y es tener por manceba la mujer de su padre, teniendo licencia, segun su secta, de tener cuantas quisiese, como las tenia; sin otro pecado que cometió de levantarse contra su padre, procurando de echalle del reino; y así, con justo título, meresció ser desheredado. Tiene esta cibdad de Tremecen una alcaycería grande, y, al parecer, rica, con un grueso muro y puertas herradas, con muy lindas tiendas y muchas. Es á la manera de la de Granada, aunque ésta tiene las calles más anchas, y de la mesma manera de la de Granada, cubiertas.

Hay en esta cibdad muchas plazas, aunque no muy grandes. Es cibdad de mucho trato, porque todos los moros del reino venian aquí una vez en la semana con sus mercadurías y negocios. Tiene la platería por sí, en que hay bien 150 tiendas. Hay dos barrios de especiería, en que habrá más de 250 tiendas; y otras muchas, y estas son sin número, donde venden las cosas de bastimentos; pues las tiendas de los zapateros, borceguineros, silleros y boticarios, por cierto que yo las quise contar y no pude.

Tiene esta cibdad dos rios muy cerca-

nos, en los cuales me dijeron algunos moros que llegaban á 60 molinos de pan. Es cercano á la mar, seis leguas, el puerto de Risgol, que es un rio más ancho que Guadalquivir. Es tierra fria, y es la causa que á una legua tiene otra Sierra Nevada como la de Granada. Es tierra muy abundante de pan, porque hallamos tanto en ella, que aunque el ejército estuviera dentro dos años no les faltara de comer, y así de todo lo demas. Es blanca esta cibdad como una paloma. Tiene un barrio por sí de judería, donde hay 1.000 vecinos. ¿Qué diré desta cibdad? No la falta, en verdad, nada para ser una de las del mundo, sino ser poblada de cristianos, porque si así fuese, diria yo aquello de David: *Hec requies mea in seculum seculi: hic habitabo.*

AUCTOR.

Muy Ilustre Señor: Bien podemos aquí decir el verso que vuestra Señoría iba muchas veces diciendo, que es de David, el cual dice: *Unus dominus Deus meus, qui docet manus meas ad prelium, et digitos meos ad bellum.* Bien se lo cumplió Dios todo; porque sepa vuestra Señoría que el rey de Fez, con toda su potestad

vino sobre esta cibdad de Tremecen, en que trujo más de 200.000 moros, y estuvo sobre ella con su ejército siete años, y para tomalla edificó la Almanzora; y púsola este nombre Almanzora, porque el Rey se llamó Muley-Almanzor, que es estos muros y torres despoblados que está edificado encima desta cibdad, lo cual edificó para tener su campo y desde allí guerreallo y ponello en subjecion y servidumbre; y cumplidos los siete años murió en esta Almanzora, no pudiéndola subjetar: estaba la victoria guardada para vuestra Señoría.

CAPÍTULO XXXII.

De lo que los caballeros moros dijeron al rey de Tremecen Muley-Babdila, y de lo que el Rey les respondió, y de una carta que envió un Xeque al Conde.

Mártes, á 13 de Hebrero del dicho año, que se contó 43: estando el rey Muley-Babdila en el Mexuar, donde estaba aposentado el Conde, vinieron al Rey algunos moros de los principales de su compañía y le dijeron: «Muley, sepa

Su Alteza como los libros de nuestra ley están profanados todos y abatidos, hechos pedazos, hollados de los cristianos por esas calles y plazas públicamente, en mucho menosprecio, vituperio y deshonra de nuestra ley; manda, Señor, con tiempo, ántes que esto pase adelante, que se remedie.» Respondió el rey Muley-Babdila: «¿Qué puedo yo hacer en eso? ¿téngoos yo que agradecer á vosotros algo? ¿pusístesme vosotros á mí en mi reino y estado? No tengo que agradecer á nadie si no es á los hijos de Juan, plega á Dios, Nuestro Señor, que, como principal Padre nuestro, que está en los cielos, nos haga tales, que imitemos al Padre que los moros nos dan, y cuyos hijos nos hacen, que es Sant Juan Baptista, que segura tenemos la gloria.» Este dia salió de Tremecen y corrió el campo hasta el rio del Aceituno D. Martin de Córdoua hasta á vista de la cibdad de Usda; este mesmo dia vino el alcaide Abrahen á dar la obediencia al rey Babdila, éste es Alcaide de los escopeteros renegados y gente del campo, como dijimos; es de nacion vizcaino, gentil presencia de hombre, alto de cuerpo, buen rostro, obras malas, porque éste en la batalla nos dió la guerra: este propio dia comenzaron á meter el pan en el Mexuar

por mandado de su Señoría del Conde, de manera que quedase todo recogido para la gente de guerra cristianos que en la cibdad queda, que son 1.200 hombres; y Luis de Rueda, alcaide de Orán, por General dellos con otros capitanes de infantería, los cuales quedan en guarda del Rey y de la cibdad.

Domingo, 18 deste dicho mes de Hebrero, comenzaron á venir los moros vecinos de la cibdad, en que vernian más de 300 lanzas con sus mujeres, hijos y haciendas, á los cuales mandó el Conde que se aposentasen en un lugarico de 500 casas, que estará dos millas de la cibdad, entre las huertas, y vinieron dos Xeques de la Zahara, que es más de 60 leguas desta cibdad, y trujeron gran presente al Conde de muchas cargas de dátiles y otras cosas: de aquí adelante no habia dia que no viniesen muchos caballeros moros, muy generosas personas, entre los cuales vino el Mexuar del Corci, que es alcaide de la Casa real, el Secretario mayor de los Reyes, y otras valerosas personas en mucho número. En estos dias envió un Xeque principal en este reino, llamado Rafefa-ben-Alhamel, una carta al Conde, y por ser ella tal, no es razon que quede sin que della haya me-

moria, porque carta tan breve y compendiosa yo no la he visto; su tenor es éste:

CARTA.

Gracias á Dios, al caballero mejor de los caballeros y Capitan de los capitanes, y que ha señoreado la mar y la tierra, y no hay quien te contradiga, en tu tiempo; el hidalgo, el honrado, el alabado, el estimado, el Señor de sus iguales y la lumbre de los de su tiempo, el Conde, Teniente del Rey de Castilla, encomiéndaseos el que desea vuestra amistad, vuestro amigo Rafefa-ben-Alhamel: despues de preguntar por vuestros negocios; vos habeis hecho lo que hacen los buenos caballeros, habeis cumplido vuestra intencion y la del Rey; querria no me desviásedes de vos. Yo soy vuestro amigo, y las gentes dicen cada uno en su parte. Esto está en vuestras manos, y la salud es á vos.

CAPÍTULO XXXIII.

De una gran cabalgada que el Conde hizo un dia que salió de Tremecen, yendo en su compañía el alcaide Abrahen.

Miércoles, á 21 de Hebrero, salió su Señoría al campo con hasta 150 lanzas, y con hasta 1.000 peones, porque fué avisado del alcaide Abrahen que muchos alárabes habian venido á un lugar que está de Tremecen cinco millas, con muchos camellos, á llevar el trigo y cebada que en aquel lugar estaba, y áun que robaban á los moros que de la cibdad salian; y sabido por su Señoría, salió á la una hora, despues de medio dia, y el alcaide Abrahen con él delante; y porque es cristiano renegado, digo que iba con un sayuelo corto de terciopelo carmesí, y un alquicel blanco encima, con su toca arrebozado, y el Conde en la puerta de Fez, por donde salieron, mandó que le diesen un caballo de su caballeriza, porque el que el Alcaide llevaba no era tal; y así se hizo, que en presencia mia se apeó de su caballo y subió encima del del Conde; y aunque llegó tarde al lugar, porque ya tenian

los camellos cargados, ellos se acordarán del Conde.

Iban ya de priesa, é iba la hila de los camellos casi una legua; habia con los camellos más de 2.000 moros; como su Señoría los vió ir, arremetió diciendo: «¡Sanctiago y á ellos!» Pusiéronse luégo los moros en huida, aunque habia al pié de 300 lanzas con los camellos. Mataron 60 moros, porque no quisieron más; y en esta refriega, un escudero mancebo que se llamaba Frias, rindió á un moro, y despues de rendido, con su propia lanza del Frias le dió el moro una lanzada, de la cual murió. Y á esta sazon llegó el alcaïde de Mazalquivir, García de Navarrete, y le dió al moro una tan fiera cuchillada en el hombro, que lo abrió hasta las espaldas, y allí lo dejó muerto en el suelo. Trujeron 40 captivos, y 350 camellos, y 15 ó 20 asnos. Púdose por ellos decir que vinieron por lana y fueron trasquilados. Fué tanto el gozo que el ejército hubo de ver tan honrada cabalgada, que no lo sé decir: proveyó Nuestro Señor á la necesidad que de bagax el campo tenia; y luégo, otro dia, de mañana, juéves, su Señoría mandó repartir la cabalgada, así de esclavos como de camellos: ya este dia no cabíamos de moros en la cibdad.

CAPÍTULO XXXIV.

De lo que aconteció en los molinos, y cómo mataron al capitan Juan Carrillo y á su Alférez, los moros, con otros soldados, y de lo que el Conde hizo sobre esto.

Y porque se verificase lo que dice el filósofo, que no hay placer sin que tenga su contera de pesar, y esto porque no sólo tienta Dios en los suyos para que se conozcan, más áun para que no se ensoberbezcan; y es que los ama como verdadero padre, y porque quiere que merezcan; es así que, como en esta cibdad haya tanta necesidad de moliendas, desmandábanse los soldados á ir á moler; visto esto, porque no peligrasen, mandó su Señoría que cada dia fuesen dos banderas á hacer guarda en los molinos; y fueron èste dia el capitan Juan Carrillo y el capitan Clavijo, y estando en los molinos, no haciendo caso de los moros, vínose á la cibdad con su bandera el capitan Clavijo, y quedó con harto poca gente Juan Carrillo; descuidados que los moros viniesen, no hicieron guardia. Descienden por un por-

tillo de la sierra, sin que lo sintiesen; por bien que se revolvieron, dieron sobre ellos más de 2.000 moros, y mataron al Capitan y á otros muchos soldados, que serian hasta 35, entre los cuales mataron al Alférez, y le cortaron las manos para tomalle la bandera; y por presto que fueron socorridos, ya el daño era hecho, y ellos subidos en la sierra.

Fué tanto el sentimiento que su Señoría tuvo de la muerte deste Capitan y sus compañeros, que casi no le podíamos ver el rostro, como buen Capitan y verdadero padre; y se vió en harto peligro el capitan Clavijo, porque el Conde le hizo apear, y todo aderezado para degollarle, si no fuera por el señor D. Martin de Córdoua, que le fué buen padrino. Aquí digo que Carrillo murió peleando con los moros, como buen Capitan, y la muerte deste se puede llamar muerte bien aventurada, pues murió peleando con infieles. Consuélome con una cosa, que despues lo pagaron; y aviso á los que en los semejantes lugares fueren puestos, tomen en estos escarmiento y ejemplo.

CAPÍTULO XXXV.

De un reencuentro que hubieron los moros de paz contra los de fuera, y de una solemne burla que el alcaide Abrahen hizo á los moros de fuera á la puerta de Fez.

Viérnes, á 23 de Hebrero, á las dos horas despues de medio dia, vinieron los moros por el puerto, por donde descendieron á los molinos, y por la otra parte de la sierra más de 3 ó 4.000 dellos, y llegaron hasta el llano junto á la cibdad, á la puerta de Fez; y porque no podia nadie salir sin licencia del Conde, rogó el alcaide Abrahen con mucha instancia á su Señoría le diese licencia, que él con aquellos caballeros moros que en la cibdad estaban, saliesen fuera á escaramuzar con los otros moros de fuera, y que no saliese cristiano ninguno hasta en tanto que fuese vista la necesidad que tuviesen de socorro. Y así, salió el Alcaide y con él algunos escopeteros de los suyos á pié; hízolo este dia como buen caballero, que mató él con su lanza más de cinco, sin los que los otros mataron; fué la escaramuza

entre ellos muy reñida. Estaban á la puerta de la cibdad hasta 400 cristianos tiradores, y el alcaide Abrahen se vino retirando hácia los cristianos para ceballos y metellos en un callejon que se hace entre puerta y puerta, que será una buena carrera de caballo en largo, y como el Alcaide se retiró con sus moros, los contrarios vienen tras ellos pensando que se ponian en huida, y entraron la puerta del callejon con grande ánimo muchos dellos, que serian hasta 300; revuelve sobre ellos con el favor de los cristianos, y dice el renegado Abrahen: «¡Sanctiago y Nuestra Señora, hermanos, y á ellos!» y dáles una muy solemne mano, en que mataron muchos dellos, aunque entre los cristianos que salieron fué herido D. Hierónimo de Córdoua, hijo de D. Martin de Córdoua, el cual se metió tanto entre ellos, que cargaron sobre él de tal manera, que salió herido en la cabeza de tres ó cuatro cuchilladas peligrosas; y así, se retiraron á la cibdad, porque no paresció á poco rato moro con quien pelear. Esta mesma noche enviaron dos caballeros moros los contrarios con una bandera blanca, diciendo que ya no querian más xarra-xarra; y lo mismo hicieron otro dia por la mañana, pidiendo paz, y hicieron más que supieron,

porque yo os prometo que si otro dia volvieran, que les estaba aparejada la merienda, y fuera tal, que se acordaran della; mas como su Señoría es tan piadoso, luégo que vinieron los recibió, como cada dia hace á todos los demas. Fué certificado del alcaide Abrahen, que éste que trujo estos moros á pelear es un Xeque valeroso y caudaloso de gente, y que trataban los caballeros, parientes y amigos del rey Muley-Ababdila de casarle con su hija, por la pacificacion del reino, porque el Rey es mancebo de veinte años, y en disposicion de ganar muchos amigos.

CAPÍTULO XXXVI.

De lo que el Conde dijo y hizo á un renegado que se llama Padilla, cuando se vino á reconciliar y volver á nuestra fe.

Este propio dia llegó un renegado, que se llama Padilla, á esta cibdad de Tremecen con su mujer, tambien de nacion cristiana, y naturales de Baeza, porque yo conoscí á su padre deste Padilla, y á un hermano suyo, clérigo; vienen á reconciliarse, como, segun dice, lo tenia

muchos dias ha en deseo, y paresce ello ser así, porque todos los cristianos captivos que habia en esta cibdad, en especial cuando se perdieron en lo de Tibida, él los recogió y vistió á algunos dellos, y les hacia otros bienes, lo que no hacian otros renegados que con él estaban; y desto dan testimonio algunos Capitanes y soldados de nuestro ejército que entónces fueron captivos. Vino muy destrozado, porque los alárabes los habian robado en el camino, de manera que no traia encima sino un alquicel blanco, y áun no muy bueno, y su mujer lo mesmo, siendo persona que siempre fué bien tratado del Rey, y con seis caballos en la caballeriza, y por esto se conoce su buen deseo, porque yo hablé con él, y me dijo que todo lo daba por bien empleado con venir á salvar su ánima y la de su mujer, pues estaban condenadas; y su Señoría del Conde les rescibió muy alegremente con aquellas entrañas de misericordia y amor que siempre tuvo, y le dijo: «Tengo en tanto vuestra venida, por venir como venís, al reconoscimiento de la fe de Nuestro Maestro y Redemptor Jesucristo, como la victoria que Dios me ha dado de tomar á Tremecen, porque venís en conoscimiento del error que habeis tenido.» Por cierto,

muy ilustre señor, teneis mucha razon de tenello así, porque así lo dijo nuestro Redemptor Jesucristo en el Sancto Evangelio: *Gaudium et in cœlis super vno peccatore,* etc., que quiere decir: Grande gozo se publica en los Cielos cuando el pecador viene en conoscimiento del error que ha cometido y dél hace penitencia, etc. Y con aquella liberalidad generosa que siempre tuvo, le consoló y le mandó dar de vestir á él y á su mujer, y un caballo, y todo lo demas necesario, y le prometió que en llegando á Orán él veria lo que haria por ello; y yo los ví ambos á dos, vestidos como su Señoría lo mandó, y muy alegres y contentos, como era razon, de verse entre cristianos.

CAPÍTULO XXXVII.

Del contrato ó concierto que hizo el Conde con el rey de Tremecen Muley-Ababdila, en nombre de su Majestad del Emperador y Rey, nuestro señor, quedando por su vasallo tributario, y de cómo salió el artillería.

Lúnes, á 26 del dicho mes de Hebrero, del año de 43, se hizo el concierto entre el

muy ilustre señor conde de Alcaudete, Capitan general de Africa, en nombre de su Majestad del Emperador y Rey, nuestro señor, y el rey de Tremecen Muley-Ababdila, en esta manera: que el rey Muley-Ababdila quedaba por vasallo tributario del Emperador, nuestro señor, y quedó de le acudir cada año con el tributo que le daba el rey Muley-Mahamet, que es 4.000 doblas cada un año, y ciertos caballos y jaeces y halcones; y así lo juró por su ley, y lo firmó de su nombre y mandó sellar con su sello.

Mártes, á las dos horas despues de medio dia, vinieron los moros á la puerta de Fez, como habian otras veces hecho, haciendo su algazara, entre los cuales venia un Alférez con una bandera blanca, en un buen caballo castaño, con un capellar de grana y un almaizar atado al brazo de la lanza, y descubrióse entre los olivares, bregando la lanza y muy galan. Estaban ciertos soldados encima de la torre de la puerta, entre los cuales estaba un arcabucero, y vió como el moro venia muy rutilante; asestóle el arcabuz y dióle por encima los pechos, y luégo cayó él y su bandera. Los moros le tomaron y llevaron arrastrando, y si su Señoría del Conde diera licencia que los nuestros salieran al campo, yo sé

que se acordaran. Este dicho dia, mártes 27 del dicho mes de Hebrero, mandó su Señoría sacar el artillería á la puerta de Orán; y digo que esta artillería es la que se perdió en la de Tibida, habrá ocho años, poco más ó ménos, y son seis tiros de campo, los cuales su Señoría halló en el Mexuar desencabalgados; porque los moros no me parece que tienen habilidad para menearlos, ó, por mejor decir, fué la voluntad de Dios, porque no hiciesen con ella daño en nuestro ejército. Mandó su Señoría aderezarla y encabalgarla de nuevo, con todos sus aderezos, que fué bien menester poner diligencia en ello, porque estaba muy maltratada, y mandó echar su bando para nuestra partida á la ciudad de Orán. Este dicho dia, mártes susodicho, mandó su Señoría que todo el bagaje se recogiese á la puerta de Fez y puerta de Orán, porque allí hay buena disposicion para ello, porque en cada puerta destas está un llano, harto grande, de las partes de dentro de la muralla, y así se hizo con propósito que nos habíamos de partir otro dia de mañana. Y luégo, el miércoles, salió todo el campo á las puertas para partir; y digo todo el campo, porque en un capítulo pasado dijimos que estaba determinado por su Señoría que

quedasen en la cibdad 1.200 soldados; y despues, queriendo el Conde aprovecharse de aquel dicho del sabio que dice: «de sabios es mudar de consejo;» no quedó ningun cristiano en la cibdad, y fué bien menester, por lo que despues sucedió.

Habia fuera en el campo muchos moros de los que otras veces habian venido, haciendo su algazara. Enviáronles á decir que si querian pelear que saldrian fuera, y esto porque otras veces los nuestros habian salido á ellos, mas en saliendo, luégo se ponian en huida á la sierra, de manera que no se podia haber audiencia con ellos; y para esto salieron algunos moros de los de la cibdad de nuestra parte á hablarles, y acá los nuestros, puestos en órden para salir, y muy alegres, porque lo deseaban. Respondieron que no, sino que querian servir al rey Muley-Ababdila, y que les enviasen los capítulos que habian de guardar, y que el Xeque y ellos lo firmarian. Y esta fué causa que no pudimos salir aquel dia: quedámosnos alojados aquella noche en la cibdad, en aquellos llanos junto á las puertas.

CAPÍTULO XXXVIII.

De cómo el Conde salió de la cibdad de Tremecen, y de la batalla que aquel dia hubo con los moros, que llaman la del Olivar.

Jueves, 1.º de Marzo; luégo, por la mañana, mandó el muy ilustre señor Conde y Capitan general de Africa tocar á levantar su campo para marchar. No se puede pensar el placer que los soldados y todos tuvimos; porque tanto cuanto fué el deseo de ir á Tremecen, tanta fué la voluntad que de salir todos tenian; y era la causa no haber allí más que hacer; y por poner en efecto lo de Mostagan y Benarax, puesto apunto, y el artillería abajo entre las dos puertas, D. Alonso de Córdoua andaba por el ejército tres horas ántes del dia, dando voces diciendo: «Ea, hermanos, almorzar y cargar, y vamos en buen hora.»

Visto que el número del bagaje y esclavos que la gente llevaba, y que muchos honrados soldados llevaban sobre sus hombros, por poner á recaudo aquello que Dios les habia dado; ciertos caballeros del

ejército, los nombres de los cuales aquí no quiero declarar, pusieron en plática al Conde que se quemase el saco que la gente en la cibdad habia habido, y se matasen los esclavos, porque era imposible salir con ello. No obstante esto, salimos de la cibdad de Tremecen á las ocho de la mañana, y salió el avanguardia delante, y luégo el artillería, bien aderezada, como ya dijimos, con 200 gastadores, y luégo el bagaje, el cual era mucho, por respecto de los prisioneros y camellos. En salir este bagaje del Olivar fué mucha la distancia del tiempo, de manera que dejando su Señoría la guarda que fué necesario en la cibdad y en las torres, para que todo el campo fuese recogido, porque esta vigilancia tuvo siempre su Señoría, de manera que, si fuese posible, ninguno peligrase; los caballeros ya dichos volvieron de nuevo al Conde y dijeron que la avanguardia y la batalla eran ya salidas de la cibdad, y no podian cubrir el bagaje, y que aún no era acabado el dicho bagaje de salir de la cibdad y alojamiento ya dicho, que era las Ollerías, que su Señoría mandase poner remedio, porque por ninguna vía se podia defender si los moros acometiesen.

El Conde, visto esto, y como estos

caballeros tanto le apretaban, llamó á D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, y dijo lo que aquellos caballeros decian, y la dificultad que ponian en la defensa del bagax, á lo cual D. Martin de Córdoua dijo al Conde: «Señor, por ninguna manera vuestra señoría permita que tal se platique, porque vuestra señoría lleva gente tan honrada, que con el ayuda de Dios lo defenderán muy bien; digo más, que no nos pueden hacer mayor dañó los enemigos del que nosotros nos haríamos, si eso se hiciese; acuérdese vuestra señoría que es rebiznieto de Martin Alonso, el Alférez que despues se dijo del buey cojo, el cual renombre le quedó de una batalla que ganó en Granada sacando una gran cabalgada de la vega. (Este misterio deste buey cojo será declarado en la genealogía del Conde, que será en el fin desta historia.) Y, pues vuestro bisabuelo con tanto trabajo este renombre ganó, ¿con cuánta más razon vuestra señoría debe conservar lo que se lleva del saco desta cibdad de Tremecen, pues la hazaña es muy mayor, pues fué vencido Rey y ganado reino? pues la cibdad se deja, justo es que el despojo que della se lleva dé testimonio del hecho en toda parte de Spaña; y pues de todas las

partidas della hay soldados, y desta manera los soldados con muy mayor ánimo pelearán defendiendo su hacienda, y si se hiciese lo que estos caballeros han dicho, creerán que vuestra señoría sabe alguna cosa de tan gran peligro que se ha de perder todo, y esto seria ocasion que se les enflaqueciese el ánimo, de manera, que con liviana causa volverian las espaldas, y así seria mayor la guerra que nosotros mismos nos haríamos que la que los enemigos nos hiciesen peleando.» Y con esto mandó el Conde que acabase de salir el bagax, y salió su Señoría del Conde y D. Martin de Córdoua con él, y desde á un rato que el bagax era ya salido de los callejones, fuera de las heredades de la cibdad de Tremecen, comenzó á salir la retaguardia de la dicha cibdad, en la cual venia D. Francisco de Córdoua, tercero hijo del Conde, y D. Mendo de Benavides, su sobrino, y D. Alonso de Villaroel, Maestre de campo; y salidos de la cibdad, los moros que dentro quedaban, que eran de la parte del rey Muley-Ababdila, cerraron las puertas de la cibdad.

Esto, proveido, pasó el Conde adelante á la vanguardia con la gente de á caballo y su estandarte, porque habian

parescido algunos moros, y el olivar y callejones eran largos y peligrosos; y así, salido el bagax fuera, y la retaguardia en el callejon del olivar, sin pensar que moros nos estorbasen nuestro camino, porque los que parescian no eran parte, y ya aquestos se les habia hecho la salva con un tiro de artillería que el Conde mandó asestar á un cerrillo donde los moros se habian mostrado; y digo que el Conde propio cabalgó encima del tiro, porque yo lo ví, y lo asestó, y fué de tal manera que ellos no se quisieran haber hallado allí.

Así como los moros de la cibdad cerraron las puertas de la cibdad, aquella hora se mostraron muchos ballesteros y escopeteros en mucha cantidad, y otros muchos peones y gente de á caballo entre los olivares, y salieron al camino, los cuales comenzaron á pelear con la retaguardia, y del llano donde se asestó el tiro á los moros, vimos una gran grita dentro en el olivar, de las grandes que nos habian dado, y la retaguardia comenzó á jugar el arcabucería apresuradamente, y pidieron caballos á muy gran priesa: visto esto por su Señoría del Conde, mandó tocar la trompeta, y como buen Capitan animoso, da la vuelta al socorro, haciendo rostro á los enemigos, porque otra cosa allí no se

podia hacer, por respecto del olivar ser tan espeso; ésta era la ventaja que nos tenian no poder los nuestros juntarse con ellos; cuando el Conde llegó, estaba la batalla tan trabada, que era maravilla. Mandó su Señoría llamar la gente suelta, con la cual iba la gente del campo de Orán, que serian hasta 400 tiradores de arcabuceros y ballesteros: eran los moros muchos, porque pasaban de más de 3.000 lanzas y 15.000 peones; es el olivar tan grande, que todos estaban puestos en celada dentro en él sin ser sentidos. Pelearon los moros de caballo y de pié con tanto ánimo, que no lo sé decir, porque duró esta batalla del Olivar, desde las diez horas de la mañana hasta las cinco de la tarde, cosa brava y pocas veces vista en nuestros tiempos, que eran las seis horas pasadas y no se conocia mejoría ni victoria de una parte á otra: los de nuestro ejército lo hicieron tan bien, que fué maravilla, porque jugó el artillería tan bien que era cosa de espanto; pelearon con tanto ánimo, que los moros, si son preguntados, dirán cómo les fué; y como el Conde, como ya dijimos, volvió al socorro de la retaguardia, visto que por los callejones no podian aprovechar, ántes le comenzaban á herir alguna gente de

caballo, salióse á una atraviesa ancha que aquel camino hacia, por donde los moros tenian pensado cercar á la retaguardia, de manera que ponerse allí el Conde fué guiado por Dios, porque cuando los moros quisieron venir al paso que pensado tenian, hallaron allí al Conde que los resistió; pues llegado á esta encrucijada, mandó su Señoría á D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, que sacase los heridos y muertos, y que luégo enviase del escuadron de la batalla tiradores; y así lo hizo, y que de allí pasase á la avanguardia que ya estaba fuera de los callejones en un campo ancho, y la recogiese á ella y al bagax y los pusiese en órden, de manera que no recibiesen daño; y así D. Martin de Córdoua salió de los callejones del olivar con ocho de caballo y á mucho peligro, porque los moros eran muchos, los cuales estaban entre la avanguardia y batalla; llegado al avanguardia, mandó Don Martin asestar el artillería hácia los olivares, á la parte donde los moros peleaban con la retaguardia, y dispararon cinco ó seis veces, y hizo tan buen efecto y tanto daño, que los moros aflojaron en el pelear, de manera, que la retaguardia salió libre y el Conde y sus caballeros victoriosos, porque pelearon muy valientemente, y tan

gran rato, que duró la batalla siete horas, y D. Martin de Córdoua les envió tres veces municion de pólvora y pelotas.

Salido el Conde de los callejones ya dichos, mandó á D. Martin de Córdoua que, con la gente de la avanguardia y con 15 ó 20 de caballo fuese á tomar la puente del rio Ciocif, que es paso estrecho. Es la puente grande, de tres arcos, y al un lado de la dicha puente está una torre bien labrada, porque se conoció de los moros que iban inclinados á tomarla. Es este paso estrecho por los muchos olivares que asimismo hay allí; y D. Martin caminó á lo que se le mandaba, aunque vió que la jornada era harto peligrosa. Y digo esto, porque yo, el autor, fuí con el dicho D. Martin de Córdoua á este paso de la puente, encima de un caballo del Conde, con mi crucifijo y bandera blanca; y caminando los moros al paso de la dicha puente por lo alto del camino, pelearon con el xeque Guirref, el cual llevaba 200 lanzas de moros. Salió á ellos con algunos de los suyos, y mató un caballero moro de los contrarios á lanzadas, y á él le mataron la yegua, y los suyos mataron otro, y, en fin, lo metieron huyendo en el bagaje, y desbarataron una manga de tiradores que llevaba por aquella parte en guarda del ba-

gaje; y así convino á D. Martin de Córdoua socorrerles, y volver á echar los moros fuera del bagaje, y así lo hizo, y volvió á hacer cerrar la manga; y el Conde, teniendo por dificultoso el poder llegar á la puente por lá poca gente que D. Martin consigo llevaba para tomar el paso, envió á Jorge de Angulo, su caballerizo, que dijese á D. Martin que parase; el cual respondió que él, con ayuda de Dios, haria la jornada que su Señoría le habia mandado, que se descuidase su Señoría de aquello, que hasta entónces no veia por qué poder dejarse de hacer. Luégo, desde á un poco, envió de nuevo el Conde á Tovilla, su mayordomo, que dijese á D. Martin que parase en todo caso; y D. Martin de Córdoua le dijo: «Direis á su Señoría, como ya, bendito Dios, está tomada la puente, y cómo los moros no tuvieron lugar de llegar, aunque se dieron buena priesa.» Cuando esto vieron los moros de caballo, júntanse más de 600 lanzas, y pónense fuera del olivar con nuevo semblante de guerra y defension de los peones. Visto esto, vuelve de nuevo á ellos el Conde, como buen caudillo, diciendo á los suyos: «¡Ea, señores, Sanctiago y á ellos!» Los moros hicieron rostro con grande ánimo hasta juntar con el escuadron de los nues-

tros, arrojando lanzas; mas el Conde les dió una mano tal, que bien ternán que contar, porque mataron de aquella arremetida 12 moros de caballo. Señaláronse muchos en esta batalla, y cada uno presumia de ser delantero y primero en herir á los enemigos. Entre estos que se señalaron fué D. Francisco Fernandez de Córdoua, tercero hijo del Conde, el cual hizo cosas monstruosas y dignas de grande memoria, de las cuales dará buen testimonio su lanza, porque aquel dia quedó bien tinta en sangre. Señalóse D. Mendo de Benavides, sobrino del Conde, el cual, como viese tres caballeros moros que habian muerto á un Sargento del capitan Francisco de Acosta, dentro en el olivar, estaban los tres caballeros haciendo gazua en el muerto, arremetió D. Mendo de Benavides y el capitan Juan de Benavides á los tres caballeros, y á todos tres dieron la muerte, sin ninguno dellos escapar. Aquí en este olivar se señaló bien Padilla, el que ya contamos en los capítulos pasados, el cual iba en un caballo rucio quemado que le habia dado el Conde, vestido á la morisca. Tomada licencia del Conde, salió á un caballero moro principal, y el moro, como le vió en el campo, sale á él bien adaragado, y arrójale la lanza al Pa-

dilla, y cogióle la ropa con la lanza; y vuelve el Padilla sobre el moro y enristrada su lanza, le encontró por medio el cuerpo, y le echó una braza de lanza de la otra parte, el cual luégo cayó en tierra, y despues de caido bajó el cuerpo el Padilla desde encima de su caballo, y le tomó el adaraga, y así con ella vino al Conde, el cual vió todo lo que habia pasado; y en llegando le abrazó y le mandó dar una cota con su falda, muy rica, de la propia persona del Conde, la cual yo le ví vestida por todo el camino hasta Orán. Mostráronse fuera del olivar hasta 3.000 moros á pié; y visto por el Conde, arremete con la gente de caballo, como bravo leon y Capitan muy esforzado, diciendo: «¡Sanctiago y á ellos!» Mataron tantos dellos cuantos cada uno de á caballo quiso matar. Mostróse en este encuentro el esfuerzo y ánimo grande del Conde, porque iba delante de todos y mató muchos moros. Iba junto con él D. Alonso de Córdoua, su hijo, el cual hizo aquel dia con su lanza sacrificio de muchos dellos. Aquí se señaló Hernan Perez de Pulgar, Señor del Salar, el cual se metió tanto en los moros, que le hirieron de dos lanzadas el caballo. Fué tanta la mortandaz que en los moros se hizo, que pasaron de 450 los

muertos y más de 1.000 los heridos; y esto porque fué gran defensa suya el olivar, que si fuera en lo raso, sin duda, pienso que no hubiera quién llevara la nueva.

Y con la nueva de ser tomado el paso de la puente por D. Martin de Córdoua, dió otro Sanctiago á los moros de nuevo á la retaguardia, y tal, que desde que los moros de la avanguardia que iban al paso de la puente le vieron, volvieron las espaldas y dejaron la demanda de la dicha puente. Eran los moros que pelearon este dia con el Conde los del linaje de Ulet-Harrax, y venia por Capitan dellos Hamet-Çaguer, Capitan del rey de Fez: estos moros venian bien armados de muchas coracinas y armaduras de cabeza. Cuando el Conde llegó á la puenté, regocijóse mucho con D. Martin, al cual halló en ella, y dióle muchos abrazos; y así mandó caminar el ejército hasta un cuarto de legua de la puénte, donde se alojó el campo aquella noche, en la cual nos dieron muchas veces alarma. Escribió el rey Abaudila al Conde el pláceme de la victoria; y el judío que trajo la nueva dijo que decian los moros que dieron la batalla: «Estos no son cristianos, sino diablos, porque eran tantas las pelotas que entre nosotros caian, que parescian granizo del cielo.» Otro dia,

viérnes, de mañana, envió Hamet-Çaguer, Capitan desta gente, una carta al Conde, su tenor de la cual es este que se sigue:

CARTA.

Al más esforzado y más venturoso caballero de los cristianos, el conde de Alcaudete, aquel que ha hecho lo que moros ni cristianos no pensaron que pudiera hacer. Sabe que yo he peleado con los portugueses muchas veces, y pelean como hombres; pero vosotros peleais más que hombres. Bueno es vuestro saber, mas mejor es vuestro esfuerzo y pelear, el cual no se puede vencer. Y aunque tenia en mucho lo que habeis hecho, agora que os he probado en el pelear, veo que hareis lo que que quisiéredes, á pesar de todos los moros; y yo os he sido buen enemigo. Sabed que de aquí adelante os seré muy buen amigo, y desto podeis estar cierto, porque deseo vuestra amistad, y compañía de tan esforzada gente.

CAPÍTULO XXXIX.

De la segunda batalla que el Conde hubo á la salida de Tremecen con los moros, y otros reencuentros, así á la pasada del rio del Ziz y Casa del Morabito, como de la Laguna.

Otro dia, viérnes, de mañana, poco más de medio dia, vimos venir por el camino hácia nosotros hasta 60 lanzas, con una bandera colorada cogida. Sabido quién eran, era un caballero moro con sus amigos, el cual supo la nueva de la batalla del Olivar, y dijo que con aquellas 60 lanzas que pudo de presto juntar, venia á servir á su Señoría. El Conde se lo agradesció mucho, y le rogó que fuese á Orán, y que allí él haria todo lo que le cumpliese, como verdadero amigo. Y así, fuimos con mucho placer aquel dia y el sábado sin ver moro ninguno. Domingo, que se contaron 4 de Marzo, y cuarto Domingo de Cuaresma, cuando se cantaba el Evangelio de los cinco panes, á las ocho horas de la mañana, salieron unos moros á un cerro á darnos los gritos acostumbrados, y serian hasta 1.000 dellos. Visto esto

por el Conde, hizo parar la gente de caballo para dar órden no hiciesen algun daño en la retaguardia, aunque todo iba bien proveido; y visto que se acercaban escaramuzando, sale D. Mendo de Benavides y D. Alonso de Villarroel y D. Juan, su hermano, y el alcaide Luis de Rueda, y García de Navarrete, alcaide de Mazalquivir, y escaramuzando por lo bajo y ladera del monte donde los moros estaban, los trujeron hasta lo bajo; y así, cebándolos, los descendieron del monte. Visto esto por el muy ilustre señor Conde, vuelve la cara á los suyos, como animoso Capitan, y dice: «¡Sanctiago y á ellos!» Da por una parte del lado del monte, y los demas por el otro lado dan en ellos y de tal manera, que en ménos de media hora les mataron 80 moros y más, así de caballo como de pié. ¡Oh venturoso caballero, que así como nuestro Redentor Jesucristo tal dia como éste convidó á todas aquellas compañías á cinco panes, así hoy os convidó á sangre de moros, la cual, por vuestro brazo y de los vuestros, fué derramada mostrando vuestras fuerzas en los enemigos! No tengo que decir destos caballeros sino, que cada uno por sí, en ésta y en todas se mostraron leones; pero tal veian hacer los hijos al padre y todos á su Capi-

tan. Señalóse en ésta Francisco de Carcamo, el Señor de Aguilarejo, natural de Córdoua, el cual, enristrada su lanza mató á uno y prendió á otro. D. Mendo de Benavides se metió tanto en los moros, que mató muchos, y á él le mataron el caballo, y salió á pié. El alcaide Luis de Rueda, y el jurado Gonzalo Hernandez, y García de Navarrete, alcaide de Mazalquivir, hicieron muchas cosas en los moros. Fué la matanza tal que allí se hizo, que á poco rato no vimos más moros.

Lúnes á la pasada del rio del Ziz, se mostraron sobre un cerro hasta 100 lanzas de alárabes, muy galanes y con semblante de pelear, juntos encima del cerro. Su Señoría mandó soltar dos piezas de artillería, y si mi vista no fué engañada, ellos dieran los caballos por no se haber hallado allí. Fué tal el espanto, que aquel dia no vimos más moros.

Vinimos aquella noche á alojarnos á unos llanos lantiscales, donde tuvimos leña, y nos dieron alarma dos veces, y pienso que procedió de tener tan cerca la casa del Morabito. Y otro dia, mártes, de mañana, se mostraron hasta 150 lanzas de alárabes de Meliona, y todavía pensamos que querian pelear, y así se mostraron escaramuzando. Estos son los alárabes de la

sierra de Arba. Mas su Señoría les mandó hacer la salva con cuatro piezas de artillería, y fuéles tan bien, que se pasaron de la otra parte de la laguna grande, que ya dijimos, y así nos dejaron el camino bien ancho; y si la verdad quisieran decir, ménos fueron que vinieron; y D. Francisco de Córdoua y D. Mendo de Benavides llamaron con las adaragas para escaramuzar, prometiéndoles que no tirarian tiro ni arcabuz ni escopeta, sino que viniesen con seguro desto, mas no quisieron esperar, aunque todavía dejaron prenda, que D. Francisco de Córdoua y D. Mendo de Benavides burlaron á un caballero moro que allí mataron; y los demas pasaron la laguna de la otra parte, y el campo vino marchando su camino hasta un espinar que está entre las dos palmas, donde nos alojamos aquella noche, en la cual descansamos, porque ya no tuvimos quien nos diese alarma.

CAPÍTULO XL.

De cómo el Conde envió los enfermos con su bagaje á Orán, y la compañía que les dió para su camino; y de cómo vino aquella noche D. Martin de Córdoua, hijo del Conde, á ver á su padre.

Luégo, miércoles, de mañana, á las ocho del dia, su Señoría mandó que los enfermos y heridos fuesen llevados á Orán, ellos y su bagaje, que fué buen acopio, que serian hasta 200 personas; y mandó á D. Francisco de Córdoua, su hijo, y al alcaide Lüis de Rueda, fuesen en su güarda con toda la gente del campo de Orán, que serian hasta 250 tiradores, porque desde este espinar donde nos alojamos aquella noche hasta la cibdad de Orán hay tres leguas y media. Fué el campo aquella noche á alojarse una legua de Orán, en un palmar, donde tuvimos mucho refresco de vituallas de muchas personas que nos visitaron aquella noche de la cibdad, entre los cuales vino D. Martin de Córdoua, cuarto hijo del Conde, porque este señor quedó en la cibdad de Orán por Gobernador y Capitan, en nombre

de su Señoría del Conde, entretanto que esta sancta jornada su Señoría hizo á Tremecen. Con el cual todos nos regocijamos con su vista. ¿Qué haria su padre viniendo tan victorioso? Yo lo ví que estuvieron padre é hijo gran rato abrazados el uno con el otro, sin se hablar. ¡Oh, venturoso señor, que en todo fuistes dichoso y bien afortunado! No sólo en vencer á los enemigos de la fe, en lo cual tuvo vuestra señoría tan gran ventura, cual nunca caballero en nuestros tiempos ni ántes tuvo; mas aún hizo Dios venturoso y bien afortunado á vuestra señoría en darle cinco hijos, y tales cuales convenia para tan honrado padre y para tan generosa madre; los nombres de los cuales son: D. Alonso de Córdoua, primogénito, y el segundo D. Diego, y el tercero D. Francisco, y el cuarto D. Martin. Siendo éste el cuarto y de tan tierna edad, hizo una cabalgada, en la cual prendió 11 moros y trujo mucho ganado á la cibdad en aquel breve espacio que estuvimos en Tremecen. Hay otro menor que estos, que se llama D. Cárlos.

CAPÍTULO XLI.

De cómo llegó el Conde á Orán, y del rescibimiento que le hicieron los de la cibdad.

Otro dia, juéves, que se contaron 8 del dicho mes de Marzo, entró el muy ilustre señor conde de Alcaudete, Capitan general de Africa, en la cibdad de Orán con todo su ejército, muy pujante, con los escuadrones, avanguardia y retaguardia, y gente suelta y de caballo, con su estandarte de la misma manera que se dió la batalla grande en el campo de Hauda-Benjafar, á legua y media de Tremecen; y digo esto como testigo de vista, porque á todo me hallé presente, é iba junto al estandarte, encima de un caballo del Conde, con mi crucifijo y bandera blanca enarbolada. Saliónos á rescibir la gente que estaba en la cibdad, que habia venido en la nao urca de *Sancta Ana*, que ya hicimos mencion que habia faltado del armada, que eran 900 soldados con sus Capitanes, muy á punto en su escuadron, el cual estaba á la Torre los Sanctos; y salió D. Francisco de Córdoua y el alcaide Luis

de Rueda, con toda la gente de caballo que trajeron en guarda de los enfermos, y con ellos D. Martin de Córdoua, con otros muchos honrados hombres, y con ellos el capitan Martin de Mescua, el cual quedó por alcaide de Mazalquivir, porque, como dijimos, el Alcaide de esta fortaleza llevaba el estandarte en esta sancta jornada; y así como llegó el Conde al escuadron, jugó el arcabucería muy por órden gran rato y muy bien, y luégo acude la Torre de los Sanctos con su artillería, la cual tiene buena, porque así es menester.

Esto pasado, llegan los escuadrones de nuestro campo con el artillería á vista de la cibdad, y jugó nuestra artillería por muy linda órden; y en cesando el artillería, comienza á jugar el arcabucería de nuestros escuadrones, por su órden, que era gloria de lo oir. Esto hecho, suelta el alcazaba muchos tiros gruesos, y el castillo de Rezalcazar lo mismo, porque está bien proveido, y todo con mucha órden; de manera que era tanto el fuego y humo y sonido, así del artillería como de las campanas de las iglesias, torres y monesterios, que parescia cosa encantada. Fué tanto el regocijo y alegría de la gente y moradores de la cibdad de Orán, que no hay lengua que lo pueda decir. Estaban

todas las mujeres y doncellas en los terrados, con adufes y otros instrumentos en las manos, tañendo con mucha alegría y placer; y en las torres de las iglesias y monesterios con bocinas, haciendo muchos sones, todo lo cual daba á entender la victoria habida. Yo ví llegar hombres honrados, vecinos de Orán, llorando, á besar los piés al Conde y decir: «¡Bendicto sea Dios, que tan gran victoria dió á vuestra señoría!» No puedo yo decir la gloria que rescibió la cibdad, segun lo que mostraron los habitadores della; la clerecía salió de los monesterios en procesion, con las cruces cubiertas de rosas y flores, hasta la puerta de la mar, por donde el Conde habia de entrar, y así lo recibieron con gran solemnidad; un estrado de carmesí altibajo, puesto en la iglesia mayor delante el altar principal della; y de allí se fué nuestro gran Capitan á Sancto Domingo, donde hicieron lo mismo; y de ahí se subió á su alcazaba y aposento; y todos aquellos señores, con el ilustre señor D. Alonso de Córdoua, se quedó fuera, en el campo con el ejército, el cual fué aposentado en la Rambla honda, lugar muy aparejado para ello, y allí fué armada la tienda del señor D. Alonso de Córdoua y otras muchas de otros Ca-

pitanes y Oficiales del ejército; y este aposento mandó su Señoría hacer fuera de la cibdad, porque más aparejado y á punto estuviese el ejército para la jornada de Mostagan.

CAPÍTULO XLII.

De cómo el Conde fué avisado que el rey Muley-Mahamet era huido de Benarax, y de lo que el Conde proveyó, porque los soldados vendian los esclavos.

Domingo, que se contaron 11 del dicho mes de Marzo, á las siete horas de la tarde, entró en el alcazaba Cidi, alárabe, tio del rey Muley-Ababdila, hermano de su madre del Rey, y dijo al Conde como el rey Muley-Mahamet era huido á Levante él y el alcaide de Benarax; y esto digo, porque cuando perdió la batalla y salió huyendo de la cibdad de Tremecen, él y sus valedores se retrujeron á Benarax, donde estuvieron retraidos todo el tiempo que el ejército estuvo en la cibdad hasta que llegamos una legua de la cibdad de Orán, y como en el capítulo pasado

dijimos que su Señoría mandó ir todos los enfermos y heridos con su bagax un dia ántes que nosotros; como siempre hay espías en los semejantes ejércitos de los enemigos, tuvo noticia el rey Muley-Mahamet como su Señoría habia mandado esto, pensó que sin falta el Conde se alejaba para desde allí caminar la vía de Benarax, y con el temor que tenia, visto lo pasado al Conde, luégo determinó de dejar la tierra, y así se fueron él y el Alcaide la vía de Levante: destas nuevas se holgó mucho el Conde y todos los que presentes estaban, y así se publicó por todo el ejército.

Otro dia, lúnes, su Señoría del muy ilustre señor conde de Alcaudete y Capitan general de África, salió á la plaza que está delante de la puerta del alcazaba, donde está el artillería, acompañado de muchos caballeros, y visitó el artillería, señalando los tiros que á Mostagan se habian de llevar, entre los cuales señaló dos tiros gruesos de batería y diez de campaña, y mandó desencabalgar ciertos dellos, que tenian las cureñas maltratadas, y que con mucha diligencia fuese todo puesto á punto, y mandó llamar al ilustre señor D. Alonso de Córdoua para que hubiese muy buen recaudo en los panaderos y biz-

cocheros y todos los otros oficiales de los bastimentos, para que todo estuviese á punto para la jornada de Mostagan; este dia fué avisado su Señoría como muchos soldados vendian los esclavos que habian traido de Tremecen, y mandó á D. Alonso de Villaroel, Maestre de campo, que de su parte llamase á Portuendo, atambor general del ejército, el cual hizo echar bando que, so pena de perdimiento de bienes, al soldado que vendiese, los dineros que recibiese y al que comprase esclavo, ninguno fuese osado de comprar ni vender esclavo ninguno ni caballo; preguntándole á su Señoría por qué no daba licencia que cada uno vendiese su esclavo, respondió: «La causa que á esto me mueve es bastarles á los soldados que vendan las cosas menudas, así como lienzos y otras cosas para sus necesidades, las cuales no son muchas, pues aquí se les da racion cada dia de lo necesario; quiero, y es mi voluntad, que los esclavos y esclavas guarden en la cibdad adonde á ellos bien visto les fuere, para cuando hayamos concluido la jornada de Mostagan y Benarax; y pues yo les tengo de dar naves á mi costa en que vuelvan á sus casas, quiero que no vayan disipados, sino que lleven mejoría más de la que truje-

roń, y se parezca lo que en la cibdad de Tremecen hubieron, y ésta es mi intencion, que vayan mejorados.» Y los caballos y otras bestias para que en esta jornada de Mostagan sirvan, y así juntándose lo que en esta jornada de Mostagan Dios nos dará, con lo que acá tenemos, todos iremos honrados á nuestras tierras.» Y así fué loada la sancta intencion del Conde, y todos á una voz dijeron que era muy bien hecho, y así lo aprobaron por bueno.

CAPÍTULO XLIII.

De la muerte de Don Hierónimo de Córdoua, sobrino del Conde, hijo de Don Martin de Córdoua, Señor del Albayda, y de lo que en ella se hizo.

Juéves, 15 del dicho mes, murió Don Hierónimo de Córdoua, hijo de D. Martin de Córdoua, Señor del Albayda, que como ya dijimos en el capítulo pasado, cuando los moros llegaron á la puerta de Fez, salió este caballero sin celada y fué herido en la cabeza, y vino á la cibdad de Orán y murió este dia; y fué así, que en su muerte se hallaron todos los caballeros y

señores que en esta sancta jornada iban; y para los que se pudo haber luto, lo llevaron, y el Conde mandó juntar á su enterramiento á todos los Capitanes con sus banderas, las cuales iban casi tendidas por el suelo, y los atambores todos destemplados, los cuales hacian un sonido muy doloroso; y bien era razon, porque él lo merescia y murió en tal demanda: iba su Alférez á caballo con su bandera, todo cubierto de luto; fué sepultado en el monesterio de Sant Francisco; iba acompañado el cuerpo, como dicho habemos, del Conde y todos los demas, llevando en medio dellos á su padre, el cual iba acompañado con toda la clerecía y frailes de los monesterios de Sant Francisco y Sancto Domingo, y toda lo cibdad; y juntamente con él murió este propio dia el jurado Pero Hernandez, el cual fué herido en la batalla del campo de Hauda-Benjafar, que fué la grande, á legua y media de Tremecen, dia de Sancta Agueda. Este dicho dia mandó el muy ilustre señor conde de Alcaudete embarcar todos los enfermos y heridos que en esta sancta jornada habian adolescido, en una nao que se llamaba *Los tres reyes*, en la cual mandó meter mucho bizcocho y pan fresco, y pasas y vino, y doce carneros en pié, con su

médico y çurujano, y mandó á mí el auctor, que viniese con ellos como enfermero, como ántes lo era, y mandó á García de Navarrete, su camarero, que me diese 50 ducados para la jornada, y que repartiese entre los enfermos y heridos; y yo, así como su Señoría lo mandó, hice; y para ello me mandó dar su carta firmada de su nombre, para que en el puerto adonde Dios nos llevase, de la justicia fuésemos bien rescibidos; desembarcamos en el puerto de Cartagena, viérnes de Ramos, que se contaron 16 del dicho mes, á las ocho horas de la tarde, y allí, además de lo necesario qué á los enfermos y heridos se les dió, proveí de cuatro carros en que fuesen á sus tierras.

Plega á Nuestro Señor, muy ilustre y gran señor, que siempre haga Dios, Nuestro Señor, victorioso á vuestra señoría, y así como le ha dado tanta honra sobre la tierra, la cual, en nuestros tiempos ni ántes, nunca Príncipe cristiano ha ganado; así, Él haya por bien de dalle favor para que, cuando deste mundo vaya en el otro, que es su Reino, donde paga los servicios y trabajos, merezca alcancar la gloria *ad quam nos perducat. Amen.*





AQUÍ COMIENZA

LA

SEGUNDA JORNADA

QUE EL MUY ILUSTRE SEÑOR CONDE DE ALCAUDETE, SEÑOR DE LA CASA DE MONTEMAYOR, CAPITAN GENERAL DE ÁFRICA, HIZO LA VÍA DE MOSTAGAN.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo el Conde salió con su ejército de la cibdad de Orán, la vuelta de Mostagan.

Pues, como ya dijimos en el fin de la primera jornada (*), que fué la de Tremecen, que el muy ilustre señor conde de Alcaudete, Señor de la casa de

(*) Al pié de la página hay una nota de letra del siglo XVI, pero de distinta mano, que dice: «Todo lo que escribe en la primera parte, que él vió, es verdad, la segunda parte que escribe, fué de oidas, y así no dice lo cierto en muchas cosas.»

Montemayor, Capitan general de África, estaba muy ocupado en hacer que hubiese abundancia de bastimentos, y reparando el artillería que se habia de llevar, y mejorando sus caballos, porque de las muchas batallas y demasiados trabajos de la jornada de Tremecen estaban muy fatigados, fuéle forzoso á su Señoría estar en Orán quince dias, que fué bien menester para, segun los trabajos pasados habian sido excesivos, y áun con todo esto, no iban tales cuales era necesario que fuesen. Llama su Señoría del Conde al Maestre de campo, D. Alonso de Villaroel, y manda en el real, el cual estaba alojado en la Rambla honda, que todos los Capitanes tomasen bastimentos para sus soldados, para que cada uno llevase bastimentos para cuatro dias. Esto hecho, y sacada el artillería al campo, Miércoles Sancto, que se contaron 21 de Marzo del año de 43, salió el Conde, en amaneciendo, y subió al campo á la Rambla honda, donde el ejército estaba alojado; y apercibida la partida, se levantó el avanguardia á las diez horas de la mañana. Iban con ella trece banderas, y D. Martin de Córdoua, cuarto hijo del Conde, con ellas, y el Sargento mavor Melchor de Villaroel. Iba muy

lucida y muy galanos soldados en ella.

Salió el Conde con todo el ejército á las doce horas del dia. Iban con su Señoría y su estandarte 160 lanzas de cristianos y 7.000 peones, entre los cuales serian los 5.000 tiradores de arcabuceros y ballesteros. Juntóse el campo con el avanguardia luégo, á hora de las tres de la tarde. Iban sus escuadrones muy en órden desde el punto que salieron del alojamiento de la Rambla honda. El Conde, con su guion y estandarte, fueron á alojarse aquella noche á los Pozuelos, que son unos pozos que están de Orán dos leguas y media, y son estos pozos siete ú ocho, los cuales estaban cubiertos con la yerba, porque estaban todos aquellos campos la yerba hasta la rodilla. No se puede pensar el ánimo generoso y esfuerzo deste gran Capitan, que siendo certificado que Mostagan estaba socorrido de Cenaga, rey de Argél, el cual habia enviado toda su potencia por mar y por tierra, como adelante se dirá, no los tuvo en nada. Iba con tanto esfuerzo y alegría como si tuviera por muy cierta la victoria. Pues llegados á los Pozuelos, alójanse allí aquella noche, donde descansaron del trabajo de su camino, poniendo sus guardas y centinelas como de costumbre tenian. Llevaban

cinco tiros de campo muy buenos, y uno grueso de batería.

CAPÍTULO II.

De lo que aconteció al xeque Guirref y su gente, con los galanes de Meliona.

Juéves Santo, que se contaron 22 del dicho mes de Marzo, muy de mañana, mandó su Señoría del Conde tocar la trompeta para la partida. Salió el campo del alojamiento á las ocho horas de la mañana. Este dia venia el xeque Guirref con 300 lanzas; y, como ya dijimos en la jornada pasada, este moro es un Xeque muy honrado, hombre grueso, anciano, y por su persona hombre de quien se hace caso entre ellos. Y digo esto, porque le conozco y muchas veces ví traia consigo sus aduares, tiendas y mujeres y hijos y ganados, en que, segun dicen, traia más de 4.000 cabezas de ganado, y muchas vacas; y viniendo así con todo su ejército y familias, salen á ellos los galanes del valle de Meliona, y pelean con el xeque Guirref y su familia, el cual lo hizo muy bien él y los suyos, aunque como los de

Meliona eran muchos, porque son más de 600 lanzas, tuvo necesidad de ser socorrido; y así envió dos moros á caballo al Conde, suplicándole se detuviese, porque los de Meliona le daban guerra. El Conde le respondió que él no podia dejar de llegar aquella noche á Arceo, por lo cual no se podia detener, mas que se iria poco á poco; que lo mejor que pudiese se viniese peleando con ellos; y el Xeque, vista la respuesta del Conde, lo hizo así, que muy valerosamente peleó con los galanes todo el camino, y les hizo mucho daño; y ellos le hirieron dos caballeros y un caballo. Acabados de despedir los dos moros del xeque Guirref, parescieron tres puercos jabalíes, muy grandes, los cuales fueron por los caballeros muertos, y el uno mató D. Mendo de Benavides, sobrino del Conde, y así se fueron aquella noche á dormir á Arzeo, lugar antiguo, despoblado, donde áun están las casas, las paredes algo altas de piedras muy grandes, y una torre en medio, caido el un lienzo, que se dice ser aquella torre de la casa del Rey antiguamente. Fué alojado el campo á la parte de la marina, junto á dos fuentes que están allí, porque el ejército tuviese abundancia de agua. Y porque este lugar está algo alto, asentado en un cerrillo, fué

necesario abajar de la otra parte de la marina por respecto destar junto á las fuentes. Era algo fragosa la descendida; no pudo aquella noche bajar el artillería hasta el campo. Quedó aquella noche con su muy buena guarda.

CAPÍTULO III.

De cómo vinieron aquella noche las galeras de Argel al puerto, y lo que hicieron, y lo que el Conde proveyó (*).

Viérnes Sancto, á 23 de Marzo del dicho año, muy de mañana, y tanto que era una hora ántes del dia, sintieron navíos en la mar, porque era tan de mañana que no los pudieron ver, y eran las galeras de Cenaga, de Argel, las cuales eran cinco galeras gruesas y una galeota; y así como llegaron tiraron á los fuegos de nuestro ejército, dándoles el alborada con tres cañones gruesos de crujía, con los cuales mataron un caballo rucio del Con-

(*) Hay una nota marginal que dice: «Aquí le dieron el estandarte á Hernando de las Infantas, hasta que volvieron ahora.»

de y un soldado. Y es así, que dos hermanos estaban acostados juntos, y quieren decir que eran de Córdoua, y mataron al uno y quebraron la pierna al otro, é hirieron á otro. Acabados de soltar los tres cañones, sueltan toda su arcabucería, que, al parecer, serian más de 600; y luégo, en continente, tañeron las gaitas y añafiles y atambores que en todas las galeras traian.

Visto esto por el Conde, va él y sus Oficiales y hijos dando voces por todo el ejército, como buen Capitan, bien proveido, porque sus soldados no pasasen más detrimento, con aquel esfuerzo heróico que siempre tuvo, decia á grandes voces: «¡Matá los fuegos, matá los fuegos!» Y así fué luégo hecho; y el Conde, como un leon, va á aquel cerro á pié, solo, donde el artillería estaba, y la mandó luégo descender, la cual trujeron por una rambla abajo hasta un cerrito que está un tiro de ballesta de la mar. Las galeras volvieron otra vez á llegarse más á tierra, porque así como tiraron los tres tiros se retiraron; volvieron de nuevo otra vez á tirar otros tres tiros. Visto esto por el muy ilustre señor conde de Alcaudete, Capitan general de Africa, mandó soltar dos piezas de su artillería, con el uno de

los cuales se dice haber deshecho la proa de la una galera, y herido algunos, por lo que despues paresció. Las galeras de los turcos se retiraron; vino luégo un Poniente hecho, y así les fué forzoso meterse en el puerto de Arzeo, y allí se desembarcaron algunos de los turcos en tierra, y hicieron grandes fuegos, por donde se tuvo crédito ir heridos algunos dellos.

Esto pasado, vido el Conde desde el lugar del cerro donde estaba asestada el artillería, un mastel de navío, y era el de la galeota, y creyóse estar los turcos en tierra. Vino D. Mendo de Benavides, sobrino del Conde, y pidió licencia al Conde para ir á ver qué era, y si estaban allí ó qué cosa fuese, la cual licencia el Conde le dió, y fué en su compañía el alcaide Luis de Rueda, y hasta 10 ó 12 de caballo, y bajando á la marina vieron que era la galeota de los turcos, y corrieron la costa abajo hasta emparejar con la galeota; y D. Mendo llevaba un arcabuz encima de su caballo, y tiróle con el arcabuz, y otros dos de caballo hicieron lo mesmo, que llevaban arcabuces, y la galeota se retiró y se fué con las otras al puerto de Arzeo; y así se volvieron adonde el Conde estaba, y comenzó el campo á marchar la vía de Mostagan, el cual ya

veian desde el cerro donde el artillería estaba asestada.

Caminó aquel dia el ejército en su órden, sus escuadrones hechos como de costumbre tenia. A hora de la doce del dia llegó el xeque Guirref con su gente y familias, el cual se juntó con el Conde; y luégo, en llegando, le fué á besar las manos y le entregó su bagax, con sus mujeres, hijos, camellos, hacienda y ganados, lo cual era mucho, y el Conde lo recibió debajo de su proteccion y amparo, y les mandó que pasasen delante al Xeque y su gente; y así, con esta órden, caminaron aquel dia hasta el rio de Chiquizuaque, al cual llegaron á hora de las tres de la tarde; y así llegados, el rio estaba crecido, y el Conde, como vió el rio crecido tomó la gente de caballo con su guion, y fué el rio arriba gran pieza de camino á ver si habia algun vado por do el ejército pasase; y visto que no habia remedio, se volvió y determinó de dar órden como se hiciese una puente por do el ejército pasase, porque no peligrasen ninguno de los suyos, como buen Capitan, celoso del bien de sus soldados; y así lo mandó poner por obra, mandando cortar muchos árboles que á la vera del rio están, que se llaman sabinas. ¡Oh,

muy soberano y grande Dios que fuísteis y sois servido de dar tan grande esfuerzo á los españoles, que en tan poco tenian los peligros de la tierra y de la mar; que, viendo la voluntad deste gran Capitan, el buen conde de Alcaudete, que para ellos tenia, no temiendo las aguas muy furibundas del bravo mar, las cuales no obedecen, Señor, como los hijos de Israel no temieron las grandes murallas y aguas del Bermejo mar, así estos leones de España no temieron, mas ántes con muy gran esfuerzo!

Aún el buen Conde no habia acabado el razonamiento de la puente, cuando estaban más de 500 soldados de la otra parte del rio, y así pasaron todos las corrientes aguas del rio y contraste de su fin en la mar, sin pasion, el agua sobre los pechos, y los caballos casi nadando, de manera que para nuestro ejército no fué necesario la puente. Visto esto por los moros que en compañía del Conde venian, suplicaron al Conde se diese órden como pasasen sus ganados y familias. El Conde, con aquel amor de padre verdadero, proveyó de dalles remedio, y mandó desencabalgar el artillería, y con los carros de la municion, y con las ruedas y ejes dellos, y con aquellos árboles que ya di-

jimos, sabinas, cortados vera del rio, y mucha tierra, hizo un puente que seria de cuatro piés en ancho, por do pasó el ganado y las mujeres y muchachos de los moros; y así, pasado el campo el rio, fué á alojarse el ejército aquella noche un tiro de ballesta del rio, á unas quebradas de unos montones de tierra, porque las galeras de los turcos no pudiesen hacer daño en el Conde y su ejército.

CAPÍTULO IV.

De como el xeque Guirref peleó con los moros contrarios, y cómo pidió socorro al Conde y el Conde le socorrió.

Otro dia, sábado, víspera de Pascua de Resurreccion, que se contaron 24 de Marzo del dicho año, muy de mañana, mandó el muy ilustre señor Conde tocar su trompeta para levantar su campo, y á las ocho horas de la mañana se levantó el ejército de las quebradas ya dichas, y caminó la costa de la mar adelante, hasta media legua, los escuadrones de su ejército muy en órden, como muy experimentado, y su

artillería en mucha órden y recaudo; y como llegaron á un cerro, el Conde, como hombre sagaz y experto en la guerra, temió no hubiese de la otra parte del monte celada de moros, mandó llamar al xeque Guirref, y mandó que él y sus moros fuesen delante y subiesen encima el monte y descubriesen la tierra, y viesen si habia alguna celada como ellos acostumbran hacer; el Xeque obedece luégo el mandamiento de nuestro gran Capitan, y toma sus moros y va delante y sube á lo alto del cerro, y bajan de la otra parte del cerro hasta una cañada, y allí hallaron en celada más de 2.000 lanzas de moros alárabes, y llegados, escaramuzaron los unos con los otros muy bravamente, y allí hirieron los moros contrarios dos de los de nuestra parte y un caballo en las hijadas; y los moros de nuestra parte y compañía de Guirref mataron uno ó dos de los contrarios y hirieron otros, porque luégo hicieron los moros contrarios grandes fuegos, donde se presume que era para curar los heridos: viendo el xeque Guirref los muchos moros que en el campo habia, despacha un moro de caballo al Conde, dándole aviso del número de los moros, y cómo él quedaba peleando con ellos, que suplicaba á su Señoría mar-

chase el campo con presteza á socorrelle.

Llegado el moro á do el Conde estaba, y hecha su embajada, el Conde mandó marchar el campo muy apriesa, y el Conde puso luégo las piernas á su caballo; siguieron tras él sus hijos y su estandarte con todos los caballeros que en el avanguardia iban, hasta subir encima del cerro, y allí paró con el estandarte y toda la gente de caballo con él, y de allí veia cómo peleaban los moros unos con otros; y mandó luego su Señoría á D. Mendo de Benavides que fuese luégo allá con algunos de caballo á socorrer al Xeque, el cual lo hizo luégo, y tomó los más que halló, que serian hasta 12 ó 14 de caballo y alguna gente suelta; visto por los moros contrarios como los caballeros bajaban la ladera del monte abajo, se retiraron; y así caminó el campo aquel dia hasta medio dia, y aquella hora, llegando á unas cañadas el Conde con su ejército, estaban en las cañadas en celada hasta 4.000 lanzas de alárabes, cubiertos con unas sabinas, que son, como ya dijimos unos árboles que se crian en aquella tierra, y en aquel lugar ó cañadas hay muchos, de manera que las 4.000 lanzas, con otra mucha gente, estaban cubiertos; y salidos los moros de aquel lugar de en-

tre las sabinas, tomaron con gran grita y algazara, como ellos suelen, la fuente donde el Conde con su ejército se iba aquella noche á alojar: como el Conde vió tomada la fuente, con grande ánimo y esfuerzo camina á ellos con propósito de pelear y quitalles la fuente; mas visto por los moros el toque de las trompetas y denuedo con que el Conde iba, determinaron, de ántes que llegasen, desembarazar el lugar, y así lo hicieron, que luégo se retiraron al cerro y dejaron la fuente libre; y así se alojó el Conde con su ejército aquella noche 200 pasos de la fuente.

CAPÍTULO V.

De cómo el Conde tomó á Mazagran, y de los moros que estaban en el lugar, y de lo que en este dia aconteció.

Domingo de Páscua de Resurreccion, 25 del dicho mes, á las ocho de la mañana, se levantó el campo y comenzó á marchar, y el Conde, como buen Capitan, visto que si iban por la marina los podrian las galeras de los turcos dañar, porque no

hiciesen daño con su artillería en el ejército, mandó que subiese el campo un cerro arriba, aunque era trabajosa la subida y se habia de hacer con alguna dificultad: mas aunque con trabajo, subió el ejército hasta unos llanos que encima del monte estaban; y como el campo estuvo en lo alto y llanos, ordena el Conde muy bien sus escuadrones, porque era muy grande la muchedumbre de los moros que parescia, y yendo el campo marchando por unos barbechos adelante, vino un caballero moro encima de un caballo rucio, y llegóse tan cerca del escuadron, que quiso echar su lanza escaramuzando en el escuadron, y el Conde mandó que ninguno de caballo saliese á él: visto por un soldado viejo, de la compañía de Tovilla, arcabucero (este soldado nació en Bailén y se llama Martin Azedo), acercóse lo que pudo al caballero moro y asestóle su arcabuz y dióle en la cabeza, y dióle de tal manera, que luégo cayó muerto, y el caballo se volvió á los moros; los soldados se desmandaban para ir á despojarlo, mas el Conde vino corriendo en su caballo y mandó que nadie se desmandase, y aquel soldado que lo mató le mandó ir adelante paso á paso y que él lo despojase, y el soldado lo hizo como el Conde se lo

mandó, y lo despojó, y le halló doce doblas y una buena marlota, y la lanza y espuelas y borceguíes; y el buen soldado lo repartió todo entre los soldados, excepto el dinero (*); y así caminó el campo hasta Mazagran con mucha grita de moros, y á un cuarto de legua de Mazagran vió el Conde y todos los de su ejército el lugar con mucha infinidad de moros, y estos eran el xeque Humida-Lauda que habia venido, y el alcaide de Benarax, Almanzor-ben-Bogani y el alcaide de Tenez con siete banderas, con la más lucida gente de moros que podia ser en el mundo, que serian 60 ó 70.000 moros á pié y á caballo para dar la batalla al Conde, y no osaron; y así como vieron los moros caminar el campo la vuelta de Mazagran, donde los moros estaban, se retiraron y dejaron á Mazagran; y así llegó el Conde con su ejército y asentó su campo junto á las murallas del lugar: no entró dentro por ser el lugar pequeño, y luégo subió D. Mendo de Benavides por la muralla, y habia tantas de las abejas, que pensó ser

(*) Hay una nota al márgen que dice: «Aquí vino le Morabito haciendo cerco, diciendo que los cristianos no eran parte para matallo, y Pero Hernandez, jurado, de una lanzada lo mató.»

dellas comido; y era la causa de estar allí tantas abejas, que habia encima de la muralla colmenas, y fué á la puerta y abrióla, y luégo entraron los soldados en el pueblo, que será de hasta 200 vecinos, y no hallaron otra cosa salvo trigo y cebada, y los soldados sacaron las puertas de las casas y telares y ripias para hacer las lumbres, y sacaron algunos molinillos de mano para moler el trigo, que les hizo bien menester: luégo mandó el Conde poner guarda en el lugar y en la fuente que está fuera, porque los moros no se apoderasen en el lugar y fuente.

CAPÍTULO VI.

De lo que el Conde hizo y los moros, el tiempo que estuvo en Mazagran, y cómo vinieron las galeras de los turcos sobre el Conde.

Tomado por el Conde el lugar de Mazagran, y asentado su campo, el cual estaba á vista de la mar, vienen las galeras de Argel y de nuevo vuelven á saludar al Conde y su ejército con muchos cañonazos, pensando hacer daño en ellos, mas

fué Nuestro Señor servido que con ningun tiro llegaron donde estaba el real, dando fe moros que allí habia, que siendo Capitan general de las galeras D. Alvaro Bazan, vino allí, y del mismo lugar que estaban las galeras de los turcos, bombardeó con las galeras de España el lugar, y allí están en las murallas las señales de las pelotas: el buen Conde mandó luégo al artillero poner fuego al tiro grueso, y pasó por cima las galeras de los turcos adelante; los moros que ya dijimos que estaban en Mazagran y se retiraron como vieron venir al Conde, fuéronse á un cerro que está del lugar casi media legua, á vista de Mazagran, donde tenian sentados sus aduares, y pusieron sus banderas, y de allí daban sus escaramuzas los de pié y de caballo, acercábanse tanto los turcos flecheros y arcabuceros, que echaban las pelotas y flechas dentro en el campo desde un cerro: visto por el Conde el daño que hacian con los arcabuces y flechas, mandó á 300 arcabuceros y ballesteros que se pusiesen en la halda del cerro en celada; los moros desnudos, en cueros, por lo alto del cerro, con los alquiceles en los brazos, echábanles piedras, con las cuales hirieron dos soldados, y los soldados hirieron muchos moros y mataron

algunos: cuando el Conde vió que tanto se acercaban y las banderas de los moros bajaban, mandó hacer en torno del campo un fox ó baluarte de muchas ramas de allozos y higueras de la huerta baja, y poner las banderas en torno del baluarte junto al ejército, y digo que nunca, vez arremetieron 30 cristianos á 500 turcos, que los turcos no volviesen las espaldas. Fué esto mártes de Páscua Florida.

CAPÍTULO VII.

De cómo el Conde supo la imposibilidad de poderse tomar Mostagan, y como se retiró el campo.

Los tres dias que el Conde estuvo con su ejército en este lugar de Mazagran, peleando contínuamente con los moros y turcos, como hombre prudente y muy sabio en las cosas de la guerra, no dejaba ni ponia en olvido lo que convenia para el efecto de aquello á que era allí venido; y viendo lo que en Mostagan pasaba, acordó llamar al xeque Guirref y tratar con él que algunos de aquellos moros de paz de su compañía se dispusiesen á ir al

real de los enemigos, y si fuese posible, entrasen en Mostagan y supiesen lo que habia; y allende de hacer en esto lo que era razon, él les prometia de se lo gratificar, y así lo hizo, que les dió muchos dineros y les hizo muchas mercedes porque así lo hiciesen, y los moros lo hacian; fué su Señoría certificado que dentro en Mostagan habia 1.500 turcos y moros tiradores, y 21 piezas de artillería de bronce y ocho de hierro; sabido esto por el Conde, y vista la imposibilidad de poderse tomar el pueblo de Mostagan, porque como tenga la muralla fuerte, habia necesidad de artillería gruesa de batería, la cual no se llevaba, excepto una sola pieza, como ya dijimos, ni el tiempo servia para poderse llevar por la mar; acordó su Señoría del buen conde de Alcaudete de se retirar; y así, miércoles, á 28 de Marzo, en la tarde, á las cinco horas, estando la gente segura, mandó el Conde cargar el bagax sin ruido ninguno, y á dos horas de la noche comenzó la avanguardia á marchar con tres hachas encendidas delante.

Iban en esta manera: una en el escuadron de la mano derecha y otra en el de la siniestra, y otra en el bagax, y estas llevaban caballeros á caballo; en cada hacha destas iba una pieza de artillería, y lo mes-

mo por la mesma órden iba en la retaguardia con sus hachas, con tal órden, que si la avanguardia tuviese necesidad de hacer alto, se matase la hacha de la mano derecha y lo mismo se hiciese en la retaguardia, y esta órden se guardó toda la noche; mandó su Señoría del buen Conde que todos los demas de caballo, cada uno llevase á las ancas de su caballo un enfermo ó herido, y así los de caballo lo hicieron, y con esta órden salió el Conde con su ejército, como dicho es, á dos horas de la noche, de Mazagran; iba el buen conde de Alcaudete con su estandarte y gente de á caballo en la retaguardia, haciendo rostro á los enemigos, y así lo hizo siempre, poniéndose al mayor peligro, como buen Capitan. Habido conoscimiento por los moros que dentro en Mostagan estaban, que el Conde se retiraba, el cual conoscimiento tuvieron de las hachas encendidas que se movian, y sus espías, las cuales de una parte y otra no faltan en los semejantes ejércitos, dispararon toda su arrillería y ponen muchas y grandes luminarias sobre las murallas.

CAPÍTULO VIII.

De lo que los moros hicieron visto que el Conde se retiraba, y de lo que el Rey de Tremecen Muley-Mahamet, y los morabitos mandaron pregonar por todas las comarcas.

Visto por los alárabes, Xeques y Alcaides que estaban en el cerro, los cuales estaban allí con toda la gente del reino y sus comarcas, bajan del cerro todos juntos en cuadrillas, aquellos cerros abajo, y siguen al Conde y su ejército por lo alto del camino por donde el Conde caminaba con su campo, dando los mayores gritos y voces del mundo, y haciendo gran algazara; iban diciendo palabras deshonestas, como ellos suelen, y pegando fuego á las palmas por todo el camino, y toda la noche, hasta que fué el dia claro; y los de nuestro ejército callar y caminar, porque así mandaba el Conde se hiciese.

No es justo quede sin hacer memoria de lo que este perro infiel del rey Mahamet ordenó de hacer para atraer, no sólo las gentes del reino de Tremecen, mas los de fuera del reino y extrañas comarcas; que

sabido por sus espías que el Conde no llevaba más de hasta 7.000 hombres de pié y 170 lanzas de cristianos, aunque no sé yo si tuvo por cierta la victoria, ó si fué ardid de guerra para atraer las gentes, así como en la verdad le siguieron, porque hubo más de 25.000 de caballo y más de 110.000 peones. Juntáronse tantos de los moros, que yo he hablado con soldado que se halló en la de Túnez con Su Majestad del Emperador y Rey, nuestro señor, y en ésta, y dice, afirmando con juramento, que no habia tantos moros en la de Túnez como aquí en esta de Mostagan para 7.000 descalzos. Y, como digo, fué la causa que mandó pregonar por todas las provincias y comarcas hasta Fez, y así, vinieron moros de dentro de Fez, que está de allí 110 leguas, y el pregon decia, que el que quisiese comprar cautivos cristianos, que él se los haria dar á cuatro doblas. Mas, en verdad, que le sucedió al reves, como adelante se dirá, porque como nuestro Dios sea justo *et omni justitia plenissimo*, el cual no desampara á los suyos, máxime á los que van en su servicio, volvió sus ojos de misericordia á los suyos, y, visitándolos desde las alturas de los cielos, les dió victoria, y ésta les mostró dándoles señal que se retiraron della, que

hubo muchos soldados, y dello dan testimonio que, yendo el campo marchando, vieron en el cielo dos estrellas pelear la una contra la otra, y la estrella que venció á la otra se hizo cometa y cayó en medio del escuadron de los soldados, y así, nuestro buen conde de Alcaudete, con un esfuerzo heróico los iba animando y esforzando, y que tuviesen gran esperanza en Nuestro Redentor Jesucristo y en la benditísima Vírgen, Nuestra Señora, y en el Apóstol Sanctiago que seria nuestra la victoria, y así fué.

CAPÍTULO IX.

De la batalla muy cruel que los moros dieron al Conde, juéves, de mañana, y de cómo fueron los moros vencidos y muchos dellos muertos.

Juéves, á 29 de Marzo, á las ocho horas de la mañana, llegamos á unos llanos ántes de un cerro, desde el cual se parece á vista la mar, por donde está una cuesta abajo, por la cual se habia de bajar á la fuente donde dijimos que el Conde con su ejército habia dormido á la venida. El

Conde, como buen Capitan y bien proveido, ordena sus escuadrones, como siempre tenia costumbre en los tales tiempos, y aquí puso su estandarte delante, y á D. Alonso de Córdoua, su primogénito hijo, con toda la gente de caballo, y en la retaguardia á D. Mendo de Benavides, su sobrino, y á D. Alonso de Villaroel, Maestre de campo, con otros algunos caballeros: así caminó el ejército con mucha órden hasta llegar á vista de la mar, y descendiendo la cuesta abajo del cerro, junto á la fuente, hallaron más de 7 ú 8.000 moros y turcos junto á la fuente, los cuales estaban para defender la fuente; y la gente de caballo, con sus Alcaydes y Xeques, estaban en la playa, junto á la marina, la cual playa estaba tan llena de moros, que llegaban á la lengua del agua, donde se dice estar más de 10.000 lanzas; y en un cerro más atras de esta gente de caballo estaba el Capitan general del rey Mahamet, Almanzor-ben-Bogani, con el xeque Humida-Lauda, con más de 30.000 moros á pié y á caballo, y con sus banderas.

Pues como el Conde vió, en llegando al cerro, la mucha gente de los moros que habia, mandó juntar los tiros que iban en el avanguardia; y esto hecho, el Con-

de, con su estandarte y gente de caballo, caminó apriesa la cuesta abajo del cerro, hasta un cerro que está junto á la playa, y dando voces el Conde, decia: «¡Camine el artillería, camine el artillería!» Y así caminó el artillería lo más que pudo: mandó asestar el artillería en el cerro á la mar, porque venian las galeras de los turcos y estaban ya junto á la playa las galeras, puestas las proas en tierra, juntas unas con otras en escuadron. Asestan su artillería las galeras á la cuesta y dan en medio el bagax, mas no hicieron daño ninguno. No contentos con esto, tiran las mismas galeras otros dos tiros, y dan en el escuadron de los piqueros, y como dieron las pelotas en las picas, derribaron dos ó tres soldados, mas no hicieron daño, porque las mismas picas derribaron los soldados en el suelo. Y á todo esto estaba el Conde con su gente en el cerro del artillería, y así como acabaron las galeras de tirar su artillería, arremeten los moros de caballo y algunos turcos arcabuceros, porque, segun dijeron algunos moros, habia este dia en la batalla 1.500 tiradores de turcos y moros; pues, como ya dijimos, arremeten á la avanguardia al escuadron de la infantería; el escuadron de la gente de caballo, que

estaba con el Conde y su estandarte en el cerro del artillería, se estaba quedo, porque habia mandado el Conde que ninguno pasase adelante del estandarte; y el Conde mandó luégo tirar su artillería, digo las tres piezas que estaban en el cerro, á las galeras, á las cuales espantaron de tal manera, que luégo se retiraron la vuelta de Mostagan, y no parecieron más.

Ya á esto andaban en la retaguardia peleando con los moros D. Mendo de Benavides y el Maestre de campo D. Alonso de Villaroel, porque sonaban los tiros del artillería y arcabucería. Cargaron á la retaguardia moros á pié y á caballo, que no se podian numerar. Hiciéronlo tan bien los nuestros y con tanto ánimo, que mataron muchos moros y los despegaron, que se habian juntado tanto, hasta echar lanzas en los escuadrones. Pues, como dijimos, dieron los moros y turcos que estaban en la fuente en el escuadron de la mano derecha, de tal manera, que hacian mucho daño. Sale D. Mendo de Benavides con hasta 200 arcabuceros y ballesteros de la gente suelta, y arremete con ellos, diciendo á grandes voces: «¡Sanctiago y á ellos! ¡Ea, leones de España, que hoy es vuestro dia, hermanos!» Por cierto que me parece que este dia se

habian de hallar presentes todos los hijos de los Señores de España, para que tomaran dechado y ejemplo en lo que este caballero hizo, pues peleando D. Mendo de Benavides con estos turcos y moros, salen de hácia la parte de la marina, de una celada, hasta 2.000 lanzas, y van, á más correr de sus caballos, adonde Don Mendo de Benavides estaba, á pelear con él y con la gente suelta. A esto, cargan todos los moros de caballo y de pié que estaban á la marina, que serian hasta 10.000 lanzas de caballo, y los de pié más de 20.000 al cerro donde estaba el artillería. Con tanto ánimo fueron dando los gritos y alaridos que rompian el cielo, que nos pusieron grande espanto. Esta fué la más cruda y espantable batalla que en estos nuestros tiempos se ha visto ni leido.

Visto esto por el Conde, que con su estandarte estaba, puso las piernas á su caballo, y arremete como un bravo leon muy furibundo, y vuelto á sus caballeros, les dijo á grandes voces: «¡Sanctiago y á ellos, caballeros!» Siguióle luégo su estandarte y toda la gente de caballo, y pelea con ellos, tan bravamente, que era maravilla. Andaba el buen Conde Don Martin, el Africano, entre aquellos moros como un leon, hiriendo y matando moros

en tal manera, que los moros no lo podian sufrir. ¡Oh caballeros de España, tomad ejemplo y dechado en años tan bien empleados, pues podemos, con verdad, decir que el buen Conde más es viejo que mozo. Aprovechábase aquí el buen Conde Africano de aquel dicho de David en el psalmo, que dice: *Deus in adjutorium meum intende; Domine ad adiuvandum me festina.* Que dice: Dios mio y Señor mio, suplico á Vuestra Majestad vengais en mi ayuda; Señor, abrid vuestras orejas á mis clamores; Señor, no os tardeis en socorrer á vuestros hijos; Señor, vuestra ayuda sea con presteza, porque si ésta yo tengo, *non timebo quid faciat nihil homo.* No temo el poderío de los hombres.

Peleó el Conde más de una grande hora, y la gente de caballo con los moros tan bravamente, que era maravilla. ¿Quién tuviese lengua para decir las hazañas y maravillas que D. Alonso de Córdoua, primogénito hijo del Conde, hizo aquí en esta carga del cerro del artillería? Seguia á su padre hiriendo en los moros á una parte y á otra, de manera que bien se acordarán dél. D. Juan de Villaroel se metió tanto en los moros, que le mataron el caballo y peleó á pié muy valientemente; D. Juan de la Cueva lo hizo tan bien, que

aquel dia mostró bien las fuerzas de su brazo peleando con los moros; y todos los que allí se hallaron pelearon de tal manera, que entre los moros quedará perpetua memoria: á esta sazon andaba D. Mendo de Benavides tan envuelto con los moros, que le arrojaron muchas lanzas, y al pasar, que pasó á ayudar á unos soldados que estaban peleando con unos moros, le arrojó un moro una lanza, con la cual le hirió en la cabeza encima del oido, mas no fué peligrosa, porque rasgó el cuero y no más, y pasó y le hizo una cuchillada de casi un geme; mas luégo, en presencia del mesmo D. Mendo, un soldado que vió como el moro le hirió con la lanza, con su arcabuz mató el moro: saliendo de allí D. Mendo á curarse, estándole el çurujano viendo la herida para curallo, oyó las voces como el Conde, su tio, estaba peleando con los moros que cargaban por todas partes; y los soldados, viendo al Conde pelear tan bravemente, se salian del escuadron desmandados á socorrer al buen Conde, viendo las hazañas que el buen Conde hacia; y á estas voces, como tengo dicho, estándole el çurujano mirando la herida, se levantó y tomó un trapo, y revuélveselo á la cabeza y torna á cabalgar en su caballo, y vuelve sin cu-

rarse donde el Conde estaba, y volvió de nuevo á la batalla como si nada aquel dia hubiera hecho; traia la lanza, adarga y brazo tinto en sangre de los moros que aquel dia en ésta muy furiosa batalla habia muerto.

Pelearon despues desto más de una hora; el artillería desde el cerro donde estaba no paraba, que luégo que las galeras se retiraron, comenzó á jugar en la gente de caballo que estaba en la marina, y de tal manera, que mató muchos dellos: visto por los moros que á la marina estaban el gran daño que recibian, se retiraron todos al cerro donde estaban los Xeques con su gente y banderas, de manera que quedó el buen conde de Alcaudete, D. Martin, el Africano, en el campo con su ejército como vencedor muy victorioso; y enterraron los cristianos que en esta batalla habian muerto, que serian hasta 20, y hasta 60 los heridos; y de los moros hubo muertos aquel dia en esta batalla más de 4.000 moros, de manera que no podian andar paso sin que fuesen por cima de moros muertos: fueron heridos de los moros, allende de los muertos, sin cuento, porque luégo que llegaron al cerro donde estaban los Xeques, hicieron grandes fuegos para curar los heridos:

mataron en esta batalla á Pedro de Rueda, hermano del alcaide de Orán, Luis de Rueda, y no murió otra persona de cuenta. Fué esta batalla tan cruel y tan herida de ambas partes, que pelearon más de cuatro horas sin verse mejoría de una parte á otra; y, en fin, dió Nuestro Señor victoria á los cristianos, y en tanta manera los pusieron en aprieto á los moros los nuestros, que decian los moros: «Estos cristianos no son hombres, sino diablos.» En este paso dijo el xeque Humida-Lauda al xeque Almanzor-ben-Bogani, Capitan general del rey Mahamet: «¿Qué os parece, cuando estos cristianos, yéndose retirando, así pelean, qué hicieran si fueran siguiendo la victoria? Mas puédese por cierto creer y tener que en ésta tan espantable batalla y tan herida por todas partes, donde habia para cada cristiano más de 50 moros, no pelearon los cristianos, sino Dios, Nuestro Señor, por ellos, que maravillosamente quiso dar victoria al buen Conde y á los nuestros, que no eran parte los cristianos, siendo los moros 25.000 de caballo y 120.000 de pié, como despues lo dijeron los propios moros.

CAPÍTULO X.

De lo que los moros de paz, de la compañía de Guirref, hicieron, y de lo que el Conde proveyó, y de otra carga que los moros dieron en la retaguardia.

Estando peleando con los moros contrarios los moros que iban con nuestro campo, de la compañía del xeque Guirref, estaban en la playa, junto á la marina, en el llano, cerca del cerro donde estaba el artillería, á la parte del Poniente, y como estos vieron la multitud de los moros que estaban peleando, y nuestro campo no con demasiada órden, porque se habian desmandado, tuvieron por cierto que nuestro ejército era perdido. Llaman con las mangas de las camisas, que los caballeros moros las traen largas, á la parte donde estaban los moros contrarios, porque así se cree que lo harian, porque, en fin, son sin ley, aunque ellos se excusaron diciendo que llamaban á la lengua. Viendo esto algunos de los soldados que en el escuadron venian, dieron voces diciendo: «¡Que se llevan la municion, que

se llevan la municion!» A estas voces que los soldados daban, vuelve el buen Conde las riendas á su caballo, y va á la parte donde los soldados daban las voces, solo, y encontró con su hijo D. Martin de Córdoua, y allí donde se juntó con él le abrazó y besó en el rostro, y el Conde paso adelante, y llegó donde los moros de paz estaban, solo, y con su guion tras él, y allí recogió el bagax y se volvió y anduvo por el campo mirando los muertos y heridos, y mandó enterrar los muertos y curar los heridos, en especial á su sobrino, D. Mendo de Benavides, que bien lo merecia.

Esto hecho, ordena de nuevo sus escuadrones, como buen Capitan animoso, para marchar, y caminando el ejército hasta un lentiscar, vuelven los caballeros moros á la retaguardia, y dan en ella una gran carga, de manera que se juntaban mucho al escuadron; y como en el escuadron de la retaguardia vieron los soldados lo mucho que cargaban, dieron voces diciendo: «¡Caballeros, á la retaguardia! ¡Caballeros, á la retaguardia!» Oyendo esto el Conde, mandó á Don Mendo de Benavides, y á su hijo D. Martin, y al acaide Luis de Rueda, fuesen á socorrer la retaguardia con alguna gente

de caballo, y la gente suelta de arcabuceros y ballesteros que estaban en la avanguardia. Como vieron los que en la retaguardia iban llegarse tanto los moros al escuadron, ántes que los de caballo llegasen, arremeten como leones, no teniéndolos ya en nada, diciendo: «¡Sanctiago y á ellos!» y dan en los moros como unos bravos leones. A esto llega D. Mendo y D. Martin, cuarto hijo del Conde, con la gente de caballo, y entran en la batalla como buenos caballeros; aunque de harto tierna edad, hacia D. Martin maravillas. Los moros, viendo el extrago que en ellos hacian y el daño que recibian, determinaron de se retirar. Retirados los moros, llega el Conde dando voces, riñendo con su hijo D. Alonso de Córdoua, que á la sazon iba en la retaguardia, diciendo: «¡Cómo, venimos muertos, cansados de pelear, y no os ireis en vuestro escuadron paso á paso!» Y allí mandó que no saliesen más á escaramuzar con ellos, sino que los dejasen llegar todo lo más que pudiesen, y así se volvió el Conde á la avanguardia. Allí dieron los soldados voces al Conde, diciendo que en su compañía llevaban á sus enemigos, y que estos eran los moros de la compañía de Guirref, que habian hecho señal á los contrarios en lo

más récio de la batalla. Sabido esto por el Conde, mandó luégo á D. Alonso de Córdoua, y á D. Martin de Córdoua, sus hijos, que quitasen á los moros de Guirref los caballos, y así se hizo luégo, y los repartieron á los soldados arcabuceros; y así, caminó el campo aquel dia hasta la vera del rio de Chiquiznaque arriba, do se alojó el campo aquella noche.

Se quejaron los soldados al Conde, diciendo que no tenian qué comer, y que los moros de paz les vendian el ganado caro, que les daban las ovejas á dos doblas cada una, y no más. Vista la desórden, el buen Conde mandó que les tomasen á los moros todo el ganado y lo repartiesen entre los soldados, y así fué luégo hecho; y así, tuvieron aquella noche buena con harta carne, aunque muchos, ó todos, tenian tanta gana de descansar como de comer y desollar las ovejas; y digo esto, porque hubo hombre en el ejército, que estando desollando una oveja se cayó allí dormido, y no despertó hasta el otro dia. Llegaron tan cansados de la muy cruda batalla, que para traer las tres piezas del artillería que venian en la retaguardia, fué forzado al Conde ir por el campo dando voces, diciendo: «¡Qué se llevan los moros el artillería!»

Y desta manera fué subida al lugar donde más peligro y sospecha de moros habia. No dejaron aquella noche los moros de venir dos ó tres veces y darnos alarma, y la una vez en este lugar mataron una centinela.

CAPÍTULO XI.

De cómo pasó el Conde el rio de Chiquiznaque, y de lo que pasó hasta que llegaron á Orán.

Viérnes de mañana, á 30 de Marzo, mandó el Conde caminar el avanguardia y con ella el artillería, y pasaron el rio de Chiquiznaque, y ya el rio no iba tan crecido y pasáronlo muy á su placer; tambien digo que á este pasar del rio les ayudó mucho el viento de tierra que llevaba los olas á la mar, porque una de las causas que á la ida se pasó trabajo al pasar deste rio, fué que el viento metia las olas en el rio y no se podia pasar sino junto con la mar, que era el más bajo vado, y al pasar las olas fatigaban el ejército, ahora no; pues pasada nuestra artillería, pusiéronla en un cerrillo junto al rio, desde el cual se paresce la costa de la

mar, por donde los moros venian por la lengua del agua, y allí el Conde les mandó tirar tres ó cuatro piezas de artillería, con las cuales hicieron mucho daño en los moros, porque mataron muchos dellos. En este lugar suplicaron los moros del xeque Guirref al Conde, les mandase su Señoría volver sus caballos, y el Conde con aquel ánimo generoso que nunca puso en olvido, se los mandó luégo volver, y recibidos los caballos de los moros, salió Guirref luégo con ellos á los contrarios, y lo hicieron muy bien, que pelearon valientemente; y vueltos al campo de su escaramuza, caminó el Conde con su ejército, y á las diez horas de la mañana salen al camino en unos llanos á la mano siniestra de la mar los del valle de Meliona, que serian hasta 600 lanzas, muy galanes, y comenzaron á escaramuzar, y no porque se allegasen mucho; visto esto por los moros del rey de Tremecen, Mahamet que todavía seguian y pasaron el rio, vuelven á dar otra carga en la retaguardia, de tal manera, que fué menester socorro con la gente de caballo, y mandó el Conde que no saliese nadie á ellos, aunque en la verdad aquel era el lugar donde, si á ellos salieran, no podia ser ménos, sino que allí quedaran plantados y fueran á

ver á Mahoma al infierno; mas el Conde los mandó saludar con dos ó tres tiros de artillería, y así se volvieron, aunque no todos, y pasaron el rio de la otra parte; esto hecho, acordó el Conde de no ir por la parte de Arzeo á la parte de la mar, porque no le aconteciese lo del Viérnes Sancto con las galeras de los turcos; y tomando á la mano siniestra, fué hasta la casa del Morabito, que es como la que pasamos junto al rio del Ziz, camino de Tremecen, donde habia tres pozos de buena agua, y allí se alojó el Conde con su ejército aquella noche. Otro dia, sábado, de mañana, se despidió el xeque Guirref y su familia del Conde, y se fueron á sus aduares junto á la laguna grande que ya dijimos: este dia fué el Conde certificado que muy cerca de allí, un cuarto de legua, detras de un cerro están unas salinas, que era cosa de ver, y el Conde mandó á dos ó tres de caballo que fuesen á descubrir; y fué el Conde con hasta 12 de caballo á ver las salinas, y vuelto, caminó el campo aquel dia hasta los pozuelos, y allí se alojó el Conde con su ejército aquella noche; otro dia, domingo, de mañana, camina, 1.º de Abril, la vía de Orán; y yendo caminando, viene un moro de caballo á más correr

con unas cartas del xeque Guirref al Conde; y los soldados, pensando que venian moros, dieron alarma y volviéronse á poner en órden hasta que supieron la verdad. Luégo salieron de Orán á recibir al Conde D. Martin de Córdoua (el cual no fué esta jornada porque quedó sangrado dos veces, y por la muerte de su hijo), D. Francisco de Córdoua, hijo del Conde, y D. Juan Pacheco, hermano del conde de Sanctistéban, el cual quedó muy malo y sangrado tres veces, con otros muchos de caballo: llegó el Conde á Orán á hora de las tres de la tarde; alojóse el campo en la Rambla honda, y el Conde se fué al alcazaba.

MUY ILUSTRE SEÑOR:

Tenga vuestra señoría en mucho las grandes mercedes y misericordias que Dios, Nuestro Señor, en esta sancta jornada ha usado. Por cierto, si buen conocimiento hay, en más han de tener esta victoria que Nuestro Señor á vuestra señoría ha dado, que la subjecion y servidumbre en que vuestra señoría puso á la cibdad de Tremecen, porque aunque allá se hallaron para 12.000 cristianos que vuestra Señoría en su ejército llevaba

80.000 moros; en ésta, para 7.000, se hallaron 130.000 moros. Por cierto, muy mayor victoria es ésta que la otra; y si allí usó Nuestro Señor de su misericordia con vuestra señoría y con nosotros todos, muy más aquí; y, como tengo dicho, muy mayor ha sido esta victoria, porque en la de Tremecen hubo más gente de cristianos y ménos moros, y en ésta ménos de cristianos y doblados los moros. Por cierto, que en cuantas historias antiguas y modernas habemos leido, de romanos, griegos y troyanos, no se hallaran tantos enemigos, de tan pocos, vencidos y muertos. Pues si leemos las historias españolas, vean los lectores si hay alguna victoria en ellas que á ésta se iguale. ¡Oh, caballero dichoso, venturoso y bien afortunado! ¡Bendictos sean esos brazos y manos, que tanta sangre ha sido por ellos, de infieles, derramada! Tenga vuestra señoría por cierto que quedará perpetua memoria de vuestra señoría miéntras los siglos duraren, entre cristianos y moros. Plega á Nuestro Señor siempre haga á vuestra señoría victorioso, y á mí dé gracia sirva á vuestra señoría como en la pasada hice con mi crucifijo y bandera blanca, y á vuestra señoría dé gracia y gloria. Amen.

En esta jornada ya dicha, de Mostagan, entre los Capitanes que se excusaron de ir esta jornada, fué el capitan Luis Mendez de Sotomayor, natural de la villa de Carmona, al cual el Conde habia hecho mucha honra, y no sólo el Conde, mas su hijo D. Alonso de Córdoua; y esto digo como testigo de vista, que en mi presencia se quejó un soldado de su compañía, diciéndole que en la cibdad de Tremecen le habia tomado su Capitan, Luis Mendez de Sotomayor, una esclava, y D. Alonso de Córdoua preguntó al soldado que qué tanto valia. El soldado respondió que 15 doblas le daban por ella, y D. Alonso se las dió. Este capitan Luis Mendez de Sotomayor, estando en la plaza de Orán con su Sargento, en compañía de ciertos Capitanes, algunos de aquellos Capitanes dijeron: «Holgaríamos de ir la vuelta de España.» Respondió el capitan Luis Mendez, y dijo á los Capitanes que con él estaban: «Si vosotros hiciéseis como yo á vuestra gente, luégo iríamos á España.» Dicen los Capitanes: «¿Cómo haceis vos?» Responde el capitan Luis Mendez: «Hágoles yo á mis soldados, que cuando el Conde les dijere algo, que gritasen: ¡España! ¡España!» Los Capitanes callaron, y estando con el Conde, le dieron razon

de lo que pasaba. El Conde mandó á su Alcalde mayor, el Licenciado Magaña, y al Maestre de campo, se hiciese la informacion, y hallaron por su informacion bastante ser así. Visto esto por el Conde mandóle prender al Maese de campo y llevar á la Torre de la puerta de Tremecen, y llegando á la puerta de la Torre, dijo el capitan Luis Mendez: «Señor Don Alonso, ¿por qué me manda el Conde prender?» Dijo el Maestre de campo: «No lo sé, por Dios.» Como esto oyó el capitan Luis Mendez, volvió el rostro á su Sargento, el cual iba allí preso júntamencon él y dice: «Bien es, Sargento, que cada uno pague lo que debe. Pongamos sendos escriptos en los pechos.» Otro dia, de mañana, manda el Conde hacer la informacion fidedigna y su confesion, el cual lo confesó como pasaba, él y su Sargento. Y así, hecho su proceso fidelísimamente, el Conde le mandó confesar y al Capitan mandó degollar, y al Sargento ahorcar. Fué esto hecho en el rebellin de la puerta de Tremecen, donde estuvo el Capitan degollado en un tapete hasta la tarde, y el Sargento ahorcado, con sus escriptos en los pechos como amotinadores del ejército, con su rótulo en los pechos, los cuales manifestaban el

En esta jornada ya dicha, de Mostagan, entre los Capitanes que se excusaron de ir esta jornada, fué el capitan Luis Mendez de Sotomayor, natural de la villa de Carmona, al cual el Conde habia hecho mucha honra, y no sólo el Conde, mas su hijo D. Alonso de Córdoua; y esto digo como testigo de vista, que en mi presencia se quejó un soldado de su compañía, diciéndole que en la cibdad de Tremecen le habia tomado su Capitan, Luis Mendez de Sotomayor, una esclava, y D. Alonso de Córdoua preguntó al soldado que qué tanto valia. El soldado respondió que 15 doblas le daban por ella, y D. Alonso se las dió. Este capitan Luis Mendez de Sotomayor, estando en la plaza de Orán con su Sargento, en compañía de ciertos Capitanes, algunos de aquellos Capitanes dijeron: «Holgaríamos de ir la vuelta de España.» Respondió el capitan Luis Mendez, y dijo á los Capitanes que con él estaban: «Si vosotros hiciéseis como yo á vuestra gente, luégo iríamos á España.» Dicen los Capitanes: «¿Cómo haceis vos?» Responde el capitan Luis Mendez: «Hágoles yo á mis soldados, que cuando el Conde les dijere algo, que gritasen: ¡España! ¡España!» Los Capitanes callaron, y estando con el Conde, le dieron razon

de lo que pasaba. El Conde mandó á su Alcalde mayor, el Licenciado Magaña, y al Maestre de campo, se hiciese la informacion, y hallaron por su informacion bastante ser así. Visto esto por el Conde mandóle prender al Maese de campo y llevar á la Torre de la puerta de Tremecen, y llegando á la puerta de la Torre, dijo el capitan Luis Mendez: «Señor Don Alonso, ¿por qué me manda el Conde prender?» Dijo el Maestre de campo: «No lo sé, por Dios.» Como esto oyó el capitan Luis Mendez, volvió el rostro á su Sargento, el cual iba allí preso júntamencon él y dice: «Bien es, Sargento, que cada uno pague lo que debe. Pongamos sendos escriptos en los pechos.» Otro dia, de mañana, manda el Conde hacer la informacion fidedigna y su confesion, el cual lo confesó como pasaba, él y su Sargento. Y así, hecho su proceso fidelísimamente, el Conde le mandó confesar y al Capitan mandó degollar, y al Sargento ahorcar. Fué esto hecho en el rebellin de la puerta de Tremecen, donde estuvo el Capitan degollado en un tapete hasta la tarde, y el Sargento ahorcado, con sus escriptos en los pechos como amotinadores del ejército, con su rótulo en los pechos, los cuales manifestaban el

delito cometido. Sepan los lectores, si no lo saben, que éste es el mayor delito que en un ejército se puede cometer, que es alevosía grande, y caso muy feo, especial en los Oficiales del ejército. Y pienso yo que el Conde tiene muy bien guardado el proceso.

En estos dias, luégo que el Conde vino de Mostagan, adolesció el Capitan Alonso Hernandez de Montemayor, hijo de Diego Ponce de Leon, deudo cercano del Conde, de la cual enfermedad murió. Fue sepultado muy honorosamente en el monesterio de Sant Francisco, do fué su cuerpo acompañado hasta la sepultura, del Conde y todos aquellos Capitanes del ejército, y sepan que este caballero era uno de los valientes hombres, y que bien lo hizo en esta jornada, pues peleaba como un Aníbal. Hubo su padre, Diego Ponce, la capitanía que él tenia de gente de caballo, y sus bienes. Queda deste gran memoria, porque era muy tenido y temido de los moros. Era mancebo valiente y honrado. Murió asimismo en estos dias el capitan Ruidiaz de la Tovilla, vecino de Granada, el cual fué honoríficamente sepultado, y de sus bienes mandó el Conde hacer inventario, y los mandó llevar á la cibdad de Granada, á su mujer, con lo

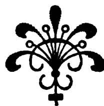
demas de que el Conde le hizo mercedes.

Pocos dias despues que el ejército llegó de Mostagan, salió D. Alonso de Córdoua, primogénito hijo del Conde, á se ver con el xeque Guirref, que ya en otras muchas partes tenemos nombrado, en un valle que se llama Agabel, junto á la Laguna grande, de la cual hablamos en la jornada primera. Iban con D. Alonso hasta 1.000 arcabuceros y algunos piqueros, y con ellos 60 lanzas, entre los cuales iba D. Mendo de Benavides, sobrino del Conde, y D. Alonso de Villaroel, Maestre de campo, á los cuales salió á recibir el xeque Guirref y se holgaron mucho. Estando en su fiesta y merienda, hacen saber á D. Alonso, como ciertos aduares que estaban cerca de allí, se levantaban é iban huyendo de miedo de los cristianos. Mandó D. Alonso de Córdoua á D. Mendo de Benavides, su primo, y á D. Alonso de Villaroel, fuesen allá con alguna gente de pié y de caballo, los cuales fueron y pelearon con los alárabes, y prendieron muchos dellos, así hombres como mujeres, y muchachos, y ganados y camellos. Venidos, el xeque Guirref, dijo á D. Alonso de Córdoua que todos aquellos estaban allí so su guarda é amparo, que suplicaba á su

Señoría se los mandasen dar. Respondió D. Alonso, que pues era así que por qué huian. Respondieron que de miedo. En conclusion, que por guardar fidelidad, Don Alonso de Córdoua se lo mandó dar, sin que nada faltase. Loaron mucho el Xeque y los moros la liberalidad de D. Alonso de Córdoua.

Despues de algunos dias fué avisado el Conde como entre unas montañas más adentro estaban trece ó catorce aduares de alárabes, entre unas altas sierras, más á la mano izquierda desta Laguna, y segun dicen, estos aduares eran los que ya dijimos que se levantaron cuando D. Alonso de Córdoua fué con la gente á Arzeo por la gente de las naos del armada que allí aportaron. Mandó el Conde á D. Alonso, su hijo, que diesen alpargates á los soldados, y así se hizo, y D. Alonso fué allí con mucha gente de pié y de caballo, y el xeque Guirref con ellos, y anduvieron hasta diez leguas de Orán, y dieron en los aduares, aunque por presto que llegaron, ya iban huyendo, que llegaron algo tarde, y, en fin, pelearon con ellos y prendieron muchos moros y moras, y muchachos y mucho ganado; y venidos á Orán, el Conde mandó partir la cabalgada entre los soldados.

En esta jornada postrera, que es la de Benarax, nombraremos á vuestra señoría el Africano; con mucha razon Cipion, siendo natural romano, sólo porque conquistó á la cibdad de Cartago, junto á la lengua del agua, y no más, le nombraron el Africano; con justo título ponemos á vuestra señoría el Africano, pues entre reencuentros y batallas, paseando y señoreando el África, ha vuestra señoría vencido diez y seis, desde segundo dia de Hebrero hasta 20 de Junio, sin en ninguna recebir contraste de adversa fortuna; justo es que tenga por nombre el Africano, señoreando, como tengo dicho, á África, y subjetando una tan insigne cibdad como es Tremecen y toda la Çafina, y el valle de Meliona, y Benarax hasta la Zahara. Digo esto, porque los lectores no me culpen, pues con tanta razon debe tener este nombre.





AQUÍ COMIENZA

LA

TERCERA JORNADA

QUE EL MUY ILUSTRE SEÑOR DON MARTIN DE CÓRDOUA Y DE VELASCO, EL AFRICANO, CONDE DE ALCAUDETE, SEÑOR DE LA CASA DE MONTEMAYOR, CAPITAN GENERAL DE ÁFRICA HIZO LA VUELTA DEL VALLE DE BENARAX Y LA ÇAFINA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo el Conde salió de Orán con su ejército y fué la vía del valle de Benarax.

DESPUES desto pasado, salió el muy ilustre señor conde de Alcaudete, Señor de la casa de Montemayor, Capitan general de África, al campo donde estaba alojado su ejército, á la Rambla honda, y puesto en medio de todos los sol-

dados, los cuales estaban alterados, les dijo así: «Hijos, ya habeis visto y sentido los trabajos en que nos habemos visto, y las grandes batallas que ha sido Nuestro Señor servido que venciésemos, y tambien habeis visto que en estos trabajos siempre me habeis hallado delante vosotros peleando con los enemigos; habeis dicho mal de mí, no teneis razon, porque yo soy un pobre soldado como vosotros, héos dado lo que he podido, y bien habeis conocido que no puedo más. Si decís que por qué no os envio en España, no tengo yo la culpa, porque Su Majestad me envió á mandar os detuviese, porque os queria para su servicio; mas yo os prometo, como caballero, que para en fin de Junio yo os tenga embarcados para España. Al presente hay necesidad, que vamos hasta Benarax yo os ruego vais con migo en esta jornada.» Todos los soldados respondieron: «Vamos mucho de en hora buena.» Luégo el Conde les mandó dar muy bien de comer en el camino y todo lo necesario para la partida, y sacada el artillería al campo en aquellos llanos de Orán, aderezan su viaje.

Llevaba el Conde poco más de 2.000 hombres y 70 lanzas de cristianos, y destos soldados, eran los más tira-

dores, arcabuceros y algunos ballesteros, y así caminan la vuelta del valle de Benarax; fué aquella noche á alojarse el Conde con su ejército á los Pozuelos, que ya en la segunda jornada dijimos, dos leguas y media de Orán; y otro dia á las salinas, que están junto á la casa del Morabito; y otro dia fué el buen Conde Africano con su ejército hasta un rio que está siete leguas de Orán, que se llama el rio de Cicilete, y allí mandó su Señoría hacer sus estancias, porque le era forzoso parar allí seis dias entretanto que los negocios se efectuaban; de allí envió el Conde al alcaide García de Navarrete con sus cartas de creencia para el xeque Humida-Lauda, y el alcaide Almanzor-ben-Bogani, el cual fué al valle donde estos caballeros moros estaban. Fué dellos bien recebido, al cual hicieron mucha honra y buen tratamiento; la causa de su ida fué á contratarle seguridad y rehenes que el Conde pedia, porque así es necesario hacerse, en especial entre estos que son infieles y pocas veces tratan verdad; vistas las letras del Conde y lo que en ellas pedia, el xeque Humida-Lauda y el alcaide Almanzor-ben-Bogani dijeron que lo cumplirian como su Señoría lo mandaba, excepto Humida-Lauda que no dió

otro rehen ni prenda, salvo palabra, la cual él siempre que la dió guardó, en especial con los cristianos, como parece que lo hizo otra vez con la gente que el marqués de Comares envió sobre Benarax. Acordaron los alárabes de la tierra una noche de poner á cuchillo á todos los cristianos; vino á su noticia deste xeque Humida, y como hubiese puesto éste su palabra con el Marqués, llamó á ciertos Capitanes de los cristianos y descúbreles el caso, y dijo: «No plega á Dios que yo sea en tal traicion como ésta, pues he puesto mi palabra, yo moriré con vosotros, y primero seré yo degollado que ninguno de vosotros sea ofendido.» Y así, se puso con los cristianos, y no se apartó dellos hasta que los puso en salvo.

CAPÍTULO II.

De lo que el Conde proveyó en el ejército entretanto que el alcaide de Mazalquivir iba con el embajada al xeque Humida y alcaide Almanzor.

Despachado el alcaide García de Navarrete con su embajada á Humida y

Almanzor, al valle de Benarax, donde al presente estaban, nuestro gran Capitan Africano pone muy á recaudo su campo, poniendo en órden su artillería, la cual llevaba muy buena, y puesta adonde podia suceder peligro de los enemigos, pues estaba en tierra dellos, y en parte donde no podia de nadie ser socorrido, en especial de cristianos, como buen Capitan y muy sagaz y experto en la guerra; pues todo puesto á punto, llama á su sobrino, D. Mendo de Benavides, hermano del conde de Sanctistéban, y manda que tome cierta gente de caballo, y las banderas que le parescieren de infantería para el negocio á que iba; manda que vaya á hacer la escolta y escoltar la tierra y aseguralla. Luégo D. Mendo de Benavides lo puso por obra, así como nuestro gran Capitan lo mandó, y fué con su gente dos leguas y media adelante, la vía de Benarax, hasta el rio de Chiquiznaque, y estuvo ahí el tiempo que fué menester, entretanto que el alcaide García de Navarrete negociaba el despacho á que era ido; y el xeque Humida-Lauda determinó de venir á verse con el Conde, al cual jamás habia visto, ni á ningun señor cristiano, diciendo que deseaba ver á un hombre que tantas hazañas con tan poca

gente habia hecho, y á hombre que tuvo tan gran atrevimiento, el cual ningun señor cristiano tuvo con tanto ánimo y esfuerzo, pasear toda África; y así lo hizo él y el alcaide Almanzor-ben-Bogani, luégo que el Conde se lo mandó.

CAPÍTULO III.

De cómo vino el alcaide García de Navarrete, y con él un hermano del alcaide Almanzor, alcaide de Mascar, y dos sobrinos de Humida-Lauda.

Despues que el alcaide García de Navarrete hubo tratado con Humida-Lauda y Almanzor lo que el Conde le habia mandado, Humida y Almanzor se holgaron mucho con el despacho que el buen Conde Africano habia enviado; y despues de haber entre ellos consultado lo que en este caso se debia hacer, enviaron al Conde con el alcaide García de Navarrete un hermano de Almanzor, valiente hombre, alcaide de la Casa real del valle de Benarax, que se llama Mascar, y dos sobrinos del xeque Humida, á los cuales dieron su poder, para que en nombre de

ellos tratasen y jurasen las paces y confederacion con el Conde; y así vinieron hasta el lugar donde el Conde con su ejército estaba, los cuales fueron muy bien del Conde recibidos, y con mucho placer y alegría regocijados; y así como llegaron donde el Conde estaba, le besaron la ropa, espantados de ver la persona de nuestro gran Capitan; y despues de muchas cosas que allí se platicaron, y dadas las encomiendas y cartas que de Humida-Lauda y Almanzor-ben-Bogani traian, las cuales el Conde recibió muy alegremente, dieron órden en sus conciertos y confederacion, la cual asentaron y juraron en nombre de Humida y Almanzor, con aquella solemnidad que en este caso es costumbre, con la protestacion y obligacion que hicieron de dar los rehenes en el tiempo ordenado por el Conde, que era cuando se juntasen Humida y Almanzor con el Conde, donde su Señoría fuese servido; y así se cumplió, sin que nada de lo capitulado faltase.

CAPÍTULO IV.

De cómo el Conde y el alcaide de Mascar caminaron con su ejército la vuelta del valle de Benarax, y de cómo vino Humida-Lauda y el alcaide Almanzor.

Otro dia, de mañana, mandó el Conde tocar la trompeta á levantar y los atambores, y sale el campo de aquel rio que ya dijimos, y camina el Conde con su ejército hasta el rio de Chiquiznaque, y otro dia viene el xeque Humida-Lauda y Almanzor-ben-Bogani á verse con el Conde; y sabido por su Señoría como los moros venian, mandó poner sus escuadrones muy en órden, á punto de guerra, así los arcabuceros, ballesteros y piqueros, como la gente de caballo, con su estandarte, y el artillería para el recibimiento; y el Conde á caballo, rodeando su gente, como llegaron cerca del rio de Chiquiznaque, el Conde pasó el rio con algunos arcabuceros y gente de caballó; y como llegaron Humida-Lauda y el alcaide Almanzor, luégo los arcabuceros que iban con el Conde soltaron su arcabucería por su

órden, y luégo que acabaron, comienza nuestra artillería muy magníficamente, y toda nuestra arcabucería, que era gloria de oir, y los trompetas que eran gloria de oir, que eran muchos, y todos los atambores. Esta fué una de las solemnes salvas que se pudieron hacer.

Estaba Humida-Lauda espantado y admirado de ver al Conde, el cual no se hartaba de mirar, porque Almanzor, segun dicen, ya le habia visto. Fueron estas vistas del Conde y Humida y Almanzor, como cuando Cipion se vió con Aníbal, que no se hartaban de mirar el uno al otro; y despues que hubieron reposado, dice el xeque Humida-Lauda al Conde estas palabras:

PARLAMENTO DEL XEQUE HUMIDA-LAUDA AL CONDE.

Cracias á Dios, que tan venturoso y tan esforzado Dios te hizo, que has hecho lo que Príncipe cristiano jamás hizo. Has señoreado el mundo, así la mar como la tierra. Véngote á ver y conocer por mi señor y amigo verdadero, y ténmelo á grande amistad, que ningun Príncipe ni

Rey ha visto mi cara para que yo le fuese á conocer. Y el principal intento mio de verte y conocerte es, que yo soy viejo, y segun razon, me quedan pocos años de vida. Tengo estos dos hijos, hombres: acuerdo, Señor, de os los dejar encomendados y debajo de vuestra guarda y amparo, porque me parece que, amparándolos un tan valiente hombre como vos, ellos quedarán seguros, y yo moriré contento, y ellos, Señor, os servirán y darán el ayuda que demandáredes contra turcos cuando se lo pidiéredes. Y esto os suplico, y, con el acatamiento que debo, ruego que lo acepteis y me lo jureis.

Y lo mismo hizo Almanzor-ben-Bogani. Sacaron un libro de su ley, y en él juraron el amistad é confederacion, con toda solemnidad, y allí le entregaron los rehenes, que fueron dos niños de hasta diez ó doce años, los cuales venian en sus caballos; y así como se apeaban, los llevaban moros en los hombros. Dijeron que el uno era hijo de Almanzor y el otro de un Xeque muy señalado. El Conde se lo agradeció mucho, y llegaron los dos hijos de Humida y besaron las manos al Conde, y el Conde los abrazó, y dió paz en las mejillas; y así

holgaron aquel dia. Mandó el Conde fuesen proveidos de lo necesario, lo mejor que ser pudiese.

CAPÍTULO V.

Del parlamento que el Conde hizo á los caballeros y Capitanes de su ejército, sobre los rehenes de los moros.

Visto por el Conde el comedimiento de Humida y Almanzor, otro dia hace llamar el Conde á los caballeros Capitanes de su ejército, y juntos en su consejo dice el Conde así: «Caballeros, ya habeis visto la bondad y comedimientos de Humida-Lauda y Almanzor, y el merescimiento de sus personas, y la voluntad y amor que á todos nos han mostrado. Parezca agora que en nosotros hay aquella confianza que entre caballeros se debe tener, máxime entre cristianos, y en nosotros resplandezca aquella nobleza que á profesion de caballeros se requiere. Por cierto, que me paresce á mí, que los rehenes que estos nos han dado, para el menor de los que en el ejército vienen no bastan, aunque entre ellos sean tenidos en

mucho; y digo más, que si estos han de cometer alguna ruindad, ó la traen pensada, no la dejarán de cometer por respecto que tengan á sus rehenes, como paresce que á la gente de nuestro antecesor y hermano, el marqués de Comares, intentaron hacer. He acordado, si á vosotros paresce, de volverles sus rehenes y sólo fiar de su palabra, y así haremos del ladron fiel, porque, como dijo el Cónsul Silla, más es vencer al amigo fingido que al enemigo, porque, con el ayuda de Nuestro Señor, no serán parte para dañarnos, ya que ruindad alguna cometiesen. Así que esto me paresce que se haga, porque viendo estos caballeros moros nuestra liberalidad y la confianza que dellos se tiene, servirán con fidelidad; y para esto quiero que me digais vuestro parescer.» Todos aquellos Capitanes respondieron loando el consejo y voluntad del Conde y que su Señoría lo habia muy bien determinado, y que estaba bien y era bien hecho, y que su Señoría lo debia hacer. Así fué su consejo del Conde y ardid muy loado. Salidos de allí, manda llamar el muy ilustre señor conde de Alcaudete al xeque Humida-Lauda y Almanzor-ben-Bogani, y díceles por la lengua desta manera:

PARLAMENTO DEL CONDE AL XEQUE HUMIDA-LAUDA Y ALMANZOR.

Caballeros, vista la bondad y merescimiento de vuestras personas, y voluntad con que venís á nuestra amistad, y el deseo que de servir á la Majestad del Emperador, mi señor, teneis, y la mucha confianza que de vuestras personas se debe tener, estos caballeros y Capitanes y yo habemos acordado, en nuestro Consejo, de os alargar vuestros rehenes, y que mucho de en buenas horas los recibais y lleveis líbremente, porque de tales personas como las vuestras basta la palabra, la cual entre caballeros se tiene en más que los rehenes.

Luégo el xeque Humida y el alcaide Almanzor besaron las manos al Conde y abrazaron á todos, y de nuevo juraron el amistad y fidelidad, y así la guardaron. Y entre las cosas que allí pasaron, fué que el xeque Humida-Lauda, dijo al Conde: «No sé en qué yo pueda pagar las mercedes que vuestra señoría nos hace en dar tanto crédito á nuestras personas, mas pues es así, suplico á vuestra señoría, de mi parte pida á Su Majestad del Empera-

dor haga guerra á los turcos, y si Su Majestad quisiere venir sobre Argél, yo me profiero de le ayudar de mi parte con 3.000 lanzas y 20.000 peones, y haré á otro Xeque, mi amigo, haga lo mismo con otras tantas, de manera que no pueda entrar ni salir turco ni moro en Argél. Si Su Majestad viniere por mar ó por tierra, todos iremos en su servicio. Y sepa que soy su servidor y verdadero amigo.» Y lo mesmo dijo Almanzor-ben-Bogani. El Conde lo agradeció mucho y les dió las gracias, y al xeque Humida dió un jarro de plata y un cubilete.

CAPÍTULO VI.

De cómo el Conde y el xeque Humida y alcaide Almanzor caminaron con sus ejércitos la vuelta del valle de Benarax, y de una batalla que el Conde hubo con los turcos y moros del rey Mahamet.

Otro dia, de mañana, salió el Conde con su ejército, y los caballeros moros con él, la vuelta del valle de Benarax, y en todo el camino no hallaron contraste de

enemigos ningunos, porque en aquella tierra es gran parte Almanzor, que es Alcaide deste valle y Rey del campo. En este valle tiene el rey de Tremecen una casa Real y fuerte muy buena, que se llama, como ya dijimos, Mascar. Estaban en esta casa aposentados los turcos y moros de la mahala del rey Mahamet, porque como supo que el xeque Humida-Lauda y Almanzor eran contra él, envió 400 turcos arcabuceros y 20.000 moros á pié y á caballo. Estaban todos aposentados en este valle y casa. Sabido por los turcos y moros de la mahala del Rey como el Conde iba con su ejército, y con él Humida y Almanzor, pusieron fuego á la casa Real, y retiráronse de allí. El Conde llegó con su ejército á las huertas deste valle de Benarax, y aposentó su campo junto á unas cambroneras que están vera las huertas, y Humida-Lauda y Almanzor algo de allí desviados con sus 2.000 lanzas. Habia en estas huertas mucha fruta, y tanta, que hizo mal á algunos soldados, por respecto de la mucha que comian. Pues estando allí alojados, un moro de los contrarios vino á Humida-Lauda y Almanzor, y certificóles como los turcos y moros de la mahala del rey de Tremecen, Mahamet, tenian determinado de dar en

el ejército de los cristianos y moros aquella noche, y que lo tuviesen por muy cierto.

Humida y Almanzor van luégo al Conde, haciéndole saber lo que pasaba. El Conde, como buen Capitan animoso, requiere luégo personalmente su artillería, poniéndola á punto en el lugar por donde se presumia que los enemigos habian de venir, y ordena sus guardas y centinelas, y hace saber á los Capitanes y caballeros de su ejército lo que pasa, y que estuviesen muy á punto, y que lo supiesen soldados.

Andaba D. Mendo de Benavides y D. Alonso de Villaroel, Maestre de campo, por el ejército que nadie durmiese y todo el mundo alerta; venida la noche mandó el Conde al Maestre de campo poner sus centinelas en esta manera: que 50 arcabuceros estuviesen bien fuera del campo, haciendo la centinela, y luégo su guarda por el paso por do se presumia que los turcos habian de venir al Real, y todo muy bien proveido, de manera que por ninguna parte podian venir los enemigos que no hallasen buen recaudo. Andaba el alcaide Abrahen, que ya dijimos, el moro renegado, por el campo, dando voces diciendo: «¡Ea, her-

manos, todo el mundo á punto esta noche, que han de venir los turcos, á punto todo el mundo!» El xeque Humida y Almanzor temieron no diesen los turcos en ellos. Vinieron al Conde diciendo que ellos y su gente querian aquella noche estar entre los cristianos, amparados de su Señoría, porque les paresció que allí tenian poca gente, que, segun paresce, la gente y mahala deste xeque Humida era ida á la Zahara. El Conde los mandó poner en medio el ejército á ellos y sus caballos, cosa digna de memoria, que estuvieron aquella noche 2.000 caballos y otros tantos moros, que ni caballo ni moro no sonó, sino callar. Mandó el buen Conde que hubiese ronda toda la noche en el Real, y ésta hiciesen su hijo y sobrinos, y los caballeros; y así, con ésta órden, estuvieron toda la noche sin que nada se sintiese, como si allí no hubiera nadie.

Cupo la ronda del cuarto del alba á D. Juan Pacheco, sobrino del Conde, hermano del conde de Sanctistéban, el cual, andando rondando á la parte de las huertas, junto á las cambroneras, vió las mechas de los arcabuceros léjos, y eran las de nuestro ejército que estaban en centinela, porque así fué certificado. An-

dando haciendo su ronda, vino una centinela á él, y dijo como habian pasado 50 arcabuceros de los turcos á la parte del campo, con sus mechas encendidas. Sabido esto por D. Juan Pacheco, va á su hermano, D. Mendo de Benavides y Don Alonso de Villaroel, los cuales estaban juntos acostados, y levántalos, y van juntos al Conde, y hácenle saber lo que pasa, como aquellos turcos arcabuceros habian pasado; el cual luégo se levantó como un leon, y él y ellos van por el campo levantando la gente, y pónela en órden, y esto muy callando, porque no fuesen de nadie sentidos; y despues que los tuvo todos con mucha órden, con su mechas encendidas cubiertas, va á la artillería y ya estaban á punto los artilleros. Estando en esto, pasaron los turcos, que serian hasta 400 turcos y más de 15.000 moros, y los nuestros dan en ellos de súpito á arcabuzazos, y ellos lo mismo, en que duró gran rato, y esto de noche, que no veian más de las mechas encendidas de los arcabuceros. Duró la batalla más de dos horas.

En esto, acude el Conde al artillería, y hace tirar ciertos tiros á las mechas, y los turcos traian una gaitilla, la cual hacia maravillas tañendo, y ellos gran

grita. Acertó un tiro al gaitero en las quijadas, de manera que lo paró tal, que nunca más tuvieron gaita. Desmayaron en tanta manera, que no acertaron á tirar más tiro. Comenzaron los turcos á decir palabras feas. «¡Ah, perros cristianos! ¡espera, verná el dia en que no ha de quedar ninguno de vosotros á vida, que no sea pasado á cuchillo!» Y á todo esto, los de nuestro ejército callar, así los de pié como los de caballo, no deseaban otra cosa sino que fuese de dia para dalles su pago y seguir la victoria.

A todo esto, el xeque Humida y Almanzor, espantados de ver cómo peleaban los cristianos, y ellos en medio, con sus lanzas en las manos, esperando que el Conde les mandase lo que habian de hacer. Venido que fué el dia, en amaneciendo, los turcos y moros, los cuales eran, como ya dijimos, hasta 15.000, se retiraron la vuelta de la Zahara con harta pérdida de su gente, y muchos heridos, y sin son, porque se quedó alli el gaitero con su gaita. Llamó luégo el Conde al xeque Humida y al alcaide Almanzor, y les dijo que su parecer era que cada moro de aquellos de caballo llevase un cristiano arcabucero á las ancas del caballo, y siguiesen la victoria. No se hizo, porque

los caballos no son muy buenos, ó porque allí entre los moros contrarios iban sus parientes. Visto esto por el Conde, hizo seguir la victoria y alcance, y siguiéronlos cuatro leguas, hasta metellos en la Zahara, que es de la otra parte de las montañas á la mar, y así quedó el buen Conde en el campo con mucha victoria.

CAPÍTULO VII.

De cómo el xeque Humida-Lauda y Almanzor, tomada licencia del Conde, fueron á recoger sus gentes para ir en socorro de los dos hermanos Hamete y Abaudila.

Vista la victoria que Dios dió al Conde de los turcos y moros del rey Mahamet, el xeque Humida-Lauda y Almanzor-ben-Bogani, tomaron licencia del Conde para ir á recoger sus gentes é ir en favor de los dos hermanos Muley-Hamete, sobrino de Almanzor, hijo de su hermana, y Muley-Abaudila, hermanos de padre del rey Muley-Mahamet, porque, como en la primera jornada dijimos, á este Muley-Abaudila el Conde le puso y apo-

deró en la cibdad de Tremecen, y le hizo Rey de ella, y despues de la de Mostagan, volvió sobre él el rey Mahamet con mucha gente, y Muley-Abaudila salió á él al campo dos veces y lo venció en batalla y echó de los límites de la cibdad de Tremecen, quedando con victoria en el campo; y volviendo la segunda vez con victoria el rey Abaudila, los cibdadanos le cerraron las puertas, y por otra parte abrieron al rey Mahamet. Como esto vió Abaudila, fuése con los suyos á la Zahara, y juntóse con su hermano Muley-Hamet, que ya dijimos, sobrino de Almanzor, al cual tenia preso en cadenas en el Mexuar, que es la casa Real. El rey Mahamet á el ya (*sic*) un moro muy honrado, tio del rey Muley-Abaudila, hermano de su madre Loro, que se llama Cidi, alárabe, y confederados estos dos hermanos, con gran número de gente, vienen sobre el rey Mahamet y la cibdad de Tremecen. Van agora estos dos caballeros, Humida y Almanzor sobre el rey Mahamet con sus gentes, y esto por respecto de Almanzor que, como dijimos, es tio deste rey Hamet, mancebo gentil-hombre, tienen tan gran cerco puesto sobre la cibdad, de la parte destos, que no puede entrar ni salir moro que no sea preso ó muerto.

Estaba tan afligido el rey Mahamet, que es el que está dentro, que envió su mensajero al Conde, suplicándole fuese en su favor, y que su boca fuese la medida, y como lo pidiese lo cumpliria, mas el Conde no lo quiso oir. Pues pedida esta licencia por el xeque Humida-Lauda y Almanzor, el buen Conde el Africano salió con ellos y se despidieron y fueron su camino. El Conde va con su ejército la via de la Zafina, señoreando por toda África. ¡Oh soberano y grande Dios! que vemos una cosa que, al parecer, á los lectores parescerá cosa fingida, que apénas llegaban á 2.000 hombres los que el Conde llevaba en su ejército en esta jornada; y va por toda África metido veinte y siete leguas dentro en tierra, señoreando sin contraste ninguno; ántes, los habitadores de aquella tierra les traian victuallas, pan, carne y manteca, y otros bastimentos, á los cuales hacia el Conde bien pagar los bastimentos y victuallas.

CAPÍTULO VIII.

De una muy cruel batalla que dieron los moros de Meliona al Conde, que es la que dicen del Aceituno.

Despedidos los moros Humida y Almanzor del Conde, é idos á sus aduares, el buen Conde con su ejército prosigue su camino la vía de la Zafina, y allá bien dentro en la tierra iba el campo muy pujante, de manera que el Conde era señor del campo, y esto en tal manera, que si algun moro queria segar sus panes, venia á demandar licencia al Conde, y así fué señoreando la tierra. Acordaron los del valle de Meliona de dar un tiento al Conde y su ejército, y un dia, ya á la tarde, el Conde con la gente de caballo y la gente suelta, adelantóse á asegurar la tierra, yendo aquellos valles hasta el alojamiento que aquella noche habian de tener. E así, ido el Conde, de como ya dijimos, sin que contra él y su ejército hubiese lanza enhiesta, bien apartados de los escuadrones, de tal manera, que no los veian, llegaron al alojamiento, que era junto á un cerro; el Conde con la gente

que llevaba, estando en el cerro, descubrieron moros á la parte por do el escuadron venia. Visto por el Conde, dijo que era bien ir á echallos de allí, no hiciesen algun daño en los escuadrones, y para esto dijo á los soldados ó gente suelta: «Hijos, vosotros venís cansados, quedáos ahí, que para aquellos morillos basta que nosotros vamos.» Y así va el Conde con su lanza en la mano, la vuelta de los moros, con su estandarte y gente de caballo.

Como el Conde llegó do los moros estaban, descubrióse una celada de más de 600 lanzas. Ya el Conde no quisiera por mucho que la gente suelta se hubiera quedado, pero con aquel ánimo generoso que jamás le faltó, y con aquel esfuerzo heróico con que las otras batallas habia vencido, juntas sus 60 lanzas que consigo llevaba, vuelto á ellos les dice: «Caballeros, hoy habemos de ver para cuánto somos. Hoy se han de mostrar nuestras fuerzas. Hoy habemos de ganar honra. Hoy es el dia que ha de quedar de nosotros memoria. Cada uno haga el deber, porque lo mesmo haré yo.» ¡Oh, Soberano y grande Dios, que fuistes, Señor, servido de poner en el corazon al Conde, que la gente suelta de los arcabuceros que con el Conde venian, quedase en el

alojamiento que para aquella noche tomaban, y que el escuadron y artillería estuviese tan apartado que no se viesen, y esto para mostrar vuestras grandes misericordias, y que se viese la poca potencia de los moros y el mucho poder y fuerzas que, Señor, dais á los vuestros! Pues como llegó el Conde en el llano donde la celada de los moros estaba, visto que otro remedio no se podia tomar que mejor fuese, puso Dios en aquellos llanos donde árbol ninguno no hay, un aceituno solo, al pié del cual estaba uno como foso. Visto esto, manda el buen Conde Africano que se junten todos dentro en aquel repecho como foso, las espaldas al olivo, y la cara á los enemigos, y el buen Conde, con tanto ánimo que era maravilla, poniendo en órden los suyos. Estaba D. Mendo de Benavides, su sobrino, y D. Alonso de Villaroel, y el Conde á un cabo y á otro, y los moros sobre ellos dándoles gran grita, señalándoles con las lanzas. En esto sale D. Juan Zapata y Juan de la Torre, delante en sus caballos y adargados para resistir el paso, mas fueron tantas las lanzas que los moros arrojaron á todas partes, que pasaron más de 300, y así se retiraron, y con una destas lanzas atravesaron por las hijadas el caballo de

D. Juan Zapata, y luégo cayó. El cual, con buen ánimo, sacó la lanza á su caballo y la arrojó al moro que se la tiró, y con su propia lanza lo mató, y peleó á pié muy valientemente, porque eran las piedras que le tiraban tantas, que parecia granizo.

Despues que tiraron las lanzas, Don Mendo tomó la delantera al paso del foso con mucho ánimo, y allí cargaron los moros de nuevo con muchas piedras en él y en D. Alonso de Villaroel y en todos. Duró esto gran rato. Viendo el Conde y sus caballeros que los moros los maltrataban con las piedras, sale D. Mendo de Benavides á ellos diciendo á altas voces: «¡Sant Lázaro, Sant Lázaro, y á ellos que no son nada!» Y pasa solo por delante junto á los frenos de los caballos de los moros, tirando cuchilladas á unos y á otros, y fué tanto el espanto que los moros tomaron, que ninguno le tiró cuchillada ni lanzada. En esto topó con su hermano D. Juan Pacheco, el cual venia por la otra parte del foso con el buen Conde; y los moros, perdidas las lanzas, peleaban con piedras muy valientemente. Mas el Conde llegó á ellos con tanto ánimo y esfuerzo, que parecia un bravo leon, y vuelve la cara á los suyos y dice: «¡Ea,

caballeros, Sanctiago y á ellos!» Arremeten todos juntos, y dánles una mano, y tal, que á poco rato quedaron más de 50 caballos sin señor. En esto ya venian los escuadrones marchando, que veian al Conde y sus caballeros pelear, y veian la polvareda que hacian peleando. Marcha el escuadron á más andar, y la gente suelta que habia quedado en el alojamiento, como ya dijimos; mas cuando llegaron, ya no habia qué hacer, si no era despojar los muertos de los moros; y así el Conde quedó victorioso en el campo, y los moros fueron huyendo, y de tal manera les sucedió, que se acordarán del buen Conde Africano todos los dias que tuvieren vida. Vase á descansar.

CAPÍTULO IX.

De lo que el Conde mandó que aquestos moros se les hiciese en pago de su culpa, y lo demas hasta que llegó á su casa en España.

Otro dia, de mañana, camina el buen Conde, Capitan general de Africa, con su ejército, y va por aquella Çafina seño-

reando como señor del campo, y los moros tan atemorizados, que ya no habia nadie que daño pensase hacer. Y porque aquellos perros se les acordase de la traicion que cometieron, manda el Conde echar la vuelta del valle de Meliona, y va con su ejército junto á la sierra por el valle; manda á los soldados que, en pena de su culpa, les quemen los panes, y así fueron los soldados dos dias por aquellos campos y llanos y valles, quemando los panes, de manera que á ellos se les acordará de la ruindad que cometieron como enemigos; y así, fueron quemando y abrasando hasta salir al rio del Ziz, que está junto á la casa del Morabito, que ya dijimos en la primera jornada, camino de Tremecen.

El alcaide Almanzor-ben-Bogani, sabido lo que habia pasado y la descortesía de los de Meliona, envió un mensajero al Conde, suplicando le dijese quién eran aquellos moros para castigallos, mas el Conde le respondió que ya ellos quedaban castigados, y de manera que se acordaran dél. Iba con propósito de volver á la cibdad de Tremecen, y para esto era necesario artillería de batería, viniendo por ella á Orán; llegó á la cibdad de Orán, mañana de Sanct Juan,

y su Señoría y las naves y el mandato de Su Majestad, todo llegó junto, para que la gente luégo, sin más detenerse, la enviase á Barcelona con un Capitan que Su Majestad del Emperador y Rey, nuestro señor, envió; y así, su Señoría del Conde envió casi 2.000 hombres, y el buen conde de Alcaudete, el Africano, se embarcó con todos los demas para España; aportó á la cibdad de Málaga, donde fué muy bien y honorosamente recebido del Obispo de la cibdad y el Corregidor con toda la cibdad y clerecía, y allí su Señoría vistió á sus Capitanes, mandóles dar sedas, paños rasos para sus aderezos, y así, se vino á descansar á su villa de Montemayor hasta que Su Majestad del Emperador, nuestro señor, otra cosa le mande. Y juro á las órdenes sacras que recebí, que es fama, y así parece que viene más pobre que el más pobre soldado que de allá viene.

Muy ilustre Señor: gócese vuestra señoría que la fama y honra que en esta sancta jornada vuestra señoría ha ganado es tanta, que será inmortal memoria entre cristianos y moros, plega á Nuestro Señor haga á vuestra señoría siempre vencedor y le dé muy larga vida, para que con esas memoradas canas todos seamos

honrados. Espero yo en Nuestro Señor que tengo de servir á vuestra señoría en Argél con mi crucifijo y bandera blanca. Los trabajos que vuestra señoría ha pasado, Dios, Nuestro Señor, los tiene asentados en el libro de la vida, para en esta presente hacer á vuestra señoría memorado, y despues de sus dias darle la gloria. Amen.

CAPÍTULO ÚLTIMO.

De la generalosía (sic) *del muy ilustre Sr. D. Martin de Córdoua y de Velasco, el Africano, conde de Alcaudete, Señor de la casa de Montemayor, Capitan general de Africa, etc.*

Muy justa cosa me parece que aquí se haga relacion del linaje y heróica sangre donde nuestro gran capitan D. Martin de Córdoua y de Velasco, el Africano, conde de Alcaudete, Señor de la casa de Montemayor, viene, y de las grandes hazañas y heróicos hechos en armas que sus antepasados hicieron, porque no nos parezcan agenos ni extraños los grandes hechos y victorias de que el buen conde de Alcau-

dete ha salido triunfador, ántes, como cosa hereditaria le compete; y porque á todos los lectores sean manifiestos los grandes triunfos que sus pasados hubieron, quiero hacer principio y dar relacion de los deste encumbrado linaje y señores que esta casa poseyeron.

El primero de los cuales fué el Adelantado Alonso Hernandez. Este hubo un hijo, el cual se llamó Martin Alonso, que en la Casa dicen *El Viejo*, porque fué el primero deste nombre. Este Martin Alonso casó con Doña Aldonza Lopez de Haro, hija de D. Lope Diaz de Haro, Señor de Lara y Vizcaya, al cual dicho D. Lope Diaz de Haro mató el rey D. Alonso en Alfaro. Este dicho Martin Alonso peleó en las tutorías del Rey D. Alonso en casi todos los pueblos de Castilla; entró por fuerza de armas á Toro y Zamora, y á otras muchas cibdades, en las cuales y en la toma dellas mató muchas gentes, y sobre este paso es cosa muy notable ver su testamento y misas que en él manda que se canten por los muertos que él fué causa de que muriesen. Este tuvo dos hijos, el primero de los cuales fué el Adelantado D. Alonso Hernandez, y á Lope Gutierrez, Señor de Guadalcázar. Este Adelantado casó con una señora del

linaje de Córdoua, de los Tafures, y muy propinca parienta, en tal manera, que fué necesaria dispensacion del Papa, y para esta dispensacion se juntaron los dos Obispos de Córdoua y Jaen, por mandato del Papa.

Este Adelantado, Alonso Hernandez, tuvo una batalla con el Rey Bermejo de Granada, en el Campo de la Verdad, que es junto á la cibdad de Córdoua, y porque era muy poca la gente que sacó de la cibdad para dalle la batalla al rey de Granada, y la mucha morisma que consigo el Rey Bermejo traia, y por respecto que ninguno de los que el dicho Adelantado en su ejército llevaba, volviese las espaldas y se metiese en la cibdad, despues que los tuvo fuera de Córdoua, mandó quebrar dos arcos de la puente del rio de Guadalquivir, que es la puente que está entre la cibdad y el castillo de la Calahorra, que entónces se llamaba La Coracha, y estuvo allí presente personalmente hasta que los dos arcos estuvieron derrocados. Y esto hecho, recogió su gente y dió la batalla al dicho Rey Bermejo de Granada, al cual venció y fué siguiendo el alcance y victoria hasta Castro el Rio, que está seis leguas de la cibdad de Córdoua, y fué la victoria que del Rey Bermejo tuvo, tal, que

le mató la más gente de la que el Rey trajo, y creo que llevó qué contar. Y digo que há pocos dias que el capacete que llevaba puesto en la cabeza en esta batalla, estaba en una vara puesto en la torre más alta del castillo y casa de Montemayor.

Este Adelantado, D. Alonso Hernandez, tuvo un hijo que se llamó Martin Alonso, el Alférez, porque fué Alférez de Córdoua y caudillo de todo el Obispado. Y entrando este dicho Martin Alonso en el Reyno de Granada, y de tal manera, que algunas veces llegaba tan cerca de la cibdad de Granada, que echaba lanzas en la cibdad y corria la vega. Y saliendo una vez con una gran cabalgada, entre el ganado que sacó de la Vega, iba en buey cojo, quedándose muchas veces el buey cojo tres ó cuatro tiros de ballesta atras, y los moros, siguiendo al dicho D. Martin Alonso, preguntaba este buen caballero á los suyos por el buey cojo, y dándole razon como el dicho buey se quedaba, volvia sobre el dicho buey, dando Sanctiago en los moros, y así cobraba su buey cojo, y desta manera sacó su cabalgada sin perder ninguna cosa della, y la metió por las puertas de Alcaudete, por lo cual le nombraron Martin Alonso, *el del buey cojo*. Porque hizo esto muchas veces, y con gran pe-

ligro de los cristianos y daño de los moros; se tuvo por tan gran hecho como es razon, por lo cual se le quedó el nombre de la hazaña, que fué el dicho, que no le es ménos honoroso el renombre adquirido que el de la cognacion, porque, segun la costumbre de los Romanos, era no tener por hombre señalado el que no tuviese renombre ganado por su persona.

Este buen caballero casó con Doña María García Carrillo, hija mayor de D. Gonzalo Hernandez, Señor de la casa de Aguilar, y hubo della un hijo que se llamó Alonso Hernandez de Montemayor. Fué tan liberal y tan honrado, que comunmente todos le llamaban el Señor Alonso, y por este nombre era conocido. Éste casó con Doña Elvira Ponce de Leon, hija mayor del Conde D. Pero Ponce de Leon, Señor de Marchena. Este dicho Alonso Hernandez de Montemayor hizo muchas cosas en el Reino de Granada, y tomó por fuerza de armas, á escala vista, á la villa de Audita, villa muy fuerte, encastillada, cuando el infante D. Hernando cercó á Antequera. Éste tuvo por hijo á Martin Alonso, el cual casó con Doña María Carrillo, hija mayor del primero conde de Cabra que hubo, que se llamaba D. Diego Hernandez de Córdoua. Éste hizo muchas ha-

zañas en el Reino de Granada, y de tal manera le temian los moros, que con su nombre hacian callar los muchachos, diciéndoles: «Cata, que viene Martin Alonso, *pié de hierro.*» Y otras veces le decian Martin *Çancajo*. Púsosele este nombre de Martin Alonso, *pié de hierro*, y Martin *Çancajo*, porque con su mucha vigilancia y diligencia jamás se le iba moro que entrase á correr en su tierra. Este caballero tuvo un hijo, el cual se llamó Don Alonso Hernandez, el cual casó con Doña María de Velasco, hija mayor del conde de Siruela; D. Juan de Velasco, el cual tomó por fuerza de armas la villa de Siruela, porque le venia de derecho á su mujer Doña María de Velasco. Sustentóla, á pesar de algunos Grandes del Reino, tres años, hasta que el rey D. Fernando, viniendo de Italia, la mandó poner en tercería.

Éste tuvo por hijo mayor, y subcesor de su casa, á D. Martin de Córdoua y de Velasco, primero conde de Alcaudete, Capitan general de África, que es el abtor de los hechos desta Crónica. De manera, que las hazañas que este ilustre Caballero ha hecho, parece que es cosa aneja, y, como tengo dicho, hereditaria en él, porque segun parece, que todos

sus antecesores siempre han emprendido y hecho muchas hazañas; y así este buen caballero y señor, imitando á sus pasados, siempre ha procurado de ir adelante. ¿Qué hizo este buen Capitan nuestro, cuando en el año de veinte, Su Majestad le mandó ir á Toledo por Corregidor? Que, como hombre muy sagaz, deseoso de servir á su Rey y señor, y quitar de la memoria de los toledanos aquella opinion malvada comunera, para quitarles la imaginacion, parecióle á su Señoría que se debia hacer así: Mandó hacer muchas juntas, juegos y placeres en la cibdad, de manera que, con lo que veian presente, olvidasen lo pasado. Fué este hecho muy saludable, que fué arrancada de raíz aquella opinion malvada, y los redució al servicio de Su Majestad del Emperador, nuestro señor. ¡Con cuánta fidelidad y cuidado sirvió este buen Conde y nuestro Capitan general á Su Majestad en Fuenterrabía! ¡Qué hechos tan heróicos hizo siendo Visorey de Navarra! Y así en todos los otros cargos que Su Majestad le ha encomendado. Lo que hizo y gastó en Argél, á todos es notorio. Este buen Conde D. Martin casó con la muy ilustre señora Doña Leonor Pacheco, hija del Alcaide de los Donceles, Señor de Spejo y

Lucena, etc., y hermana del marqués de Comares. Hubo este buen Conde Africano desta señora cinco hijos, á los cuales yo, el auctor, conozco y muchas veces ví. El primero destos señores es el ilustre señor D. Alonso Hernandez de Córdoua, primogénito, heredero y sucesor en la Casa, con todos los demas ya nombrados. Plega á Nuestro Señor los haga Dios á estos señores tales cual su padre es, y á los vivos les dé gracia con que se salven, y á los muertos les dé su gloria. Amen.

Acabóse esta presente obra é relacion de la guerra Africana, quel muy ilustre señor D. Martin de Córdoua y de Velasco, el Africano, conde de Alcaudete, Señor de la Casa de Montemayor, hizo á los moros: en esta cibdad de Baeza, por el licenciado Francisco de la Cueva, clérigo presbítero, vecino de la dicha cibdad, á veinte y tres dias de Agosto año de MDXLIII años.

LAUS DEO.

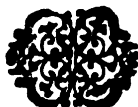
DIALOGO

DE LAS GVER RAS DE ORAN COMPVESTO

por el capitan Baltazar de Morales, natural de la Rambla, que se hallo en todas las que aqui se tratan del tiempo de los Condes de Alcaudete tuuieron aquella tenencia.

DIRIGIDO A MARTIN ALONSO de Monte mayor.

(?)



CON PREVILEGIO REAL.

Impresso en Cordoua en casa de Francisco de Cea Impressor de libros. Año de 1593.

APROVACION.

YO he visto este libro que los Señores del Consejo me remitieron, intitulado Dialogo de las guerras de Oran, compuesto por el Capitan Baltazar de Morales, es Hystoria verdadera, y por la noticia que tengo de muchas cosas que en el se contienen, puedo juzgar que va fielmente escripto, y q̃ gustaran muchos de leerle, y assi me parece que se puede muy bien dar licẽcia paraque se imprima.

Don Alonso
de Ercilla.



EL REY

Por quanto por parte de vos el capitan Baltasar de Morales, natural de la Rambla, nos ha sido fecha relacion que con mucho trabaxo avíades compuesto un libro, llamado *Diálogo de las guerras de Orán*, y por ser muy útil y provechoso para la república, y nos suplicastes os mandásemos dar licencia para lo poder imprimir y privilegio por diez años, ó como la nuestra merced fuese. Lo qual visto por los del Nuestro Consejo y como por su mandado se hicieron las diligencias que la premática por Nos hecha sobre la impresion de los libros dispone, fué acordado que debíamos mandar dar esta nuestra Cédula para vos en la dicha razon y Nos tubísmolo por bien. Por lo qual os damos licencia y facultad para que por tiempo de diez años primeros siguientes, que corren y se cuentan desde el dia de la data desta nuestra Cédula, podais hacer imprimir el dicho libro que de suso se hace mincion, por ser el original que en el Nuestro Consejo se vió, que va rubricado y firmado de Miguel de

Ondarza Çavala, nuestro escribano de Cámara, de los que en el nuestro Consejo residen. Con que ántes que se venda lo traigais ante ellos, juntamente con el dicho original, para que se vea si la dicha impresion está conforme á él, ó traigais fe en pública forma en como, por corrector nombrado por nuestro mandado, se vió y corrigió la dicha impresion por el original. Y mandamos al impresor que imprimiere el dicho libro, no imprima el principio y primer pliego, ni entregue más de un solo libro con el original al autor ó persona á cuyo coste le emprimiere, ni á otra alguna, para efecto de la dicha correccion y tasa, hasta que primero el dicho libro esté corregido ó tasado por los del Nuestro Consejo. Y estando así y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, en el qual seguidamente ponga ésta nuestra Cédula de licencia y privilegio, aprobacion y tasa, y erratas, so pena de caer é incurrir en las penas contenidas en la dicha premática y leyes de nuestros reinos. Y mandamos que durante el dicho tiempo, persona alguna sin vuestra licencia no lo pueda imprimir ni vender, so pena que el que lo imprimiere haya perdido y pierda todos y qualesquier libros, moldes y aparexos que de los dichos libros tuviere. Y más incurra en pena de cinquenta mil maravedís por cada vez que lo imprimiere. La qual dicha pena sea la tercia parte para nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el Juez que lo sentenciare, y la otra tercia parte para la persona que lo denunciare. Y mandamos á los del Nuestro Consejo, Presidente y Oidores de nuestras

Audiencias, Alcaldes, Alguaciles de la nuestra Casa, Corte y Chancillerías, y á todos los Corregidores, Asistente, Gobernadores, Alcaldes mayores y ordinarios, y otros Juezes y Justicias qualesquier, de todas las ciudades, villas y lugares de los nuestros Reinos y Señoríos, así de los que agora son como á los que serán de aquí adelante, os guarden y cumplan ésta nuestra Cédula y merced que ansí os hacemos, y contra el tenor y forma de ella no vayan ni pasen en manera alguna, so pena de la nuestra merced y de diez mil maravedís para la nuestra Cámara. Dada en Búrgos á catorce dias del mes de Septiembre de mil y quinientos y noventa y dos años.—YO EL REY.—Por mandado del Rey, nuestro señor, Don Luis de Salazar.—Secretario, Çavala.







DIÁLOGO

DE LAS

GUERRAS DE ORÁN

CUYO ARGUMENTO ES ÉSTE:

Júntanse en la iglesia mayor de Córdoba tres caballeros, y para tratar de espacio de las cosas de Orán, se van á estar dos dias en una huerta del uno dellos, y allí cuentan todo lo que pasó á los condes de Alcaudete todo el tiempo que tuvieron aquella tenencia.

PERSONAS DEL DIÁLOGO.

Mendoza.—Navarrete.—Guzman.

DIÁLOGO PRIMERO.

Mendoza. En gran manera me he holgado, Sr. Navarrete, en haberos topado, y con tan buena compañía como es el señor Guzman. Porque despues que venistes á esta tierra os he buscado muchas veces

para deciros lo que me he alegrado dello, y no he podido daros alcance, aunque lo he procurado. Y si no me dijeran que érades vos, cierto, yo no os conociera, segun estais mudado de como solíades cuando andábamos al estudio.

Navarrete. Yo tengo tanto contento Sr. Mendoza en veros, que no lo sabré decir, porque el amistad pasada jamás se me olvida ni olvidaré en mi vida, y si deseaba estar en esta tierra era por comunicarme con vos y con el señor Guzman.

Guzman. En gran merced tengo yo eso que me querais meter en cuenta con el Sr. Mendoza.

Mendoza. Vos lo mereceis muy bien. Y así el Sr. Navarrete tiene gran razon. Y ha hecho como discreto en acompañarse con vos, porque le mostreis las damas que á la iglesia mayor vienen á misa.

Guzman. En eso podré yo muy mal servirle por la poca cuenta que en esto tengo, cuanto más que el Sr. Navarrete no quiere tratar de esas cosas, porque su arte es otra de la que pensais; que los hombres que han pasado lo que él no apetecen esas cosas.

Navarrete. Verdad es que aunque no

soy tan viejo como parezco, pero las damas no quieren ver canas, que les enfadan, y por esto no quiero aventurarme á decillas nada, porque no me afrenten, y tambien para esto habia de estar más desocupado de lo que estoy.

Mendoza. ¿Qué ocupaciones teneis vos ahora? ¿Habeis os hecho, por ventura, de soldado mercader?

Navarrete. No por cierto, que no soy para ello, si me sintiera hábil para los tratos no fuera mucho hacerlo, y no seguir la guerra que es tan trabajosa y poco provechosa.

Mendoza. ¿Tanto trabajo es la guerra?

Navarrete. Éslo tanto, que no se puede decir por palabras; y al que es buen soldado, le es mucho más trabajo, que no ha de hacer vileza, y con esto pasa mucha fatiga.

Mendoza. Mucho holgaría de oir algunas cosas de las que os han pasado en este tiempo que habeis andado fuera desta tierra, porque deben ser harto buenas, y los que no las hemos visto gustamos de oillas á los que las han pasado.

Guzman. Pues si oyésedes, Sr. Mendoza, lo que el Sr. Navarrete puede decir, yo fio que holgásedes mucho de veras, porque son cosas extrañas.

Mendoza. Y así me holgaría en extremo de estarme dos ó tres dias con el Sr. Navarrete por oirlas.

Guzman. Pues yo os diré lo que tenemos concertado los dos; y, si vos quereis, podeis ser el tercero. Queremos irnos á estar tres dias ó cuatro en mi huerta, y holgarnos allá ahora que hay fruta.

Mendoza. ¡Oh que gran merced me habeis hecho en lo que me ofreceis! ¿Pues cuándo ha de ser la ida?

Guzman. Ya nos vamos de camino, porque es cerca, como sabeis, y podemos irnos á pié.

Mendoza. Ruin sea yo si vuelvo á mi casa, si no vamos y enviamos nuestros criados que nos lleven camas, que ya sabeis cuán escrupuloso soy en dormir con nadie.

Guzman. Por cierto, vos teneis razon, por el daño que podais hacer en esta junta.

Mendoza. Sr. Guzman, todos somos sanos, no hay para qué tratar desto habiendo otras cosas de más gusto. ¡Oh, válgame Dios que lindo está esto! Cierto, que es mal hecho no hurtar algo de tiempo para gozar estos dias de tan linda salida como ésta; yo juro que si fuera mia la huerta, que no saliera della jamás, aun-

que todo lo demas se perdiera. ¿Qué le parece al Sr. Navarrete? Hay tan lindas cosas en África.

Navarrete. ¿Como ésta? ni áun en Europa, aunque en África hay muchas cosas destas y de consideracion, porque los reyes de allá gustan mucho de algunas destas lindezas, como lo más del tiempo están en sus casas.

Mendoza. Parece que era ayer cuando salistes del estudio.

Navarrete. No tan poco como eso, pues fué el año de cuarenta y dos.

Mendoza. ¡Jesus! ¿aquel año fué?

Navarrete. Cuando el rey de Francia vino á tomar á Perpiñan salí yo de Córdoba para ir allá, y como se retiró, quedamos por ahí todos perdidos, y entónces hacia gente el conde de Alcaudete, Don Martin, para ir á Tremecen, y fuíme con aquellos capitanes que se embarcaban en Cartagena.

Mendoza. ¿Qué en esta jornada os hallastes? Hartos trabajos pasaríades con un hombre como aquel, que nos decian acá que robaba y mataba á los soldados.

Navarrete. Ello es muy gran mentira, y yo sé deso mucho, y así lo puedo bien decir tan claro.

Mendoza. Holgaré en extremo que

nos digais eso más en particular, porque acá se tiene muy creido.

Navarrete. Pues yo os quiero desengañar á su tiempo, estad atento á todo, que, como testigo de vista, lo contaré sin faltar cosa.

Salidos de Orán con los bastimentos á cuestas por la falta de bagajes, fuimos la vía de Tremecen, y peleamos muchas veces en el camino con los moros, venciéndolos siempre. En el año de cuarenta y tres, dia de Sancta Agueda, que es á los cinco de Febrero, estando el Conde junto á Tremecen, salió el Rey moro con todo el poder que pudo juntar de su Reino y de los comarcanos; y fué tanto, que dicen los que se habian hallado en Túnez cuando el Emperador fué allí, que no habia habido allí más moros; y es cierto, que se podian aquel dia contar las yerbas del campo, á nuestro parecer, ántes que á los moros, porque no habia cerro ni valle que no estuviese cubierto dellos, y tan apiñados, que era espanto; con tantas banderas y estandartes que era hermosísima cosa de ver.

Guzman. Y áun temor hubiera de haber.

Mendoza. No me espanto que lo hubiese, habiendo tanta gente contra tan poca.

Navarrete. Yo os diré que tan poca, que no llegaban á 8.000 hombres y á 200 caballos, y desarmados; y de los moros decian ellos mismos que habian más de 150.000.

Mendoza. ¿Pues el Conde qué hizo entónces, viendo su vida y honra puesta tan en aventura?

Navarrete. Lo que hizo fué ordenar la gente y andar por allí, con tanto ánimo, que parecia era él el que llevaba los muchos.

Mendoza. Grande era su valentía, pues eso no le turbaba.

Navarrete. Era tanta, que yo creo no ha nacido español que tanta haya tenido, ni es posible, pues que eso le era á él arremeter solo con 1.000 hombres que con uno solo; fué tan grande la valentía del Conde, que si no es viéndola, apénas se creyera; y de verlo nosotros andar así tan animoso, parecia que éramos cada uno él mismo. Segun nos ordenamos presto con grandísimo deseo de la batalla. El órden de la batalla fué éste: que el Conde puso á su hijo mayor, D. Alonso, en la delantera, y con él á sus primos, D. Martin de Córdoba y Diego Ponce de Leon, y á Don Juan Pacheco y á D. Juan de la Cueva, el Negro, y á otros caballeros principales,

como era Alonso Fernandez de Montemayor, hijo de Diego Ponce de Leon, y á Juan Ponce, su hermano, y á D. Juan de Villaroel, y á D. Alonso, que era Maestre campo; en conclusion, á todos los más principales que allí estaban: á D. Francisco de Córdoba, su hijo, encargó el escuadron de la retaguardia, y fué menester bien su estada allí. Estando ya todos en órden, se arremetió muy ordenadamente con los estandartes del Rey; Diego Ponce fué el primero que llegó á los moros, y hubiérale pesado de haber llegado tan presto, porque dió tanta gente sobre él, que por muchas partes fué acometido de todos aquellos caballeros que guardaban los estandartes, con infinitos golpes que le dieron, y su caballo pasado con lanzas, y él fué herido en la pierna por un tobillo; él derribó ántes desto uno muerto que tenia un estandarte de los del Rey, y tambien cayó el estandarte en el suelo, que era colorado, con flecos verdes y una manzana dorada encima; á D. Martin de Córdoba derribaron, habiéndole muerto el caballo, habiendo él derribado y muerto á otro moro que llevaba otro estandarte. Fué la batalla bien reñida, y quiso Dios que se venció sin haberse rescebido otro daño más de lo sobre dicho; y áun aquel se reme-

dió bien, porque fueron luégo socorridos aquellos caballeros y sacados de la priesa: fué socorrido Diego Ponce de Leon por su hijo Juan Ponce, que, como vió á su padre tan mal herido, le sacó la lanza del tobillo, que por medio del hueso la tenia que pasaba, y tambien el caballo, sin otras muchas lanzas que tenia el caballo, con que estaba atravesado sin poderse menear; y díjole su padre: «hijo, seguid la victoria, que yo ya he acabado;» y Juan Ponce, dejándolo en poder de sus criados, se juntó con su hermano Alonso Fernandez que andaba peleando, y como le dijo el peligro en que dejaba á su padre, pareció que cada uno era un muy feroz leon, segun con la braveza con que entraron por la batalla, matando tantos moros, que cuando se acabó de vencer estaban cubiertos de sangre. No habia cosa más de ver que al Conde cómo andaba por la batalla, como un rayo, en un caballo rucio, con la espada alta hiriendo á todas partes, que era miedo mirarlo, era de manera su ferocidad, que á bandas huian dél como palomas del halcon que anda por el aire. Su pasar siempre delante era con tanta furia, que los que lo aguardábamos, no podíamos alcanzar moro, que tanto como esto se apartaban de donde él andaba.

Rota que fué la avanguardia de los moros, como eran tantos, ciñiéronnos en torno y dieron en D. Francisco de Córdoba, tan récio, que fué bien menester estar él allí, segun lo apretaron los moros, creo, cierto, lo pasaran mal nuestros cristianos sin él.

Guzman. Segun eso, dos batallas fueron ese dia.

Navarrete. Muy bien lo habeis entendido que dos batallas fueron, porque es usanza entre los moros, aunque les rompan su avanguardia no quedar deshechos; y así fué este dia, que aunque los rompimos por la avanguardia y les derribaron los estandartes, como he dicho, cargaron á la retaguardia con grandísimo ánimo.

Mendoza. ¿Qué hizo ese D. Francisco, que tanto lo estimais?

Navarrete. Lo que hizo fué tener siempre el rostro á los enemigos y matar por su mano muchos dellos; y como lo veian pelear, lo hacian todos muy esforzadamente: con esto se mataron más moros allí que en otra parte.

Mendoza. Pues yo he oido de D. Martin, su hermano, que es cosa extraña su valentía.

Navarrete. No estaba él allí aquel dia, y así en las que él se halló mostró su valor y esfuerzo siempre, y bien se puede

creer eso, que hijos de tal padre no serán ménos; así no sabria yo decir cuál es más, pues cada uno por sí parece no tener igual.

Guzman. Pues, ¿en qué paró la batalla tan reñida?

Navarrete. En que despues de haber vencido á los moros, el Conde entró en Tremecen y metió al Rey, que lo pretendia, dentro para que fuese vasallo del Emperador.

Mendoza. ¿Qué Rey era ese, pues decís que salió á pelear con el Conde el rey de Tremecen?

Navarrete. Lo uno y lo otro es así: en Orán estaba un hermano del rey de Tremecen que se llamaba Muley-Baudila; éste se huyó del Rey, su hermano, porque no le matasen, como suelen ellos hacer, y el Conde recogiólo allí, adonde estuvo muchos dias. El rey de Tremecen, siendo vasallo del Emperador se confederó despues con los turcos y quitó la obediencia al Emperador; desto se enojó el Conde y suplicó al Emperador le diese licencia para quitalle el reino, y Su Majestad se la dió, y es cosa de espantar que, cuando pidió la licencia para hacer esta jornada á su costa, he sabido por cosa cierta que no tenia 1.000 ducados juntos; y así dicen

que el Emperador se espantó en querer á su costa emprender tal jornada, sabiendo cuánto era menester para ella; y como Dios socorre á las buenas intenciones, así hizo al Conde, que no le faltaron dineros hasta llegar á Tremecen, aunque allí hubo él tan pocos, que yo sé de cierto era menester, para comer, buscarlos.

Mendoza. Deso me espanto más de lo que me habeis dicho, pues, ¿tan pobre era esa ciudad que no hubo cosa para el Capitan general?

Navarrete. No era sino muy rica y se hubo gran riqueza entre particulares: mas era el Conde de condicion tan real, que al que no habia habido algo, le daba de lo que á él tocó, que era el quinto de que Su Majestad le hizo merced; y hizo esto con tanta largueza, que cuando salió de Tremecen habia dado todo lo que hubo, y todo lo que tenia de plata y jaeces y aderezos, con tanta liberalidad, que no hay quien no se espante; y si él se estuviera en Tremecen algunos dias, él viniera rico y todos.

Guzman. ¿Pues por qué no se estuvo allí, habiendo bastimentos?

Navarrete. Porque el Emperador le envió á mandar que se saliese, que habia menester la gente que allí estaba; y así

salió con sólo dejar al Rey por vasallo tributario de Su Majestad, haciendo la mayor honra á nuestra Nacion que nadie jamás le hizo, á su costa, un señor tan pobre, haber emprendido una jornada tan peligrosa y costosa, y ganar en ello un Reino de los más principales de Berbería, veintidos leguas dentro de la tierra. Podria bien decir que no ha habido en España quien le pasase, y pocos le han igualado, y ninguno le pasó: dejando atras á todo lo pasado, que si el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba ganó el nombre de grande, fué con mucha razon, pues venció tantas veces á los franceses y los echó del reino de Nápoles, pero esto fué con la potencia del rey de España, y tambien ayudado del Emperador Maximiliano, con cuyo favor pudo salir en busca del enemigo, que le tenia casi cercado en Barleta, como lo cuenta el Jovio, donde hizo las cosas que habeis oido tan famosas. Pero dejaré esto por pasar adelante á tratar cómo el Conde fué el primero que abrió camino y lo prosiguió para acrecentar en África, sobre lo poco que allí teníamos, ensanchando el Señorío y la reputacion de nuestros Reyes, y poniendo miedo en muchas partes, bien desviadas de lo que ya se tenia, pues los

muchos despojos que trajo á España de captivos y preseas, todo ello es buen testigo, pues se hallarán pocas ciudades y lugares principales que por esta parte no sean testigos de sus grandes victorias. Éste llegó tambien á recobrar harto de lo que en tiempos pasados, con mucho daño y oprobio nuestro, nos habian robado. En el castillo de Alcaudete está una campana que el Conde hizo traer de Tremecen, donde estaba por lámpara en la Mezquita mayor, y en su antigüedad y letrero se ve como fué nuestra, estando allá como afrenta de la religion cristiana, ahora está como por trofeo de la victoria de la Cruz de Jesucristo. Las demas injurias de los cristianos que vengó, y los daños que reparó, seria cosa larga relatarlos.

Mendoza. Todo es mucho, y por ser tan notorio, os sufriremos que lo dejeis.

Navarrete. Tambien lo dejo de buena gana, por decir como todo es poco en comparacion de lo mucho que en la conquista de toda África hiciera, si no tomara al Emperador, tan ocupado perpetuamente en otras guerras, sin poder poner los ojos y el pensamiento en aquella provincia, oso decir que, con sólo dar licencia el Emperador que pasase á aquella

conquista quien quisiese, ayudando con algo á lo poco que el Conde podia, él hiciera á los reyes de España reyes y señores de lo mejor de África.

Guzman. ¿Tan fácil era eso, que podia el Conde emprenderlo?

Navarrete. No era sino muy dificultoso, á no tener el Conde tan grande ánimo y no tener dado tales trazas en el proceder, con la noticia de la tierra, y con la grande experiencia de las cosas della, que fuera llano el camino; y, cierto, el conseguir lo que deseaba; cuando algunas veces platicaba desto ó mostraba algunos de los memoriales donde lo tenia comprendido y dispuesto, no habia hombre, siquiera medianamente entendido en guerra, con noticia y experiencia de la gente mora, que no se certificase de lo que se prometia; y cuanto más sabíamos de guerra y de las cosas de África, los que así le oíamos razonar, tanto más nos asegurábamos de aquellos sus designios del Conde; y así, satisfacian mucho y daban muy gran contento en la Corte, en el Consejo de la guerra, cuando allí trataba dellos; sino que, demás de andar el Emperador tan ocupado, como ya decia, nunca al Conde le faltaron émulos.

Guzman. La mayor señal de haber

sido muy señaladas las cosas del Conde, es haber tenido esos émulos que despertó en él la envidia, pues ella jamás acomete si no á lo muy grande y ensalzado.

Mendoza. Así lo lamentó el poeta Horacio, y lo vemos cada dia.

Navarrete. Pues con haber el Conde vencido muchas y grandes batallas en África, fué otra gran hazaña haber sucedido en tan diversas partes, y tan dentro de aquella anchísima region; penetró tan adentro, que llegó algunas veces, como vencedor, bien dentro en la Libia, llamada desierta, aunque no lo es del todo, y vió y paseó buena parte de sus famosos arenales, todo para tener más clara noticia de la tierra, y asegurarse mejor en sus designos.

Guzman. Cosa es esa nunca oida ni escripta desde el tiempo que los Romanos perdieron la última vez á África.

Mendoza. Así es cierto: el llegar allá venciendo con las armas, adonde se tiene por gran cosa que pasasen los mercaderes por la cudicia de sus ganancias.

Navarrete. Pues es otra mayor gloria en esos hechos del Conde haber estado siempre tan falto de artillería, municiones, bastimentos y dineros, que son el todo de la guerra.

Guzman. Así lo dicen.

Mendoza. Y es mucha verdad.

Navarrete. Tambien fué grandísima falta la que tuvo de favor de su Rey, que siendo lo que más importaba, por hacelle sus émulos tanta guerra, que lo que él hacia eran hechos tan claros como el sol, se los escurecian y los enmascaraban de suerte que, cuando llegaban delante del César, no sólo no parecian bien, mas parecian tan mal y de tal color, que eran muy escuros. Sus amigos, que eran pocos, no osaban publicar sus grandezas, que sus enemigos les rechazaban; así se puede igualar con cualquier Capitan, por grande que haya sido, pues conquistar un reino, como he dicho, en Berbería, contra un Rey poderoso y natural señor dél, ayudado de todas las comodidades posibles, fué grandísima cosa, y digna de tener en mucho, y preciarse todos de ser naturales de la tierra que tal hombre produjo. Pues se puede decir, con verdad, que ninguno le pasó y pocos le llegaron.

Mendoza. En cargo os es el Conde, pues dais tal noticia de sus cosas y las celebrais tanto.

Navarrete. Poco tiene él y sus deudos que agradecerme por decir verdad en esto; y en los tiempos venideros se verá más

largo, cuando salgan á luz sus historias, que yo aseguro que hay bien que escrebir, si la envidia de tantos no lo estorba.

Mendoza. Una cosa deseo mucho saber, y es que me digais cuál destas dos casas es la que viene de hijo mayor, porque cada cual alaba sus agujas; yo holgaria de saber lo cierto.

Navarrete. Eso no os puedo yo decir porque no lo sé.

Guzman. Yo he oido muchas veces tratar á mi abuelo esta plática con otros viejos, y áun se me acuerda bien lo que ellos decian.

Mendoza. Pues de esa suerte decídnoslo vos, que el Sr. Navarrete volverá á su historia.

Guzman. Lo que yo he oido á los viejos es, que el Sr. Alonso Fernandez de Córdoba, que fué hijo de D. Fernan Nuñez de Temez, y de Donora, Señora del castillo de Dos Hermanas, Adelantado de Andalucía, que por servicios que hizo al Rey y al Concejo de Córdoba, le hicieron merced de las torres y aldea de Cañete. Este caballero tuvo dos hijos: el uno Martin Alonso, y el otro Fernando Alonso. Martin Alonso heredó al castillo de Dos Hermanas, y á las salinas y las casas de su padre, que son junto á San

Hipólito. Hernando Alonso heredó las torres y aldea de Cañete, que era mejor que Dos Hermanas.

Mendoza. ¿Pues quién era dellos el mayor?

Guzman. Eso no lo sé yo, porque en el testamento de su padre, que yo he visto muchas veces, no lo dice; los indicios de ser Martin Alonso el mayor, son grandes, porque quedó en el repartimiento con Dos Hermanas, que fué de su abuela y la casa principal de su padre y abuelo; y así, creo yo que fué éste el mayor.

Mendoza. Eso no lo creo yo, porque claro está que habia de dar el padre al mayor lo mejor de la hacienda, y en dar á Cañete á Hernando Alonso se ve claro que fué el mayor.

Guzman. No os determineis tan presto, que ya habemos visto muchos aficionarse al hijo segundo y dalles cuanto pueden, y así pudo ser esto; y porque no pudo quitalle á Martin Alonso lo que era suyo de derecho, quiso dar al otro lo que le habian hecho de merced, y dejar dos hijos señores de dos castillos que debia de ser en aquel tiempo gran cosa; y así, no puedo yo determinar cuál es el mayor. Lo que sé decir es, que Martin Alonso se casó con Doña Aldonza de Haro, hija de

D. Lope Gutierrez de Haro, el chico, Mayordomo mayor del rey D. Alonso el Sabio, cosa que espantó á muchos y áun al Rey.

Mendoza. ¿Por qué al Rey?

Guzman. Yo os lo diré; y fué así, que D. Lope de Haro vió á Martin Alonso y aficionóse á él por vello tan gallardo y valiente, y díjole que lo queria casar con su hija Doña Aldonza de Vizcaya, y él le respondió, Sr. D. Lope, yo soy tan buen hijo-dalgo como vos; y puso la mano en el espada y díjole: «en tanto que yo trujese ésta, me puedo casar con quien quisiere;» y D. Lope le certificó que lo deseaba, y el Martin Alonso se lo agradeció y concertóse el casamiento; y cuando el Rey lo supo, le dijo que cómo habia casado á su hija con su vasallo sin que él lo supiese. Respondió D. Lope Gutierrez, que no le habia dado cuenta dello, porque temió que lo estorbaria para casallo con la suya, segun era buen caballero: fué esto caso de grande honra. Despues desto, en tiempo del rey D. Alonso el onceno, vinieron los moros sobre Castro el Rio, y lo cercaron con gran cantidad de gentes, como parece por su corónica; y á esto se juntaron en Córdoba toda el Andalucía, y en consejo se trató sobre este particular, y los

unos eran de parescer se combatiese con los moros y se descercase á Castro, por ser tanta vergüenza perder una fuerza tan cercana de Córdoba. Los otros decian que era bueno, mas que aventuraban mucho en ello, pues si con ellos se peleaba y vencian los moros, que todo se perderia, y que era mejor no aventurarlo todo, que más valia que se perdiese aquello que no toda la tierra: Martin Alonso, como buen caballero, dijo que si le prometian (como caballeros) de socorrerlo, en sabiendo que habia entrado en Castro, que él se iria á entrar dentro. Los demas caballeros, oido esto, se lo prometieron y juraron de socorrello sin falta ninguna. Él entónces se fué á Montemayor, que habia fundado desde Dos Hermanas, y desde allí se fué á Espejo, y con la gente que pudo juntar (como parece por la corónica del mismo Rey) salió de Espejo y llegó al Real de los moros, y dió en ellos con tanto esfuerzo y valentía, que por fuerza pasó hasta los muros del lugar, y tenian tapada la puerta y no pudo entrar. Fué necesario rodear á un postigo que tenian en la fortaleza, y allí descargar las acémilas de los bastimentos y perdellas con los caballos, que no los pudo meter dentro por ser mala la entrada; y así socorrió al lugar, habiendo

sobre él 150.000 hombres. Visto esto por el Rey moro, le dió aquel dia dos combates muy récios, y defendióse, como lo podreis ver en la corónica, en un capítulo muy largo. Conocido el Rey moro que Córdoba por fuerza saldria á socorrer, levantó el cerco y fuése. Por este servicio el Rey le hizo merced de darle la banda que hoy traen con dos cabezas de dragos, que los reyes de Castilla traen por insignia, como lo podeis ver en las puertas de la capilla del rey D. Alonso el onceno, aquí en la Iglesia.

Mendoza. ¿Pues cómo no lo traen ya esos caballeros como solian?

Guzman. La causa por que ya no la traen es ésta: cualquiera banda sobre armas denota bastardía, y como estos caballeros son legítimos, no quieren parecer bastardos, y así la traen por insignia como los Reyes y no por armas, y yo la he visto traer así. Aunque en las puertas antiguas está sobre las armas de Córdoba.

Mendoza. Mucho huelgo de saber eso que no lo sabia. Pues decidnos tambien qué fué lo del Campo de la Verdad, que tanto estiman estos caballeros de la casa de Montemayor.

Guzman. Yo os lo diré: ya sabeis la condicion que tuvo el rey D. Pedro, que

por cualquier cosa mataba las gentes, pues fué así; que habiéndole dicho ciertas cosas de D. Alonso Fernandez de Montemayor, Adelantado del Andalucía, hijo de Martin Alonso, el que descercó á Castro el Rio, y de Gonzalo Fernandez de Córdoba, Señor que fué de Aguilar, envió á Córdoba á D. Martin Lopez de Córdoba, Maestre de Calatraba, para que les cortase las cabezas; y llegado el Maestre, como vió que eran falsamente acusados, no puso por obra lo que le mandó el Rey, y enojándose el Rey mucho desto, trató con los moros de Granada de entrégalles á Córdoba; con esto el rey de Granada sacó el mayor ejército que pudo y vino derecho á Córdoba, y áun el mismo rey D. Pedro vino con el de Granada; y por esto no habia caballero que tomase armas, aunque los moros se entraban por el Alcázar viejo. Visto esto por las señoras, salieron por las calles llorando y rogando á los caballeros saliesen á pelear. Aprovechó esto tanto, que salieron y pelearon con los moros y los echaron fuera, con muerte de muchos; y aquella noche se juntaron á consejo todos los principales caballeros, y salió por ellos electo capitan D. Alonso Fernandez Montemayor, con gran contento de todos.

Mendoza. ¿Pues siendo Adelantado para qué era menester elegillo?

Guzman. Aunque era Adelantado no se extendia á tanto su poder, y por eso fué menester hacer eleccion, por estar allí dos Maestres como estaban.

Mendoza. ¿Pues qué hubo más?

Guzman. Hecha la eleccion, salió por la ciudad diciendo que queria salir á dar la batalla á los moros; y tambien envió un mensajero al rey D. Pedro, diciéndole que si Su Alteza queria entrar en la ciudad como Rey y señor, que entrase y castigase á quien le pareciese, y que no permitiese que los moros enemigos de la fe los maltratasen y matasen á todos. El Rey dijo que él habia venido á castigar la ciudad y que lo habia de hacer de manera, que hinchese el pilar de la Corredera de las tetas de las mujeres, y á todos los demas matarlos. Esto alborotó al comun y andaban llorando por las calles, pues como el adelantado D. Alonso Fernandez de Montemayor dijo que queria combatir con los moros, creyeron los del pueblo noveleros, que salia á concertarse con los moros y entregarles la ciudad, y aunque veian andar armados todos, este disparate creció mucho, tanto, que fué la voz á Doña Aldonza Lopez de Haro, hija de

Lope Gutierrez de Haro, que, como dije era madre del adelantado D. Alonso Fernandez de Montemayor y de Lope Gutierrez, de donde vienen los señores de Guadalcázar, y era Alcalde mayor de Córdoba y Señor de Montilla.

Mendoza. ¿Tan antigua es esta casa de Guadalcázar?

Guzman. Tanto como esto, que despues de las dos Aguilar y Montemayor, ésta es la más de Córdoba.

Mendoza. ¿Pues qué le dijeron á esta señora Doña Aldonza?

Guzman. Lo que le dijeron fué, que D. Alonso salia á entregar á Córdoba á los moros; ella salio á los arquillos de la iglesia mayor, adonde topó con sus hijos D. Alonso y Lope Gutierrez que salian con la nobleza de Córdoba á pelear, y como los vido díjoles: «Mirá D. Alonso, que me dicen que salís á entregar la ciudad á los moros; mirad que en vuestro linaje no ha habido ningun traidor, no me digan á mí madre del traidor.» D. Alonso Fernandez saltó del caballo y besóle la mano, y díjole: «Señora, yo salgo al campo, donde se dirá la verdad.» Y ésta es la causa por que así se llamó y se llama ahora aquel gran llano. Despedido D. Alonso de su madre, salió por la puente, y en orde-

nándose la gente dijo: «Caballeros, yo salgo al campo á vencer ó morir, el que quisiere seguirme venga, y el otro vuélvase, porque yo tengo de romper dos arcos de la puente para que no haya donde nos acojamos, sino que abramos el camino con las espadas.» Decian los viejos, que se volvieron muchos á la ciudad y otros quedaron; y él, entretanto, hizo derribar dos arcos de la puente; y como tuvo esto hecho, dió la batalla á los moros, tan récia, que los desbarató, y fueron huyendo hácia Castro el Rio, haciendo los cristianos gran matanza en ellos; á la vuelta no habia por donde entrar, y uno le dijo á D. Alonso que él sabia un vado por donde entrasen, y así se llama hoy el Vado del Adalid. Salió á lo recebir toda la ciudad, haciéndole grandísima honra, que, cierto, debe esta ciudad más á esta casa que á otra alguna, por haber su padre socorrido á Castro, y él defenderla de los moros.

Mendoza. Él la merece muy bien. Pero decid, ¿cómo no eligieron á su primo Gonzalo Fernandez de Córdoba, siendo mayor señor?

Guzman. En aquel tiempo no era ni tanto, porque era del adelantado Don Alonso Fernandez de Montemayor, An-

dújar y Bailén, y Salvatierra, y Linares de Baeza, y Hornachuelos, y la puente de Córdoba y la Calahorra, que toda era buena fortaleza, aunque no tal como está agora.

Mendoza. ¿Y tan gran hecho como ese no tuvo algun premio?

Guzman. Las grandes revoluciones de aquellos postreros años del rey D. Pedro, estorbaron ese y otros buenos agradecimientos.

Navarrete. No es maravilla.

Guzman. Todavía la iglesia de Córdoba, como más pacífica entónces, y más señora en su hacienda y en todas sus cosas, hizo lo que pudo en reconocimiento de tan grande y tan universal beneficio.

Mendoza. ¿Qué hizo?

Guzman. Dióle á D. Alonso Fernandez para sí y para todos sus descendientes la capilla de San Pedro, donde él y todos se enterrasen.

Mendoza. Mucho fué eso siendo la capilla más principal de toda la iglesia y de tan rica labor de mosáico, y jáspes y mármoles, que pone admiracion á los extranjeros, que con más curiosidad la miran.

Navarrete. Con razon se maravillan, á lo ménos los italianos, que viendo el

mosáico de algunas iglesias de su tierra, en España no verán otro sino aquel de la capilla.

Mendoza. Ahora entiendo lo que andando mirando aquella capilla no habia entendido, que la brava tumba de mármol blanco, toda de una pieza que está en medio, tiene travesada en lo alto, de esquina á esquina, la banda esculpida en el mármol con sus dos cabezas de dragos. En esto se parece quién la puso y para quién se puso, pues D. Alonso Fernandez de Montemayor hacia entónces grande estima de la banda, habiéndose dado á su padre por tan grande hazaña de haber descercado á Castro el Rio, y porque yo no lo he mirado os lo pregunto señor Guzman, si hay letras en la capilla que digan, cúya es.

Guzman. Ningunas.

Mendoza. ¿Pues qué memoria hay de ser de D. Alonso la capilla?

Guzman. Dos tan excelentes, que no se pueden mejorar, y decíroslas hé despacio, como ellos lo merecen. Tienen los condes de Alcaudete en su archivo, y la iglesia mayor de Córdoba en el suyo, escriptura en pública forma, la cual yo he visto muchas veces y sacado una copia della, adonde le da la iglesia la capilla á

. Alonso Fernandez, y es su data á los einte y siete de Noviembre, era de mil y uatrocientos y seis, y es año del Naciiento de Nuestro Redemptor, mil y tresientos y setenta y ocho; y en ella, el Dean Cabildo le dan la capilla para él y para us descendientes.

Navarrete. Buena memoria teneis señor Guzman, pues tan particularmente e os acuerda el dia mes y año.

Guzman. Pues porque lo digais de veras, diré tambien de memoria la cabeza lesta escriptura, que la aprendí de coro, por ser tan notable.

Navarrete. Eso es más.

Guzman. Comienza así: «Sepan cuantos esta carta vieren, como nos, el Dean y Cabildo de la iglesia de Córdoba, conosciendo como vos D. Alonso Fernandez de Montemayor, Adelantado mayor de la Frontera, por nuestro señor, el Rey, nos habedes hecho muchas buenas obras, ayuntadamente é ayudas que c
nos habemos recebido de vos
de donde v nides. Otr
do como onde v
naron e la di
de los que

cuerpos. É como vos con los otros de vuestro linaje la defendistes del poder de los moros enemigos de la fe, cuando aquí vinieron con D. Pedro, el tirano hereje, é con el Rey de Granada para la destruir y matar cuantos aquí estábamos en servicio de Dios y defendimiento de la cristiandad católica, por vengar del su falso corazon; é como siempre amastes, y honrastes á la iglesia, y quisistes defender y acrecentar los privilegios y libertades della, entendiendo que lo queredes llevar adelante, é como la iglesia es honrada siempre y doctada con los enterramientos de los grandes, tales como vos, etc.»

Mendoza. Muy honrada cosa es esa, y aunque no es muy pública, tiene harto de buen premio la grande hazaña, en estar así tan testificada y engrandecida.

Guzman. Tambien está muy certificada y celebrada en otra escriptura del Obispo, mas basta la pasada.

Mendoza. No basta, segun pone golosina de oirla lo bueno de la pasada, decídnosla, si tambien la sabeis de coro, que ofrezco con el Sr. Navarrete, que holgará con ella.

Navarrete. Sí holgaré.

Guzman. Creo me acordaré bien della, por ser poco diferente de la otra, dice

así: «Sepan cuantos esta carta vieren, como nos D. Andrés, por la gracia de Dios y de la Santa Iglesia Romana, Obispo de la muy noble ciudad de Córdoba, con consentimiento del Dean y Cabildo de nuestra iglesia, siendo ayuntados en el Cabildo de nuestra iglesia sobre grandes tratamientos sobre esto que se sigue, conociendo como vos D. Alonso Fernandez de Montemayor, Adelantado mayor de la Frontera, por nuestro señor, el Rey, nos habedes hecho buenas obras y honras, y mucho servicio á nos en la nuestra iglesia; é como aquellos onde vos venides se acertaron en ganar esta ciudad, es en la dar en las manos de los cristianos, porque el nombre de Dios en ella fuese loado, derramando por ello mucha sangre de sus cuerpos; é como con vuestros parientes y los otros buenos desta ciudad, ayuntados con los grandes homes que en ella estaban á servicio de Dios, la defendistes del poder de los enemigos de la fe, cuando aquí vinieron con el Rey de Granada, para la destruir en ayuda del rey D. Pedro. Entendiendo que así lo quereis llevar adelante, honrando la iglesia é acrecentando los privilegios y libertades della, é porque la iglesia es honrada é dotada con los enterramientos de los gran-

des y honrados como vos lo sodes, etc.» Y es la data desta escriptura tres años despues de la pasada, á los veinte de Agosto de la era de mil y cuatrocientos y nueve, que es el año de nuestro Redemptor, mil trescientos setenta y uno.

Mendoza. Todo está muy bueno, en el premiarse tan grande hecho, y conservarse tan autorizadamente la memoria dél; mas por haberos divertido señor Guzman (aunque con mucha razon y gusto vuestro), no querria os olvidásedes de lo comenzado: por esto os quiero advertir como decíades como el adelantado D. Alonso Fernandez de Montemayor, fué señor de Andújar, de Bailen, y de Linares y Hornachuelos y otros lugares, ¿pues cómo se perdió todo aquello?

Guzman. Yo os lo diré: Como el Adelantado quiso para sí la capilla de San Pedro, que hoy tienen en esta casa, y el Dean y Cabildo de Córdoba contradíjolo, de manera que el adelantado D. Alonso Fernandez lo mandó matar. En este tiempo, el rey D. Enrique vino sobre el rey D. Pedro, y envióle á decir que se pasase con él, y que lo haria Maestre de Santiago, y otras mayores mercedes. El Adelantado no quiso, aunque se lo aconsejó su hermano Lope Gutierrez de Cór-

dobá, sino salióse de Córdoba y fuése á Montemayor, que esto se pudo acabar con él. Con esto, el rey D. Enrique quedó mal con D. Alonso Fernandez, y el D. Pedro ya lo estaba, como habeis oido, porque no tuvo la ciudad á su devocion, sino que se salió de Córdoba; pues como prevalesció el D. Enrique, achacaron al Adelantado la muerte del Dean, y con esto tomóle todas sus tierras y á Alcaudete tambien, y estuvo enajenado trece años, hasta que despues, por una batalla que venció á los portugueses, le hicieron merced de Alcaudete. Esto es lo que habeis querido saber.

Mendoza. ¿Cómo una cosa como ésta del Campo de la Verdad, no la escribe el coronista en la corónica del rey D. Pedro?

Guzman. Los coronistas no escriben sino como les pagan, y muchas cosas se callan en las historias que eran dignas de ser escriptas, y esto por falta de los escriptores que tenian en aquellos tiempos; y así no se dice más de que llegaron los moros á Córdoba, y la llegada de Don Martin Lopez, y lo que en esto pasó, y dejóse lo que tanto importaba, ni se sabe si por malicia ó descuido; como han hecho otros escriptores, que han dejado de escrebir cosas señaladísimas de los espa-

ñoles que otras naciones las escribieron, y así creo yo fué ésta.

Navarrete. Cierto debe ser esto, porque yo he leido muchas cosas de los reyes de España y de otros particulares, que los escriptores naturales lo callan, ó porque no lo supieron ó por otros respectos.

Guzman. Ello es así sin duda; y así, no hay para qué tratar más desto ni de su hijo Martin Alonso, que defendió á Alcaudete, segun por la corónica del rey Don Juan, parece que, cierto, es cosa notable con el valor que se hubo en ello, y en tomar el castillo de Audita.

Mendoza. ¿Qué castillo es ese que decís?

Guzman. Yo os lo diré. El infante D. Fernando, que tomó á Antequera, entró en tierra de moros, y síguelo toda la nobleza de España; y estando en esta entrada, supo como en un castillo que se llama Audita, que es en lo de Ronda, habia gente que hacia mucho daño, y envió á Martin Alonso de Montemayor á que lo reconociese; y el dicho Martin Alonso fué allá con su gente y pendon, y escaramuzó con los del castillo, y dióse tal maña, que entró con ellos por fuerza en el castillo; y envióla á decir al Infante, de que se hubo por ello gran placer, y fué muy

loado el hecho porque les parecia que era negocio de grande estorbo, y donde el campo se habia de detener muchos dias.

Mendoza. Por cierto, esa fué cosa muy buena y digna de ser loada, y ahora no me maravillo tanto de lo que el Conde D. Martin ha hecho, pues desciende de tales hombres como aquí habeis dicho; y el Sr. Navarrete tiene gran razon en decir que en los tiempos venideros se espantarán mucho oyendo estas cosas.

Guzman. Pues en pago deso será bien que el Sr. Navarrete nos diga qué seguridad tomó el Conde del Rey que dejaba.

Navarrete. Ninguna más de escripturas, que no podia ser otra cosa.

Mendoza. ¿Pues qué órden se tuvo en el salir?

Navarrete. Bien habeis preguntado, que no fué cosa para dejalla ir por alto. Sabido en el reino y en todas las demas comarcas como se salieron, se juntó tanta y más gente que á la entrada, y más indignada, porque habia muy pocos que no hubiesen recibido daño, y con esto peleaban como desesperados; y así nos vimos en más peligro, por ser el camino estrecho y entre olivares, que los nuestros no se podian aprovechar de su destreza; y si no fuera por unas pecezuelas de arti-

llería que allí se hallaron, creo nos hicieran gran daño; y con estas se mataban tantos en los olivares, que algun rato nos dejaban descansar; y lo que os dijeron que el Conde quitaba las haciendas á los soldados, teneis razon que así fué, pero yo os certifico que si Sant Francisco estuviera en su lugar hiciera lo mismo. Habiendo mandado echar un bando y bandos que todos los soldados se recogiesen á sus banderas, por ser informado que estaban muchos con sus bagajes haciéndose enfermos, y así fué por el bagaje, y al que hallaba allí con ocasion dejábalo, y habia otros atados á las piernas un paño con sangre para dar á entender que estaban heridos. Hacíales quitar los paños, y visto lo que era, mandaba desbalijarlos; mirad si se les hacia agravio, mereciendo la muerte, en quitarles su ropa para los que peleaban, que él, yo os juro, que no hubo un almayzar desto que allí tomó, ésta es la fama que allí hubo destas cosas, que el Conde se aprovechó, bien lo conoscian, que no habia Alexandre que tal fuese.

Mendoza. ¿Pues qué me direis que maltrataba de palabras y áun de obras á muchos hombres principales y á otros particulares?

Navarrete. No pasa así: lo que el Con-

de hacia era enojarse como hombre y reñir con alguno, y áun llegaba á darle con la lanza de cuento por alguna desórden que hacia, y quedaba tan arrepentido de lo que habia hecho, que le parecia que no podia satisfacelle con palabras ni con obras; y así, á un hidalgo que le dió un contonazo, de que estubo malo, lo visitó muchas veces, y le envió lo necesario ordinariamente de su mesa, y le dió más de doscientos ducados, y dos esclavos; y acaso aquellos dias llegaron allí las galeras, y entre los que allí estábamos estaba este hidalgo, y delante de todos los principales de las galeras, lo honró tanto y lo trató de tal manera, que los extranjeros lo miraban como á cosa no vista de nadie, porque no creo yo haya nacido quien así supiese honrar á sus soldados, ni tanto los regalase, pues vimos muchas veces llevar á las ancas de su caballo los enfermos, á otros dalles á beber con su bota, y si merendaba algo que le llevaban, lo repartia todo á los que allí estaban, con tanta humanidad y llaneza, como si fuéramos sus iguales.

Guzman. Por cierto, ese hombre tal merecia ser querido de todos.

Mendoza. Vos teneis razon, y á mí me pesa de haber creido dél lo que se

habia dicho; y yo prometo, todas las veces que lo oyese, hacer lo que el Sr. Navarrete hiciera.

Navarrete. Pues si le oyérades en una conversacion, era maravilla oirle los cuentos y gracias que hablaba, y cuando uno estaba muy descuidado, él atravesar con palabras por entretenerlo, de manera que se tenia el otro por su privado.

Mendoza. Decidnos, ¿pues en qué paró la batalla á la salida de Tremecen?

Navarrete. Salidos que fuimos del estrechura á campaña rasa, no se peleó más hasta Orán, donde fuimos recebidos de D. Martin, su hijo del Conde, que allí quedó por General; y estos dias murió D. Hierónimo, hijo de D. Martin de Córdoba de unas heridas que le dieron los moros. Sintióse mucho por el Conde y por todos, que era muy buen mozo.

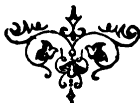
Mendoza. Si no me engaño, parésceme que nos llaman á comer; vamos, que despues se tratará lo que queda, pues habemos de estar aquí, no cansemos al Señor Navarrete.

Guzman. Parecéme que, segun iba enhilado, no se cansará en una semana.

Navarrete. Es verdad, pero, pues nos llaman á comer, vamos, que yo volveré á la plática, pues que gustais dello.

Mendoza. Yo os diré que tanto, que no se me dará nada de comer á trueco de oiros, segun es gustoso; y más preciara habello visto que cuanto tengo.

Navarrete. Más descanso habeis vos tenido, pero yo os prometo que no quisiera habello dejado de ver por todo el mundo, aunque se ha pasado harto trabajo.





DIÁLOGO SEGUNDO.

Los mismos.

Mendoza. Señor Guzman: paresce que esto va muy á la larga, y que quereis darnos tormento de comer, con tales cosas. Por vuestra vida, que pare ya que aquí nos quedamos para vuestro servicio.

Guzman. Bueno es eso; ántes entiendo al contrario, que os habeis de querer ir, por lo poco que aquí comeis, y malo.

Navarrete. Yo os prometo que no he comido tan bien en mi vida, ni más bien aderezado.

Guzman. Pues así lo quereis, levantémonos, y vamos debajo de aquellos sáuces á pasar la siesta, que es buena estancia y fresca.

Mendoza. Por cierto, vos teneis razon, que no he visto tal cosa ni tan curiosa, paresce que está convidando á estarse dentro siempre, sino que los asientos están malos. No sé quién fué tan discreto, que proveyese tan bien esto.

Navarrete. Vos, como regalado, quereis dormir, hacedlo: que os hará mal salir de vuestra costumbre.

Mendoza. Yo no suelo dormir, y aunque lo hiciera en mi casa, aquí no lo haria ahora, por no dejar de oiros, que si dias y noches no hiciese otra cosa si no estar oyéndoos, no me cansaria ni hartaria.

Navarrete. Grande es vuestra gula, pues eso decís, y por daros placer yo volveré á tomar desde donde acabé, para que entendais lo que fuere diciendo: pues como dije, despues que llegamos á Orán y entierro de D. Hierónimo, salió el Conde con la mayor parte del ejército hácia Mostagan, que es catorce leguas hácia Levante, y el Rey habia juntado el mayor ejército que pudo de todas partes, y llamó á los turcos y vinieron siete galeras y galeotas (que aunque eran pocos), hacian grande efecto en capitanar los otros. Llegado nuestro campo á Mazagran, que no pasaba su número de 5 ó 6.000 hombres y pocos caballos, y visto tanto poder, pareció á los más prácticos que se retirasen aquella noche, porque cuando amaneciese estuviesen en órden y en mejor lugar para pelear; y así, salimos, en siendo de noche, con tanto silencio que

parescia que nos estábamos; pero al fin no pudo ser tan secreto que no fuésemos sentidos, y acometiéronnos con tanta gritería y fuegos, que era cosa temerosísima de oir; y nosotros apiñados, muy en órden, caminábamos, y túvose una órden para que los enemigos no supiesen lo que hacíamos, que si era menester que el escuadron de vanguardia parase, llevaran unas hachas altas en la retaguardia y alzábanlas tres veces, que era señal que parasen; y el de la vanguardia respondia con lo mismo cuando habia parado, porque si á voces se hiciera, no se oyeran y no llegara la palabra tan presto como llegaba. Fué esta cosa muy acertada; y así, los enemigos no sabian la necesidad que habia. Amaneció poco más de una legua de donde partimos, en unos arenales cerca de la mar, donde los turcos con sus navíos estaban tirando tantos cañonazos que era cosa de espanto, sino que queria Dios que hiciesen poco daño. El Conde, como Dios lo hizo tan prático, llegó nuestra artillería, y él mismo asestó un cañon que se llamaba el *Salvaje*, y tiró á una galera, y dióle un cañonazo que casi la echó á fondo; y en esto, se apartaron las galeras de la ribera, dejándonos pelear con los de tierra, que

eràn tantos, que·habia muchos para cada uno de los que peleaban. Diéronnos cinco batallas con tantos escopetazos y ballesteros y caballería, que yo oí decir al Capitan general de los moros que habia más de 150.000 hombres de á pié, y más de 30.000 de á caballo, tan en órden y galanes, que era hermosísima vista. Peleó allí Alonso Fernandez de Montemayor, su hijo de Diego Ponce de Leon, nuestro cordobés, tanto, que no hubo nadie que se le igualase, porque las maravillas que hacia tenian á los moros espantados y á nosotros como locos de ver tal cosa, que eso era ponerse delante 10.000 caballos que si fueran moscas. Yo juro como cristiano, que oí decir á Almanzor, Capitan general del Rey (que despues fué nuestro amigo), que Alonso Fernandez habia peleado más que todos los moros juntos, y más que todos los cristianos juntos, y que á él y á un moro que llamaban Humida, gran señor en aquella tierra, estando con más de 3.000 caballeros les habia muerto dos dellos sin podellos socorrer.

Mendoza. ¿Pues qué gente traia consigo para hacer eso?

Navarrete. Serian como 25 de á caballo, mozos todos; pero hacia él ta-

les cosas, que ellos tenian bien que hacer en seguillo, y era menester todo lo que todos hacian. Yo creo que en el mundo no ha habido retirada con tanta honra, y así lo dijo el Emperador, diciéndole lo que habia pasado, y decia, «¡y sin alemanes!»

Mendoza. Pues esotros caballeros ¿qué hacian?

Navarrete. Todos hacian tanto y andaban tan revueltos con los moros, que no se puede encarecer; y con todo esto nos rompieron un escuadron; y si allí cerca no se hallara el Conde, cierto, fuéramos rotos, porque hacia las cosas con tanto ánimo que parescia que vencia estando casi vencido, y con esto los moros fueron rotos dos ó tres veces.

Mendoza. Pues yo he oido que cuando un ejército es roto, que no puede tornar á juntarse, ¿cómo es eso?

Navarrete. Verdad es que entre nosotros es así, mas no en los moros, que aunque los rompan cien veces no quedan deshechos, porque su órden es andar sin ella, y así se apartan y conducen fácilmente. Una cosa se hizo bien digna de consideracion, que habiendo arremetido unas mangas de arcabuceros hácia un alto tras unos moros, detras del alto que

digo, estaban gran cantidad de caballería escondidos para hacer de repente un salto; y el Conde viólos, y entró por el escuadron de retaguardia diciendo: «¡Victoria que vencen los nuestros, vamos á ayudalles!» Y hizo con esto volver las caras de los soldados y arremeter tras los que iban en el alcance de los moros, para que cuando su caballería arremetiese (como lo hizo), hallasen espaldas donde recogerse. Fué este negocio tan sustancial, que si no fuera así, sin duda se perdieran aquellos soldados; y así, cuando los moros arremetieron hallaron lo que no pensaron, y el arrillería tiró de tal manera, que era el mayor contento del mundo ver tantos como mataba, que dejaba hecha una calle muy ancha por do pasaba la pelota. Duró el pelear dos dias y dos noches enteros, que como eran tantos, tenian lugar de remudarse y de venir unos y irse otros, y lo que más nos fatigaba era la sed, que hay falta de agua; y no entendais que el pelear que digo fué sin dejar de combatir (que esto no puede ser humanamente), sino que fué segun venian y apretaban, y así se peleaba, que algunos habia que no peleaban algun rato porque no apretaban aquel lugar. En conclusion, que con todos estos

trabajos llegamos en salvo á Orán, aunque con pérdida de harta gente; pero con haber escapado todos, lo tuvimos por gran negocio, y, cierto, fue tan grande, que no hay cosa que á ello llegue, y más retirándose ganar cinco batallas, que era menester todos pelear muy bien; es cosa que no se ha visto ni creo se verá jamás; y así, entre los soldados viejos era esto tan celebrado, que decian cosas extrañas dello. Súpose aquellos dias que entre los enemigos habia 17.000 tiradores, toda gente práctica: estuvo el campo allí algunos dias descansando, y túvose aviso que, en una sierra que allí cerca estaba, habia gente de moros, y el campo fué allá á tomarlos, y entre los que eran de guerra habia algunos de paz, y los caballeros que habian ido de España querian que ninguno fuese de los de siguro, y porfiáronlo mucho. Alonso Fernandez de Montemayor estuvo de contrario parecer, diciendo que se guardase la palabra, y sobre esto pasaron las voces adelante, casi á llegar á las manos; y es cierto que estuvo todo para perderse, porque estuvo el campo dividido en dos partes, y acaso no estaba allí el Conde sino su hijo Don Alonso, y estaba apartado de donde esto pasaba; y tambien habia allí obra de 600

lanzas de moros amigos que se llegaron á Alonso Fernandez, á quien ellos llamaban Burrixa, por las plumas que traia, y dijéronle que matase aquellos, y que por la ley de Mahoma ellos lo llevarian á Bujía ó á Melilla, y esto con tanto ánimo que era cosa extraña verlo; y si Dios no trajera pronto á D. Alonso, sin duda hubiera alguna rota; y llegado él todo paró, porque riñó á los que esto estorbaban.

Mendoza. ¿Y los moros cumplieron lo que decian?

Navarrete. Sin duda creo lo hicieran, por ser tan bien quisto dellos, que no se puede decir por palabras; y de allí vino Alonso Fernandez malo de calenturas, y murió dentro de catorce dias, con tanto dolor de todos los del campo como era razon faltando un hombre tal, y tan mozo que no tenia aún veinte y cinco años, y habia por su mano muerto muy muchos moros, sin jamás sacarle sangre, el más gentilhombre, más airoso que se puede pensar. Enterróse en Sancto Domingo, con tanta pompa como si fuera la persona del Conde, y con tanto sentimiento de todos, porque él lo merescia. De ahí á poco se trató con Almanzor, tio del Rey, el Capitan general que dije que era tan valeroso,

que con andar su sobrino huido y tener al Rey, su contrario, en su poder, le dijeron que, pues tenia al Rey en su poder y á sus tesoros, que ganase la gracia del Conde y se lo entregase, y los dineros, y que haria Rey á su sobrino. Lo que le respondió fué decir que no quisiese Dios que fuese traidor á su Rey; y en el mismo punto hizo despertar al Rey, que dormia, y le dijo que se fuese, que habia nueva que el Conde estaba cerca, y así se fué el Rey; y él entónces, ido el Rey, trató con el Conde como hiciese Rey á su sobrino. A este trato salió el campo con obra de 2.000 hombres, hácia una provincia que se llama Benarax, que hácia allí andaban ciertos turcos á sueldo del rey de Tremecen, y ellos huyeron y dejaron aquella provincia á el Almanzor y á su sobrino; y con esto se volvió el Conde hácia Orán, que no tenia potencia para ir á Tremecen otra vez, y en el camino aconteció una cosa extraña, y fué, que el Conde con 20 moros y 40 cristianos se apartó del campo, y 600 lanzas se le aparecieron en parte que no habia sino un aceituno y unas cambroneras donde recogerse; y allí juntos, espaldas con espaldas, pelearon con gran daño de los moros. Esta es la del Aceituno, tan celebrada, que

acá habeis oido decir. Una cosa os quiero decir que hizo allí Baldelomar, el torero, que bien conocísteis, que se apeó del caballo á quebrar las lanzas que habia en medio de la rueda que tenian hecha los cristianos, que fueron tantas, que hinchió dos alforjas de los hierros solamente, y en esto hizo tanto daño á los moros, que visto que no tenian lanzas se cargaban de piedras para tirar, y era tanta la lluvia dellas, que derribaban de los caballos á los que allí estaban, aunque esto les costaba caro, que los tiradores que allí habia, que serian cuatro ó cinco, mataban muchos, y el uno dellos, que se llamaba Espinel, un adalid, derribó é herió 33, con otras tantas jaras que tenia en su aljava. Juan Ponce de Leon se señaló este dia mucho con los que allí estaban, que como murió su hermano sirvió en su lugar. Visto los moros el daño tan grande, llegóse uno dellos adonde estaban y dijo: «¿Está ahí el Conde?» El Conde mandó dijesen que sí, y el moro dijo: «Decidle que se vaya con el diablo, que ni con pocos ni con muchos lo podemos vencer.» Y así se fueron. El Conde quedó allí aguardando al campo que comenzaba á parecer por aquella parte, y alojaron aquella noche allí, y con las lanzas que-

bradas se guisó la cena por no haber allí otra leña.

Mendoza. Es cierto que yo estoy espantado de tales cosas, y no creo que el Cid hiciese más, ni áun tanto, porque vencer tantas veces con tan pocos á tantos, es cosa de maravilla, y como dijistes, en los tiempos venideros no se creerá.

Navarrete. Pues una cosa os certifico, como quien todo lo vió, que no me alargo, ántes me acorto mucho, porque no parezca que por loarme á mí lo hago y encarezco los hechos que se hicieron.

Guzman. Bien se parece en lo que vais acortando, y en hilvanar tanto y tan apriesa, pues yo estoy seguro que en eso hubo algunas cosas señaladas.

Navarrete. Hubo muchas, pero es hacer un largo proceso en el discurso, por eso me voy acortando.

Mendoza. ¿Pues qué se hizo luégo?

Navarrete. No nada, sino que vinieron los capitanes Varaez y Aguilera por estos soldados, por mandado del Emperador, para defender á Cerdeña; y así, los llevaron, dejando al Conde tan pobre, que fué menester que le prestasen para ir á su casa, cosa de grandísima lástima, y que quebró el corazon á todos. Yo tenia ya allí mi asiento, y quedéme en la compañía

de Diego Ponce de Leon, que aunque estaba tan mal herido le habian dado la compañía de su hijo, Alonso Fernandez, y á Juan Ponce la de los escopeteros á pié, que era la mejor de las de infantería. Ido el Conde, quedó allí D. Alonso, su hijo, que era honradísimo caballero y regocijado. Tornó á estar Orán bueno como ántes de la guerra, y hubo muchas cosas de contento, porque tomó un aduar, que decian de los Dolientes, con que nos reparamos; y tuvo nueva que estaban unas galeras en Arceo, y las galeotas habian salido á la junta, y entrado el dia volvíanse al puerto; y creyendo D. Alonso que se habian ido, salió de la celada; y en comenzando á salir vióse las gatas de las galeras, y así todos nos volvimos á entrar en un arroyo donde estábamos, y en llegando los navíos comenzaron á echar gentes y barriles y otros pertrechos á tierra: visto esto, salieron los caballeros corriendo hácia ellos y mataron unos y tomaron otros, y algunos captivos huyeron, y hubo soldados que se entraban en el agua á tomar los navíos; y no hay duda que, si más se tardara, se tomaban todos, que la galera queria despalmar y echar en tierra todo lo que traia, y la gente en ninguna manera se podia menear; y así se per-

dian todos. Como la galera áun no habia echado su palamento en tierra, vino donde estaban sus navíos, y comenzó de tirar muchos cañonazos, que nos fué fuerza retirarnos porque no nos hiciesen daño.

Mendoza. Graciosa cosa fué esa, querer por tierra tomar galeras en la mar, parece disparate.

Navarrete. Lo que D. Alonso llevó pensado no fué sino de hacelles un gran daño, como les hizo, y que no estuviesen descuidados estando tan cerca de Orán; esotro su ventura se lo habia ofrecido, que era el más venturoso caballero de la tierra y atinado; pero, como digo, no se entendió lo que los turcos hacian, y así no se pudo hacer más de lo que tengo dicho.

Guzman. ¿Qué, tanto está ese puerto de Arceo de Orán?

Navarrete. Siete leguas buenas.

Guzman. ¿Y eso decís cerca, tanto salia esa gente de Orán sola?

Navarrete. Tanto salia y hacia cosas hartas, parecia que éramos hijos del Conde ó sus deudos, que no se temian más los moros que si fueran niños, y andaban ellos tan medrosos como nosotros animosos; y era tanto esto, que cuando algun niño lloraba, para que callase le decian: «calla que viene el Conde;» y extendióse tanto

esto, que cundió hasta Argel, y así lo certificaban los que de allá venian. Pero no es de maravillar segun las cosas pasaban: entre otras, os contaré una, que fué el primer dia que Diego Ponce de Leon salió al campo despues de herido, que fué la más extraña que se puede imaginar y de más ventura. D. Alonso tuvo nueva como andaban por allí cerca unas guardas del rey de Tremecen para que no entrasen bastimentos en Orán porque estaba de guerra con él.

Mendoza. ¿Cual Rey, era por ventura el que dejó allí el Conde?

Navarrete. No, si no el que echó, que volvió con gente y hizo huir á su hermano del reino, y éste envió á la frontera de Orán un alcaide, que se llamaba Bullaharaz, con mucha gente para que no dejasen entrar bastimentos ni otra cosa del reino; y á esta causa teníamos muy grande necesidad de todas las cosas: vista la falta, D. Alonso salió de Orán á hacer leña para dejar emboscados caballos y buscar las guardas, y cuando salió llovia mucho, y estando haciendo la leña se oyeron tiros de artillería que tiraban de Orán; y luégo se sospechó que eran moros que nos habian visto salir y corrian el campo: entónces, D. Alonso mandó á su hermano

D. Martin y á el capitan Luis de Rueda, que con 50 caballos saliesen hácia el campo á la mano izquierda, y luégo envió á Juan Ponce de Leon fuese tras de ellos con 20 caballos, y él con los estandartes y gente inútil luégo; y dejó á Diego Ponce de Leon con la infantería, que estaba todavía herido y llevaba la pierna en una toca de camino: con esta órden se comenzó á correr; yendo así, vió los moros Juan Ponce y ellos á él, y dicen que cuando los moros lo vieron, se holgaron mucho, porque pensaron llevárselo; estaban los moros en un llano y Juan Ponce tambien, y él, como hijo de su padre, comenzó á animar su gente para pelear; y estando en esto asomó D. Alonso por cima del cerro y hizo tocar las trompetas, y por el otro lado asomó D. Martin con sus caballos, que pareció que Dios los habia traido á todos juntos y se paresciese cada uno por su parte. Los moros que iban á dar en Juan Ponce fuéles necesario volver el rostro á D. Martin, y así chocaron los unos con los otros, cosa jamás vista en aquella nacion; y Juan Ponce entró por el costado con su gente; derribaron muchos y tomóseles la bandera, y diéronse tan buena maña, que al Capitan general tambien prendieron. Fué cosa de maravilla,

que sin perderse un caballo tan solo se hizo tan gran jornada.

Mendoza. Muy gran razon teneis en llamar á D. Alonso venturoso, que esa es tanta ventura, que no se ha visto otra como ella, y ¿qué tantos eran los moros?

Navarrete. Serian como 300 lanzas y muchos escopeteros, entre ellos, pues á más se habia extendido su suerte, que estaban allí cerca otros á pié, que, si se supiera, se degollaban, por ser llano el lugar por donde los caballos habian de correr; pero como habia sucedido tan gran cosa, contentos con esto no se preguntó más. Con la prision de este caballero nos entró mucho bastimento, y él tambien en su rescate dió mucho trigo á D. Alonso, que era suyo como Capitan general. Pasados algunos dias volvióse el Conde á Orán, y fuése D. Alonso á casar y quedamos con el viejo, que para nosotros era mozo gallardo. A cabo de pocos dias los turcos vinieron á aquel reino por usurpallo, y sucedió que quisieron correr á Orán, y vinieron con 1.000 caballos y otros tantos alárabes; emboscáronse cerca del castillo de Rozaelcazar, de allí salieron á la gente que salia del castillo á hacer cierto atajo ó descubrimiento de aquel lugar, como se tenia de costumbre cada dia; desta salida

mataron dos soldados y estuvieron los demas para pederse; aunque pelearon bien no se pudieron retirar al castillo; el artillería nuestra tiraba harto vivamente; el Conde salió al rebato, y en saliendo se le vino un renegado y díjole como no eran más de los que habían parecido, y con esta nueva salió con 500 soldados y con hasta 80 caballos; y yo os prometo que no me acorto en ello; y estando en el llano vió como los turcos iban hácia el Atalaya, que dicen de los Vecinos, y porque el sol á nosotros daba en la cara, que salia entónces, dió la vuelta hácia la mano derecha para que no tuviesen esta ventaja; los turcos volvieron sus estandartes y gentes y vinieron á ponerse, de nosotros, como un tiro de ballesta de puntería: Diego Ponce de Leon puso los caballos en batalla; ordenados que los tuvo, se puso en su lugar (parece que lo veo agora) en un caballo castaño, con tanto ánimo y alegría, que nos dió esperanza de la victoria, y estando así dijo al Conde: «Señor, Sanctiago,» y arremetió á los turcos con gran furia, que tambien estaban en batalla; fué esta arremetida con tanta viveza y ánimo, que desbaratados los turcos volvieron á huir, derribando muchos de ellos y á su estandarte, y á los instrumentos de guerra

que tañian; fuéseles en el alcance bien un cuarto de legua, y á los alárabes, que es gente muy prática, vista la desórden que hubo en ciertos caballos, quisieron volver sobre ellos. Diego Ponce ocupó un cerrillo y hizo alto entretanto que llegaban las mangas sueltas de arcabuceros: un caballero alárabe comenzó á capitanear los moros y á animarlos para que volviesen; Diego Ponce mandó á un arcabucero de á caballo, que se decia Juan de Miranda, que le tirase, y así lo hizo, y dióle con una bala que dió con él del caballo abajo; fué cosa muy agradable á todos, y á los moros grandísima tristeza, tanto, que vueltos los rostros se fueron con grandísimo alarido, de suerte que cuando la infantería llegó y el resto de caballos que con el Conde iban, ya eran de todo punto idos, que no hubo con quien pelear: fué esta jornada muy buena y de gran reputacion. El Conde hizo mucha merced á Diego Ponce y abrazólo y alabólo mucho: con esto volvimos á Orán, llevando muchas cabezas cortadas y otros presos hartos: fuimos recibidos con grandísima alegría, porque hasta entónces, con la gente sola de Orán, no se habia hecho otra cosa como ésta, ni áun que llegase.

Guzman. Por cierto vos teneis razon,

que no habeis contado otra tal, ¿y qué dia fué y en que tiempo?

Navarrete. Víspera de San Martin glorioso fué esta dichosa jornada que tanta honra dió Dios á los cristianos y quebranto á los moros; fué esto de tanta importancia, que con ello ponia y quitaba rey en Tremecen, y con muy poca gente que envió con un Capitan se salió el Rey que allí estaba, y entró su sobrino de Almanzor, aquel que os dije que no quiso matar al Rey ó prenderlo. Estuvo la gente muy poco allá, y venida, tornó el Rey que habia salido con turcos, y echó á Almanzor y á su sobrino de la ciudad, y fuéronse huyendo á un Reyecillo que se dice del Dubudu; y el señor Reyecillo, como vido la suya, captivó al Rey y á Almanzor, y tomóles cuanto llevaban; que si ellos con aquello vinieran á Orán, era gran caudal; y decian que eran 500.000 doblas. Murió el rey de Tremecen y el otro estaba captivo, eligieron por Rey á otro que se llamaba Muley-Montaraz: éste, en siendo Rey, procuró la amistad del Conde y ofreció las párias á Su Majestad por estar seguro, y otro hermano de éste ofrecia grandes cosas porque lo hiciese Rey, de manera que les parecia no podia ser Rey quien no lo fuese por su mano.

Mendoza. ¿Dónde estaba entónces el Conde?

Navarrete. En Orán: sin salir hacia Rey y quitaba Rey, y hacia Capitan general del campo, que entre ellos llaman Xeque del campo, la mayor dignidad de aquel reino y más provechosa. En este tiempo salió el Almanzor de captivo y fué al reino y acudióle todo sin faltar uno de los principales, y con grandísimo poder vino á hablar al Conde y concertóse con él que viniese á España y suplicase al Emperador le diese gente y que él la pagaria; así el Conde vino y su embajador con él. El Emperador le dió licencia para que fuese cierta gente, que serian como 2.000 hombres. Con esta gente el Conde se volvió á Orán para restituir al Rey en su reino, que estaba desheredado, y los turcos se lo tenian usurpado y muerto el otro Rey que habia metido. Salió de Orán el Conde por sus jornadas hácia Tremecen, y en el camino tuvo nueva que el rey de Argel venia á defender sus turcos, y desde Cenen, que es un lugar camino de Tremecen, dió la vuelta á Gabel con intencion de dar la batalla si aguardare.

Guzman. Pues ¿con tan poca gente venia el rey de Argel que no habia de aguardar á tan pocos como iríades?

Navarrete. No traia sino mucha gente y muy buena artillería; pero llevábamos muchos alárabes juramentados, que juraron en Cenen de ir con el Conde aunque fuese hasta Argel, y con esto teníamos ánimo para pelear con ellos.

Mendoza. Pues ¿peleastes con el rey de Argel?

Navarrete. No; sino pusímonos á una jornada dél y aguardamos que los alárabes se juntasen; lo cual, visto por el rey de Argel, levantó su campo y volvió atras, y nosotros fuimos tras dél dos jornadas, y en Tililete, que es un rio, se trató con él que entregase á Tremecen al Rey y sacase á los turcos de guarnicion, y así envió un Alcaide turco al campo del Rey, que ya habia salido de cautivo y traia á todo el resto del reino consigo, y se habia juntado con nosotros para que enviase quien recibiese la ciudad, que él enviaba á mandar la desamparasen; y así lo enviaba á Tremecen, y el turco llevaba una bandera alta, y enviósele á decir que la quitase de la vara, que las banderas del turco no habian de pasar levantadas delante de la del Emperador; y así, quitó la bandera de la vara, y el turco fué con su compañía hácia Tremecen á entregallo, y el Rey fué tras él á recibir su reino, y con él todos

los alárabes, que, aunque habian jurado de no dejar al Conde, como vieron á su Rey volver atras, ellos tambien se fueron. El Conde, visto esto, fué la vuelta de Mostagan con aquella gente que tenia, y envió á Orán que le trujesen artillería para batir la muralla. Diego Ponce, que allí quedó por General, se la envió, y municiones para ella. Fuimos á Mostagan; llegamos allí dos dias ántes de San Bartolomé, año de 1547, y comenzóse de batir algunas casas para que se rindiesen. Visto que no se hacia como se creyó, se puso por otra parte la batería con las piezas que habian llegado gruesas, que Diego Ponce envió en un galeon. En este tiempo se pasaron muy lindas escaramuzas en un burgo ó arrabal que allí estaba, porque cada mañana iban allá nuestros arcabuceros á ocupallos: era muy linda cosa lo que se pasaba por las calles, y á la noche al retirar, y por la tierra, salian los caballos á correr; y un dia, entre otros, salió Don Martin, su hijo del Conde, con unos arcabuceros y con los caballos la vuelta de Levante, y los moros de la tierra comenzaron á pelear, y los nuestros volviéronse hácia el alojamiento, y Martin Alonso de Montemayor, hijo de Diego Ponce de Leon, venia en la retaguardia con gana, segun

se lo oí decir, de asirse con un caballero moro, y por este respeto no dejaba que tirasen los arcabuceros de la retaguardia, y á su excusa se tiró un arcabuzazo y dió en la cabeza de un caballo de moro que dió con él en el suelo.

Mendoza. Decí, ¿cómo no habeis hablado de Martin Alonso hasta ahora?

Navarrete. Porque era muy muchacho y no habia andado en la guerra, puesto que aquí era Capitan de la compañía de su padre, y por esto, él, como mozo, queria probarse con un moro, y así como cayó arremetió á él; y aunque eran hartos moros, él se dió tal maña, que dando vueltas les fué ganando tierra hasta que volvieron todos los caballos y tomó el moro captivo, que era hermano del Papa de los moros, una persona muy estimada y preminente; pero culpáronlo porque decian que cuando iba envuelto entre los moros, que eran más de 40 los que socorrian al caido, habia él vuelto la cara á ver si venia algun cristiano, y decian, cierto, él ha hecho una gran cosa si no volviera la cabeza á ver si venia algun amigo.

Guzman. Por cierto, eso era una gran sinrazon, que volver á ver si alguno lo seguia era ántes de estar en sí, que no de otra cosa, y, á mi parecer, él hizo bien.

Navarrete. Es aquella gente tan extraña, que aunque uno haya hecho muchas cosas buenas, en habiendo alguna que no les parezca á ellos como conviene, está del todo borrado, y en esto lo podeis ver, pues culparon á Martin Alonso por esto. Al fin, tomado el moro y visto quién era, túvose por buena suerte y llevóse al Conde, que holgó mucho con él; entretanto se estaba batiendo con el artillería, y estando ya casi hecha la batería, vimos por la parte de Levante entrar muchas banderas y mucha gente, y creíase que era ensayo de los turcos, y con aquel ardid hacernos desistir; y así, no se tuvo en nada, y eran 800 turcos que les entraron de socorro con más otros 10.000 hombres de la tierra y otra gente que quedó en el campo, cantidad harta; y aunque esto se vió, todavía se ordenó el asalto, tratando el cómo seria, y la órden que se habia de tener: la instruccion era que por la tarde se entrasen los soldados poco á poco á ponerse cerca de la muralla batida, y cortasen ramas de las huertas para hacer unos haces, de noche; al cuarto del alba tocar una trompeta y alto, que se habian de llegar más cerca; y, entretanto, el artillería no habia de parar en toda la noche por estorbarles que no se reparasen; y al

hacer del dia se habia de tocar otra vez la trompeta y disparar toda el artillería, y con el humo arremeter, y con los haces que llevaban cegar el foso, que era bien hondo, y encomendarse á Dios: estando en las trincheas ordenando esto, se comenzó una grita diciendo: «¡Dentro! ¡dentro! ¡que los soldados entran por lo batido!» Y era esto: que un Çapitan vizcaino, que se llamaba Espinosa, habia ido á tomar un arrabal que estaba muy cerca de lo batido, y como vió la batería parecióle fácil entrar, y sin órden arremetió, que fué causa que arremetiesen tan sin órden, que ninguna cosa lo pudo ser más. Los turcos estaban de parecer de dejar el lugar y retirarse, porque, segun razon, habian de batir aquel dia todo, y con esto se haria la batería que á caballo se entrara; y como vieron la desórden, salieron á la muralla y comenzaron á tirar con tanta priesa y viveza, que no se puede creer, matando á muchos y á otros hiriendo. Juan Ponce llegó al rostro del foso, y en llegando le dieron dos arcabuzazos juntos que dieron con él en el suelo, y estuvo allí tendido desatinado; volvió en sí y tornó á arremeter, y echóse en el foso y llegó á lo batido, y como estaba herido y desalentado no pudo subir. Era grandí-

sima la cantidad de piedras y tablas y maderos que echaban, tan espesos, que lo hubieran muerto si un soldado de su compañía no lo cubriera con una adarga. Visto el daño que nos hacian, y habiendo muerto al Maestre de campo general y á otros particulares, envióse órden como se retirasen, y así se hizo con harto trabajo y peligro, porque los turcos salieron por la batería y la gente de la tierra con harta priesa. El Conde estuvo en este tiempo determinado de ir su persona, y yo le oí decir dos ó tres veces, «ahora nosotros habemos de ir á tomarla», volviéndose á nosotros que allí cerca estábamos retirados de la batería: estuvimos allí aquello que del dia restaba, curando los heridos: túvose consejo como nos retirásemos á la mar aquella noche, y así se hizo, que cuando amaneció estábamos junto á la mar, adonde nuestros navíos estaban; habiendo perdido una pieza que por ser muy gruesa y haber caido quebrado el eje no se pudo llevar hasta la mar, y allí embarcar los heridos, y el artillería gruesa y alguna menuda, y con gente suelta irnos sin recibir más daño, que habia sido harto. Como fué de dia, los turcos y moros salieron á nosotros, y túvose una muy viva escaramuza de

arcabuceros, hasta que ya los unos ni los otros no se podian tener de cansados. Era dia de San Agustin bienaventurado, á 28 de Agosto, el sol era insufrible, y por eso se retiró la escaramuza hasta la tarde que tornaron á salir, caido el sol, con todo su poder, porque habian visto ir banquetes á la nave, y creyeron que se embarcaba todo. La órden que sacaron fué ésta: Los alárabes, que serian como 2.000 lanzas, pasaron por nosotros y se pusieron á nuestras espaldas, y allí estuvieron quedos; tras ellos salieron los turcos con un estandarte amarillo, y se pusieron hácia el Mediodia un escuadron, y serian 700 turcos arcabuceros. Tras ellos salió, por la ribera de la mar, más de 14 ó 15.000 hombres á pié, con las armas acostumbradas, y con esta órden se comenzaron á llegar á nosotros, tirando tantos escopetazos, que nos mataban la gente aunque estábamos detras de unos reparillos de arena que habíamos hecho. El capitan Luis de Rueda estaba con los caballos, que serian 50, y con él Martin Alonso que, como dije, traia á cargo la compañía de su padre, y como vió Luis de Rueda que ya le hacian daño en los caballos, envió al Conde que qué mandaba se hiciese, y

él envióle á decir que se estuviese quedo hasta que se ordenase lo que se habia de hacer; y el Conde entónces puso dos banderas de la gente de Pliego y Alcaudete y aquella comarca, hácia donde estaban los alárabes, y mandóles que allí se afirmasen y no tirasen sino á los caballeros moros cuando arremetiesen, entendiendo que era su designio arremeter por las espaldas cuando nosotros saliésemos á los turcos. Como el Conde esto tuvo hecho, mandó que cargase Luis de Rueda á los moros que estaban más cerca que otros, y así salió de donde estaba y dimos en los de á pié con tanta furia como si fuéramos tantos como ellos; ayudónos mucho unas pecezuelas de artillería que áun no estaban embarçadas, que tiraban sin parar y hacian mucho daño, y tambien del galeon tiraron, que no fué poca ayuda; y con esto se rompió su vanguardia, y se hizo alto para que nuestra infantería llegase, que los que salieron delante, á dicho de muchos, no pasarian de 600 soldados, que los demas, en moverse en escuadron, pasó gran rato, y D. Martin no los podia sacar de los reparos; pero como vieron que huian, se comenzó una grita alegre diciendo: «¡Victoria! ¡victoria!» Los turcos se estuvieron sin

arremeter en su escuadron, que no hicieron sino tirar con gran furia; pero hacian tan poco daño, que era cosa extraña, que parecia Dios los cegaba. Los alárabes, que estaban, como dije, á nuestras espaldas, arremetieron á su costumbre con gran grita y priesa á nosotros, y cuando quisieron entrar por nuestras espaldas hallaron allí aquellas banderas que dije que el Conde mandó poner allí contra aquellos; y como llegaron, diéronles una salva de arcabuzazos que los hicieron ir adelante con gran rodeo, que hubo lugar para hacer alto nuestros caballos y recogerse los soldados sueltos para que no recibiesen daño, haciendo ellos en los turcos y moros mucho. Visto los turcos salió su pensamiento en vano, comenzaron en un galope largo á irse á Mostagan, diciendo: «¡Que nos la toman!» Y, cierto, fuera así, que nos entráramos con ellos si tuviéramos 200 caballos; pero yo os certifico que no habia 80 que fuesen útiles. Como los turcos esto hicieron, un renegado se nos pasó y dijo todo lo que habia pasado, que nosotros no sabíamos, que fué tanto el placer que tomamos todos, que no nos acordábamos del daño pasado del dia ántes, sino que nos parecia que nos nacimos entónces, segun fué lo

que pasó. Y, cierto, despues de Dios, nos dió la victoria el poner el Conde aquellas dos banderas en aquel lugar contra los alárabes, porque si no se pusieran entraran aquellas 2.000 lanzas y degollárannos sin podernos remediar, y así, nos perdíamos todos. Pero Dios puso aquello en el corazón al Conde para que lo hiciese como lo hizo, que fué el mayor ardid y conocimiento de guerra que se puede imaginar. Cuando esto se le dijo al Emperador y la órden que se tuvo, dijo que era cosa que nunca se habia visto, vencer batalla campal despues de haber perdido una de manos retirándose, y díjolo dos ó tres veces encogiendo los hombros como cosa de milagro. Retirámonos luégo á la mar y descansamos un poco, y entretanto embarcóse lo que restaba de la artillería y heridos, y nosotros, en siendo de noche, fuimos la vuelta de Arzeo y amanecimos cerca del rio que llaman Chiquiznaque, y sin contraste hasta Orán, adonde fuimos recibidos, cada cual como halló su huésped, unos alegres y otros llorando, segun le tocó la pérdida ó ganancia. Estuvimos allí unos dias hasta que llegaron las galeras de D. Bernardino de Mendoza, que estaba concertado habian de venir, y por tardarse D. Bernardino no

se tomó á Mostagan. Pero, venidas, se comenzó á tratar de volver y se concertó con aquel moro que tomó Martin Alonso, que era muy principal, para que tratase con un su hermano que estaba en Mostagan, que lo entregase y él seria suelto. Tardó este trato dos meses, y todo este tiempo que estuvieron las galeras en Orán, el Conde les daba á su costa de comer. Estando ya embarcada el artillería y el campo fuera para volver, llegó Don Juan de Mendoza, hijo de D. Bernardino, y le dijo que él se iba con las galeras, que lo perdonase, que no se podia hacer otra cosa. ¡Mirad lo que el Conde sentiria en esto viéndose gastado lo que tenia aderezado para tomar á Mostagan y que se le despintase! No le respondió más de que fuese en buen hora, que no tenia dél necesidad, que Dios le favoreciera. Y así, fué al campo con hasta 1.600 soldados, y los caballos, que no llegaban á 100, y con esto fué á Arzeo, siete leguas de Orán, cerca de Mostagan; allí se hizo un lugar con murallas y bastiones y todo aparato para desde allí tener más cerca los tratos, y tambien como el rey de Tremecen que nos habia de pagar con el trigo de Benarax, que es una provincia de aquel reino; hacíase esto muy despacio, pues llegamos

allí dia de Todos Santos, y en un mes no se habian traido 3.000 fanegas de trigo. Visto esto por el Conde, tres ó cuatro dias ántes de los Reyes acercámonos á los moros que traian el trigo y tomamos como 400 en prendas de lo que nos habian de dar, y esto era ponerles espuelas para ser pagados, porque nos destruíamos en estar allí, y comíamos más que traian; con esto nos fuimos á Orán, y en llegando, salimos hácia la Laguna y tomamos un aduar con poca gente y ganado, y viniéndonos salieron unos moros á darnos grita y á picarnos en la retaguardia; súpose que eran unos moros comarcanos que tenian seguro del Conde y habian quebrado las condiciones del seguro, y así, salió otra noche, y en dos dias amaneció sobre ellos y se tomó la más hermosa cabalgada que yo ví allá, porque se tomaron sobre 450 ánimas y más de 10.000 cabezas de ganado, hermosísima cosa de ver; volvióse á Orán con esto y partióse como hay la órden. El Conde hizo merced á los Capitanes que se despedian, de esclavos y de joyas, y así se acabó aquella guerra tan trabajosa de aquel año, viniéndose el Conde con la gente á España, quedando D. Martin en Orán por General, y con él Diego Ponce de Leon, por Te-

niente, volviendo á ser la guerra ordinaria. Luégo, al verano, víspera de *Corpus Christi*, en siendo de dia, corrieron los alárabes hasta las Caleras y mataron allí dos hombres. Salióse al rebato, y por más diligencia que se puso no se pudo pelear con ellos, que con lo hecho nos daban grita y se iban. Volvióse Don Martin y Diego Ponce al lugar, y acabando de comer, comenzó un atalaya de la sierra á dar arma que los moros estaban en Mazalquivir; la gente comenzó á salir corriendo, y Juan Ponce con ellos, y ordenóle D. Martin que con 50 caballos corriese por la sierra para ver si podia tomar la delantera á los moros, y Diego Ponce tras él con otros, y él con los estandartes é infantería seguillos. Llegó Juan Ponce, por la sierra, á un lugar que llaman Bucifar, por donde los moros habian de ir, y allí halló que los moros habian llegado y andaban por la huerta comiendo albaricoques; y como Ponce conoció la dispusicion de la tierra, que era á propósito, aunque no habian llegado con él 30 caballos, hizo tocar una trompeta, y dijo: «¡Santiago, y á ellos!» Serian los moros 400 lanzas. Los moros, que se vieron asaltear de repente, creyeron que era toda la gente de Orán, y que les tenian

adelante tomado un paso de un lugarejo que se llama Laonzar; comenzaron á huir por un camino estrecho, y como eran muchos y huian sin órden y los nuestros los apretaban, iban cayendo dellos, y los nuestros cargándolos con gran órden por que no acabasen de desengañarse. Juan Ponce mató allí un mozo que estaba cercado de tres ó cuatro escuderos, y de todos se defendia que no osaban entrar en él y les habia quitado las lanzas, de una lanzada que le dió por la islilla, que le salió la lanza entre las piernas, y el moro le dió á él otra, que si le acertara tambien lo matara, porque le tiró la lanza y le dió en el adarga y le pasó por debajo del brazo toda la lanza y cuento, y todo, cosa que parece imposible, y fué cierto, y así se lo oí yo afirmar á Juan Ponce y á los que con él iban.

Mendoza. La mayor cosa es esa que yo he oido jamás, ni creo haya otra cosa acontecido.

Navarrete. No sois vos solo el que eso dice, que todos cuantos lo vieron aún no lo creian, y cuando se lo dijeron al Conde se espantó tanto, que dijo que ninguna de sus cosas y fuerza que habia hecho allegaba á ésta, porque, cierto, con una ballesta fuera mucho hacello y de los mo-

ros que habia cuando Juan Ponce arremetió á ellos; los prácticos volvieron hácia atras ocho, y vinieron á salir por donde Juan Ponce habia abajado, y entónces llegaba allí Martin Alonso, que alcanzó á su padre, y su escudero le dijo que allí venian ciertos moros; y como se lo dijo, Martin Alonso llegó á reconocer aquella parte y dió en los ocho de á caballo, que eran los que el escudero habia visto; y como los moros vieron á los cristianos y á Diego Ponce, arremetieron hácia él; Diego Ponce, como vió que los moros eran ocho, y que con Martin Alonso no habia más de un escudero, que se llamaba Alguacil, y el mozo, temió que no lo matasen, él solo arremetió á embestir con los moros y un criado de D. Martin, que se llamaba Guzman; y cómo Diego Ponce llegó tan recio, dió una lanzada á un moro y á él le dió otro otra lanzada, que fué milagro no matallo, porque le dió por un lado y le pasó una nalga, y pasaron los moros por él echando una lanza á Martin Alonso que le pasaron muchos dobleces del capellar que llevaba revuelto al brazo; y como los moros pasaron, preguntó Martin Alonso á su padre si estaba herido y él dijo con la cabeza que sí; y como lo oyó, arremetió á uno de los moros y le

dió una lanzada por un lado y volvió con la lanza á querelle dar, y el moro la tuvo con la mano: Martin Alonso tiró récio y se la sacó, y lo hirió otra vez. En esto el moro sacó su espada y dióle á Martin Alonso una cuchillada en el brazo izquierdo y otra en la lanza, y otra en la cara de su yegua, que en todas partes cortó. Á este tiempo llegó el Guzman que dije que iba con Diego Ponce, y fué á dar una lanzada al moro que ya estaba en el suelo, que lo habia derribado Martin Alonso de una lanzada. El moro era valentísimo, y como llegó á dalle con la lanza el Guzman, el moro se la tomó y le dió con un alfange en el brazo derecho, y si no se le volviere de llano se lo derribara, y con esto le sacó la lanza de la mano. Martin Alonso, como vió que el moro habia tomado la lanza, arremetió á él ántes que la volviese de hierro y encontrólo é hízosela perder; el moro se halló cerca del Guzman, y como así lo vió, cerró con él y abrazólo por el adarga, de manera que lo tenia como á niño, sin dejallo menear. Martin Alonso pensó que si le daba con la lanza mataria al moro y al cristiano; y por esto puso mano á su espada, y dióle una cuchillada, y el moro volvió á mirar á Martin Alonso por el hombro izquierdo,

y entónces le dió otra cuchillada por la cara, con tanta fuerza, que le cortó todas las quijadas y la lengua, y le abrió la cara, y no paró allí el espada, porque cortó en el adarga de Guzman más de un palmo, y el moro cayó entónces. Entretanto que esto pasaba, Diego Ponce se estubo sacando la lanza que tenia atravesada, y no podia porque los clavos que tenia en el hierro de la lanza lo estorbaban, y aunque con gran dolor, y sacándole unas briznas de carne, salió la lanza toda llena de sangre; los demas moros fueron á salir por la vereda, y allá se mató otro moro. Llegó D. Martin y alegróse mucho con la victoria, sino que se templó por estar Diego Ponce herido. La de Martin Alonso, en el brazo, fué tan poca, que no la sintió hasta la noche, y así llegamos á Orán con 10 cabezas de moros, que por ser tan señalada cosa, se pintaron en la puerta de Tremecen; y el moro que Martin Alonso mató, entre ellos con su cuchillada, que por ser tan grande, se pintó, como parece allí hoy. La herida de Diego Ponce sanó presto, porque, como le dió en carne muerta, no fué peligrosa. Túvose esta jornada por gran cosa, y más por ser el mismo dia que mataron á los dos hombres.

Guzman. Ese Guzman que decís, ¿tan

mal lo hizo que no mató el otro moro? Por ser Guzman me pesa.

Navarrete. No os pese, que no se pudo hacer más, y yo os prometo, que era muy hombre y que le oí decir muchas veces á Martin Alonso, que en unos amores que él traia, no llevaba á otro que lo aguardase sino al Guzman, y era en parte que ellos pensaban reñir cada hora; y habiendo tantos en su compañía á quien él tuviera mucho favor en llamar á alguno, elegir á él era de tenerlo en mucho, y con razon.

Guzman. Ya me parece ha caido el sol, salgamos de aquí y vereis el estanque, que es para esta tierra bueno, que despues podeis volver á vuestro cuento.

Navarrete. En gran merced os lo tengo, que ya estaba cansado, y el Sr. Mendoza lo debe de estar de oirme.

Mendoza. Por cierto, eso no pasa así, ántes me holgaría estarme quedo; mas pues nos habemos de estar aquí mañana, acabaremos de oir estas cosas tan buenas, que son á mi gusto tales, que no he oido otras que tanto lo sean.

Navarrete. Por cierto, Sr. Guzman, que es el estanque tan lindo, que no creo lo haya tal en toda la ribera ni áun en gran parte, y teneis razon en tenello en mucho, que es gran recreacion, si no que está mal

cenadero esté aquí debajo de estos árboles tan grandes y hermosos! y os prometo que haceis la cosa más mal hecha que se puede imaginar en no estar aquí todo el verano habiendo tantas cosas buenas.

Guzman. Vos teneis razon; pero falta de conversacion me hace ir á la ciudad, que si yo tuviese con quien hablar y tratar, no iria jamás al lugar, porque aunque con los libros me entretengo, todavía es gran cansancio estar el hombre siempre tratando cosas de veras y concertadas, aunque algunos ratos los paso muy bien con las cosas que estos que aquí trabajan dicen, y á ratos dicen coplas de repente que á mi gusto son mejores que las muy pensadas, en los disparates que se tratan, y otras veces las farças, compuestas por ellos, así rústicas, no hay cosa que les llegue; pues las pruebas y saltos que hacen y luchas no se pueden decir lo que son gustosas las caidas que se dan, las burlas que se hacen, sin comparacion, son más para ver que las de los maestros luchadores; así lo paso algunas veces, y otras entre estos árboles oyendo los cantos de los pajarilllos con cuánta melodía cantan harto mejor que los enjaulados dorados los chapiteles; pero la falta de conversa-

cion, como dije, me hace dejar esto, todo por buscarla.

Mendoza. Está bien, que no hay quien os contradiga. Pero decidme, ¿tan presto cenais, que me parece veo el manjar en la mesa?

Guzman. Hácese así acá porque nos acostamos temprano por gozar de la frescura de la mañana y de las flores del jardin, que despues de entrado el sol, parece que no está tan lindo esto.

Navarrete. Bien me parece que se haga así, y yo quiero sentarme primero á beber, que segun he hablado tengo necesidad.

Guzman. Yo holgaria estuviese frio, que ya hace mucho calor.

Navarrete. Ello está tal como bueno, y así, quiero tenello cerca de mí, y que bebais por mi mano todos.

Mendoza. No me pesará á mí de eso que me cabrá más parte: ¡Oh, qué bueno está esto! No sé que cocinero teneis que sabe dar tan buen gusto á las cosas, y paréceme que no he comido en mi vida otra tal, y áun tiene su especia para el vino frio.

Navarrete. No era menester para mí; pero el Sr. Guzman lo debe haber así proveido para que nos acostemos borrachos.

Guzman. Es todo tan poco que yo asiguro eso.

Mendoza. No sé como puedo yo decir poco, pùes lo que está aquí basta para muchos más hombres y con más hambre que los que aquí estamos; de mí os sé decir que aunque todo está muy bueno, no tengo de comer más desto, porque no me haga mal comer tanto.

Navarrete. Ni yo no comeré, que áun no he gastado la comida de hoy, que fué, como vistes, tan larga.

Guzman. Dejaos de eso y comed, que no es tanto como pensais, que más es el ruido que las nueces, como dicen.

Mendoza. Todavía porfiaís que comamos; por amor de Dios que no traigan más, sino que nos levantemos de aquí, que no se puede sufrir esto.

Navarrete. ¡Oh, qué bien habeis dicho! vámonos á la fuente á pasearnos por aquel anden que está muy lindo y fresco, que allí haremos hora de dormir.

Mendoza. Vamos en hora buena.

Guzman. ¿Pensábades iros sin mí? allá voy yo tambien.

Navarrete. Sea en hora buena, venid, que bien hay lugar para todos tres en el paseo, y haremos algun ejercicio para gastar lo que nos habeis dado de comer.

Mendoza. Hermosísimo está esto y bien labrado, bien parece que sois curioso.

Guzman. Pues id más adelante á ver el corredor y las piezas que hay allí, que no os desagradarán.

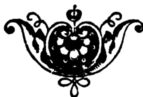
Mendoza. ¡Oh, qué linda cosa y fresca son estas pinturas que ahora se usan al fresco! Por cierto que no diré he visto tal cosa; y pues me habeis aquí traido, os quiero pedir me hagan aquí mi cama.

Guzman. Ya eso está hecho, veisla allí en aquella alcoba que para vos se hizo allí, y al otro cabo para el Señor Navarrete. Y pues estais aquí no salgais, sino quedaos con Dios hasta la mañana que os venga á despertar, para que goceis de lo fresco de las flores.

Mendoza. Sea como mandáredes, que en todo os obedeceremos el Sr. Navarrete y yo.

Guzman. Pues á Dios quedeis.

Mendoza. Él vaya con vos.





DIÁLOGO TERCERO

de los mismos.

Mendoza. ¿Sr. Navarrete dormís?

Navarrete. No duermo, ántes ha gran rato que estoy despierto, que me despertó el canto de un ruiseñor, que en mi vida he gustado tanto de tal cosa.

Mendoza. Yo tambien lo he oido; pero tornéme á dormir con su canto, y esto poco me parece me fué de más provecho que todo lo de esta noche.

Guzman. No pensé que érades tan madrugadores como yo, y parece que habeis pasado mala noche, ¿cómo os ha ido?

Mendoza. Por cierto, bien, y de mí os sé decir que no he despertado hasta esta mañana que al canto de un ruiseñor que pareció vos le mandastes poner en aquella rama cerca de esta ventana desperté; pero tornéme á dormir; y el Sr. Navarrete tambien lo oyó, sino que lo estuvo escuchando hasta ahora muy contento.

Guzman. Huelgo mucho de que el ruiseñor hiciese lo que yo le mandé.

Navarrete. No lo digais burlando, que segun os tengo por curioso, creo que teneis como domésticos los ruiseñores desta huerta.

Guzman. Dejemos de eso y salid acá, y iremos con lo fresco por esta huerta.

Mendoza. Plácenos, en un punto seremos vestidos, aguárdanos en el anden.

Navarrete. ¿Paréceos, señor, que me he dado priesa á salir?

Guzman. Sois vos muy diligente, yo siguro no salga tan presto el Sr. Mendoza, que es más reposado.

Mendoza. ¿Qué decís de mí?

Guzman. Decia que no saldríades vos tan presto por acá, por ser más reposado.

Mendoza. Bien sé darme priesa cuando hay necesidad de que me la dé, y cuando no, soy espacioso.

Navarrete. ¡Qué fresca que está esta agua y que linda, no me querria quitar de aquí, sino á la morisca estarme lavando!

Guzman. Vamos por aquí un rato, que tiempo habrá para todo, que aquí comeremos, pues os parece buena estancia.

Mendoza. Es tan buena, que no sé yo dónde la haya mejor, aunque estamos en parte que todo es mejor, y á mi pare-

cer se habia de ver esto en muchos dias, parando en cada cosa muy de espacio: decid, ¿qué jardinero teneis que tantas cosas veo aquí buenas? por cierto son de manera que no hay más que desear.

Guzman. Un valenciano pasó por aquí y lo detuve un año, y él lo dejó tan bueno como lo veis, entrad por ese anden y os holgareis.

Mendoza. ¿Es algun laberinto?

Navarrete. Es muy linda la entrada, y si es tal de dentro, será bien parar aquí.

Mendoza. Entrad y vereis lindísimas flores, diferentísimas y de gran olor.

Navarrete. Vos teneis gran razon, y, cierto, no he visto en mi vida tantas ni tan diferentes, ¿de dónde vinieron tantas?

Guzman. De Aranjuez me las trujeron todas las que veis, de las que el Rey tiene allí.

Mendoza. Por cierto son hermosísimas y extrañas.

Navarrete. Aquí está escondido esto; no pasaré de aquí, que no puede haber tan deleitoso lugar en este jardin. ¿Habeis visto Sr. Mendoza más fresca cosa? por cierto, en cuantas he visto no he visto otra que á ésta llegue.

Guzman. Creo lo haceis por lisonjearme, y que no os parece tan bien como eso.

Navarrete. No teneis razon de creer eso de mí, yo os juro que es verdad.

Mendoza. Vos habeis escogido buen asiento para vos, y huelgo dello porque digais lo que dejásteis ayer de decir, que no querria tratar otra cosa.

Guzman. ¡Oh, qué bien habeis dicho! Yo os certifico que queria yo decíroslo para que lo dijésedes al Sr. Navarrete.

Navarrete. Pláceme de volver á la prática que trataba: ya os acordais el desbarate de los alárabes, la herida de Diego Ponce, con lo demas que os dije: pues á cabo de un año volvió el Conde á Orán y trujo no sé que gente, y con ella, en llegando, salió á castigar unos aduares que decian de la Zafina, porque habian quebrado las condiciones de paz, y habian corrido la tierra y acogido á los otros que corrian, y en estas correrías habian muerto ciertos cristianos; y desto estaba el Conde muy enfadado; y ansí, en desembarcando, salió una noche y amaneció sobre ellos; y los moros eran muchos, porque eran siete aduares, que cada uno traia más de 50 tiendas, y ármanlas en redondo, y dejan en medio una plaza adonde recoger su ganado de cada aduar. Pues como llegamos, Martin Alonso, que iba con todos los mejores ca-

balleros en vanguardia, dió el Sanctiago y arremetió; pero como eran tantos aduares, no se supo dónde se habia de cargar, sino anduvo á todas partes; y por esta causa se mataron más moros aquella noche que otra alguna.

Mendoza. ¿Pues cómo iba Martin Alonso delante, siendo tan mozo como decís?

Navarrete. Era ya Capitan de caballo, y el Conde queríalo mucho; y como á mozo, quísolo poner en la delantera para las primeras arremetidas; y su hermano, Juan Ponce, iba con otra banda de caballos, y así Martin Alonso dió el primer Sanctiago; y como los moros sintieron el ruido y gente, salieron huyendo por el campo, y por esto se tendió la caballería, y Martin Alonso, cebado con los moros, se fué tanto entre ellos, que faltó poco para perderse por hallarse tan adelante, y cuando quiso volver halló el camino tan lleno de gente, que se hubiera perdido aunque él hacia lo que podia; estuvo á peligro, é yo lo hallé que habia atravesado á un moro, y le salió al otro cabo la veleta, y el moro se le entró por la lanza y le dió una cuchillada, y otra á la yegua en que iba, que casi le cortó el brazo, y él, probó á sacar la lanza, y co-

mo se arrolló la veleta al hierro no pudo salir, y entónces, trocó la lanza á la mano izquierda, y le dió una cuchillada que le cortó el brazo, y el moro cayó; y él quiso ir adelante, porque le iban á dar por las espaldas; y como el moro estaba caido, quebró su lanza, quedando con el tronco no más; y desto quedó tan enojado, que sin parar con nosotros arremetió á unos que salian del aduar, y dió á uno tan terrible cuchillada, que con ser el espada bien ancha, le sacó en una mella que arriba tenia los sesos, y el moro cayó como si le diera una pieza de artillería. En este tiempo comenzó á amanecer, y parámonos á ver la cuchillada, y decian todos que con una hacha en un tajo no podia ser mayor cuchillada. Tomáronse muchos moros y algun ganado, y al toque de las trompetas nos volvimos á retirar, sin haber perdido ni herido un hombre de los nuestros; y á la mañana nos alcanzaron como 400 caballos, y escaramuzaron con nosotros, aunque el escaramuza fué de valde; y así se volvieron ellos á sus tiendas, y nosotros fuimos nuestro viaje camino de Orán, sin topar un moro llegamos adonde se partió la cabalgada, que lo habíamos bien menester, porque habia dias que no tocábamos

dinero y asi pasábamos; y un dia, entre otros, los moros vinieron á correr la tierra por hacer algun daño, como tienen de costumbre, vinieron una buena cantidad de caballeros, y entráronse en una celada que se llama la Rambla de los Arabes. Aquel dia habia salido á comer el ganado al sitio de las Piletas, encima de la fuente de donde es el rio que por allí pasa, y con él salió una bandera de las ordinarias, que parecia bastaba para guardia.

Mendoza. ¿Pues la gente de guerra sale á guardar el ganado?

Navarrete. Todos los dias salen á guardarlo porque no les hagan daño los alárabes, gente que no pierde ocasion; así vinieron aquel dia, y de los que estaban emboscados salió una banda dellos, cantidad de 50, quedando los otros encubiertos para ver lo que sucediese; y como salieron corriendo al campo, una torre que se llama de los Santos, que está fuera de la ciudad, repicó una campana, que es señal de lo que en el campo hay, y luégo responden otras campanas del Alcazaba (que es la fortaleza) y de otra que llaman Razaelcázar, y al repicar de las campanas se sale al rebato y allí se sabe adonde han parecido los moros. El Conde salió con toda su gente á socorrer la que estaba

fuera (como digo guardando el ganado); llegado allí, como le dijeron que eran pocos los moros, no hizo caso dellos y queria volverse porque hacia un viento de Poniente muy récio. Estando en esto, los moros que estaban encubiertos salieron de la celada, y serian como 200 ó 300 caballeros en órden, algunos dellos comenzaron á irse hácia la ciudad, y estos serian 10 ó 12. Como los vió ir Diego Ponce de Leon, dijo al Conde: «Señor, aquellos caballeros deben de ir á hacer algun daño á los que salieron tarde, y será bien socorrellos.» El Conde dijo que saliese él con algunos caballos á hacello; así comenzó á salir y con él su hijo Martin Alonso, que habia salido al rebato en calzas y en jubon con un capellar por guardarse del aire, y como vido aquello, tomó el adarga á un escudero de los de su compañía, que se llamaba Pero Hernandez de Guzman, músico. En saliendo de los estandartes, como un tiro de piedra, los moros revolvieron hácia los cristianos, y uno dellos, á quien todos conoscíamos, muy famoso, que se llamaba Daho, se adelantó en un caballo bayo muy ligero; y él, vestido con una ropa de grana, á su usanza, y una adarga, y una lanza con una veleta amarilla muy grande, con unas

borlas de carmesí, que yo ví muchas veces, y la tiene Martin Alonso; y como Martin Alonso lo vió muy apartado de los suyos, como una carrera de caballo, arremetió á él; y el moro, como lo vió adelantarse, dió más priesa á su caballo por encontrallo apartado de su caballería, que vendria como cien pasos atras, y como el uno iba hácia el otro presto se toparon; y el moro tiróle la lanza ántes de llegar ménos de diez pasos, á fin de dalle y salirse ántes que Martin Alonso lo encontrase. Quiso Dios que, como el viento era tan récio y la lanza llevaba veleta, y muy grande, púdose apoderar della el viento y torcióla; así estorbó que no le diese aunque se la tiró tan cerca, que sin duda lo matara, si le acertara, por ir desarmado; á Martin Alonso le sucedió mejor, porque como iba á pasar el moro, le dió una lanzada en la hijada del caballo que le pasó de la otra parte dos brazas de lanza, y así pasó el uno por el otro; el moro probó á sacar la lanza de su caballo sin que el caballo del moro cayese ni hiciese más sentimiento, que si no estuviese herido; mas como vió que Martin Alonso volvia con la espada en la mano, él sacó tambien su alfanje al tiempo que ya Martin Alonso llegaba, y dióle una cuchillada en el hombro dere-

cho que le hizo caer el alfanje de la mano, y luégo le dió otra cuchillada en la cabeza que dió con él del caballo abajo.

Guzman. Cierto, eso fué muy buena suerte, y de ventura no acertar el tiro de la lanza del moro.

Navarrete. Fuélo tanto, que no puede ser más, y por ser á la vista de los moros y cristianos fué muy estimada; y diréos una cosa muy de reir: que como Martin Alonso arremetió á el moro, los que iban tras él pusieron los ojos en lo que pasaba, de manera que no miraron por dónde iban, y en el camino estaba una calera vieja, y el que iba delante cayó dentro y otros cuatro tras dél encima, que le mataron el caballo.

Mendoza. Donosa cosa fué esa, no estaria contento el que le mataron el caballo.

Navarrete. Si él no lo estaba estábamoslo nosotros, porque aquel moro aquella semana habia muerto dos cristianos en los majuelos encima de la ciudad, y así, todos se alegraron y alabaron mucho á Martin Alonso, por no haber alzado la adarga á la lanza del moro, y si la alzara, se le iba sin dalle. Fué esto muy estimado, por haber en otros quince dias halládose mano á mano con dos caballe-

ros en diferentes dias, que no fué en un dia, y entrambos los mató, tan apartado de la gente, que sólo Dios y su destreza le valió; y así, el Conde le hacia tanta merced que era cosa de espanto, porque cuando esto pasaba áun no tenia barbas. Y yo os prometo, como cristiano, que no digo esto por el amistad que le tengo, sino por decir verdad, como quien lo vió, y hay tantos testigos como hay hombres buenos, y son muchos los que en aquellos dias se hallaron en todas estas refriegas. Estuvimos algunos dias sin hacer nada, que los moros se apartaban; tras estos dias se salió á hacer una cabalgada y erróse el tiro, y el Conde fué á la corte á besar las manos al rey de Bohemia, que entónces gobernaba en Valladolid, y de ahí á Flandes al Emperador, que en aquel tiempo pretendia las galeras de España. Quedó D. Martin en Orán, y comenzaron ciertos chismes entre él y Diego Ponce de Leon, de manera que empezaron á llevarse mal, por ser Diego Ponce teniente del Conde, y D. Martin queria ser el todo; y así, se mordian, cosa que estaba mal á todos. En este tiempo hizo D. Martin muchas cabalgadas, y entre ellas una, la mejor y más gustosa que pudo ser, y fué: que por Santiago le llegó un aviso que

por allí cerca habian de pasar ciertos moros con camellos cargados de sal, que estaban en las salinas, y como tuvo el aviso, envió al aposento de Martin Alonso á llamarlo, que seria á media noche, y le dijo lo que pasaba; y ambos, juntos, con un paje, salieron de palacio y fueron á casa de Gonzalo Fernandez, que era lengua para informarse bien de lo que la espía decia. Y de allí salió Martin Alonso y dió aviso á su hermano Juan Ponce, y juntos, comenzaron á apercibir la gente de casa en casa, y dos horas ántes de amanecer salimos con muy poca gente, y fuimos á más andar á meternos en una celada ántes que fuese de dia, y con todo, no se pudo hacer, que bien salido el sol se llegó á la celada, y dejó D. Martin con Juan Ponce la gente, y él y Martin Alonso estuvieron en atalaya á ver si los moros parescian, y desde á buen rato parescieron y se vinieron llegando adonde estábamos; y D. Martin envió á Martin Alonso para que diese el órden que él le mandó; y fué: que Juan Ponce, su hermano, con 20 caballos, fuese hácia el Levante á tomar las espaldas á los moros, y su Alférez de Martin Alonso, que se decia Iñigo de la Tobilla, un hidalgo de Alcaudete, saliese con otros 10 caballos; D. Martin y

Martin Alonso, con el resto de caballos y con toda la infantería, diesen en medio de los moros, que serian más de 500 camellos y 400 moros, todos á pié, si no fueron dos de á caballo, que el uno era la espía que habia hecho pasar los moros allí, para que los hallásemos todos juntos. Con esta órden salimos á ellos, y yo iba con Don Martin, y en bajando de un recuesto que bajamos, dió Martin Alonso en los moros que ya estaban apiñados, y con propósito de pelear, y apartáronse D. Martin por una parte y Martin Alonso por la otra, y andaba dando voces que no matásemos hombre, porque los que matásemos perderíamos, y con esto no habia hombre que matase moro: los moros creyeron que no osábamos, y andaban muy gallardos. Con esto habíannos herido un caballo, y ellos juntos todos: en este tiempo pasó, de donde estaba D. Martin á donde andaba Martin Alonso, un caballero Capitan, que se llamaba Luis Alvarez de Sotomayor; fué ventura no matarlo de una lanzada que le dieron; allegó donde Martin Alonso andaba, y díjole: «Señor, si no mandais matar á todos nos matarán primero que llegue la infantería.» Oido esto por Martin Alonso, nos hizo á todos juntos arremeter y dijo: «¡Sanctiago, caballe-

ros, y cada uno saque el suyo!» Y así arremetimos con tal ímpetu, como sale la jara de la ballesta, y así dió en ellos, y llamóme que le acompañase, y él y yo entramos por los moros. Él puso los ojos en un moro que capitaneaba, y embistióle tan apriesa que él no tuvo lugar de apartarse mucho, y de paso le dió una lanzada con el filo del hierro que le cortó todo el molledo del brazo; los otros derribaron otros moros, y en pasando por ellos dió la vuelta y todos tras él, y arremetió á otro moro que parescia más valiente; y así lo mostró, que como lo vió ir á él hizo hincapié para tirarle la lanza: Martin Alonso entónces se dió más priesa á llegar. Visto esto por el moro, volvió á huir á tiempo que llegaba á él, y como lo halló de espaldas, dióle una lanzada por medio dellas que le salió una braza de lanza por los pechos, y con la furia que llevaba, pasó por él y llevóselo arrastrando; como no pudo sacar la lanza dejóla y puso mano á su espada, revolviendo sobre ellos á tiempo que llegaba la infantería nuestra, y porque no los matasen anduvo corriendo á todas partes defendiéndolos que no se matasen más, si no fué á uno que dió una cuchillada á un soldado: murieron de los moros 70 ú 80; prendiéronse 270. Don-

de D. Martin y Juan Ponce anduvieron no se peleó, por ser pocos, y rindiéronse sin golpe de espada; solo adonde Martin Alonso anduvo se peleó, que no nos holgamos poco. Volvimos á Orán á medio dia, habiendo hecho la mayor jornada y de más gusto que se habia hecho.

Mendoza. Vos teneis razon, que donde habia tanta sal por fuerza habia de ser gustosa.

Navarrete. De ella me cupo más parte que de otras, y así fué para mí muy gustosa; despues desto, D. Martin tomó otras cabalgadas y fué muy aprovechado en ellas; y en un reencuentro tomó al alcaide de Tremecen, que el rey de Argel allí tenia, y ciertas banderas, cosa bien honrosa, y por ser casual no doy della cuenta más en particular. El Conde volvió de Flandes y fué á Orán, adonde estuvo hasta que el rey de Argel vino sobre él, que fué una brava cosa, y fué así: que despues que tomó á Buxia determinó, pareciéndole fácil, tomar á Orán; fué sobre él, y para ello envió por 40 galeras á Turquía, que con su armada eran bastantes para el efecto; hizo paces con el rey del Cuco, que es su comarcano, casándose con una hija suya para que le ayudase con su ejército; así se comenzó á dar la

órden que se debia tener: juntos todos, salió de Argel. El Conde, que no dormia, lo supo por sus espías, que ordinariamente allá tenia áun en la casa del Rey, y entendiendo el aviso, se comenzó á reparar, haciendo los preparamientos necesarios, así de artillería como de municiones y bastimentos, y otras cosas importantes para la buena defensa de las plazas, fortificando y terraplenando lo que convenia. Sabido el camino que traian, lo primero que hizo fué hacer atosigar todas las aguas de la comarca, con que se le hizo notable daño; y cuando llegaron á vista envió á D. Gabriel de la Cueva, que fué duque de Alburquerque, con una banda de caballos y de arcabuceros para que reconosciese á los enemigos: D. Gabriel fué y trabó una brava escaramuza con ellos, aunque se retiró presto porque convino así. Los turcos se fueron á alojar á las Piletas, que son arriba de la fuente donde nace el rio; el Conde, viendo que de necesidad habian de beber de la fuente, envió allí 500 soldados para que la defendiesen detras de unas paredes que se hacen allí de las huertas; los soldados se pusieron donde se les mandó, y defendíanla de manera, que el que queria una gota de agua le costaba un azumbre de

sangre, y no se contentaron los valientes soldados con defender lo que se les mandó, sino tambien una torrecilla derribada que estaba de la otra parte de la fuente. Y así, animosamente salieron del reparo, y á pesar de los que por allí habia, que eran cuatro tantos, ocuparon la torrecilla, cosa temeraria. Los turcos, visto esto, vinieron con todo el campo á quitalles el sitio que tenian tomado. El Conde, conocido el daño que podian rescibir, envió á retirallos, dando órden que reforzasen la escaramuza, y retirasen los que estaban allá con buena órden y se recogiesen porque no se les hiciese daño. El Sargento mayor lo hizo muy diferente de lo que se le mandó, y retiró la escaramuza á voces, de manera que hizo que los soldados, como huyendo, se retirasen muy desordenadamente. Los turcos, vista la desórden, los cargaron con tanta presteza que fué cosa extraña, y como iban sin órden, mataron algunos dellos, que hasta entónces no habian ni áun herido á nadie, habiendo ellos rescibido mucho daño: al Conde le pesó en el alma, que estuvo para castigar al Sargento mayor. Los turcos ocuparon la fuente, y luégo comenzaron á meter su artillería, con tanta órden y silencio, que en lo que quedaba

del dia y en la noche se metió, y se hizo un bastion, el más fuerte que se habia visto, con cierto órden, que no se parecian las piezas que habian de batir. En este tiempo, nuestra artillería batia con mucha presteza, echando en sus trincheas fuegos artificiales con que hacian mucho daño á los enemigos; las suyas comenzaron á batir las murallas, y aunque eran muy gruesas hacian poco daño. Nuestros artilleros, que creo no los hay mejores en el mundo, tiraban á su bastion y hacian tiros notables, porque embocaban sus piezas y mataban á los artilleros y Maestros de artillería. Entre otros tiros fué uno muy bueno, porque los turcos, al tiempo que habian de tirar alzaban una compuerta y luégo tiraban. Un artillero aguardó á que alzaran la compuerta, y ántes que disparase su pieza él pegó fuego á la suya, y fué de manera, que hizo pedazos la otra y mató los artilleros. El Conde por esto le dió 100 ducados; estuvo esto así cinco ó seis dias, que no habia cosa notable, sino que se trataban los oficios como si no estuvieran sitiados, y las mujeres salian al rio á lavar como ántes, por una puerta que no se cerró. El Conde en este tiempo hizo dos cosas: la una fué escribir á España lo que pasaba,

y decia que si lo socorriesen que seria Dios y el Rey servido, y si no, que allí moriria Sanson y cuantos con él son. Fué ésta una determinacion como suya, así fué tan celebrada en la corte, tanto, que no se hablaba en otra cosa. Despues desto, hizo una industria muy buena, y fué hacer escribir una carta en arábigo á los principales del reyno, en que les decia que se acordasen de la palabra dada, y que estuviesen á punto para cuando él saliese á dar en los turcos, para que ellos por su parte entrasen. Esta carta se tuvo órden como se dió en las tiendas del Rey, y como se halló y se leyó, fué tanto lo que se alteraron los turcos, que fué una cosa extraña, y tuvieron por sospechosos á los alárabes, que era lo que el Conde pretendia para divertillos. El Capitan de las galeras estaba muy mal en aquella jornada, con esta ocasion dijo que se queria retirar, que no era tan fácil como el Rey habia escrito al Gran Señor, y más siendo los alárabes sospechosos, y que habian de ser contrarios suyos, comenzóse entre ellos disension; con esto se trató de retirarse. Hízose con gran diligencia, que cuando amaneció habian sacado su artillería fuera, con tanto miedo, que se dejaban muchas cosas. Los alára-

bes decian y juraron que tal no habia, sino que se lo levantaban; pero todo no bastaba para que fuesen creidos, que todavía los tenian por sospechosos. Como se vió que se retiraban, salieron algunos arcabuceros á escaramuzar con su retaguardia, aunque eran tantos que no se podia hacer como era necesario; y así, se retiraron.

Mendoza. Por cierto fué gentil industria y ardid de guerra lo de la carta para los alárabes, que no he oido que nadie hiciese tal cosa.

Navarrete. Fuélo tanto y de tanta importancia, que decian por sólo esto haberse retirado los turcos sin otra ocasion; pues ellos eran señores de la mar y de la tierra, con tantos bastimentos y municiones como era menester para muchos dias, faltándonos á nosotros todas las cosas que importaban para la defensa, aunque lo que más importaba (que era ánimo) lo teníamos con ver á nuestro Capitan con tan buena cara, que parecia que gustaba de lo que pasaba; y yo sé cierto la pena que tenia de verse así apretado sin esperar ser socorrido; hacíanos espantar esto á los que sabíamos lo secreto, porque jamás noche durmió en su cama, sino de dia reposaba; y de noche, con

gran cuidado en las rondas y en las provisiones y reparos. Metieron las pelotas que habian tirado, y hallaron unas de grandeza admirable, que pesaban 85 libras cada pelota, cosa terrible, y cuando se tiraban estas piezas temblaba todo el lugar. Despues desto se tuvo otra guerra más peligrosa, que fué con la peste, y fué tanta, que morian en gran cantidad; y el Conde proveyó en aquello, que fué salirse al campo en tiendas y habitar todo el tiempo que esto pasaba, mudando sitios, con tanto trabajo, que no se puede imaginar lo que se pasó, hasta que fué Dios servido de alzar la mano de su castigo; y cuando esto estuvo aplacado entró en el lugar para venirse á España: hizo á todos los criados que tenia vestir de angeo nuevo y camisas, y dejar allí su ropa que traian. Y en llegando á España, sin llegar á lugar poblado se estuvo en tiendas hasta que hicieron de vestir á sus criados, y despues hizo dejar allí los vestidos que traian, y así fué á su casa. Yo le oí decir muchas veces que más trabajo habia pasado en esto que no en el cerco; y créolo, que fué terribilísimo.

Guzman. Cierto, debió ser más eso, pues lo uno era guerra con los hombres y lo otro con ira de Dios.

Navarrete. Si lo viérades mejor lo dijérades; y yo os prometo que no oso pensar lo que habia, que se venian todos á morir en una casa sin haber quien los enterrase, cosa de grandísima compasion; yo me salí fuera con el Conde, y así me vine entónces con él.

Mendoza. ¿Hallastes os en la Corte cuando allá llegó? Decidnos, ¿qué pasó allí? porque dicen muchas cosas.

Navarrete. Allí estuve, que, como digo, no lo dejé: lo que fué del recibimiento tan grande no hay para qué tratar, sólo diré lo que pasó á la entrada de palacio con el Condestable, que fué desta manera: A la salida de palacio encontró con el Condestable y con el Almirante, que salian de besar las manos á la Princesa de Portugal, que gobernaba el reino; y como se vieron, cada cual llegó con grandísimo acatamiento, diciéndose muchas cosas, y pasando grandes cortesías; y sabido adonde iba, volvieron con él á la cámara de la Princesa y entraron juntos allá. Y Su Alteza, por la órden del Emperador que estaba en Yuste, lo trató muy bien, y decian que lo mandó cubrir; fué de manera el trato, que el Conde salió muy contento, y asimismo aquellos señores; y todos tres salieron á la sala adonde habia muchos

caballeros, y todos los que en ella estaban quedaron muy agradados de su postura y parecer, que su dispusicion y gravedad de rostro era de manera que hacia que le tuviesen respeto los que no lo conocian. Estuvo allí algunos dias con muy gran nombre, hasta que se vino á su casa con aquellos despachos para Mostagan: hízose aquella gente y embarcóse en Cartagena, y sucedió lo que sabeis, que no hay para que tratar dello.

Mendoza. He oido decir fué muy culpado en la jornada, y por eso no quereis tratar de ella.

Navarrete. No lo dejaba sino por no tornar á la memoria cosa tan triste; pero por desengañaros tornaré á la prática y fué así: Que como el Conde llegó á Orán, un Gonzalo Fernandez engañó al Conde diciendo que los alárabes lo deseaban, y le ayudarian á tomar la tierra, y otras cosas deste jaez. Que como hombre tan prático y lengua, le dijo que seria muy bien ir á una provincia que se llama Tacela y á Guardaz, que es el riñon del reino, que desde allí haria sus negocios; esto fué la causa de su perdicion, que salido allí, los alárabes no vinieran; tuvo lugar el rey de Argel de venir á juntar todo el reino y la gente de Tremecen. En estos

dias se comieron los bastimentos que tenian y sin hacer nada. Conocido esto por el Conde y que lo que los alárabes decian era mentira y entretener, determinó ir sobre Mostagan, y así por la obra se puso. Llegando allí, otro dia llegó el rey de Argel con 8.000 hombres práticos, y con grandísima cantidad de peones moros y con muy buena caballería, que pasaban de 10.000 caballos, y con este ejército se presentó á vista nuestra. El Conde, como los vió, envió á su hijo D. Martin con los caballos y 4.000 hombres á que escaramuzasen con ellos y provocase á batalla. En llegando D. Martin hácia ellos, se le fueron retirando con más priesa que era justo; estándolos mirando el Conde, volvió á los que cerca allí estaban y dijo: «No la quieren, pues á la mañana se la daremos aunque no quieran.» Y así se entró en su tienda. Los Capitanes que habian quedado en el campo, fueron á la tienda del Conde y le hicieron un parlamento; y en resolucion, fué que se retirasen que eran muchos moros, y esto con más libertad que era razon, que parecia ellos gobernar y no ser gobernados. Y así volvió á Miguel de Antillon, su camarero, y le dijo: «¿Qué es esto, que me quieren quitar la victoria que tengo ganada?» Y esto dijo

con tanta pena, que parescia quererse morir, y templóse y dijo: «Agora vendrá mi hijo, y con él se tratará lo que en esto se debe hacer.» Y con esto se fueron los Capitanes. Una cosa no puedo negar, y es que el Conde tuvo aquí gran culpa; y si él hiciera una cosa sola (á mi juicio), no tan solamente no se perdiera, pero hiciera el mejor y mayor hecho que nadie hizo.

Mendoza. ¿Qué habia de hacer para reparar tanto daño como sucedió?

Navarrete. Yo os lo diré para que lo entendais: ya os dije que fueron los Capitanes con más esempcion que convenia, casi mandando y no suplicando. Lo que el Conde habia de hacer es, que despues de idos á sus alojamientos habia de enviar á llamar á cada uno de por sí, y comenzando por los que parecian más culpados los habia de mandar descabezar, y despues de hecho, habia de llamar á los soldados y mostrárselos degollados, y decir por qué lo hizo; y elegir otros Capitanes luégo; y con esto apaciguara el alboroto y desvergüenza. Esto dicen que dijo Juan de Vega, el Presidente, que era una de las mejores cabezas de España y de mejor juicio: ésta es la culpa que se puede poner desta jornada, y no fué poca. El Con-

de se quedó en su tienda tan congojado, que, segun me dijo el capitan Miguel de Antillon, su camarero, que nunca lo habia visto tanto en su vida. Venido su hijo D. Martin, le dijo: «¿Qué os parece, hijo, destos Capitanes que quieren que nos retiremos?» Lo que pasó en esto no lo sé, más que los Capitanes iban diciéndole muchas cosas, y prometiendo que volverian, en retirándose del reino los turcos. D. Martin dijo públicamente: «Caballeros, pues que quereis que nos retiremos, hágase; pero mañana vereis qué es retirarse de turcos y moros, y cuán peligrosa cosa pelear con ellos retirándose.» Con esto se comenzó á tratar de la retirada y así se hizo, que aquella noche se comenzó á hacer la vía de Mazagran, y amaneció cerca de Mazagran, que es una legua; y como los turcos supieron la retirada (cosa que ellos jamás pensaron), ántes, segun se supo, estuvieron toda la noche aguardando cuándo habian de dar en ellos, y así tenian los caballos de la rienda sin desenfrenallos. Como supieron que se retiraba el campo, salieron con grande ánimo á pelear con nuestra retaguardia, adonde D. Martin iba con los caballos y cierta infantería; y fué así, que D. Martin lo comenzó á hacer con más

ánimo suyo que de los que iban con él, porque en una carga que les quiso dar, fué con tanta tibieza de los nuestros, que no se puede imaginar; y así, cuando llegó á los turcos, no iban con él 30 de á caballo.

Mendoza. Dicen algunos que estaban muertos de hambre todos.

Navarrete. No niego que no habia mucha necesidad; pero esto ¿qué importa para la cobardía que tuvieron? que si habia necesidad de comer, con pelear lo tomaran á los enemigos que venian bien proveidos; si ellos remediaran su necesidad con ello no me espantara; pero ni la remediaron ni hicieron más de lo que hicieron, que en viendo á D. Martin herido, que en esta carga lo hirieron de un arcabuzazo, volvieron todos á huir sin golpe de espada; lo cual, visto por el escuadron de la batalla, dejaron las picas y hicieron lo mismo á entrarse en Mazagran, como si fuera Córdoba y tuvieran donde se albergasen. El Conde, vista esta maldad que pasaba, volvió de la vanguardia á la retaguardia, afrentando á los que huian sin ver, porque aunque habia tantos, áun no habian llegado á romper con los nuestros, ni á las espadas. Los turcos, con su presteza, que es tanta que espanta, en venciendo, cargaron á los nuestros de ma-

nera que hicieron retirar á los soldados viejos de Orán, aunque no huyendo como los otros, sino tirándoles y recibiendo las cargas muy ordenadas: con esto detuvo el Conde el ímpetu de los turcos y moros, que iban de victoria cerca de seis horas. En este intervalo entró tres veces el Conde en el lugarejo á pedir á los soldados saliesen á pelear, pues veia que con tan pocos soldados que peleaban detenia la victoria tanto tiempo.

Mendoza. Pues á eso, ¿qué le respondian esos que se habian entrado y encerrado?

Navarrete. No más si no volver las espaldas, y áun dicen que le dijeron que saliese él, que no querian salir. Esto sintió él tanto, que me decian los que allí cerca se hallaron, que dijo: «Salgamos á morir, y no pierda su honra la casa de Montemayor.» Y así, salió con tanto ánimo como era menester para ir á morir. En este tiempo los turcos hacian mucho daño en los soldados viejos que peleaban con unas pecezuelas de artillería, aunque los cristianos tiraban con las suyas, y Ginés de Osete, un catalán, como valiente hombre hacia aquello del artillería, pero habiánseles quemado la pólvora cuando huyeron, y entónces tambien se les que-

mó, y de necesidad hubieron de desamparar el artillería, por no ser ya posible defender el lugar que habian ocupado. Dicen que aquí hirieron al Conde los mismos cristianos que desde la muralla tiraban, y que mataron á Juan de Angulo, nuestro cordobés, que peleó como caballero. Otros dicen que el caer del Conde fué queriendo detener á los que huian, que le dieron en el caballo y lo hicieron enarmonar, y que cayó con él, y que pasó todo la gente por cima dél, no obstante que lo habian herido ántes en un brazo. Y la que despues le dieron los de la muralla, dicen que queriéndolo hacer, porque los turcos no estaban de manera que se puede creer que por hierro se hizo. Acabados de encerrar todos, hicieron otra maldad, de la más cruel que nadie ha hecho, que fué en el mismo punto trataron con los turcos que los tomasen por captivos, y si algun soldado honrado se ponia á la defensa de la muralla y tiraba con su arcabuz, le daban algunos Capitanes de cuchilladas, diciendo: «Sal fuera tú que no eres de rescate.» Procurando tanto el provecho del rey de Argel como su deshonra.

Guzman. Pues D. Martin, ¿á dónde estaba?

Navarrete. Curándose estaba del arcabuzazo que le dieron, y como supo lo que pasaba, lo sacaron en brazos y les hizo un parlamento, diciéndoles que por ellos murió su padre, que mirasen que no hiciesen otra cosa peor, que era vendello á él, que él los sacaria á todos en salvo: ellos se lo prometieron, y él volvió á acabar de curarse. En este tiempo se acabó de concertar que 50 Capitanes saliesen á mil ducados cada uno. D. Fernando de Cárcamo estaba muy malo, y fueron á él á decille lo que tenian concertado, y dijo que él no queria pasar por aquel concierto, si no que á él lo dejasen fuera para salir por derecho, ó correr la fortuna que D. Martin corriese. Fué esta respuesta como de caballero esforzado, y no nada agradable á los que fueron con el recaudo; y así se salieron y pusieron en una torre una bandera blanca, que es señal de paz, para que los turcos se llegasen; y así se llegaron y metieron dentro ciertos turcos y los llevaron donde estaba D. Martin, el cual, cuando los vió, quisiera mil veces morir; y así, probó de levantarse para defender su persona, y los turcos le dijeron que tuviese paciencia, que era usanza de guerra. Y entraron los turcos y tomáronlos tan civilmente, que no se sabe que haya

habido nacion que tan mal lo hiciese con sus Capitanes generales. Murieron valentísimamente algunos, especial Juan Perez Baldez, por otro nombre Juan Perez Derrave, de aquí de Córdoba, que dicen todos dél maravillas; otros quedaron muy heridos y destrozados: los demas sin lision los tomó el rey de Argel, y los trataron como ellos merescian por ser tan cobardes.

Mendoza. Pues un Capitan tan prático como aquí habeis dicho, ¿no previno á ese negocio donde tanto le iba, retirándose de manera que los enemigos no lo pudieran alcanzar?

Navarrete. No sé yo cómo eso se podria hacer sin huir; y el Conde creyó que su gente pelearia como otras veces que allí se halló, y salio muy al revés, que en lugar de pelear huia toda la gente.

Mendoza. Yo he oido á muchos que lo culpan en esta jornada.

Navarrete. Verdad es que nadie perdiendo es loado, que los que miran desde la talanquera juzgan las cosas á su parecer; y navégase muy bien desde la cama, y los que eso tratan, por ventura, no han visto moro ni turco en su vida, y porfian lo que no vieron; así no hay que decir dél que tuviese culpa de su pérdida, pues

cumplió con su honra muriendo, que es lo último que hay que hacer, pues á la voluntad de Dios no se puede resistir. Y así permitió Dios en aquellos dias otra cosa asperísima, que fué lo de los Gelves, que estando allí todo el poder del rey de España con toda la buena gente prática del mundo, y tantas galeras y naos se perdieron como sabeis, y sobre ello ha habido hartos que han hablado mal, si tienen razon ó no, averígüenlo ellos, que yo no me entrometo en estas cosas. Sólo sé decir que el General dellos lo pusieron en más dignidad que ántes, y es y fué muy bien tratado de su Rey, que es lo que más le hacia al caso, que cumplido con él todo lo otro no se estima en una haba, y en esto vereis lo que hace la fortuna, pues no fué parte esto para abajallo un punto de la reputacion; y si mirais las escripturas antiguas, vereis como habiendo Aníbal vencido tantas veces á los Romanos y señoreado á Italia tantos años, fué vencido despues en su tierra y casa, y salió huyendo. Y Pompeyo, que venció tantos reyes y reinos, que por su grandeza le dieron nombre de Grande, fué despues vencido y muerto como sabeis. Y yendo huyendo estos Capitanes tan famosos, que está todo el mundo lleno de sus proezas,

no perdieron este nombre por haber sido vencidos y huir como huyeron, dejando sus ejércitos y naturales en manos de sus enemigos, haciéndolos piezas. Pues si estos hombres tan famosos no perdieron su nombre aunque huyeron, como se sabe, el que peleando y deteniendo su gente murió como caballero, muy gran razon será que no pierda punto de su reputacion, ántes, á mi parecer, en esto confirmó su valor y grandeza, y hazañas, que no pudo él más hacer, pues, como he dicho, murió, y no huyendo. Y así, señor Mendoza, no culpen al Conde, pues por lo que he dicho se entiende al contrario, y á quien le pareciese otra cosa tómela él de tres, y veremos cómo sale della, que los Capitanes no mueven ellos las espadas de sus soldados todos, sino mándanlas menear, y si ellos no quieren, el Capitan no es más que uno dellos.

Mendoza. Yo quedo satisfecho y digo que es gran razon la que teneis en esto, y no la tienen los que hablan mal en este negocio.

Guzman. Decid: despues que D. Martin fué preso, ¿qué pasó?

Navarrete. Lo que habeis oido: hecho esto, D. Martin pidió al Rey que le diese licencia para enviar á su padre á Orán, y

así lo hizo, con un caballero moro, que fué la mayor lástima del mundo, y de más pesar verlo en un seron metido, al que tantas veces habia sido honrado y ensalzado de los reyes y señores, y agora verlo atravesado en una acémila, fué causa de gran lástima ver este espectáculo para la gente de Orán, que no sentian su pérdida tanto como ver muerto al Conde, que tanto solia regalarlos y honrarlos y dalles de su hacienda, lloráronlo con gran razon.

Mendoza. Por cierto, vos la teneis grande; y es cosa de gran sentimiento un hombre tal como ese quedar desamparado, y por culpa de cobardes perderse; á mí se me acuerda que la carta que Don Martin escribió á su madre decia que por cobardía de algunos Capitanes se habian perdido.

Navarrete. Ello fué así; y sabido esto en España, fué allá D. Alonso, su hijo, el mayor, á tomar aquella Tenencia, y yo fuí con el que habia quedado malo en España, y halló allá á D. Francisco, su hermano, en las galeras de la órden de Sanctiago, que andaban á su órden de D. Francisco, y habia llegado á Orán, que como tuvo la nueva de la pérdida de su padre, atravesó de Cartagena, y fué de

tanta importancia su llegada, que confortó á los que estaban en Orán, que todos se morian de miedo; hizo D. Francisco aderezar y fortificar lo que habia más necesidad para esperar el sitio, que se entendió que fueran los turcos sobre ellos. Estando en esto ocupados, asomó una nave en que iban 300 soldados para meterlos en Orán, y calmóles el viento junto al aguja que dicen de Orán, y salieron ciertos fustas á ella y comenzaron á batirla. Y aunque Hierónimo de Mendoza, que iba por cabo, un caballero de Baeza, hacia lo que podia y peleaba como dél se esperaba, estaba tan apretado y roto, que fuera la nave á fondo si no se rendia. D. Francisco de Córdoba, como á su destreza y prática nadie pasa, entendió lo que era y hizo armar á priesa sus dos galeras, y salió de manera con ellas, que los turcos entendieron que eran sus galeras que tenian nueva habian bajado de Levante, y dióse D. Francisco tan buena maña en hacerles creer esto, que hizo retirar las siete galeras á el aguja, para desde allí reconocer lo que era. Con esta ocasion, D. Francisco á boga arrancada, llegó á la nave y dióle cabo, y comenzó á gran priesa á volver hácia Orán, y llegó la otra galera, y ambas, remolcándola, la metie-

ron en el puerto. Cuando los turcos reconocieron lo que era, se pelaban las barbas, porque con este ardid habia hecho tan gran cosa, como fué quitarles de las manos la nave que tenian casi tomada.

Mendoza. Cierto, fué muy gentil ardid, y muy de hombre prático; y agora digo que teneis razon de alabarlo, que no pudo ser más galana cosa.

Navarrete. Fuélo tanto, que se praticaba entre soldados que era la mejor que se podia desear, y así fué por ello muy loado. El conde D. Alonso llegó á Orán con harto trabajo por hallar las cosas como estaban, y luégo dió órden en lo que se debia hacer, como hombre valeroso, para que volviesen á estar en el punto que solia, aunque esto se tenia que habia de ir muy á la larga; pero él se dió tan buena maña, que en pocos dias casi parecia no se habia recebido daño, que él animaba y alegraba la gente tanto, que olvidaban lo pasado, aunque se podia esto mal hacer. En este tiempo tuvo el conde Don Alonso nueva que estaban en un sitio hácia el Poniente gran cantidad de alárabes, y sin miedo de la gente de Orán, y por dalles á entender que no hacia él ménos que su padre, salió con toda la gente y dió en ellos, y hízolo de manera que se mataron

gran cantidad, que como la gente estaba lastimada de lo que habia pasado, mataban á diestro y á siniestro; sin tomar hombre á vida retiróse, y los moros, como habian sido victoriosos en Mostagan, llegabánse con más desvergüenza que lo solian hacer; pero dióseles tal mano, que aunque ellos hacian más de lo ordinario matando á muchos dellos, llegamos en salvo á Orán, tornando á cobrar la reputacion antigua, y los alárabes á tener el miedo que solian, y á no descuidarse tanto como lo estaban. Hiciéronse otras cabalgadas buenas, pero una se hizo muy adentro de la tierra, que fué de grandísima reputacion.

Guzman. ¿Y qué fué eso que tanto lo estimais?

Navarrete. Fué desta manera: el Conde supo que en un lugar que se llama Darcidizuliman que cae hácia Mediodia, diez y seis leguas de Orán, hácia la provincia de Benarax, la gente de su comarca, que era muy brava y valiente, eran idos á pelear con otros más adentro. Con este aviso salió con la gente, y en dos dias alcanzó al amanecer al lugar que era cercado, y muy en buen asiento, ribera de un rio; y como llegaron cerca, la guarda que los vió, creyendo que eran

turcos del reino (que por allí no se temian de cristianos) por no haber llegado allí jamás, dijo: «¡Alá! Yanzor, Çultanzulimá,» que quiere decir: Dios ensalce al rey Çulimá, que era el gran turco. Los soldados mal enojados, dijeron: «perro Alayanzor el Conde de Alcaudete,» y tíranle con un arcabuz; con esto se pusieron en armas y comenzaron á pelear; pero los soldados les entraron con tanto ánimo, que aunque ellos hacian lo que podian, era poco para la furia con que se les acometió; peleóse dentro por las calles y las casas, que eran muy fuertes de bóveda, más de cinco horas, con gran mortandad dellos.

Mendoza. ¿Y qué vecindad tendria este lugar que decís?

Navarrete. Era de más de 200 fuegos y muy rico, porque en este lugar se recogian todas las buenas cosas de aquella provincia en tiempo de guerra, como lugar sagrado que se habia hecho allí, por haber allí muerto y estar su casa de un moro santo, que se llamaba Çulimá, y por esto le decian la casa del Sr. Çulimá.

Guzman. ¿Pues en qué paró eso?

Navarrete. En saquearlos y retirarse con el saco sin perder hombre ni otra cosa, y espantar á todos los del reino de que saliesen tan largo los de Orán; y así,

andaban más recatados que jamás anduvieron, por ser esta jornada de gran reputacion y honra, tanto, que el Conde viejo no llegó tan largo como aquí se llegó.

Guzman. ¿Pues cómo osó su hijo hacer lo que no emprendió el padre, siendo tan valiente como habeis dicho?

Navarrete. El determinarse el conde D. Alonso, fué por la ocasion que le dijeron que era muy grande, en haberse apartado tanta distancia de los moros comarcanos y no acometellos, su padre debió de hallar inconveniente de que estaban muy guardados, y por esto entiendo yo que no fué á ellos, y no por falta de ánimo, que lo tenia, tanto, que le sobraba.

Guzman. Vos lo habeis dicho muy bien, pero decid, ¿qué presa se tomó en este lugar tan rico?

Navarrete. Muy buena fué, y muchos captivos que se prendieron y se partieron entre todos, como es costumbre de hacerse en las cabalgadas que se toman. Despues desto, salió D. Martin de captivo y se hicieron otras, donde se ganaron hartos dineros. Visto esto por el rey de Argel, que tambien lo era de Tremecen, y como se le quejaban de los daños que se les hacian, que eran tantos que no se podian

valer á diez y á más leguas, determinó de salir con el mayor ejército que pudo juntar de sus vecinos y comarcanos, para ir sobre Orán, y así lo hizo, que por sus jornadas llegó á sitiarlos, y en dos dias tomó la torre que dicen de los Sanctos, que era atalaya, que está sobre la fuente que llaman de arriba; en tomándola, que fué con poco trabajo, se fué con la mayor parte del campo sobre Mazalquivir y sobre el fuerte que estaba sobre la montaña del Puerto, adonde se peleó, como habeis oido, que dicen que nunca españoles así lo hicieron.

Mendoza. Pues contadlo cómo pasó.

Navarrete. Pláceme de decíroslo, y será con la mayor brevedad que pudiere, dejando mucho por decir. Pues como los turcos fueron sobre el que decian fuerte, que estaba encima del puerto, en viéndolo, arremetieron á él á escala vista, sin aguardar á batir. Los Capitanes y soldados con grande esfuerzo los recibieron, aunque con terrible furia subieron en el reparo, adonde mataron muy gran cantidad con los fuegos artificiales y arcabuceros, y afirmaron muchos que serian los muertos 1.000 hombres; lo que visto por sus capitanes y alcaides los mandaron retirar, quedando en el foso muchos heri-

dos. En este punto entraron cien soldados de socorro, que mataron con su llegada á otros muchos, y, cierto, era gran lástima ver tantos gemidos de los heridos que estaban allí del asalto pasado. El bárbaro Rey, entónces mandó que se plantase el artillería y que batiesen los cañones que para ello se pusieron, lo cual se hizo con grandísima furia; y pareciéndole que bastaba lo batido, mandó arremeter á sus turcos, adonde rescibieron otro gran daño, y con él se retiraron otra vez, habiendo muerto á un Alcaide muy famoso que con ellos arremetió, á cuyo cargo estaba Mostagan. Entónces, con una furia infernal, mandó á todo su ejército que se llegase al foso, y jurando tomarla de aquella vez la fuerza; pero fué cosa notable, que arremetiendo aquel dia cinco veces y quitadas las defensas, no les entraron y hicieron los soldados una cosa maravillosa (conviene á saber), que hicieron hoyos, donde se metieron para guardarse del artillería no los matase, por no tener ningun reparo ni defensa por estar el foso y la muralla muy llana, de que tomaron tanto coraje, que tornaron á arremeter con grandísimo alarido, y entraron dentro de la plaza. Los Capitanes que estaban en los hoyos con sus soldados, saltaron entónces fuera,

y á cuchilladas y alabardazos mataron muchos, y con ellos á un cuñado del Rey, hijo del rey del Cuco, y todos los demas salieron huyendo, quedando los nuestros muchos mal heridos, á los cuales enviaron luégo á Mazalquivir á D. Martin de Córdoba, hermano del Conde, que allí estaba á su defensa; luégo, otro dia, batieron con gran priesa el reparo que de noche se hizo, que era harto flaco, de unos cestones; y así, á las nueve del dia tornaron á arremeter y entraron dentro, donde pelearon pié con pié más de una hora larga, estando en el bastion dos banderas suyas; mas diéronse los nuestros tan buena maña y pelearon con tanto esfuerzo, que los lanzaron fuera con muerte de muchos, así de los suyos como de los cristianos. El Rey, luégo incontinente, mandó tornar á arremeter á los que no habian ido, y con todo el campo vino su persona á darles calor para el asalto. Los Capitanes y soldados, viendo su muerte cierta y que no podian repararse, determinaron de morir, vengando primero bien su muerte. Con esta determinacion pelearon de tal suerte, que habiendo subido cuatro estandartes arriba, no pudieron retirar los dos dellos, matáronles á su Capitan general y otros turcos de cuenta. Quedaron los nuestros

deste asalto muy heridos y quebrantados, y así, enviaron á D. Martin á decille el estado en que estaban, que mandase lo que habian de hacer, presupuesto que ya no podian defenderse. D. Martin dió aviso al Conde de lo que pasaba, que enviase órden cómo hiciese en lo porvenir, y el Conde le escribió que le enviaba 200 soldados escogidos, y que con ellos hiciese muestra de repararse, y que sacase el artillería y municiones, y al cuarto del alba los retirase desamparando el fuerte. Los soldados, pareciéndoles que se tardaba la órden, salieron del fuerte sin aguardalla, con harto desórden, de suerte que fueron sentidos de los turcos, que estaban á la guardia, y arremetieron á la retaguardia, y mataron algunos que iban muy heridos, y asimismo al capitan Galarreta, que peleó como buen soldado en los asaltos pasados; los demas, todos llegaron á Mazalquivir, adonde descansaron algo de lo mucho que habian trabajado. El Rey bárbaro, aunque habia perdido mucha gente, quedó contento del suceso, aunque se le aguó algo, porque de los turcos que dejó en Orán les mató el Conde muchos que andaban descuidados por la campaña, que, como los reconoció de la suerte que andaban, salió por unos calle-

jones y dió con tanta presteza sobre ellos con los caballos, que no les quedó uno que no muriese. Fué cosa que les hizo más recoger y que no anduviesen con tanta libertad como andaban al principio. En este tiempo escribió al Rey, nuestro señor, que le suplicaba le mandase socorrer con las cosas necesarias para la buena defensa de las plazas, y que esto no lo decia por su salud, que él las defenderia con el ayuda de Dios hasta que no quedase piedra inhiesta, pero que le faltaban municiones y otras cosas importantes para defenderse de tantos enemigos como estaban sobre él. D. Martin, viendo que le habian tomado el fuerte, hizo con gran diligencia fortificar su plaza, porque vió que el rey de Argel con muy gran furia batía su muralla, y fué de suerte, que comenzando á los 9 de Mayo batieron hasta 22 dél, con muchas piezas gruesas, derribando, á su parecer, todas las defensas. Vinieron con grandísimo alarido, creyendo en llegando entrarles; pero el valeroso D. Martin con sus soldados los rescibieron con tanto ánimo, que fué espantosa cosa los que mataron, mirándolos el Rey desde un alto cerca dellos. Y viendo tanta mortandad, movido de compasion, á lo que se entendió, envió á

retirarlos á un turco renegado que se llamaba Maminapolitano, al cual mató allí una pieza de artillería, de que el Rey quedó muy sentido; lo que, visto por aquellos bárbaros, sin otra órden se retiraron con gran presteza, y en ella mataron muchos más que en la muralla, y murieran más, si no que á aquel punto vino tanta agua, que no dió lugar á que más daño se les hiciese. De todas estas cosas avisaba el Conde á Su Majestad para que supiese lo que pasaba; y él, como buen Rey, mandaba apriesa se proveyese las cosas importantes para Orán, y entre otras, mandó bajasen las galeras de Italia con soldados de Nápoles, los cuales, con una presteza increible los trujo Juan Andrea Doría á Cartagena, adonde estaba D. Francisco de Mendoza, General de las galeras de España, y con él muy gran cantidad de caballeros cortesanos que fueron al socorro como muy leales y esforzados, de que Su Majestad holgó mucho en saber su buen ánimo y deseo de serville. En este tiempo, el rey de Argel mandó poner por otra parte cañones que tiraban de muy cerca, diciendo que tenia de echar el lugar todo por el suelo ántes que arremetiesen, y en esto se tenia mucha diligencia y en guardar lo que llaman la

Isla, porque un mal cristiano le dijo que hombres á nado venian de Orán con aviso de todo, y asimismo lo llevaban, que ocupándola no habria lugar de saberse lo que pasaba. Entónces hizo el Rey que allí entrasen 600 turcos para que nadie pasase de un cabo al otro, cosa muy dañosa para nosotros, porque nos consolaban con lo que nos decian que seríamos socorridos. Pero aunque esto así pasaba, nuestro Capitan nos daba tanto ánimo, que nos parecia que á otros tantos no temeríamos. En todo este tiempo los turcos no pararon de batir un momento, y fué de manera que no quedó de alto una vara de medir, porque con la tierra que caia de la muralla se hizo un escarpe por donde subian muy llano, aunque Don Martin tenia detras un hondo foso y una muralla con sus traveses muy bien hecha, de tal manera, que quien entrase era casi imposible escapar. El Rey envió á reconocer cómo estaba lo batido, y fué á ello un gran soldado genízaro, y como llegó y vió lo que habia dijo: «canes, ¿esto teneis hecho?» y en aquel punto le dieron un arcabuzazo que cayó abajo, y asimismo otro que con él fué al mismo efecto, y entónces mandó á su armada se llegase y asimismo batiese por do dicen la mar loca

y echóse bando que todos se apercibiesen para el asalto y llevasen todos los pertrechos necesarios para él, diciéndoles que él queria ir con ellos para ver qué hacian y conocer á los esforzados; y así, salió delante de todos ellos sin ser parte nadie para detenerlo. D. Martin, como vió tancha machina se puso á la defensa, como buen caballero, echándoles gran cantidad de fuegos ártificiales, con que quemaban muchos de los que subian, y con los arcabuceros matando tantos, que era espanto, cosa para tener lástima, si lo mereciera gente tan bárbara, porque los animaba mucho ver su Rey delante dellos en peligro conocido, pues mataron á algunos junto á su persona; y con todo esto cerraron con tanta furia, que pasaban por cima de los muertos, haciéndole no poco estorbo á los que llegaban. Mas los fortísimos y excelentes soldados, con su buen Capitan, hacian en la defensa maravillas con los botafuegos, y otros con granadas de alquitran, y era de tal suerte esto, que parecia arderse todo en terribles llamas; y los que estaban en los traveses de la muralla que se hizo de nuevo, mataban tantos, que el foso estaba lleno dellos, y sin mostrar flaqueza arremetian de nuevo con tanta grita que era espanto,

aunque no se espantaban los que estaban á la defensa. Duró este combate tres horas y áun más, y alcabo mataron á dos turcos junto al Rey que lo guardaban, y túvose por desgracia no dalle á él, que andaba con una cimitarra por medio de su gente animándolos á que entrasen, diciéndoles, segun despues se supo: «¡Cobardes! ¿de quién huis? esta cobardía es más que yo pudiera imaginar, y que si yo lo supiera no os trujera á esta empresa, aunque es tan pequeña.» Y entónces llegaron á él dos turcos muy bien aderezados, á quien tiraron los arcabuceros, y entrambos los derribaron juntos; y aunque los vió caer, no se mudó de donde estaba ni quiso apartarse del lugar adonde no paraban los tiros del artillería ni los diestros arcabuceros, con una priesa que parecia salva muy concertada: miró á su gente entónces y apénas vió sanos á algunos, que ya todos los más estaban tendidos, los unos muertos, y otros mal heridos de grandes heridas, y conociendo el daño tan grande que habian rescebido, mandó que se tocase á retirar, cosa que deseaban mucho los que lo podian hacer; y así se hizo con mucha presteza, más que convenia, dejando á los que estaban junto á lo batido; y para retirarlos, envió el Rey á

un turco muy gallardo que los retirase, y en llegando le dieron un arcabuzazo que cayó allí, aunque no muerto, segun pareció por lo que dijo un renegado que vino con un mensaje del Rey á D. Martin, pidiéndole lo dejase retirar, al cual se le respondió que lo llevase, y á los demas tambien, y que le dijesen al Rey que si porfiaba en la empresa, que no volveria á Argel ni nadie de los que con él vinieron. Este mensaje se le dijo en sus tiendas delante de los más famosos genízaros, los cuales todos dijeron que era verdad, y que si socorro venia como se tenia por nueva, que no volveria hombre á Turquía. En estos dias llegaron á Cartagena las galeras de Italia, y D. Francisco de Mendoza, General para este socorro, ordenó que D. Francisco de Córdoba, hermano del Conde de Alcaudete y de D. Martin, tomase ocho galeras y con ellas llegase á la playa de Orán para tomar los navíos que allí estaban en el paso de Orán, el cual fué con una presteza increible, y decia que llegando cerca, viendo los navíos que salian de la punta, que tuvo gran temor que pensó estábamos perdidos. Y en aquel punto vió encender una pieza del bastion que sale á la isla, que llaman de los Ginoveses, y entónces, con gran ale-

gría hizo que bogasen los forzados para llegar ántes que zabordasen en tierra. Los turcos se dieron tan buena maña, que sacaron sus soldados y los desembarcaron en la playa, y pusieron fuego á sus navíos con mucha priesa, porque el Conde, habiendo visto á las galeras, salió por la falda de la sierra con toda su infantería y caballos, y llegó muy cerca de los enemigos. D. Francisco de Córdoba retiró las galeras, porque no recibiese daño su hermano, que con su favor habia llegádose mucho. D. Francisco de Mendoza arribó sobre el cabo de Falcon; más adelante de Mazalquivir dió cara á los navíos que allí estaban, aunque no los pudo tomar, y así volvió las proas para entrar en el puerto adonde ya el Conde de Alcaudete habia llegado. Y fué cosa muy de ver lo que todos aquellos caballeros cortesanos hacian con todos los soldados, y con Don Martin, porque, cierto, parecíamos carboneros, y tan desemejados, que se conocian muy bien entre los demas que vinieron. Juan Andrea Doria quiso muy en particular ver lo batido, y decia que á caballo se podia entrar y que le parecia imposible haberse defendido, que sin duda eran los mejores soldados que habia en el mundo, pues en batería tan llana la ha-

bián defendido; pues cuando vieron á D. Martin con la figura que sacó, fué muy gran maravilla lo que con él hacian cada cual, queriendo ser el primero de abrazallo, subiendo su nombre sobre las nubes y engrandeciendo sus hechos; y cuando supieron que por gran regalo le daba una poca de carne salada que tenian de las bestias de carga á los soldados el dia del asalto, y que D. Martin no tenia más racion que el más pobre de todos, entónces fué mayor espanto para ellos, y parecíasenos muy bien en los rostros las necesidades que habíamos pasado. Tratóse que seria bien combatir su retaguardia, pero parecióles que era hacer desórden por ir ya muy léjos, porque en viendo las galeras hicieron gran diligencia en retirarse, dejándose el artillería, que eran unas piezas guesas y otras pequeñas, y gran cantidad de municiones y bastimentos y pertrechos de guerra; todo lo cual se recogió á las galeras para llevarlo á Orán, adonde fueron recebidos con gran contento, y los religiosos en procesion cantando el *Te Deun laudamus* por la merced recebida, que fué como de su mano, porque, cierto, con fuerzas humanas era imposible defendernos. El Rey, nuestro señor, hizo merced á todos los más, y á D. Martin de

la encomienda de Hornachos y al Conde, su hermano, de otra encomienda. Lo que más hay que saber fué, que el Conde, despues de la retirada de los turcos, vino á España, y el Rey le hizo mucha merced y le trató muy bien y lo hizo Virey de Navarra, con grandes preminencias, adonde fué y murió, haciendo muy gran falta al Rey y al reino, porque era de muy buen entendimiento y prudente, y trataba con gran seso los negocios. Sintióse mucho su muerte y trújose á Alcaudete á enterrar con grandísimo trabajo de todos, y más de su mujer, que lo traia una jornada de sí.

Guzman. ¿Y cómo se llamaba la Condesa?

Navarrete. Doña Francisca de Mendoza, tan valerosa, que hay pocas que le lleguen al lado.

Mendoza. Por cierto, que holgaría de servilla, y no por el nombre de Mendoza, sino porque he oido de ella grandes cosas de cristiandad y recogimiento, y gran juicio.

Navarrete. Si la conosciésedes lo diríades mejor, porque es tal que no hay que desear en la tierra que ella no lo tenga.

Guzman. Basta lo dicho y comamos, que está aquí el manjar.

Mendoza. Ello esté muy en hora buena, que no nos hará daño.

Guzman. Yo lo fio, por ser poco.

Navarrete. Eso no creo yo, que vos sois demasiado, y así me lo parece, por vuestra vida, que no haya tanta desórden, que yo no lo puedo gastar; y por eso, en cayendo el sol, me tengo de ir, y vos os quedareis.

Guzman. Comed agora, que eso será como vos lo ordenáredes.

Navarrete. ¡Qué coma yo! no sé que más he de comer, que estoy harto hasta el pico, que no puedo ir adelante.

Guzman. Pues que no quereis comer, bebed eso poco que ahí está.

Navarrete. Yo he bebido tanto que es vergüenza, pero disculpame el estar tan fresco, que me parece estar más que ayer.

Mendoza. Bueno está agora.

Navarrete. Pues habeis dicho que hareis lo que yo quisiere, yo quiero que dejemos de comer y alcen los manteles y nos vamos.

Mendoza. Teneis razon, que ántes hace el más lindo dia del mundo para que nos vamos luégo, porque hace aire y nublado.

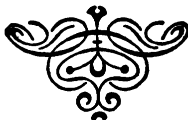
Navarrete. Vos teneis razon, y co-

menzad á caminar, para que lleguemos á hora que yo negocie con el Corregidor ántes que salga de su casa.

Guzman. Pues así lo quereis, por este camino es más corto que esotro por do venimos.

Navarrete. Vos decís verdad, que es muy lindo, y á Dios quedeis.

Guzman. El vaya con vosotros.



CON PRIVILEGIO

IMPRESO EN CÓRDOVA POR FRANCISCO DE CEA

IMPRESOR DE LIBROS AL ALAMILLO

AÑO DE 1593.

RELACION VERDADERA

DE LA GRAN VICTORIA

QUE EL Sr. D. ANTONIO DE ZÚÑIGA Y DE LA CUEUA,

MARQUÉS DE FLORES DE ÁVILA,

DEL CONSEJO DE GUERRA DE SU MAJESTAD,
SU GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE ORÁN,
REINOS DE TREMECEN Y TÚNEZ,

TUVO CON LOS MOROS VENARAJES,

distantes de Orán veinte y quatro leguas,

Á LOS 7 DE OCTUBRE DE 1632.



COMIENZA LA RELACION.

SABIENDO el señor marqués de Flores de Ávila que en la boca de la Zahara, 24 leguas desta ciudad, habia moros venarajes sin su seguro, á 4 de Octubre, dia del glorioso padre San Francisco, dió órden de mochila, hallándose Su Excelencia en su convento, donde, con la solemnidad posible, se celebra su fiesta teniendo el Santísimo descubierto, y encomendando el buen acierto desta jornada en la virtud de su nombre, á las seis de la tarde, con su guion y estandarte Real, como es costumbre, salió por la puerta de Tremecen, donde habiéndose detenido para ver pasar la gente y reconocerla, excluyendo la que no le parecia á propósito, saliendo las municiones y bagaje, y en retaguardia la caballería, y Su Excelencia detras, y ha-

biendo llegado cerca del castillo de San Felipe al anochecer, mandó rezar la oracion, y, dando juntamente el nombre, comenzó á marchar la vuelta de Bensulam; y habiéndose refrescado la gente en los pozos que hay en este paraje, se caminó hácia Tafaragua.

Llegóse á este sitio cerca de las dos de la noche, y comenzando á subir el puerto de la tierra de Tacela juntamente, comenzó el tiempo á amenazar con agua, truenos y relámpagos todo lo que duró subirse la cuesta, que hasta llegar á la cumbre seria más de hora y media, por lo mucho que tiene de ágria su subida. Habiéndola pasado, y mudándose el tiempo de Levante á Maestral, comenzó á llover muy recio, y con tanta continuacion, que duró el agua hasta casi esclarecer el dia, pasando Su Excelencia este tiempo rondando el campo y animando la gente, significando á todos las muchas comodidades que les deseaba. Amaneció el dia, no con mejoría del tiempo: reconocióse la gente, y enfrente de banderas, habiéndose juntado los Capitanes y Oficiales que en tales ocasiones suelen, propuso que, aunque consideraba el tiempo y el trabajo que se habia pasado aquella noche, y cuán rendida tenia el agua toda la gente, con todo,

convenia se llegase á Tagamassa, donde se habia de hacer celada y repararse de lo que se habia padecido, y, si Dios mejorase, se proseguiria la jornada, y si no, se retiraria della; á lo cual, con mucha aprobacion respondieron todos que se hiciese así, no obstante que á esta resolucion opusieron algunos inconvenientes, causados, así de la poca seguridad del tiempo, como del estado en que la gente se hallaba; sin embargo de lo cual, Su Excelencia mandó se marchase hasta tanto que se asentase el tiempo; en la fuente de Tagamassa, donde, haciendo algunos reparos la gente, se pudiese acomodar; y, habiéndolo hecho, y estando muy alegres con la mejoría del tiempo, y con la merced que Su Excelencia les hacia, animándolos y dándoles dineros con que se entretuviesen, se comenzó á marchar la vuelta de Méltega (que en castellano quiere decir junta de los rios), por toparse allí el de Zarno y el de Maquerra, adonde, habiendo llegado con muy buen tiempo, como á las cuatro de la tarde, se alojó la gente con la órden y recato que en tales ocasiones conviene, asistiendo á esto con mucha diligencia y cuidado el Capitan y Sargento mayor D. Cárlos Ramirez de Arellano, en quien, por sangre y obligacion, concurren muy lucidos servicios y

experiencias militares áun para mayores puestos.

Otro dia, á las doce, salió Su Excelencia de la dicha emboscada en busca de los aduares, caminando el rio arriba más de tres leguas; y despues desto, ordenó al capitan Cristóbal de Vargas se apartase á la pasada del Álamo con todo el bagaje y soldados cansados, sin otros muy á propósito para su más segura guarnicion, encargándole mucho el cuidado y vigilancia con que se habia de estar en esta ocasion, y dejándole muy prevenido con órdenes para todos los accidentes que podian sobrevenir en la que de presente ocurria; en lo cual, habiendo anochecido, se dió por nombre la Cruz, comenzándose á ver dentro de muy breve tiempo las luces del sitio donde estaban los aduares, y acercándose á ellos con gran silencio y atencion, y habiendo pasado algunos pasos de mucho peligro, como á las cuatro de la mañana se comenzaron á ver más distintamente las luces y oir, aunque de léjos, algunos ladridos de perros; visto esto y cuán cerca estaba de lograr tan honrosa ocasion, Su Excelencia mandó hacer alto, quitando mucho el rumor de la infantería, y ordenando que la caballería estuviese muy apartada una de otra, porque el relinchar los caballos no malograse la fac-

cion que se esperaba. Todo lo cual, ordenado por Su Excelencia con increible prudencia y conforme á todo buen uso militar, mandó al Sargento mayor dividiese la gente en dos tercios. En el ínterin que esta division se concluia, se reconocieron con astucia y maña los aduares, y estándolo y midiendo la distancia del lugar con lo que faltaba para amanecer, y juzgando ser áquella hora la que convenia, comenzó á marchar la gente, llevando á su cargo el un tercio de la infantería el capitan Don Cristóbal de Heredia; el otro el Sargento mayor, capitan, D. Gil Navarrete, y el ayudante D. García Navarrete Ribera la compañía de caballos; el capitan D. Beltran de Castro y de la Cueva, caballero del hábito de Santiago, seguia al de la mano derecha, y la de D. Diego Cortei, que iba á cargo de D. Jorje de Angulo, su Teniente y Alférez, de la izquierda, dando órden á los Capitanes siguiesen las espías que llevaban y diesen á un tiempo en los aduares; lo cual, así entendido y puesto en ejecucion, habiendo llegado el Sargento mayor al sitio que le tocaba, y estando aguardando en él que el capitan D. Cristóbal llegase á su puesto, oyó que una mora salia de su tienda, dicen, riñendo con su marido, la cual, por reconocer

la gente y comenzar á dar voces, obligó al Sargento mayor dar al punto Santiago, á cuyo ruido, comenzando el otro tercio á apresurar más el paso, asistiéndole mucho la caballería, aplicando á esto la diligencia posible, sin embargo della, cuando se llegó al aduar, ya se hallaron los moros en huida; á lo cual, acudiendo la caballería con notable diligencia, cautivó más de 80 personas, y de tres aduares en que se dió se cautivaron 210 esclavos, todos de estimacion, por ser aquel lugar Zauia, que quiere decir Universidad de estudiantes morabitos, gente que nunca habian visto cristianos ni querido tomar seguro de Su Majestad, por considerarse poco necesitados dél, así por estar retirados en la boca de la Zahara, como por estar guarnecidos con más de 25 aduares de guerra que les hacian compañía. Su Excelencia, con increible valor y ánimo, junto con su estandarte Real y banderas de infantería, llegó con toda brevedad al aduar que le habia cabido al Sargento mayor, que del todo no estaba rendido, acompañándole los Capitanes entretenidos, y otros soldados de cerca de su persona, juntamente con el padre fray Ponce de Leon, de los mínimos, su confesor y calificador de la Suprema, con cuya llegada se barajó todo con brevedad, entre-

teniéndose aquí lo que le pareció conveniente para recoger la gente que habia ido al otro aduar, y para que los soldados maniatasen los esclavos, y gozasen algo de los despojos de los enemigos; pero viendo Su Excelencia la mucha resistencia de los moros y clamor de los cautivos, crecia de nuevo el empeño de las armas y que el capitan D. Beltran de Castro y de la Cueva estaba con la caballería resistiendo al ímpetu de los moros, ofendiéndoles tan valerosamente como de persona de tales obligaciones se esperaba, haciendo juntamente escolta á una manga de infantería con que el capitan D. Cristóbal de Heredia se venia á incorporar con las banderas, á lo cual Su Excelencia procuró estar con tanta atencion, que no lo sabré decir, viendo como acudia al manejo de lo que allí estaba presente, sin olvidar á los ausentes, enviándoles socorro y asistiéndoles con la forma que da lugar la milicia, así para que los soldados estuviesen con ánimo, como para atemorizar los moros viendo á Su Excelencia con tanta asistencia, y tanto mayor en los ausentes, cuidando más de su seguro que de todos los enemigos y despojos que tenia rendidos á sus piés. Dispuesto todo en buen órden, recobrados los nuestros sin faltar ninguno, Su Excelencia comenzó

á retirarse con increible valor, ordenando al capitan Rodrigo Maldona, soldado de grandes experiencias, tomase la manguardia; y al Sargento mayor ordenase la gente en forma de escuadron, llevando los cautivos en medio: al capitan D. Beltran de Castro y de la Cueva encargó la retaguardia: al capitan D. Cristóbal, la manguardia de la mano derecha: al capitan D. Felipe Prieto de Valencia, la izquierda, con la cual Su Excelencia vino á ser el último de todos, sin que súplicas de todos ni representaciones de superiores inconvenientes pudiesen moverle á que tomase puesto ménos peligroso, siendo el que llevaba tan expuesto á una gran desgracia, como lo mostraba la cercanía que iban haciendo los moros, así con las lanzas como con las bocas de fuego, ayudados para esto de la espesura del monte y conocimiento que tenian de lo poco que la caballería les podia ofender; lo cual no bastó para que Su Excelencia dejase de llevar el último lugar, sin atender al evidente peligro de su vida al ser reconocido de los moros por Capitan general de aquella faccion, y procurar borrar la gloria della, apuntando en Su Excelencia la mayor parte de sus armas, como á persona con cuya vida se continuaba aquella gran victoria. Su Excelencia con gran

valor, juzgando por poco todo lo que á los demas les asombraba, se fué retirando de los moros más de tres leguas que duró el mal camino, hasta llegar al Álamo, donde, conociendo los moros los grandes daños que habian recibido en la retirada, y los pocos que quedaban vivos, respecto de los muchos que habian salido á embarazar la victoria, se retiraron afrentosamente, procurando hacer una acometida por la manguardia, para ver si podian llevarse algun poco de ganado que iba á cargo de almogateses y moros de Ifre; lo cual, conocido por Su Excelencia, mandó saliese una manga á resistir su osadía, con lo cual, poco á poco, considerando el ánimo y valor de Su Excelencia, los moros se fueron retirando viendo lo poco que podian sus armas.

Juéves, á las once de la mañana, se llegó al Álamo, donde el capitan Cristóbal de Vargas estaba aguardando con el bagaje y gente de guarnicion. Allí se curaron los heridos, cristianos y moros, con mucho cuidado, pues así en esta ocasion como en otras, Su Excelencia le habia puesto muy particular, previniendo, como tan gran soldado y valeroso Capitan, remedios y regalos para los peligros de la guerra, gozando todo dél de tal manera, que á los cristianos les obligaba su asis-

tencia y á los moros les cautivaba de nuevo su cuidado, el cual pudo, con la asistencia de Dios, excusar los muchos que se pudieran recrecer de tal faccion, pues solos hubo dos heridos y un soldado muerto, siendo el número de los enemigos tanto cuanto certificaron los que quedaban en los aduares revolcándose en su sangre, y por la retaguardia se veian caer de nuevo, ofendidos de la infantería, haciendo con los clamores testigos al campo de ser aquella su mayor ruina, teniendo por la mayor parte della no haber venido á pedir seguro á Su Excelencia, sabiendo que desde el dia que llegó á estas plazas procuró con sus acciones mostrar no habia lugar en toda la Berbería para los enemigos de Su Majestad, á quien, aunque les pesase, les obligaria á reconocer la obediencia debida á tan gran Monarca.

No puedo dejar de decir, como cosa muy singular, como en medio de lo más sangriento de la retirada, quiso Dios mostrar lo mucho que se daba por servido de que sujetasen á sus enemigos, ofreciendo una criatura, hija de una mora, de edad muy tierna, que se estaba muriendo, de lo cual, conociendo con evidencia el peligro, y diciendo el padre fray Juan Ponce de Leon que en él cesaba el derecho de la patria potestad, por

lo cual, lícitamente se le podia bautizar contra la voluntad de sus padres, haciéndolo con presteza, se le dió al punto el Santo Bautismo, muriendo dentro de breve término, y queriendo Dios, por sus secretos juicios, en dia que tantos enemigos de su nombre voluntariamente se condenaban, sacar de entre ellos este ángel para mayor conocimiento de sus secretos juicios y confusion de sus enemigos; con lo cual, concluido todo, reconocida la gente, curados los heridos, acomodados de cabalgaduras los cansados, Su Excelencia se retiró al sitio de Gazul, el cual fué el que, segun el tiempo y disposicion militar, convino tomarse para mayor comodidad y seguridad de la gente.

Otro dia, por la mañana, reconocida la gente, habiendo las atalayas descubierto el campo, comenzó á marchar la vuelta de Benzulam, donde se allegó ántes de anochecer, á cuyo tiempo, mi señora la marquesa de Flores de Avila, á cuyo cargo quedó el gobierno destas plazas, ordenó á los ministros á quien tocaba se apercibiesen pan, vino y otras cosas para la gente que, con necesidad de refresco, llegaria á Benzulam; lo cual, obedecido y dispuesto con mucho cuidado, llegó á tiempo conveniente, enviando Su Excelencia de su casa mucha cantidad de rega-

los, ansí para el Marqués como para que Su Excelencia pudiese repartir entre los enfermos y necesitados; lo cual se hizo con grandísima liberalidad, sin que quedase cosa que no quedase distribuida, ansí á los que asistieron con Su Excelencia en la mesa, que fueron los que debian, como en la infantería, que viendo la voluntad con que se les hacia merced, no fueron nada lerdos en acudir á redimir con regalo la falta que habian tenido dellos hasta llegar á aquel puesto.

Luégo, el sábado por la mañana, el padre fray Juan Ponce de Leon dijo misa en hacimiento de gracias, con mucha solemnidad, haciendo un breve y grave razonamiento, agradeciendo mucho á Dios la felicidad de tan gran victoria, por ser de moros de guerra, por estar 24 leguas retirados dentro del riñon de la Berbería, lugar que, ansí por el peligro dél como por la vecindad de los venarajes, y estar cercado con tantos aduares, en 123 años que há que se tomaron estas plazas, nunca se han determinado los señores Generales á acometerlo: grande por haberse mostrado en ella, no hay seguro en la Bertería para quien no le viene á tomar de las armas de Su Majestad, y ultimadamente grande, por haber sido sin ejemplo de otra mayor en la calidad, y tan libre

de muchas muertes y heridas como en esta ocasion se ha visto. Este dia, concluido con lo que convenia, se comenzó á marchar la vuelta de Orán, y una legua ántes de llegar se hizo muestra de la gente, y acabada, se continuó el camino para Orán, donde todos estaban aguardando con increible regocijo. Su Excelencia, entrando por la puerta de Tremecen, llevando delante los cautivos, guarnecidos con las compañías, entró por la carrera, yendo derecho á la Iglesia mayor, donde, estando el Santísimo descubierto, pasando maniatados los esclavos, se le ofreció á Dios su rendimiento, y entrando en la iglesia á hacer este acto de religion, salió el clero con su Vicario á recibirle á la puerta, con cruz y agua bendita, comenzando á cantar el *Te Deum laudamus*, en reconocimiento de la victoria que allí se presentaba. Y concluido, Su Excelencia se retiró á su casa, curando de la cura de los heridos, seguridad y buen tratamiento de los esclavos sanos.

Lúnes siguiente se comenzó la almoneda, que fué muy lucida, pues los esclavos han valido 42.000 ducados desta moneda provincial, cosa que, en más crecido número de esclavos no ha valido otras veces tanto, causando esta novedad, lo uno el asistir Su Excelencia al re-

mate de todos, no permitiendo saliesen sino por su justo precio; lo otro, no queriendo tomar sus quintos en plata doble, como se ha acostumbrado, sino en moneda de vellon, segun y como caben en ella misma las partes de los más pobres soldados.

Esto es lo que pasó en esta salida, sin referir otras de importancia, tanto, que los moros de Blad-Adax, caballeros vecinos de Tremecen, estando temerosos del poco seguro que tenian en tus tierras, han venido á pedir seguro. Y el lugar de Carte, estando 15 leguas al Mediodia, y siendo lugar fuerte, con torre y guarnicion de turcos, lo han despoblado, temiéndose de Su Excelencia por poco seguros en lugar suyo y con tal defensa y guarnicion. A Dios las gracias de todo.



CON LICENCIA

EN MADRID,

POR FRANCISCO DE OCAMPO.

AÑO DE 1632.

INDICE.

—



OBRAS PUBLICADAS.

I. DELICADO.—La Lozada Andaluza.
II. VERDUGO.—Guerra de Frisa.
III. MUÑON.—Tragicomedia de Lisandro y Roselia.
IV. CANCIONERO llamado de Stúñiga.
V. VILLEGAS SELVAGO.—Comedia Selvagia.
VI. LOPE DE VEGA.—Comedias inéditas. Tomo I.
VII. MILAN.—El Cortesano.
VIII. PEDRO TAFUR.—Andanças é viajes.
IX. SILVA.—La segunda Celestina.
X. LUCAS RODRIGUEZ.—Romancero historiado.
XI. HURTADO DE MENDOZA.—Obras poéticas.
XII. TIRSO Y GUILLEN DE CASTRO.—Comedias.
XIII. Varias Relaciones del Perú y Chile.
XIV. Varias Relaciones de las campañas de Flandes.
XV. Guerras de los españoles en África, en 1542, 1543 y 1632.

